



ANNA DOMINICH

«*Déjate llevar...*»

SERIE CITAS DE AMOR



«DÉJATE LLEVAR...»

(Serie Citas de Amor II)

Anna Dominich

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *«Déjate llevar...» (Serie Citas de Amor II)*

© *Anna Dominich*

Nº de registro de la propiedad intelectual: B-1320-16

Primera edición en Julio 2016

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Edición y maquetación: *Alexia Jorques*

ANNA DOMINICH

«*Déjate llevar...*»

SERIE CITAS DE AMOR



*A los guerreros, a los luchadores, a los
que no se rinden ni se conforman. A los
que saltan al vacío sin red. A todos ellos.*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epilogo](#)

[Descubriendo a Raúl...](#)

[Agradecimientos](#)

[Autora](#)

Capítulo 1

Cuando presioné sobre el nombre de Susana en la pantalla de mi teléfono móvil, me di cuenta de lo mucho que me temblaban las manos. Estaba sola en urgencias, en la sala de espera y muy asustada. Al fin escuché su voz al otro lado de la línea, aunque tardó unos cinco tonos en responder, que se me hicieron eternos.

—¿Qué ocurre, Lis? —preguntó preocupada.

Solo una de mis mejores amigas se daría cuenta de que una llamada mía a la una de la madrugada significaba problemas, problemas serios. Empecé a llorar e hipar como cualquiera de mis alumnos de primaria cuando, jugando durante el recreo, se caía y se raspaba en las rodillas. Inconsolablemente.

—Estoy en el hospital —contesté entre lágrimas—. Raúl acaba de pegar a Toni en mitad de la calle y... había mucha sangre, Su.

Tras una breve conversación en la que intentó calmarme en la medida de lo posible, me aseguró que en veinte minutos iba a estar allí. Colgué y me senté en una de las sillas de la sala. Un fluorescente parpadeaba sobre mi cabeza y el desagradable olor a antiséptico y a enfermedad me provocaba náuseas. Se habían llevado a Raúl y a Toni dejándome a mí allí sentada, muy preocupada y a la espera de noticias. Cinco minutos después de la llamada a mi amiga, apareció un médico para informarme de que Toni iba a quedarse aquella noche en observación. A causa de los puñetazos que le propinó Raúl, había caído al suelo con la mala suerte de golpearse la cabeza contra el bordillo y querían descartar una posible conmoción cerebral, aunque seguía estable y no presentaba síntomas preocupantes. Pedí verle, pero me dijeron que no quería recibir visitas de nadie. Así que volví a sentarme resignada.

—Lisa...

Levanté la mirada en cuanto oí aquella voz. Había bajado la cabeza intentando que la sangre volviera a circular con normalidad y desapareciera aquel mareo desagradable que sentía. Era Raúl. Llevaba un vendaje alrededor de los nudillos de la mano derecha. Con la izquierda sujetaba sobre ellos una bolsa de hielo para lesiones. Si necesitaba aquello debía ser porque había pegado a Toni más fuerte de lo que pensaba.

—Déjame en paz, Raúl, no quiero hablar contigo ahora —le dije apartando la mirada.

Dios... Iba a vomitar de un momento a otro.

—Lo siento, Lisa... Pensé que te estaba haciendo daño —se excusó con una mirada triste y compungida—. No podía permitirlo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Raúl? —le pregunté exasperada—. Que actúas antes de pensar.

—Lo sé, créeme. La he cagado, ¡joder! —Cuando se dio cuenta de que no iba a contestar se sentó tres sillas más allá, en la misma hilera que yo, pero dándome un poco de espacio—. El enfermero que me ha atendido me ha dicho que Toni no va a denunciarme.

—Pues has tenido suerte porque te lo merecías. Tendrías que darle las gracias.

—¡Sí, claro! —exclamó sarcástico—. Toni, el santo.

—Santo no, pero es mucho más responsable y sensato que tú.

Antes de que pudiera protestar, entraron en la sala Eric y Su. En cuanto mi amiga me localizó, corrió hacia mí y se arrodilló para rodearme con sus brazos. Raúl se levantó al ver llegar a su amigo y este le pegó un empujón con la mano que le hizo volver a caer sentado en la silla.

—¿Qué coño pasa contigo, tío?! —le dijo.

—¿Qué ha pasado, Lisa? —me preguntó Su obligándome a centrar la atención en ella.

—Tuve una pelea con Toni en la calle. Fue algo verbal, Toni no es violento, pero me agarró del brazo y me zarandeó —le contesté—. De pronto apareció Raúl, nos separó bruscamente y le asestó un derechazo y unos cuantos puñetazos. Dios, Su... ¡Le saltó un diente! Fue horrible, había mucha sangre salpicándolo todo... —Me tapé los ojos con las manos, angustiada al recordarlo—. De uno de los impactos cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra el bordillo.

—¡Madre mía! ¿Y cómo está?

—Me ha dicho el médico que debe quedarse en observación esta noche para descartar una posible conmoción cerebral, pero en principio, aparte de los golpes, está estable.

—¿Has podido verle?

—Ha dicho que no quería recibir visitas.

Mientras hablábamos, nos habíamos levantado alejándonos de Eric y Raúl. Ellos habían hecho lo mismo y conversaban en voz baja al otro lado de la sala.

—Bueno, no te preocupes ahora. Lo importante es que está bien y que...

De repente las palabras de Su empezaron a parecerme susurros lejanos y sentí que se me nublaba la vista.

—¡Eh! —exclamó mi amiga sentándome en una de las sillas—. ¿Te has mareado?

—Sí, sí... Pero estoy bien —farfullé mientras ella me abanicaba inútilmente con la mano.

—Es el ambiente de los hospitales y el susto —me dijo.

Yo negué con la cabeza.

—No es eso... —La miré directamente a los ojos y, asegurándome de que los chicos seguían en el rincón sin poder oírnos, murmuré—. Estoy embarazada, Su.

Mi amiga puso unos ojos como platos y solo hizo una pregunta:

—Pero ¿de quién?

Algunos meses antes...

Todo empezó una tarde de finales del mes de octubre en el colegio... Había tenido un día de perros. Los niños estaban muy revoltosos y había sido un infierno obligarles a estar sentados en el comedor mientras cocíamos castañas para celebrar la fiesta de la Castañada, muy típica de la época. La mayoría de los alumnos de mi clase eran tranquilos, aunque siempre había esos dos o tres revoltosos que lograban alborotar hasta al más santo. Manuel y Pedro empezaron a pelearse por decidir quién se comería primero las castañas y Mónica, un pequeño proyecto de bruja, tiró del pelo al primero de ellos y le aseguró que la primera sería ella. Manuel se reveló, le dio un manotazo y la hizo romper a llorar como una histérica... Nada fuera de lo común en un día cualquiera de la vida del profesor de primaria, pero si a todo ello le sumamos una actividad fuera del aula, en la que el niño puede correr algún riesgo al utilizar un elemento externo como el fuego, la cosa ya es la bomba.

Inspiré hondo un par de veces y me vi obligada a intervenir porque Mónica tenía el puño cerrado alrededor del pelo de Manuel y no había manera de que le soltara. Incluso amenazaba con llevarse un mechón de recuerdo por su hazaña.

—Mónica, tienes que soltarle —le pedí a la niña, que seguía llorando y miraba a Manuel como si le quisiera fulminar.

—Me ha pegado. —Sollozó tirando más fuerte del pelo de su compañero. Este intentaba zafarse como podía, gimoteando y pidiendo ayuda.

—No te ha pegado, solo intentaba soltarse. —Quería que entrara en razón, pero cuando un niño de seis años se pone tozudo puede ser muy complicado.

—Me duele —gemía Manuel, que miraba a su amigo Pedro en busca de ayuda.

El resto de niños permanecían quietos contemplando el espectáculo. Solo me hubiera faltado que se hubieran puesto a corear a Mónica o algo peor. Ni os imagináis la de ideas retorcidas y péfidas que se les ocurren. Ver para creer. Angelitos a veces, pero diablos otras tantas. Tras unos cuantos años ejerciendo, aún me sorprendía la crueldad de alguno de ellos.

—¡Basta, Mónica! ¡Suéltale ya! —Alcé la voz para que reaccionara. Finalmente le soltó y entonces dirigió su mirada de furia hacia mí.

—Eres una amargada —dijo como si en vez de seis años tuviera muchísimos más—. No me extraña que ningún hombre quiera casarse contigo.

Yo, que estaba frotándole la cabecita a Manuel, me quedé de piedra oyendo a la niña, que se cruzó de brazos y apartó la mirada a un lado.

Si alguna vez le contáis a alguien que llamé a una de mis alumnas «pequeño proyecto de bruja», lo negaré rotundamente, pero comprenderéis que esa niña era la reencarnación del mal y que había veces que la situación me superaba. Alcé las manos al cielo por pura exasperación, me mordí la lengua, conté hasta cincuenta y suspiré tres veces para poder contenerme.

Mónica es un calco de su madre, Celeste. Y ahí sí que me explayaré a gusto: una zorra estirada. No suelo decir palabras malsonantes, pero la ocasión lo merece. Lo entenderéis más adelante...

Celeste me odia. Lo hace desde la primera vez que nos reunimos a principio de curso y me miró de arriba abajo con su casi metro ochenta de estatura, su manicura perfecta, su melena al viento y sus pechos enormes, mientras le aseguraba que su hija distaba mucho de ser perfecta y le aconsejaba que tendría que empezar a ser más exigente con ella. No repetiré lo que me dijo porque no sería capaz, mi religión no me lo permite. Sé que desde entonces puso a la niña en mi contra y la instó a que me hiciera la vida imposible en clase. En fin, no era la primera alumna con madre conflictiva a la que me enfrentaba y no sería la última.

Finalmente, haciendo oídos sordos al comentario malintencionado de la niña, les castigué a los tres sin comer castañas y, después de muchas protestas, acabamos la tarde más o menos con normalidad... Eso implica que un niño se quemó los dedos al coger una castaña demasiado caliente, que otro acabó vomitando hasta la primera papilla porque las castañas se le indigestaron y que otra rompió a llorar histérica porque una de las suyas contenía un habitante no deseado cocido en su interior... Sí, la más absoluta normalidad en la vida del profesor de este siglo.

Al llegar a casa estaba agotada tanto física como mentalmente. Para relajarme, me preparé un té con leche, encendí el ordenador y me puse a ojear mi blog de moda favorito. Llevaba un rato navegando e iba a leer un artículo interesante que hablaba sobre tipos de escote para pechos pequeños, cuando me saltó una ventana emergente. Estuve a punto de cerrarla, pero el anuncio llamó mi atención. Era de una página de contactos llamada «Citas de Amor», que últimamente se anunciaba en todas partes, desde revistas, televisión, Internet y radio. Aunque quisiera negarlo, el comentario de Mónica me había afectado. Era una profesora de primaria delgaducha, paliducha y plana como una tabla, que tenía poco tiempo para salir y menos para ligar, y que solo había tenido un par de novios serios en toda su vida. Con el primero ni siquiera llegué a acostarme, así que mi experiencia era limitada. Además, soy bastante tímida, sobre todo cuando no conozco a la gente y no le tengo confianza. Por lo tanto, el comentario de la niña diciendo que no iba a casarme nunca me dejó tocada. Ya os podéis imaginar... Reloj biológico activado, los treinta a la vuelta de la esquina y ni una perspectiva de conocer a un hombre interesante. Porque, vamos a ver, eso que sucede en las películas románticas de sobremesa, en las que la profesora soltera acababa conociendo al padre viudo y tío bueno, es un mito. Creedme. La mayoría son casi calvos o tienen barriga cervecera o están felizmente casados. Padres solteros, predispuestos al amor y con un mínimo de atractivo hay pocos, me lo dice la experiencia. De compañeros de trabajo ni hablamos... o demasiado jóvenes o demasiado viejos. Y las expectativas de conocer a alguien fuera del colegio eran limitadas, por no decir casi nulas. Eso explica por qué cliqué sobre el enlace sin pensármelo dos veces para entrar en un mundo desconocido, misterioso y quizá incluso peligroso, llamado: página de contactos. Después se me pasaron las horas volando.

Tenía que crear un perfil, elegir una foto y contestar a medio millón de preguntas absurdas sin un fin definido. ¿A quién podía importarle cuál era mi ascendente zodiacal? ¿En serio? Bueno, obviando eso, había preguntas sobre aficiones e intereses, mascotas, comidas favoritas o creencias religiosas que estaban muy bien y que podían ser clave para encontrar a alguien compatible. Un par de horas después, finalicé el registro eligiendo una foto del anuario del colegio en la que salía muy recatada, para que todos esos hombres de la página no pensarán que era una loba desesperada por ligar. Blusita abrochada al cuello y aire de maestra que no podía alentar a los salidos ni crearles una idea equivocada. Quería ofrecer una imagen de seriedad, que es lo que era: una mujer seria y responsable que buscaba a un hombre serio y responsable; así lo expuse en mi descripción personal. Por si fuera poco, en un arranque, decidí pagar una cuota mínima de prueba durante un mes para poder contactar con todos los usuarios y utilizar todas las opciones de la página. Venga, a lo grande. En fin... No quería parecer desesperada, pero lo estaba. Pagar para ligar, ¡qué vergüenza! Estaba acabada, pero no se me ocurría otra opción, así que me lancé a por todas. Suspiré cansada tras el esfuerzo mental. Solo quedaba esperar a que alguien me escribiera o quisiera chatear o lo que fuera que se hiciera en la página esa para ponerse en contacto.

Noté cómo Maléfica enroscaba la cola en mis tobillos y me di cuenta de que había llegado la hora de cenar. Apagué el ordenador, recogí la taza sucia y me fui a la cocina seguida por mi mascota.

Hacia más o menos un año que había adoptado a la gata. En el refugio de animales me dijeron que sus antiguos dueños la habían tenido que dar en adopción porque tuvieron un bebé y se volvió muy celosa, pero que en realidad era una siamesa cariñosa y adorable. Sabía que no estaba bien cambiarle el nombre, no obstante, en cuanto me dijeron que se llamaba *Muffin* comprendí que, tanto por su bien como por el mío, teníamos que elegir otro. Soy consciente de que ponerle Maléfica tampoco fue un cambio positivo, pero cuando llegamos a casa y descubrí cómo era en realidad, no pude elegir otro más apropiado. Maléfica era una gatita orgullosa, posesiva y tremendamente egoísta, que solo hacía muestras de cariño cuando estaba hambrienta, como en aquel momento, que me miraba con sus ojos azules brillantes mientras me veía abrir una lata *gourmet* que costaba una pasta en comparación con el pienso vulgar que intentaba endosarle a veces. Ni aun así había logrado ganármela. Se notaba que hacía muchos esfuerzos y muchas concesiones para compartir su nuevo hogar con una humana molesta e insoportable como yo. Bienvenidos al mundo gatuno. Quienes tengáis alguno en casa lo comprenderéis, porque en el momento en que abris vuestras puertas a un gato, automáticamente se convierte en el dueño del lugar. Maléfica adoraba despedazarme la ropa interior, arañarme las fundas de los sofás y dormir encima de mis zapatillas favoritas, pero era incapaz de hacerme un arrumaco o darme un tierno beso con su lengua rasposa. Así que ahí estábamos, soportándonos y conviviendo en una falsa armonía. Si yo le servía comida de la buena, ella se portaba relativamente bien y me dejaba un sitio en el sofá para ver la tele y estar en tregua durante unas horas.

El nombre se me ocurrió el primer día que la dejé sola en casa y a la vuelta la encontré devorando uno de mis carísimos conjuntos de ropa interior. Lo único que me vino a la mente, después de una dura lucha en la que intenté arrancar de sus fauces mi precioso tanga de encaje destrozado, fue algo así como: «¡eres maléfica!». Aquel día aprendí una gran lección: no volver a dejar la ropa interior a su alcance. Y no lo he vuelto a hacer, claro que no, aunque ella es muy lista y pronto aprenderá a abrir

los cajones de la cómoda. No me cabe duda.

Le serví la cena a la reina de la casa y me preparé una hamburguesa con patatas fritas y un montón de mayonesa. Luego me fui al salón a ver la tele. Daban un programa de entrevistas muy interesante y esa noche hablaba uno de mis escritores favoritos. Subí el volumen mientras le daba un buen mordisco a mi cena. Os preguntaréis por qué me estaba metiendo semejante bomba de calorías por la noche. La respuesta es muy sencilla: quería engordar. Además, había leído un artículo en una revista en el que explicaban que uno de los alimentos que ayudaba a aumentar el pecho de manera natural era la carne. Así que ahí estaba yo, devorando carne sin parar para que me crecieran los pechos como por arte de magia.

Mis amigas me odiaban por ello. Sobre todo Su, que siempre estaba a dieta sin ninguna necesidad porque estaba estupenda con su cuerpo maravilloso repleto de curvas. Yo, en cambio, estaba como un palillo. Podía comer sin parar y seguir igual de delgada. Reconozco que tenía un poco trauma, fueron muchos años de acoso escolar y de aguantar que todos me llamaran flacucha y atrocidades varias. Aún no lo había superado.

Recuerdo que una vez tuve que comprarme unos vaqueros en la sección infantil de una conocida cadena de tiendas porque en la de adulto no tenían de mi talla. Con el estrés del colegio, los nervios y demás, había adelgazado un par de kilos y no encontraba nada que me quedara bien. Tuve que mentir a la dependienta y decirle que los pantalones eran para mi sobrina. Qué vergüenza. Ni me los probé. Me los llevé casi cual ladrona, oculta tras mis gafas de sol y mirando a todos lados para asegurarme de que no hubiera nadie que pudiese reconocerme, ya que soy profesora y en este tipo de tiendas puedo cruzarme con cualquiera de mis alumnos. Por suerte, aquel día estaba despejado y pude salir de allí con algo de dignidad...

De anécdotas como esa tengo miles. Así que comprenderéis porque me sentía tan mal conmigo misma y arrastraba tantas inseguridades.

Unos minutos después, mientras comía patatas fritas con la mano y estaba en el momento más interesante de la entrevista, totalmente concentrada, escuché el ruido de unas llaves introducirse en la cerradura. Genial, ahí estaba mi madre y me pillaba con las manos llenas de aceite y las comisuras de los labios manchadas de mayonesa.

—¡Bomboncito! ¡Mami está en casa! —gritó desde el pasillo.

Por supuesto no se dirigía a mí. ¿Qué os pensabais, ilusas?

Maléfica apareció trotando desde la cocina más contenta que unas pascuas, haciendo tintinear el cascabel que le había comprado para celebrar nuestro primer mes juntas. Pensé que le encantaría y me ayudaría a ganármela, pero nada más lejos de la realidad... Sí, estaba encantada con su cascabel y su collar a juego con brillantitos, pero a mí seguía odiándome.

—¿Ya estás comiendo porquerías otra vez? —me preguntó mi madre una vez en el salón.

Maléfica me miraba orgullosa desde sus brazos, dejándose acariciar y hacer carantoñas sin bufar ni soltar un solo zarpazo, mientras ella le ofrecía una de las galletitas que guardaba en el bolsillo de la bata de estar por casa que vestía.

Mi madre y yo éramos muy parecidas y a la vez muy diferentes. Amabas tan delgadas, no demasiado altas, con los ojos azules y el pelo rubio. Sin embargo, teníamos personalidades totalmente opuestas. Ella era rencorosa y retorcida y yo era tímida, ingenua e insegura.

—Por más que comas siempre seguirás siendo una delgaducha, hija. Cuanto antes lo asumas mejor —me dijo sentándose en el sofá con la gata en el regazo. La acarició y, la muy traidora, ronroneó de placer.

—Mamá, te he dicho mil veces que no entres en casa sin llamar, ¿tanto te cuesta?

«Maldita la hora en la que le di un juego de llaves», pensé. Me ignoró, igual que yo había ignorado su puya, y se inclinó para coger el mando de la tele y bajar el volumen.

—Necesito que mañana vayas al supermercado. Te pasaré la lista por WhatsApp.

Mi madre y el WhatsApp, ¡qué peligro!

—No sé si mañana me dará tiempo, tengo una reunión de profesores a última hora.

Entrecerró los ojos y me miró fijamente durante unos segundos.

—No querrás que tu pobre madre, débil y enferma, se quede sin cenar, ¿verdad?

Vamos a ver, llegados a este punto os aclararé que ni estaba enferma, ni mucho menos débil. Lo que le pasaba era que tenía mucho cuento y sabía muy bien cómo manipularme. Lo peor era que yo me dejaba. Mi padre murió de un infarto, de un día para otro, cuando mi hermano tenía catorce años y yo diez, y mi madre tuvo que trabajar muy duro para sacarnos adelante. En aquel momento, con sesenta y seis años y prejubilada desde los sesenta y dos, sin haber superado aún el haberse quedado viuda tan joven, se dedicaba a hacerme la vida imposible. Vivía en el mismo edificio que yo y dependía de mí para casi todo. Desde que dejó de trabajar no paraba de quejarse de dolores que ningún médico había podido diagnosticar y se pasaba media vida apoltronada en el sofá viendo programas del corazón. Sufría de lo mismo que mis alumnos cuando no querían ir al colegio: puro cuento. Por si fuera poco, mi hermano vivía a las afueras de la ciudad y tenía familia numerosa, así que no podía ocuparse mucho de ella y todo recaía sobre mí. Era mi madre y la quería, pero a veces la amargura que desprendía era demasiado hiriente. Tenía la sensación de que me culpaba por algo del pasado y hablarlo con ella era imposible porque solo le gustaba atacarme.

—Está bien mamá, intentaré salir pronto del colegio y pasar por el supermercado.

—Bien. —Asintió y soltó suavemente a la gatita, que enroscó la cola en sus tobillos desesperada por recuperar su atención—. Vendré mañana, cariñito —le dijo rascándole detrás de las orejas. A mí solo me hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida.

Lo más curioso es que adopté a Maléfica en un acto de rebeldía. Mi madre siempre criticaba cualquier cosa que hacía y pensé que meter un gato en casa no sería una excepción, pero, sobre todo, deseé con todas mis fuerzas que mi nueva mascota la mantuviera alejada de mi piso y dejara de presentarse de manera inesperada cuando le diera la gana. Nada más lejos de la realidad... Desde la primera vez que se vieron se adoraron.

Cuando cerró la puerta, cogí el mando a distancia y subí el volumen, pero la entrevista ya se había terminado y los restos de hamburguesa se habían quedado fríos. Alargué la mano para acariciar a la gata y solo recibí un bufido por su parte, luego se subió al sofá que acababa de dejar vacío mi madre y se enroscó entre los cojines. Primero mi mascota, después mi madre, incluso algunos alumnos del colegio... ¿Por qué nadie podía quererme? Me pregunté con tristeza.

Capítulo 3

La noche de *Halloween* salí a cenar con las chicas. Vicky nos compró unas diademas muy monas con cuernos de demonio para disfrazarnos un poco y se hizo con un bote de sangre artificial en la misma tienda para retocarnos después de la cena. Nos maquillamos con ahumados negros en los ojos y los labios rojos. Las tres íbamos vestidas con los mismos colores, pero cada una en su estilo. Vicky llevaba un cortísimo vestido rojo de lentejuelas y unos tacones negros de infarto. Susana llevaba una falda corta y ajustada en negro y un top de raso en color rojo y yo llevaba unos pantalones pitillos negros y una blusa roja sin mangas muy mona. Quedamos en un restaurante mexicano poco conocido, aunque con una clientela fiel, que a nosotras nos encantaba porque la comida era deliciosa, tradicional y casera. Estábamos sentadas en los taburetes de colores, alrededor de una de las mesas adornada con un mantel floreado, e íbamos por nuestro tercer cóctel, por lo que estábamos muy alegres y nuestras risas resonaban por las paredes del pequeño local. Un grupo de chicos nos observaba desde la otra esquina, pero no les hacíamos ni caso. Pedimos nachos con guacamole para compartir y después los platos principales. Mis amigas se decantaron por los tacos y yo me pedí unos burritos que olían a gloria.

—El fin de semana que viene podríamos ir a la coctelería esa que está al lado de tu casa, Lisa —propuso Vicky saboreando sus tacos de nopal asado y queso—. Le eché el ojo a uno de los camareros la última vez que estuvimos allí.

—En serio, Vicky, no pierdes una... —bromeó Su.

—Claro que no. No soy como vosotras, pequeñas mojigatas.

De repente empezaron a llegarme mensajes al móvil. Mis amigas me miraron sorprendidas y yo intenté disimular. Desde que me había inscrito en Citas de Amor, había contactado con un par de chicos y me había descargado la aplicación al teléfono móvil para poder estar en permanente contacto. Uno era profesor y el otro trabajaba en un banco. Tenían buena pinta, sobre todo el profesor, que era con quien estaba intercambiando más mensajes. Me moría por explicárselo a mis amigas, no obstante, hasta que no tuviera alguna seguridad de que iba a funcionar prefería mantenerlo en secreto porque las conocía e iban a poner el grito en el cielo.

—¿Quién te escribe tantos mensajes, Lisa? —me preguntó Su.

—Eso, cielo. No nos estarás ocultando algo, ¿verdad? —La secundó Vicky.

—¿Yo? —pregunté haciéndome la loca—. Para nada... Es mi hermano pasándome fotos de mis sobrinos disfrazados. Están preciosos.

—Qué monos, enseñámelas —me pidió Su, que se lo había tragado todo. Vicky seguía observándome recelosa.

—Luego, que estoy casi sin batería —me excusé—. Entonces, Vicky, ¿dices que hay un camarero que te gusta? —pregunté para desviar la atención.

Y así fue como nos relató las grandezas del morenazo de ojos azules que trabajaba en nuestra coctelería favorita y se olvidaron del tema de los mensajes.

Era normal que a las chicas les sorprendiera lo activo que estaba mi teléfono móvil aquella noche. Yo siempre había sido una persona solitaria y con pocos amigos, que no solía recibir mensajes de casi nadie. Cuando iba al colegio, los niños se metían conmigo porque estaba demasiado delgada y era tan tímida que ni siquiera se molestaban en hablar conmigo si no era para burlarse. En la universidad me pasó un poco lo mismo. Además, intenté centrarme solo en estudiar y sacarme la carrera con matrícula y eso tampoco me ayudó. Sentía que se lo debía a mi madre, que había hecho muchos esfuerzos para pagarnos los estudios tanto a mi hermano como a mí, así que las relaciones sociales siempre habían quedado en un segundo plano. En el tema del amor seguí por el mismo camino. Estuve saliendo con un chico del pueblo donde veraneábamos cuando tenía dieciséis años. Todo fue muy platónico. Algunos besos, paseos de la mano y promesas que nunca jamás íbamos a cumplir, pero poco más. Más adelante, en tercero de carrera, salí con un compañero, otro empollón como yo, con el que perdí la virginidad y con el que estuve casi dos años hasta que nos dimos cuenta de que estábamos juntos por costumbre y que en nuestra relación no había ni un ápice de pasión. Desde entonces sequía total, aparte de tres o cuatro citas para salir a cenar que no me condujeron a nada. No fue hasta hace cuatro años, en una fallida clase de salsa a la que me apunté para socializar y hacer alguna actividad que me ayudara a desconectar del trabajo, cuando conocí a Vicky y a Susana y por primera vez tuve amigas de verdad. Aunque el tiempo confirmó que éramos personas completamente diferentes, conectamos desde el primer momento y con ellas me sentí aceptada y querida por lo que era. Por lo tanto, tenían mi lealtad y amor incondicional hasta el fin de mis días.

Antes de salir del mexicano, nos metimos en el minúsculo baño, nos retocamos el maquillaje y Vicky nos aplicó la sangre artificial con minuciosidad. Mientras mis amigas estaban distraídas intentando convertirse en unas inocentes diablillas, yo aproveché para sacar el móvil. Descubrí que tenía un par de mensajes de Toni, el profesor de la página de contactos, que me moría de ganas de leer. Una vez listas, salimos rumbo al centro de la ciudad para pasar la noche en una conocida discoteca. Entre decoraciones siniestras, con calabazas, murciélagos y telarañas y al son de *I need your love* de Calvin Harris y Ellie Goulding, me perdí entre la multitud, bailando descoordinada sin importarme lo más mínimo. Creo que los tequilas y el cubata que acababa de tomarme habían ayudado a que perdiera la vergüenza.

A la mañana siguiente me desperté presintiendo que alguien me observaba. Maléfica estaba sentada en la almohada junto a mi cara y me contemplaba con una expresión indescifrable en sus ojos azules. Nos quedamos así, en silencio, observándonos durante unos minutos hasta que maulló suavemente y puso una de sus patas oscuras sobre mi mejilla. Por un momento me tensé pensando que intentaría arañarme, sin embargo, dejó la pata ahí hasta que alcé la mano para intentar acariciarla y ella saltó de la cama de inmediato. Me levanté y la gata salió de la habitación orgullosa. Había logrado su cometido, que no era otro que despertarme para que le diera de comer. Le serví la comida, me preparé un café y me di cuenta de que eran pasadas las doce del mediodía y tenía resaca... Genial. No solía beber mucho alcohol y la noche pasada se me fue un poco el asunto de las manos. No recordaba muy bien cómo había llegado a casa. Deduje que las chicas me habían metido en un taxi y seguramente al llegar me había tirado en la cama casi inconsciente, por eso aún seguía vestida y maquillada como un mapache con churretes sangrientos.

—Dios mío, hija... Pero ¿qué te ha pasado? —exclamó mi madre detrás de mí, provocándome un principio de infarto.

Había vuelto a entrar sin llamar. Perfecto, lo que me faltaba.

—Mamá, ¿cuántas veces te he dicho que llames al timbre? —pregunté al infinito porque sabía que me ignoraría como hacía siempre.

—¿No se lo habrás hecho tú, bomboncito? —le preguntó a la gata suponiendo que los restos de sangre artificial resecos eran en realidad arañazos.

—Ayer salí con las chicas y nos maquillamos para celebrar *Halloween*.

Ella me miró mal. No le gustaba que saliera hasta tarde y menos verme aparecer con ese aspecto y a esas horas.

—Será mejor que te arregles, a las dos y media tenemos que estar en casa de tu hermano y es evidente que llegaremos tarde.

Maravilloso. Lo había olvidado por completo. Aquel día teníamos una comida familiar en casa de Víctor. Por lo tanto, me tocaba pasarme una hora de viaje en tren con mi madre y sus críticas. El día mejoraba por momentos.

—Voy a ducharme —le dije cogiendo un par de ibuprofenos y tragándomelos con la esperanza de que obraran un milagro.

—Date prisa. Odio llegar tarde y lo sabes.

—Sí, mamá.

Me metí en el baño dando un portazo y dejé a mi madre y a mi gata en la cocina prodigándose carantoñas.

Si el viaje de ida fue un suplicio, el de vuelta fue peor. Mi madre estuvo criticando a mi cuñada y encontrando pegas a todo lo que había hecho, desde la comida que nos había servido hasta la distribución del mobiliario del salón, pasando por la ropa que llevaban mis sobrinos o el aroma del ambientador de baño. De hecho, lo único bueno de aquel día había sido poder pasar un rato con los niños. A mí me encantan, es evidente, porque lo de ser maestra es algo vocacional. Todas esas cualidades que perdemos cuando nos hacemos adultos siguen vivas en ellos. La candidez, la generosidad, la entrega, la motivación, el entusiasmo, la espontaneidad... Todo les sale de manera natural. En ellos no hay dobleces ni engaños. Un niño siempre dice lo que piensa y sabe perfectamente lo que quiere, nunca traiciona, es transparente. Por eso me gustan tanto. Y qué decir de mis sobrinos, mis pequeños angelitos de edades comprendidas entre los once y los cinco años. El mayor, Gabriel, es muy inteligente para su edad y le encantan las matemáticas. Le adoro. Lucía, es toda una princesita. Me vuelvo loca comprándole vestidos, me dejo medio sueldo en ella. Los pequeños, Jorge y Rubén, son gemelos y unos terremotos con una energía inagotable. Con cinco años son unos auténticos pillos y siempre saben cómo conseguir lo que quieren. No puedo imaginar cómo se las arreglan Víctor y Paula, mi cuñada, para ocuparse de semejante tropa, pero ellos parecen muy felices con sus retoños e incluso hablan de

ir a por el quinto. ¡Insensatos!

A las nueve y media de la noche, me dejé caer en el sofá de mi casa agotada. Si ya no estaba acostumbrada a tener resaca, peor era pasarla rodeada de niños, en una casa ajena y aguantando a mi madre durante dos horas entre ida y vuelta de tren. Unos cinco minutos después de sentarme, Maléfica se acercó a mí y tiró con los dientes de la pernera de mi pantalón ansiosa por su lata *gourmet*.

—Quieres comer, ¿eh?

La subí a mi regazo y de inmediato se puso tensa. No entendía por qué soportaba las caricias de todo el mundo menos las mías. Estaba planteándome llevarla a un psicólogo para gatos. Quizá necesitábamos hacer terapia, como la de pareja, o algo así... No sabía mucho de esas cosas ni de cómo funcionaban, pero si servía para que nuestra relación mejorara, estaba dispuesta a todo. Después de una dura lucha de voluntades, en la que yo la mantuve anclada sobre mis piernas con un brazo de acero y ella se dedicó a clavarme las uñas en los muslos, al fin se relajó un poco y se sentó.

—Buena chica... —Le acaricié el lomo y ella se mantuvo inmóvil, tolerando mi contacto a cambio de comida de calidad.

Sin embargo, yo no quería eso. Yo quería el cariño incondicional de mi gatita, al menos algo parecido al amor que veía en sus ojitos azules cada vez que nos visitaba mi madre. Así que la dejé ir y me levanté en dirección a la cocina.

Mientras cenábamos en silencio, ella una lata de mousse de pato y espinacas y yo un plato de pasta con albóndigas, siguiendo con mi dieta a base de carne para aumentar el tamaño de mis pechos, estuve leyendo algunos mensajes. Los que más me interesaban eran los de Toni, el profesor de la página Citas de Amor. Me había escrito un correo electrónico muy extenso relatándome una anécdota sucedida aquella semana con un alumno del instituto en el que trabajaba. Por lo visto se enzarzaron en un debate sobre política en una de sus clases de historia. Decía que estaba sorprendido porque la mayoría de alumnos de quince años nunca mostraban tal entusiasmo, más bien un pasotismo extremo, cuando se ponía a hablar sobre cualquier tema acontecido más de seis meses antes. Así que el muchacho, según él, apuntaba maneras.

Me gustaba Toni. Solo le conocía por lo que me decía en sus mensajes y por sus fotos, pero me parecía muy atractivo a todos los niveles. Tenía el pelo rubio oscuro bien peinado con ralla al lado y llevaba gafas de pasta con montura negra. El rostro era de mandíbula cuadrada y facciones marcadas y los ojos grandes de un color azul cobalto. Siempre vestía de camisa y traje, como me gustaba a mí. Los hombres en los que me fijaba debían inspirar seguridad, ser cultos, inteligentes, respetables, con trabajos formales y vestir bien. Y él era así, un hombre prácticamente perfecto, que había encontrado en una página de contactos, ¡qué suerte! Para no creerlo. El único defectillo que le veía era que le encantaba hablar sobre sí mismo. Había días en los que me hubiera gustado que me preguntara qué tal con mis alumnos o qué habíamos hecho en clase, pero nunca lo hacía. Creo que consideraba que lo de ser profesora de primaria no estaba a la altura de lo que hacía él. Llamadme mal pensada, pero me lo había dado a entender muchas veces con las respuestas que me daba en sus mensajes. En fin... Esos detalles no acababan de gustarme, no obstante, quería darle una oportunidad. Empecé a teclear dispuesta a responder a su mensaje con otro igual de formal y bien redactado y así acabé de pasar la jornada.

El sábado por la noche salí con las chicas. Cenamos fajitas, porque éramos adictas a los restaurantes de comida mexicana, y luego nos fuimos a tomar algo a la coctelería que estaba cerca de mi casa ya que Vicky seguía obsesionada con volver a ver al camarero de ojos azules. Me había pedido un San Francisco sin alcohol. Tras la resaca de la noche de Halloween no quería volver a beber. Estábamos manteniendo una de nuestras conversaciones profundas sobre la vida en general y sobre hombres en concreto, porque las tres estábamos solteras y era un tema recurrente. Vicky lo estaba por convicción. Su por miedo tras haber sufrido algunos desengaños amorosos y yo..., yo por falta de oportunidades, por muy triste que pudiera parecer, así que no vi mejor momento para explicarles lo de la página de contactos.

—La verdad, chicas... —susurré dejando mi bebida sobre la mesa e inclinándome con aire conspirador hacia el centro—. Bueno, yo me..., me he apuntado a una página de esas, ya sabéis...

Vicky se puso a gritar, como hacía siempre, hasta que algunas cabezas de las mesas de alrededor se giraron a mirarnos. Yo estaba roja como un tomate. Ya os lo he dicho, soy muy tímida y no soporto centrar la atención sobre mi persona, así que la mandé callar. Su me secundó al cabo de unos minutos, en cuanto Vicky le dijo que ella también tendría que probarlo porque llevaba demasiado tiempo sin salir con nadie y la página de contactos parecía un buen punto de partida para volver a entrar en el mercado. Sospechábamos que Su estaba coladita por su fisioterapeuta, el que la trataba desde que había sufrido un accidente de moto hacia unos meses. Ella lo negaba rotundamente, sin embargo, cuando nos hablaba de él se le iluminaban los ojos de tal manera que no dejaba lugar a dudas. Sabíamos que cuando estuviera preparada nos hablaría de sus sentimientos, por eso no queríamos presionarla. Mi amiga se cerró por completo a la idea de crearse un perfil en Citas de Amor. Dijo que meterse en esas páginas era un peligro y que yo estaba loca por haber entrado. Les conté que Toni parecía un chico de confianza y muy formal, pero siguió insistiendo en que era peligroso y que los tíos solo estaban ahí para... bueno, en busca de sexo fácil, por decirlo de una manera suave. Reconozco que en un principio también pensé que podría ser peligroso y llevé pies de plomo, pero aquí entre nosotras, estaba desesperada y al final la cosa no estaba saliendo tan mal. Tras discutir sobre el tema y sacarle los pros y los contras, nos tomamos una segunda copa, que me forzaron a beber con alcohol, y Su y yo nos fuimos para casa. Vicky se quedó ligando con el camarero. Mi amiga siempre conseguía lo que se proponía, qué envidia me daba.

A la mañana siguiente me levanté temprano para ser domingo. Estuve haciendo un poco de limpieza y puse una lavadora. Después me fui a la cocina a preparar algo de comer y me senté a degustar una bandeja de seis canelones de carne que había gratinado en el microondas bajo la atenta y dolido mirada de Maléfica, que al mediodía tenía que conformarse con su pienso para gatos de marca blanca. Sentada en el sofá, con un café en la mano y el mando a distancia en la otra, intentaba encontrar un canal donde ver una película con un argumento lo suficientemente soporífero para echarme la siesta. De pronto me vibró el móvil. Era el sonido que le había puesto a las notificaciones del grupo de WhatsApp que tenía con mis amigas, así que lo cogí y leí que Su se había lanzado por la noche, aún borracha, y se había inscrito en la página de contactos. Nos dijo que ya nos contaría los detalles y nos dejó colgadas diciendo que se iba a la ducha. Intercambié algunos mensajes con Vicky en los que nos quejamos por el comportamiento de Su y por no habernos querido contar los detalles suculentos y me quedé un rato absorta en mis pensamientos. Con la tele puesta casi al mínimo y el café frío en la mano, me di cuenta de que mis amigas, cuando querían algo, se lanzaban a por ello sin miedo. Sin embargo, yo era incapaz de actuar sin pensar. Lo más loco que había hecho en mi vida había sido adoptar a Maléfica y crearme el perfil en Citas de Amor, pero al paso que iba me tiraría meses chateando con chicos como Toni, poco atrevidos como yo, sin conseguir ningún resultado y eso era justo lo contrario a lo que quería. Por lo que, armándome de valor y en un arranque, cogí el móvil y busqué su contacto. Con dedos temblorosos, presioné el número y me llevé el teléfono a la oreja con miedo a que respondiera o a que rechazara la llamada. No sabía qué sería peor. Tras seis tonos eternos en los que estuve conteniendo el aliento y temblando como un flan, lo cogió.

—¿Lisa?

—Hola, Toni —saludé con voz rasposa. Carraspeé para aclararme la garganta, que se me había quedado seca—. Ya era hora de que nos pusiéramos voz, ¿no te parece?

—Sí, sí, claro... —exclamó nervioso—. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Y a partir de ahí, aunque en un principio parecía reticente y algo avergonzado, se produjo una conversación que duró casi tres cuartos de hora en la que descubrí que Toni tenía un lado divertido y una voz muy sugerente al teléfono, además de muchas más cosas en común de las que por mensaje habíamos notado. Se mostró encantado de que hubiera tomado la iniciativa y se comprometió a hacer la siguiente llamada. Cuando colgamos me di cuenta de que la vergüenza no sirve para nada y de que, a veces, en la vida es necesario arriesgar para conseguir que sucedan cosas. En aquel mismo instante prometí despedirme de esa Lisa que no se atrevía a nada y me juré ir con valor a por todo aquello que deseara.

Adiós, Lisa cobarde... Adiós.

Capítulo 4

El lunes al mediodía, en el descanso para comer, estuve intercambiando mensajes con Su. Me había traído una fiambra con albóndigas que me habían sobrado del fin de semana y me las comí en la sala de profesores, así aproveché para repasar el temario de las siguientes semanas y hacer algunas llamadas para concertar autocar y entradas para la salida que teníamos programada a fin de mes con los niños al teatro. Su me comentó que tenía toda la intención de borrar su perfil en Citas de Amor y yo le insistí para que le diera una oportunidad, quizá entre tanto tarado, al final le llegaba el mensaje especial. No estaba muy convencida, pero me dijo que se lo pensaría.

Yo estaba encantada con Toni. El otro chico, el banquero con el que había estado hablando al principio, había dejado de escribirme. No me importó, mi profesor de secundaria tenía muchísimas posibilidades. El domingo por la noche me llamó de nuevo para desearme buenas noches y yo sonreí como una adolescente embobada mientras hablábamos, entre tímidos y cohibidos, pero muy ilusionados. Sí, todo iba por muy buen camino y Toni era una apuesta segura. Exactamente lo que necesitaba en mi vida, algo sin sobresaltos, firme y a lo que poder aferrarme sin miedo. Lo de arriesgarse no era algo que pudiera aplicarse a todo y en el amor prefería ser cauta y jugar una mano segura. La experiencia me había demostrado que no era un tema que dominara y en el que pudiera manejarme con fluidez y seguridad, así que era mejor dar pasitos pequeños y no lanzarse al vacío. La cautela es una virtud. Al menos eso me repetía una y otra vez mi madre.

Como aún me sobraba algo de tiempo antes de empezar las clases de la tarde, aproveché para consultar mi correo electrónico personal y descubrí que me había llegado respuesta de una conocida clínica de estética a la que había escrito, solo por curiosidad, preguntando precios para una operación de aumento de pecho. No me planteaba en serio la idea de operármelo, en realidad había sido algo impulsivo, para tantear el terreno, nada más... Abrí el correo sin ponerme nerviosa, ni siquiera sentía un poco de inquietud, ese temblor en la mano no era un signo delator. No, ¡qué va! Solo estaba aburrida y leerlo no me iba a hacer ningún daño, ¿verdad? Una mujer de este siglo necesita estar informada sobre todas las posibilidades que la tecnología y la medicina pueden ofrecerle, eso era todo. Dentro no había una respuesta concreta, solo una invitación para visitar uno de sus centros de la zona alta de la ciudad al día siguiente a las seis de la tarde. Allí valorarían mi caso y me ofrecerían un presupuesto sin compromiso y de manera gratuita. Por supuesto no iba a ir. Claro que no.

A la mañana siguiente, sobre las seis de la tarde, esperaba pacientemente sentada en la fría y funcional salita de espera de la clínica con paredes pintadas de blanco, sofás blancos de cuero y un aire tan aséptico y blanco, que daba escalofríos. Me habían ofrecido un café y también habían puesto a mi disposición un par de revistas y un montón de folletos que estuve ojando sin demasiado interés. Sí, sé lo que estáis pensando, eso de dejar atrás a mi lado cobarde se me estaba yendo un poco de las manos, pero es que estaba muy acomplejada. Demasiados años escuchando lo de que parecía un palillo o que era una flacucha y demás insultos que habían hecho mella en mí y en una autoestima que nunca había estado sana del todo. Había leído por Internet y en varias revistas de moda el testimonio de muchas mujeres que aseguraban que, tras una sencilla operación de cirugía estética, su vida había cambiado por completo. Mejoraban su modo de vestir, su manera de pensar e incluso el modo de relacionarse con los demás. ¿Quién iba a resistirse a algo así? Era como tener el elixir de la felicidad al alcance de la mano o de unos pocos miles de euros.

Mientras pasaba páginas de la revista sin prestarle atención, pensaba que tampoco estaba tan plana. Muchas chicas tenían la misma talla de sujetador que yo y estaban muy contentas con ella, pero había llegado un momento en el que solo veía campo raso cuando miraba mi escote. Estaba traumatizada. Creo que mi mente me jugaba más de una mala pasada en ese aspecto y en vez de acudir a un terapeuta que pudiera guiarme y ayudarme al respecto, estaba ahí sentada, dispuesta a gastarme una fortuna en cambiar mi exterior cuando el problema estaba en el interior. En ocasiones como aquella me preguntaba cómo era posible que hubiera terminado la carrera de magisterio con honores siendo tan idiota. En fin...

En la salita también esperaban una mujer y su hija adolescente con la cara llena de acné. Parecían impacientes por un tratamiento milagroso que solucionara el problema de la más joven. A la izquierda, acomodada en un silloncito, había una señora mayor con unos labios gruesos como salchichones. Qué horror, daba miedo. Os juro que intentaba no mirarla, pero era imposible. ¿Sabéis eso que pasa cuando vas en transporte público y hay alguien de quien no puedes apartar la mirada? Pues eso me pasaba a mí con doña bótox: atracción. Lo peor es que no estaba disimulando para nada mi cara de asco y seguro que me lo estaba notando. Pobre mujer, qué pena me daba. Me pregunté quién la habría engañado para someterse voluntariamente a aquello.

Esperé unos diez minutos más y me hicieron pasar a una consulta donde una amable doctora valoró mi caso y me habló sobre la operación y sus riesgos para ver si estaba realmente convencida de lo que quería hacer. La mujer intentaba sonreír todo el rato, pero después de tanto *lifting* solo lograba hacer una especie de mueca horripilante. Dios mío, más que una clínica pija de estética, aquello parecía el circo de los horrores. Empezaba a arrepentirme de haber ido y a temer por mi vida. Me hicieron una demostración virtual de cómo quedarían mis pechos después de la operación y el aumento iba a ser considerable.

—Lisa, ¿te has planteado retocarte la nariz? —me preguntó la doctora tuteándome para dar una falsa sensación de confianza. Me miraba fijamente y hacía caras raras, como si yo fuera una especie de Pinocho, mientras ponía un bolígrafo frente a mi cara y empezaba a tomar medidas—. Esa pequeña desviación que tienes en el tabique podría solucionarse de manera rápida y eficaz. Tenemos más del noventa y nueve por ciento de éxito garantizado en rinoplastias y, no es por nada, pero soy una de las mejores.

«¿Desviación en el tabique?», me pregunté pasando del resto de la explicación. Aquello me había molestado. Me llevé un dedo a la nariz y la recorrí de arriba abajo. Yo no notaba ninguna desviación. Mientras seguía con su discurso sobre operaciones y quirófanos, pensé que, con la mala suerte que tengo, seguramente sería ese pequeño uno por ciento que acababa muriendo en el quirófano por una intervención menor. ¿Realmente me estaba planteando operarme y arriesgar mi vida por aumentar un par de tallas el pecho? No, ni loca. Ni siquiera entendía qué demonios estaba haciendo allí.

—Incluso esas pequeñas arruguitas en la comisura de los ojos... —Seguía la mujer, mirándome como si fuera un proyecto, un experimento o un ser defectuoso que necesitara de sus manos milagrosas—. Podríamos hacer un *pack* completo, que te saldría muy económico, y solucionarlo todo. Todavía eres joven, solo haría falta un poco de bótox para ocultar esas arrugas prematuras y con el tiempo iríamos planteándonos otras vías y tratamientos.

Vale. Suficiente. Le di las gracias y acepté el papeleo que me tendió la recepcionista al salir de allí y que dejé caer en la primera papelera que encontré poco antes de meterme en el metro y volver a mi casa como alma que lleva el diablo.

El viernes por la noche cenamos en casa de Su. Vicky y yo quedamos un poco antes y fuimos a comprar un par de pizzas y unas tarrinas de helado de chocolate belga, el favorito de nuestra amiga, a ver si así podíamos tentarla y quitarle de la cabeza la absurda obsesión por la dieta. Ya había llamado a Vicky y la había amenazado de muerte si no le llevaba una ensalada. Una vez en su casa nos sentamos sobre los cojines en el suelo, alrededor de la mesita de centro, y nos dimos un atracón a pizza barbaoca. Mientras, Su nos miraba como un perrillo callejero, hambriento y abandonado, mordisqueando la lechuga.

El jueves, hablando con Toni, acordamos que había llegado el momento de avanzar un poco más y dar el siguiente paso. Teníamos una cita. Normalmente me habría puesto muy nerviosa, pero en aquel caso me sentía bastante tranquila. Con Toni las cosas eran previsibles, sin sorpresas y sin imprevistos. Sabía qué clase de hombre iba a encontrarme y no me daba miedo en absoluto. Les comenté a las chicas lo que quería ponerme para acudir a la cena que tenía prevista para la noche del sábado y ellas me dieron sus opiniones, asegurándome que estaría preciosa. Sin embargo, yo seguía pensando que estaba demasiado delgada y que nada me quedaría bien. Ya podía atiborrarme a pizza y helado, que no había nada que hacer.

Vicky nos habló de cómo iban evolucionando las cosas con el camarero de la coctelería, porque evolucionaban, y enfatizaba en ello porque mi amiga era una devoradora de hombres, de esas que cada fin de semana tenían presa nueva, y nunca se comprometían con nadie. Envidiaba su libertad y su capacidad para actuar sin preocuparse nunca del qué dirán. Era mi ídolo, mi modelo a seguir, aunque yo jamás de los jamases podría ser tan lanzada y despreocupada como ella.

—Chicas, ¿no os parece que tengo el tabique nasal un poco desviado? —pregunté después de tragar una cucharada de helado.

—¿De qué hablas, cielo? Precisamente tú no tienes nada desviado, eres la rectitud en persona —bromeó Vicky asombrada.

—Es que el otro día me estaba mirando en el espejo y me pareció que me hacía un poco de curva hacia la izquierda. —Ambas me miraron fijamente, algo parecido a lo que había hecho la doctora cuando valoraba con ojo clínico mi nariz, y negaron con la cabeza—. Y aquí, en la comisura de los ojos... —Señalé la zona—. ¿No veis

arrugas?

—Lisa, ¿vas borracha? —Vicky agarró mi copa de vino, la olfateó para asegurarse de que era el lambrusco que nos había servido Su, y la alejó de mí.

—Cariño, eres preciosa. No hay ninguna arruga ni imperfección en ti. Pareces un ángel —me aseguró Su y me besó en la mejilla.

—Si yo tuviera tus rasgos y esos enormes ojos azules, sería más feliz de lo que soy, Lisa, créeme —afirmó Vicky alzando su copa y bebiendo un buen trago.

Bueno, ¿qué puedo decir? Eran mis mejores amigas y las dos únicas personas del mundo que me querían de verdad, además de mis sobrinos, así que las creí. Se me fue la cabeza al ir a esa estúpida clínica de estética. No sé en qué estaba pensando cuando lo hice.

Más tarde, recogimos los restos de pizza y bajamos la basura. Le dejamos a Su la tarrina de helado en la nevera, a ver si lográbamos tentarla. No sabía ella la envidia que me daba con ese cuerpazo. No iba a permitir que lo echara a perder a base de dietas absurdas. Cuando llegué a mi casa estaba mucho más tranquila. Me desmaquillé y me miré al espejo con atención. Otra vez volvía a ver a la de siempre. Cero imperfecciones y cero tetas. Pero bueno, ese era otro tema...

Lo de que no estaba nerviosa fue puro cuento. El sábado por la tarde estaba en pleno ataque de histeria viendo que las horas se me echaban encima y que todavía no había sido capaz de elegir un conjunto para la cena de esa noche. Al final llamé a Su para pedirle consejo. La experta en moda era Vicky, pero solía pensar que yo era más atrevida de lo que soy y no podía fiarme del todo de sus consejos. Además, lo que para ella era sexi, para mí era excesivamente atrevido y lo que para mí era formal, para ella era un hábito de monja. Antes de pasarme dos horas discutiendo sobre ello, prefería ir a lo fácil y hablar con Su. Acordamos que me haría una foto con los tres conjuntos que había elegido y se las pasaría por WhatsApp para que me diera su opinión.

Primero me probé un conjunto un tanto recatado incluso para mí de falda y blusa floreada, que Su descartó al momento. Luego me probé un pantalón negro con un top color coral que me había comprado en un momento de optimismo, pensando que me atrevería a ponérmelo a pesar de tener un escote excesivamente pronunciado para mí poco pecho, pero que era tan bonito que no pude resistirme a comprarlo. A todas os habrá pasado alguna vez, ¿en qué armario de mujer no hay prendas sin estrenar? Por favor... A Su le encantó el conjunto, pero me dijo que antes de decantarse por ese quería verme con el otro. Así que, por último, me probé el vestido negro que había sido desde el principio mi primera opción. Aunque el negro adelgaza, ese vestido me hacía sentir muy cómoda. Falda con vuelo, corpiño ajustado y escote discreto, que combiné con un cinturoncito plateado de Guess que iba a conjunto con el bolso. Su me dijo que, sin lugar a dudas, la tercera era la opción acertada, así que le hice caso. Colgamos, pero antes me obligó a jurar tres veces que la iba a llamar si pasaba cualquier cosa y a mandarle un mensaje cuando llegara a casa, fuera la hora que fuera. Le preocupaba que saliera por ahí con un desconocido de Internet, aunque con Toni iba a estar segura. Ese hombre era inofensivo.

A las nueve y media en punto, me bajé del taxi frente a la puerta de un restaurante caro en una concurrida calle repleta de locales de ocio para gente con dinero. Toni había insistido en invitarme y reservó mesa asegurando que me iba a encantar. Yo nunca había cenado allí, se me iba del presupuesto siendo sincera, pero me atraía la idea. Agarré mi bolsito con ambas manos, que estaban heladas, y tragué saliva algo nerviosa. No tenía dudas sobre lo que iba a hacer, pero siempre quedaba dentro aquella inquietud de citarte con un extraño, descubrir si conectarás con él o si será un pirado que se ha hecho pasar por profesor o cualquier cosa rara que una se pueda encontrar jugando con desconocidos. Me arrepentí de no haber trazado un plan alternativo con las chicas para salir airosa de la situación si el tío resultaba ser un loco o un soso monumental. Caminé los pocos pasos que me separaban de la entrada del restaurante y me fijé en el hombre que esperaba impaciente, mirando a un lado y a otro y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Era Toni. Llevaba puesta una americana gris y una camisa en color burdeos. En la mano llevaba una bufanda en tonos oscuros y lucía las gafas de pasta. Iba bien peinado y bastante perfumado. Lo noté al detenerme frente a él, a escasos centímetros. Era *Le Male* de Jean Paul Gaultier, si no me fallaba el olfato.

—Hola —saludé tímidamente—, soy Lisa —me presenté tendiéndole la mano.

—Lisa... —susurró mi nombre y me observó con sus ojos de color azul cobalto y mirada amable—. Un placer conocerte.

Me cogió la mano por la punta de los dedos, alzándola con delicadeza, y me besó en los nudillos. Muy caballeroso. Me encantó en el mismo instante en que le vi, embriagada por su olor y su elegancia, pero cuando sentí sus labios suaves y carnosos sobre mi mano, me tuvo ganada.

—Igualmente —respondí con las mejillas sonrojadas.

—¿Entramos?

Puso una mano en la parte baja de mi espalda, guiándome con delicadeza al interior del restaurante, donde un *maitre* nos llevó a nuestra mesa. Ambos pedimos un Martini mientras esperábamos que nos sirvieran la cena. Como entrante nos decantamos por la recomendación del chef de aquella noche: sopa de marisco fría con bogavante. Pedimos el plato principal y Toni se ocupó del vino, así que no tuve que tomar muchas decisiones. Me di cuenta de inmediato de que era un hombre al que le gustaba asumir el control y a mí, por el momento, no me molestaba en absoluto. Jugueté con la aceituna del Martini para hacer algo con las manos porque nos habíamos sumido en un silencio angustioso al sentarnos a la mesa. Aunque lo intentaba disimular, se veía que Toni estaba nervioso. No paraba de tocarse el cuello de la camisa y de mirar a un lado y a otro buscando inspiración divina o un modo de salir de allí huyendo. No era posible que por culpa de nuestra timidez aquello se fuera al traste antes de empezar. Me negaba rotundamente. Iba a hacer algo ya.

—Este sitio es precioso —comenté intentando sacar conversación.

—Sí, lo es —respondió escueto. Qué difícil me lo estaba poniendo. Un poco soso sí que era y eso que por teléfono parecía más abierto.

El sitio era realmente increíble. Luces suaves, ambiente íntimo, mesas con manteles de lino en tonos piedra y azul cielo, frente a cómodos sofás con grandes cojines y cócteles deliciosos, además de un servicio impecable. Esperaba que la comida estuviera a la altura porque Toni iba a dejarse un buen dinero allí aquella noche.

Nos salvaron las sopas frías que nos sirvió un atento camarero. Desdobló la servilleta de lino mientras me servía una copa de vino blanco, después sostuvo la cuchara sobre el plato y me di cuenta de que me temblaba tanto el pulso que, como se me ocurriera coger una cucharada, la cosa iba a acabar en desastre. Levanté la mirada y vi que a Toni le estaba pasando algo parecido porque miraba su plato con horror mal disimulado.

—Tendríamos que haber pedido la ensalada de espárragos —le dije para aligerar la situación. Él me miró y asintió sonrojado. Qué mono.

—Sí, lo de la sopa ha sido una mala idea —admitió sonriente y un poco más relajado al ver que yo o pensaba lo mismo.

—Es como pedir espaguetis con salsa boloñesa... En la primera cita, nunca.

—Exacto. O las espinacas.

—Oh, sí. Las espinacas también.

—Recuerdo que hace par de años salí con una chica. Ella pidió lasaña de verduras para cenar y la pobre se pasó toda la noche con un trocito de hoja verde pegado entre los dientes.

—¿En serio?

No podía creerlo, aquella tenía que ser la peor pesadilla de todo ser humano, después de la de tener un moco en la nariz y que nadie se atreviera a mencionarlo... Hay que ser mala persona para eso.

—Sí, sí... Lo peor fue que no tuve el valor suficiente para decírselo. Me parece que pasé más vergüenza que ella. Estuve realmente angustiado durante toda la cena porque no quería mirar sus dientes y a la vez no podía apartar los ojos de ellos.

—Ay, pobre... Pero no decirle nada fue cruel. Muy mal por tu parte —le regañé en tono de broma.

—Lo sé, pero me dio cosa. Al final, cuando ya casi nos íbamos, fue el baño y supongo que allí lo vio porque regresó a la mesa roja como un tomate y sin rastro de espinacas. Nunca volvió a llamarme.

Yo dejé escapar una risilla por la anécdota. Entre tanto susurro no quería ser la nota discordante del local ni mucho menos llamar la atención con una risotada. En aquel instante me di cuenta de que, sin darnos cuenta, mientras hablábamos, ya habíamos hundido nuestras cucharas en el plato y comíamos con tranquilidad, sin temblores ni salpicaduras.

—Vamos a hacer un trato —propuse—. Prometo no pedir nunca lasaña de verduras, pero tú debes prometer... mejor dicho, jurar sobre la Biblia, que si algún día se me queda algo pegado entre los dientes me lo vas a decir al momento.

Él sonrió y asintió.

—Me parece justo. Trato hecho —aceptó extendiendo la mano por encima de la mesa—. Espero lo mismo de ti. —Me guiñó un ojo cómplice y el gesto, más que

sexi, me pareció muy tierno. Se la estreché y firmamos el acuerdo.

A partir de aquel momento todo fluyó con naturalidad. Seguimos conversando animadamente sobre nuestras familias, nuestros trabajos y nuestras relaciones pasadas. Ni siquiera se nos ocurrió mencionar la página de contactos por la cual nos habíamos conocido. Había pasado a ser algo secundario. Creo que en cuanto empezamos a hablar, habíamos conectado y no habíamos vuelto a recurrir a ella. Mientras esperábamos el postre, mandé un mensaje a mis amigas asegurándoles que todo iba genial, que Toni era estupendo y que no tenían de qué preocuparse. Para cuando nos tomamos el café, confirmé que encajábamos y que las recomendaciones de pareja de Citas de Amor eran excelentes. Sin duda iba a hacer una valoración positiva de los servicios de la página. Al salir del restaurante barajamos la idea de ir a tomar una copa, pero preferimos dejarlo ahí. Toni me acompañó a coger un taxi, porque aún no me sentía con la suficiente confianza para meterme en su coche, y me despidió con un beso en la mejilla. Aquella noche regresé a casa muy contenta, con una sonrisa de boba dibujada en los labios y envuelta en una nube de felicidad con aroma a Gaultier.

Capítulo 5

El domingo por la tarde quedamos para tomar un café en casa de Su y contarnos qué tal había ido el fin de semana. Yo me moría de ganas de hablarles de mi cita con Toni, pero cuando llegamos, Su nos arrastró al salón en pleno ataque de nervios. Nos contó que la otra noche había estado chateando con un chico de la página Citas de Amor y que esa misma mañana le había mandado un mensaje preguntándole si le apetecía quedar y no sabía qué hacer. Era obvio que necesitaba nuestro consejo. Entre Vicky y yo la animamos a aceptar. Me sorprendió que a ella le hubiera resultado tan fácil conectar con alguien en tan poco tiempo cuando a mí me resultó mucho más complicado, pero como estaba de subidón por la preciosa velada de la pasada noche, todo me parecía maravilloso. Tenía ganas de repartir felicidad por doquier y qué mejor que hacerlo con mis amigas. Además, Su merecía encontrar a un chico en condiciones.

La ayudamos a elegir el conjunto que se pondría aquella tarde y mientras vaciábamos el armario, aproveché para contarles lo de mi cita con pelos y señales. A Su le vino bien la distracción porque se iba poniendo más blanca a medida que se acercaba la hora de salir de casa en dirección al encuentro con el misterioso chico llamado Fran. La entendía perfectamente. Había vivido lo mismo con Toni, aunque yo iba más confiada. Al menos había estado hablando durante un tiempo prudencial con él antes de quedar, no como ella, que iba a la aventura. Vicky y yo recogimos un poco toda la ropa que había quedado esparcida por la habitación mientras Su se arreglaba en el baño. Antes de irnos le hicimos jurar que nos mandaría un mensaje si algo salía mal o necesitaba nuestra ayuda.

Unas horas más tarde, ya en casa, me tranquilizó recibir un mensaje a nuestro grupo de WhatsApp en el que nos decía que todo había ido genial y que ya nos llamaría para contarnos los detalles. Me recosté en el sofá para relajarme viendo alguna película en el extremo opuesto al que estaba ronroneando Maléfica, que jugaba con un ratón de goma que le había comprado en un intento por ganarme su amor incondicional y que no me había servido para nada. Ya podía consentirla todo lo que quisiera que era misión imposible. Cuando me vibró el móvil, media hora después, pensé que sería Su para contarme qué tal había ido la cita, sin embargo, me sorprendió ver que el nombre que aparecía reflejado en la pantalla era el de Toni.

—Buenas noches, Lisa —me saludó con su voz grave y seductora—. ¿Qué tal el día?

—Tranquilo, he ido a ver a mis amigas esta tarde y hace un rato he cenado. Poco más —le resumí—. ¿Tú qué tal?

—Bien. Corrigiendo exámenes, nada divertido, si te soy sincero.

—Ya me imagino.

Tras unos instantes de silencio, suspiró al otro lado de la línea.

—He pensado que, bueno... —Carraspeó y se aclaró la garganta—. Anoche lo pasé muy bien.

—Sí, yo también, fue fantástico.

—Me alegro —murmuró y me lo imaginé sonriendo tímidamente, envuelto en esa nube de perfume—. Te llamaba porque quería invitarte al cine el martes por la noche. Antes podríamos ir a cenar algo sencillo, unas tapas o unos pinchos, porque imagino que el miércoles tendrás que madrugar y no querrás acostarte tarde, así que me ha parecido la mejor opción. No obstante, si no te gusta el plan, puedes proponer cualquier otra cosa, puedo adaptarme... —me dijo atropelladamente, como si hubiera cogido carrerilla y no quisiera interrumpirse hasta haberlo soltado todo.

—Me parece un plan estupendo.

—¿De veras? —preguntó dubitativo.

—Sí —le aseguré.

—Fantástico... Bien. —Volvió a carraspear nervioso. Qué mono—. Entonces podría recogerte a eso de las nueve menos cuarto, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto.

Hablamos un rato y colgamos. ¿Podía ser Toni más ideal? Creo que no. Era perfecto para mí.

La cita del martes fue todo un éxito a pesar de los pequeños detalles. Cenamos unas tapas y tomamos unas cervezas por el centro de la ciudad y después fuimos a ver la película, que si os gusta el cine de autor en versión original era un planazo, pero si no os atrae lo más mínimo como me pasa a mí, pues bueno... ¿qué os voy a contar? Las dos horas largas que duró el tostón, me distraje comiendo palomitas, contemplando el perfil cincelado de Toni en la penumbra y dejándome envolver por su agradable aroma... Tampoco fue tan horrible. Sobre la una de la madrugada aparqué su monovolumen frente a la puerta de mi casa y nos quedamos unos segundos en el interior del coche, observándonos y sonriendo ensimismados.

—¿Te ha gustado la película?

—Sí, ha sido genial, muy buena —mentí.

—¿Cuál ha sido el momento que más te ha impactado? —me preguntó.

—Pues no sabría decirte, ha habido tantos... —mentí otra vez. Era por una buena causa, me dije. Él asintió sonriendo.

Antes de entrar al cine me había comentado que llevaba tiempo queriendo ir a ver esa película y era obvio que la había disfrutado. No habría estado mal que me consultara antes de comprar las entradas, pero bueno, le daría otra oportunidad. Solo se trataba de nuestra segunda cita y aún no me conocía bien.

—Se ha hecho un poco tarde —comentó—. Pero, por haber pasado este rato contigo, merecerá la pena estar ojeroso y cansado mañana.

Se inclinó hacia mí y contuve el aliento. ¡Iba a besarme!

—Sí, estoy totalmente de acuerdo —susurré en cuanto le tuve a escasos centímetros de mi rostro.

Ya estaba cerrando los ojos y separando los labios, con el aliento entrecortado y las mejillas sonrosadas, cuando oí un sonoro clic y noté que se alejaba de mí sin rozarme.

«¡¡¿Perdona?! ¡¡¿Y mi beso?!».

—Te he desabrochado el cinturón. A veces se atasca —me dijo poniendo las manos sobre el volante, como si esperara impaciente a que me bajara y así poder arrancar para irse a su casa a dormir.

—Ah...

Me quedé ahí sentada como una idiota, con el cinturón desabrochado y cara de tonta. Porque, vamos a ver..., no tenía mucha experiencia en citas, pero lo del beso es de manual, ¿no? ¡¡Hasta yo lo sabía!!!

Habíamos pasado un par de veladas maravillosas, riendo y hablando de todo. Habíamos conectado. Me había tragado una película horrible, en versión original, solo para estar con él y encima había mentido diciendo que me había gustado para agradecerle, ¿y pretendía echarme de allí sin ni siquiera darme un beso de buenas noches? ¡Ah, no! ¡¡Eso sí que no!!! Seré tímida y algo mojigata, cierto, pero me había despedido de mi lado cobarde y era hora de hacer valer al nuevo, más atrevido y lanzado, así que le agarré la cara con las dos manos, le incliné la cabeza y le di un rápido beso en los labios. Sí..., solo fue un pico, ¿vale? Pero no pidáis peras al olmo, era la primera vez en mi vida que tomaba la iniciativa y bastante había hecho.

Él me miró con los ojos abiertos como platos, como si no pudiera creer que le hubiera besado... Por su expresión cualquiera diría que le había abofeteado o algo peor. «A ver si la he liado», pensé con miedo. Me latía el corazón a mil mientras esperaba alguna reacción por su parte. ¡¡Algo!! Preguntarme por qué le había besado o por qué había tardado tanto en hacerlo. No sé... Pero algo más que esa cara de anonadado que estaba poniendo.

—Vaya... —susurró agarrando mis muñecas con ambas manos, ya que yo aún no le había soltado la cara—. Tenía miedo de besarte y que pensaras que... —sacudió la cabeza, se calló y se inclinó a por mis labios para devorarlos. Literalmente.

Ahí venía la acción. Por fin Toni reaccionaba. ¡Y de qué manera! Hubo roces tímidos de lengua, choque de dientes y deliciosas succiones. A mí me pareció un beso increíble. Confieso que tampoco tenía mucha experiencia y menos aún en besos apasionados, así que aquel me pareció de lo más delicioso cuando quizá era simple y

normalito, pero bueno, para el caso estuvo muy bien.

Cuando nos separamos y abrimos los ojos, ambos respirábamos agitados. Toni era un hombre atractivo, yo una mujer joven y sana, por lo que estábamos un poquito excitados. Nos brillaban los ojos y teníamos las mejillas sonrojadas, sobre todo yo, que pensaba que iba a empezar a sudar lava. Me ardía todo el cuerpo a pesar de que en la calle hacía bastante frío. Si hubiera sido de otra manera, me habría arrancado la ropa y le habría dicho que apagara mi fuego con su manguera. Ay, madre... ¿En serio había pensado eso? Era por el calentón, sin lugar a dudas. No me lo tengáis en cuenta, por favor. Demasiado tiempo sin sexo. Pero el caso es que ni yo era así, ni mucho menos Toni, así que no le invité a subir ni él se atrevió a insinuarlo. Una chica decente no se acuesta con un hombre en la segunda cita. Nunca. Por esa razón nos despedimos en el coche y tuve que enfriarme en la ducha y no en brazos de un amante dispuesto.

El fin de semana quedamos otra vez. Toni me llevó al teatro. La obra me encantó, aunque tampoco me dio opción a elegir. Cuando me acompañó a casa hubo más besos y algunas caricias en el interior del coche. El domingo fuimos a dar un paseo por la zona del puerto. Hacia frío, estábamos en pleno mes de noviembre, pero no nos importó y disfrutamos de ello agarrados de la mano, con la compañía del rumor de las olas y el olor a mar. Cuando me dejó en casa y nos entregamos a los besos, nos dimos cuenta de que la cosa empezaba a ponerse caliente entre nosotros y que pronto tendríamos que avanzar al siguiente nivel. ¡Qué nervios! Toni era como una brisa de verano, que te envuelve y te hace sentir cálida y confortada. Todo con él era muy agradable. Siempre me quedaba con ganas de más y de volver a verle. Yo tenía muy poca experiencia, pero estaba convencida de que, llegado el momento, él sería paciente y comprensivo conmigo.

Mi madre, que nunca ha tenido un pelo de tonta, empezó a sospechar. Mi actitud estaba cambiando aquellos días. Llegaba a casa sonriente y casi nunca le replicaba nada. No nos peleábamos como era habitual ni me molestaba que entrara en casa sin llamar al timbre, usando sus llaves, por lo que, aquel domingo, no me sorprendió encontrármela sentada en el sofá, con Maléfica en el regazo y esperando para interrogarme.

—Te he visto desde el balcón —me dijo en cuanto entré por la puerta sin dejar de acariciar a mi gatita. La muy traidora estaba encantada de la vida y tenía los ojos en blanco del gusto—. ¿De quién era el coche del que te has bajado?

—De un amigo —contesté sin querer entrar en detalles.

No iba a librarme de ninguna de las maneras de aquel interrogatorio. Solo le faltaba encender la lamparita del salón y enfocarme en la cara con el foco de luz para darle más realismo a la situación.

—¿Qué clase de amigo?

—Mi novio —confesé sin querer dar más rodeos—. Estoy saliendo con un chico.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —me reprochó ofendida.

Habría estado bien recordarle que ya no tenía dieciséis años y que no tenía que darle explicaciones, pero no me apetecía discutir. Si ella era feliz creyendo que llevaba las riendas de mi vida, ¿quién era yo para llevarle la contraria y provocar un conflicto?

—Hace poco que nos conocemos, mamá.

—Bien..., muy bien —suspiró apenada, como si le doliera de verdad que no confiara en ella y la pataleta no fuera por no poder controlarlo todo—. Tu madre tiene que ser la última en enterarse —murmuró hablando consigo misma—. Seguro que esas amigas tuyas ya lo saben y yo aquí sufriendo sin saber qué haces por las noches. —Se levantó del sofá exagerado una cojera que no padecía y fue renqueante hacia la puerta.

En cuanto se vio en el suelo, Maléfica empezó a maullar. Algo parecido al llanto de un niño pequeño cuando descubre que le han llevado engañado a ponerle una vacuna. En el caso de mi gata, eso se traducía a dejar el confort de los brazos de mi madre para quedarse conmigo, la bruja de su dueña. «Sí, amiga, te quedas aquí y si no cambias de actitud se te van a acabar todos los caprichos», intenté transmitirle. Creo que no le importó lo más mínimo, lo único que quería era perderme de vista e irse a vivir con mi madre. Estaban hechas la una para la otra.

—Quiero que venga mañana a cenar a casa. Dile que está invitado —me ordenó.

Sí, sí, nada de preguntar. Ella ya lo daba por hecho.

—No sé si mañana podrá, mamá, quizá otro día. Lo hablaré con él.

Intenté disuadirla. Por nada del mundo quería presentarles. Era demasiado pronto y no quería espantar a Toni y romper el frágil vínculo que se estaba forjando entre nosotros.

—Haré un esfuerzo y preparará estofado —continuó diciendo como si nada. El estofado de carne es su plato estrella y le queda delicioso. Solo lo prepara en ocasiones especiales—. No será la clase de chico que me haría un feo así, ¿verdad? —dijo antes de salir sin esperar respuesta.

Aquello era chantaje puro y duro. Si Toni no se presentaba a aquella cena ya se podía ir despidiendo de ganarse el favor de mi madre para el resto de su vida. Genial. No me quedaba otra que convencerle para que viniera a cenar. Menudo plan. Prefería cortarme las venas antes que enfrentarme a esa cena, pero en mi subconsciente todavía anhelaba desesperadamente conseguir la aprobación de mi madre, así que no iba a hacer nada que pudiera decepcionarla. Era algo parecido a lo que me pasaba con mi gata. Cuanto más me rechazaban, más ganas tenía yo de agradecerles y conseguir su cariño. Con Maléfica llevaba poco más de un año, pero sin el amor de mi madre llevaba casi veinte.

Resignada, llamé a Toni. Él estuvo encantado con la idea de venir a cenar y a conocer a mi madre. Pobrecillo, no sabía lo que se le venía encima... Me dijo que traiera vino, no obstante, en cuanto le dije que mi madre no probaba el alcohol desde hacía años, decidió que traería el postre.

Cuando al día siguiente apareció puntual, trajeado y perfumado, con una caja de pastelería en una mano y un ramo de flores en la otra, me pareció adorable.

—Son para tu madre —me informó levantando la mano con el ramo.

Supongo que se dio cuenta de que a mí se me agriaba la sonrisa de bienvenida y comprendió que me había imaginado que las flores eran para mí. Inmediatamente se disculpó por no haber caído en la cuenta de comprar dos ramos. En definitiva, no era un hombre que prestara atención a los detalles, pero no podía ser tan perfecto, ¿no?

—La próxima vez compraré uno para ti, el más grande y bonito que tengan, pero hoy quería causar buena impresión.

—Claro, no te preocupes, seguro que le encantan —le tranquilicé. Y recé para que así fuera mientras subíamos en ascensor los dos pisos que nos separaban del averno.

A mi madre no solo le encantaron las flores, sino que se pasó toda la noche adulando a Toni. No podía creerlo, era incluso vergonzoso ver cómo le hacía la pelota, pero no pensaba quejarme. Por una vez en la vida iba a ganarme su aprobación en algo. Aquella noche había desplegado todo su encanto. Preparó la mesa con esmero y sirvió un estofado delicioso que le había quedado mejor que nunca. Toni repitió dos veces y alabó su trabajo sin cesar. A mi madre le brillaban tanto los ojos y estaba tan resplandeciente que parecía haber rejuvenecido diez años en una sola noche e incluso se había olvidado de fingir su cojera, paseándose de un lado a otro, entre la cocina y el salón, dando saltitos de felicidad. Estuvo preguntándole por su trabajo, sus ingresos y sus planes de futuro. A él no le importó responder a todas sus preguntas por muy indiscretas que fueran. Cuando le dijo que trabajaba como profesor en un instituto privado y que provenía de una familia adinerada, temí que se postrara a sus pies y le suplicara que se casara conmigo en mi nombre. Y cuando mencionó de pasada que un monovolumen era el modelo de coche ideal para una familia numerosa, a mí se me tiñeron las mejillas de rojo y a mi madre casi se le salieron los ojos de las orbitas de la emoción. Es verdad que valoraba mucho el hecho de que a Toni le gustaran los niños y pensara en tener hijos en un futuro, pero aún era demasiado pronto para plantearse y creo que ella ya estaba pensando en el nombre de sus nietos. Durante aquella cena, mi novio se ganó el cielo porque aguantó todo el numerito de mi madre sin quejarse. Tendría que compensarle de algún modo, estaba claro.

Cuando acompañé a mamá a la cocina en busca de los platos para el postre, me agarró del brazo y casi me perforó la piel de la muñeca con las uñas.

—No lo estropees, ¿me oyes? —me advirtió entre susurros y con una mirada de advertencia que daba miedo—. Ese chico es un buen partido. No puedo creer que te haya elegido a ti, así que haz todo lo posible para convencerle de que se quede contigo.

«Gracias, madre», pensé con sarcasmo mientras volvía al comedor con la caja de la pastelería. La seguí cargada con los platos y las cucharas, algo decepcionada por el concepto tan pobre que tenía de mí. En vez de eso, me hubiera gustado que me dijera que Toni era un hombre muy afortunado por salir conmigo... Nada más lejos de la realidad.

—Espero que le guste —le decía mi chico sacando del envoltorio el pastelito de crema y canela que había comprado—. En la pastelería me dijeron que era el mejor que tenían.

Y ya podía serlo porque lo había comprado en una pastelería de las buenas y seguro que era caro. Eso sí, tenía una pinta deliciosa, el único problema era que mi madre odia la crema.

—¿Bromeas? —exclamó toda coqueta. Sí, sí, coqueta—. Adoro la crema.

Se me abrió una boca tan grande que la barbilla me llegó al suelo mientras la veía clavar la cuchara en la tarta y devorarla sin poner ni una pequeña mueca de asco. Increíble pero cierto.

Dimos por concluida la velada mucho antes de lo que le habría gustado a mi madre. A la mañana siguiente teníamos que madrugar y Toni no quería irse muy tarde a casa. Me acompañó a mi piso y, cuando nos despedimos en la puerta, me dijo que le había parecido una mujer encantadora.

—Te preocupas por nada —me regañó acariciándome la mejilla como si tuviera quince años y un berrinche.

En el fondo me alegró que las cosas hubieran salido bien, no os vayáis a pensar. Tener a mi madre de mi parte en lo de Toni era todo un triunfo, casi no podía creerlo. Pero la actitud de él, aliándose con ella, me tenía un poco mosqueada. Nos dimos un beso de despedida y desapareció tras las puertas del ascensor. Quizá, a partir de ese momento, las cosas empezarían a ir un poco mejor, pensé sin poder llegar a imaginar lo que iba a suceder esa misma semana...

Capítulo 6

No tendría que haberme sorprendido que el miércoles por la tarde, Toni me mandara un mensaje diciéndome que estaba tomando un café en casa de mi madre y que cuando llegara del trabajo subiera a pasar un rato con ellos, pero me sorprendió. Mucho. Y no precisamente de manera grata. Cuando salí del colegio me entretuve un poco y en vez de coger el autobús me fui a casa dando un paseo. Lo último que me apetecía era pasar la tarde en compañía de mi madre y de Toni porque en mi relación de pareja había un elemento que sobraba y ese elemento era ella. No me malinterpretéis, me alegraba sinceramente que se llevaran bien, pero de ahí a ir a merendar juntos pues... no me gustaba. Tenía el presentimiento de que mi madre estaba intentando manipular a Toni para hacer con él lo que quisiera y así poder hacerlo también conmigo. Ella y yo llevábamos muchos años manteniendo aquella dura lucha de poder, nos conocíamos las estrategias y me había colado un gol sin que me diera cuenta. Pero ¿quién se iba a imaginar que Toni le caería tan bien? Me avanzaba un punto en el marcador y yo necesitaba recuperar la ventaja, así que ya podía empezar a planificar mi estrategia y la siguiente jugada.

Me detuve frente al enorme cartel que colgaba de las puertas de un conocido gimnasio mientras pensaba en todo ello. Anunciaban jornada de puertas abiertas para ese mismo sábado y entré a curiosear. Pregunté en recepción y me dijeron que, dentro del horario establecido, podía pasar a probar de manera gratuita una de sus clases y, si me apetecía, podía llevar a un acompañante. Me dieron un par de invitaciones y un folleto informativo con las cuotas mensuales por si después de probar me interesaba inscribirme. Nunca me había planteado apuntarme a un gimnasio, ya estaba lo suficientemente delgada y siempre había asociado el deporte como un medio para adelgazar, aunque quizá era buena idea desarrollar algo de músculo para hacer bulto. Le preguntaría a Toni si quería acompañarme porque ir sola no me hacía ni pizca de gracia. Me daba vergüenza, así era yo.

Cuando llegué a casa subí con resignación al piso de mi madre. Llamé al timbre, teniendo llaves, solo para demostrarle mi buena educación y hacerle entender que no estaba bien entrar sin llamar. Respetar la intimidad, lo llaman... Escuché risas a través de la puerta mientras oía pasos acercándose.

—Lisa, por fin llegas. —Me recibió Toni, que me dio un beso en los labios.

—Sí, es que me ha entretenido la directora. Quería hablarme de un alumno y no me he podido escapar antes —mentí de camino al salón.

—Casi te quedas sin galletas —comentó mi madre señalando la bandejita del centro de la mesa—. Toni pensó que sería buena idea que nos conociéramos un poco mejor y de paso me trajo la merienda, ¿no es encantador? —preguntó con satisfacción. Solo le faltaba decir que él era la clase de hijo que siempre había deseado tener, no como yo.

—Espero que no te moleste —se disculpó Toni, que se sentó en la silla junto a mi madre—. Intenté llamarte y consultarte, pero como no lo cogías supuse que estarías en clase y no quise insistir.

—Tranquilo, no me molesta.

Mentira, otra vez. De pronto aquello se estaba convirtiendo en una mala costumbre muy recurrente.

—Anda, come algo, hija. Estás muy flaca y necesitas coger peso. —Empujó la bandejita hacia mí y, no contenta, tuvo que lanzar el dardo venenoso de la tarde—. A los hombres les gusta tener carne a la que agarrarse y tú no tienes mucha que digamos.

—Mamá, por Dios... —me quejé.

—A mí, Lisa me parece perfecta tal y como es —intercedió Toni intentando arreglarlo. Cogió mi mano entre las suyas y se la llevó a los labios para besar el dorso.

Mi madre suspiró con adoración y yo, a pesar del cumplido, gruñí furiosa. Cogí una galleta de mantequilla y me la llevé a la boca para tenerla ocupada y no acabar soltando aquello que realmente pensaba, que eran sapos y culebras... La tarde se me hizo eterna y eso que apenas nos quedamos una hora. Casi no hablé y dejé que el peso de la conversación lo llevaran ellos. Solo intervenía con algún monosílabo cuando era estrictamente necesario. Cuando Toni me acompañó a mi piso intenté serenarme y aceptar que él no tenía la culpa. Solo pretendía ser amable, pero se estaba excediendo un poco. Intenté justificarle diciéndome que lo hacía con buena intención, así que una vez a solas me mostré sonriente y olvidé el enfado. Le pregunté si me acompañaría al gimnasio el sábado y se excusó diciendo que tenía muchos exámenes pendientes de corregir y que le era imposible. Me dejó un poco desinflada. Lo peor es que no se dio ni cuenta.

Más tarde llamé a Vicky con la esperanza de que ella estuviera libre.

—¿Qué pasa, bombón? Pareces tristonza —me dijo tras intercambiar saludos. Me conocía bien y algo me había notado en la voz.

—Nada... Mi madre, como siempre.

—Menuda bruja está hecha.

—¡Vicky!

—¡¿Qué?! Es la verdad.

—Es mi madre, no te pases —advertí, pero en el fondo tenía razón—. Oye, ¿qué haces el sábado por la mañana? —le pregunté dejando el tema.

—He quedado con Alexei, se cambia de piso y voy a ayudarle con la mudanza, ¿por qué?

Alexei era el camarero de la coctelería donde solíamos ir y con el que Vicky había quedado un par de veces. Por lo visto, la cosa iba en serio.

—Es que quería ir a la jornada de puertas abiertas de un gimnasio que está cerca del colegio y me da cosa ir sola, ya sabes.

—Nena, me sabe mal —dijo apenada—, pero ya me he comprometido y cuenta con ello, no puedo dejarle tirado ahora.

—No te preocupes, en serio, ya encontraré a alguien.

—Llama a Su —propuso.

—¿Su? ¿Estás de broma? No va a pisar un gimnasio ni bajo amenazas.

Mi amiga odiaba el deporte y todo lo que conllevaba. Siempre nos decía que era algo genético.

—Seguro que si le lloras un poquito te acompaña, hazme caso, la conozco bien. Es una blanda.

—No sé... Me lo pensaré.

Charlamos un rato sobre tonterías y colgamos. Aquella noche me acosté temprano, había sido un día agotador.

El viernes por la tarde llamé a Su y me hice la desesperada. No tuve que fingir mucho porque realmente lo estaba. Quería ir a ese gimnasio, se me había metido entre ceja y ceja, y necesitaba un acompañante.

—Te necesito, Su —le dije en cuanto me lo cogió.

—¿Qué ha pasado?

—Tengo dos invitaciones para una jornada de puertas abiertas en el gimnasio y quiero que vengas conmigo. —Intenté poner ese tono de voz que utilizaba mi madre cuando quería que hiciera algo y daba por hecho que no iba a negarme.

—¿Qué...? No, Lisa, paso. —Se negó en redondo, como sospechaba. De nada me sirvió poner tono exigente, no me salía bien.

—Por favor, Su —le supliqué cambiando de táctica y poniendo esa vocecilla que enternecería hasta al corazón más duro—. Toni tiene que corregir exámenes y está muy liado este fin de semana y Vicky se ha comprometido con el camarero ese para ayudarle a hacer la mudanza... Si no fueras mi última opción no te lo pediría sabiendo lo poco que te gusta.

—Lisa, odio los gimnasios, para mí será como una sesión de tortura.

Genial, se estaba ablandando, se lo noté en el tono. Si forzaba un poco más, sería mía.

—Lo sé y prometo que te compensaré, tienes mi palabra —juré—. Sabes lo tímida que soy y las ganas que tengo de apuntarme, si no voy con alguien la primera vez, sé que no tendré el valor de hacerlo.

—Vale, está bien —cedió—. Pero me debes una de las gordas.

—¡Sí! Gracias Su, eres la mejor amiga del mundo.

Quedamos en la hora y colgamos. Al final resultó que Vicky tenía razón y llorándome un poquito la tuve en el bote. Más contenta que unas castañuelas cogí el bolso y me fui de compras. Necesitaba ropa de deporte, tenía el presentimiento de que la clase de prueba me iba a encantar e iba a sacarle provecho. Un par de horas después regresé agotada y cargada con varias bolsas. Me había comprado tres conjuntos en diferentes colores y un par de zapatillas deportivas. Me gasté un dineral, así que más me valía amortizarlo. Dejé preparada mi nueva bolsa de deporte, serví la cena a Maléfica y me senté a ver la tele emocionada, degustando una empanada grasienta que había comprado de camino a casa.

A la mañana siguiente, mientras me cambiaba y me ponía el nuevo conjunto turquesa de top y pantalones de lycra con zapatillas a juego, observé a Su sentada en uno de los bancos de madera del vestuario, vestida con unas mallas y una camiseta enorme que no le favorecían en absoluto y con una cara de amargura que le llegaba al suelo. Pobrecilla, era una buena amiga y pensaba compensarla por ese enorme favor. Sabía que estaba inquieta porque en ese gimnasio trabajaba Eric, su fisioterapeuta, y tenía miedo de encontrarse con él. Aunque la relación con Fran, el chico de Internet que había conocido a través de la página Citas de Amor, seguía evolucionando, tanto Vicky como yo sospechábamos que sentía algo por él. Una vez estuve preparada, dimos una vuelta por todo el recinto para decidirme por una de las clases. Desde un principio lo tuve bastante claro, pero estaba muy emocionada y no quería perderme nada por precipitarme. Su arrastraba los pies siguiéndome a todas partes sin decir nada. Finalmente llegamos a la sala acristalada de *spinning* donde en quince minutos empezaba la clase de prueba a la que yo quería asistir. Me juré a mí misma que a partir de aquel día mi principal objetivo sería desarrollar culo, aunque me dejara la vida en ello. Si había que pedalear se pedaleaba y punto. Pocos minutos después de llegar allí, una voz grave nos interrumpió.

—¡Dios, tío! Pellízcame porque creo que estoy teniendo una alucinación... ¿Su?

Mi amiga se puso tensa al momento y me di cuenta de que reconocía aquella voz. Sus peores temores se habían hecho realidad y ahí estaba Eric, su fisio, que estaba buenísimo. Normal que estuviera así por él. Aún no conocíamos a Fran, pero pocos hombres podrían superar el atractivo del espécimen que teníamos delante. Intercambiaron un saludo y empezaron a charlar algo tensos. Fui incapaz de escuchar lo que decían porque de pronto una corriente extraña me recorrió todo el cuerpo. Me puse en tensión cuando me di cuenta de que el responsable de mi estado de alerta no era otro que el hombre que acompañaba a Eric y que me miraba de manera fija e intensa. Era un poco más bajo que su compañero y menos corpulento. Tenía un cuerpo fibroso y de músculos marcados. Llevaba el uniforme del centro: pantalón negro de deporte y camiseta de tirantes gris con la palabra «*TRAINER*» impresa en el pecho, y sus brazos, lejos de estar desnudos, estaban repletos de tatuajes de colores que me quedé observando embobada. El pelo lo llevaba peinado en punta con alguna clase de gel fijador y era oscuro, pero lo más llamativo eran esos ojos negros como la noche que lograban traspasarte y el brillo de los dos aros plateados que le colgaban de los lóbulos de las orejas.

—Mi amiga Lisa —me nombró Su devolviéndome a la realidad—, quería probar alguna clase y apuntarse. Me pidió que la acompañara.

Eric la miraba como si fuera una tarta de queso y frambuesa y ella no se daba ni cuenta. Estaba totalmente ciega, la pobre.

—Vaya, Lisa, encantado. —Me dio un par de besos a los que correspondí tímidamente—. Soy Eric, su fisio, y llevo unos cuantos meses intentando convencerla para venir aquí. Cuéntame el secreto.

Sonreí porque le entendía. Lo que me había costado arrastrar a mi amiga hasta allí solo lo sabía yo. Tuve que hacer una de mis mejores interpretaciones para darle lástima y lograrlo.

—Favor por favor —respondí sin entrar en detalles—. Creo que me lo va a hacer pagar caro.

—Cuenta con ello —aseguró la aludida—. Aunque no te emociones, Eric, solo vengo de acompañante. En cuanto empiece la clase y deje a Lisa, me voy a la cafetería a tomar algo hasta que termine —aseguró tensa como la cuerda de un arco—. ¿Tú qué haces por aquí? Creía que los sábados por la mañana no trabajabas.

—Así es, pero es fin de semana de puertas abiertas y nos ha tocado pringar a todos.

—¡Eh, tío! —les interrumpió el chico que iba con él y que a mí tanto me había llamado la atención—. Preséntame a estas dos preciosidades, ¿no?

—Claro... Raúl, mi compañero y amigo, ella es Susana, una de mis pacientes —les presentó y se acercó para darle dos besos—. Y esta es Lisa.

Cuando el tal Raúl centró su atención en mí, sentí otra vez aquella descarga eléctrica que me erizó todo el vello del cuerpo. Era algo tan potente que lograba despertar mis instintos más primarios y que no me había pasado jamás en la vida. Me pregunté si me estaría volviendo loca. ¿A qué venía aquello? Raúl ni siquiera era mi tipo. Nunca me acercaría a un hombre como él. Era evidente que no teníamos nada en común. Era la antítesis de Toni y estaba convencida de que yo no podría atraerle jamás. Las rubitas planas, delgadas y de pelo corto no debían ser su tipo. Parecía más de morenazas macizas y modernas como él.

—Bueno, preciosas, me encantaría quedarme a charlar con vosotras, pero tengo una clase en cinco minutos —se despidió.

Me dio rabia que no me besara a mí también. ¿Por qué aquella discriminación? «Porque besar a Su, la pechugona, es mucho mejor que besar a Lisa, la flacucha», me respondí recordándome que en aquel ejemplo podría resumirse la historia de mi vida.

—Un placer, Susana. A ti, Lisa, supongo que te veré por aquí. —Me guiñó un ojo y yo me ruboricé hasta la raíz del pelo. Por Dios, ¡qué sexi!

Su me lanzó una mirada inquisitiva, pero la esquivé haciéndome la loca. Mi amiga se había dado cuenta de aquel intercambio tan intenso de energías y miradas e iba a querer interrogarme sobre ello en cuanto tuviera ocasión.

—No sé si coincidiremos —susurré pensando que ya no me oiría.

—Estoy seguro de que sí. —Pasó por nuestro lado en dirección a uno de los pasillos y se detuvo unos instantes junto a mí—. Hasta pronto, Campanilla.

¿Campanilla? ¿Acababa de llamarme Campanilla? ¿No era esa el hada más famosa de Disney? No supe muy bien cómo tomarme aquel mote, pero estaba bastante mejor que delgaducha o cualquier otro de los descalificativos con los que se habían dirigido siempre a mí. Incluso diría que me había gustado.

—Parece que mi clase empieza ya —dije al borde de un ataque de nervios. Conocer a Raúl me había puesto muy alterada—. Te veo en cuarenta minutos. —Crucé las puertas acristaladas y dejé a mi amiga a solas con Eric. Iba a matarme.

Veinte minutos después, mientras pedaleaba con intensidad siguiendo las órdenes del profesor de *spinning*, no podía dejar de pensar en lo que había sucedido. Estaba desconcertada y no se me iba aquella sensación eléctrica del cuerpo, ni siquiera cuando me metí en la ducha después de haber formalizado mi inscripción, porque a pesar de las distracciones, me había encantado la clase. Sabía que si me quedaba en aquel gimnasio tarde o temprano volvería a cruzarme con Raúl y la idea me asustaba y me atraía. Los problemas se oían a kilómetros de distancia, no obstante, no hice caso a las señales que indicaban que me estaba metiendo en un lío de los gordos. Me había despedido de mi lado cobarde, ¿recordáis?

Capítulo 7

Tras la extraña experiencia vivida en el gimnasio, no por las clases, sino por la obsesión enfermiza que había despertado en mí el conocer a Raúl, decidí que aquella noche iba a ser la gran noche con Toni. Ya estaba bien de tantas tonterías. ¿Desde cuándo era yo la clase de mujer que se obsesionaba por un chico malo? Desde nunca. Y no iba a empezar a hacerlo entonces.

A mi novio se le veía un poco cansado debido al trabajo. Sentado frente a mí, intentaba mantener una conversación interesante mientras saboreábamos unas copas en un *pub* cerca del centro de la ciudad al que no había ido nunca. Si algún mérito debía atribuirle a Toni, era el de llevarme a sitios estupendos. Aunque fingía divinamente, hacía rato que había dejado de escucharle y estaba absorta en mis propios pensamientos. Algo se había revolucionado en mi interior aquella mañana y me tenía muy agitada. Al fondo del local un grupo versionaba canciones en directo y lo hacían francamente bien. En cualquier otro momento habría disfrutado de la música, pero esa noche me era imposible. Estaban interpretando una versión muy lograda de *Crazy* de Gnarl Barkley y pensé con ironía que yo también me estaba volviendo loca. Primero lo de inscribirme en Citas de Amor, la página de contactos de Internet. Luego quedar con un desconocido de un chat para cenar. También lo de ir a la clínica de estética y pedir presupuesto para operarme los pechos y acabar creyendo que tenía una desviación en el tabique nasal. Y por último apuntarme al gimnasio y no poder sacarme de la cabeza aquel lienzo humano que era Raúl, el hombre misterioso y atrayente que había conocido hacía apenas unas horas. ¿Qué significaban todos esos tatuajes? ¿Tenían alguna razón? ¿Un sentido oculto? ¿Se los hacía solo porque le gustaban? No le conocía de nada, pero no dejaba de pensar que todos aquellos dibujos ocultaban algún secreto, como un mapa para descubrir al hombre que había debajo. Sí, definitivamente me estaba volviendo loca.

—Lisa, ¿me estás escuchando? —La voz de Toni interrumpió mis pensamientos.

—¿Eh...? Sí, sí, perdona. Me había quedado absorta con la canción.

—Son buenos, ¿verdad? —preguntó girándose para mirar a los chicos que tocaban en la pequeña tarima que pretendía ser el escenario.

—Son geniales.

—Por eso me gusta este local, buena música, buen ambiente, buena bebida... —Levantó su copa y me señaló con el dedo—. Y hoy, más que nunca, buena compañía.

Asentí sonriendo tímidamente. No sé en qué había estaba pensando y no quería darle más vueltas. Toni era el hombre ideal, tenía un buen trabajo, era elegante, culto, agradable, me llevaba a sitios increíbles y era seguro. Una roca a la que una mujer podría agarrarse sin miedo a caer. Además, se llevaba de maravilla con mi madre, ¿qué más podía pedir?

Cuando me acompañó a casa en coche y se inclinó para despedirse con nuestra ración de besos y caricias habituales, le detuve poniendo una mano en su pecho. Él me miró expectante.

—Creo que esta noche deberías subir —propuse con renovada seguridad.

Me desabroché el cinturón, al que ya había cogido el tranquillo, e intenté salir del coche. Él me detuvo antes de lograrlo y me agarró de la muñeca.

—¿Estás segura?

—Segurísima —contesté abriendo la puerta—. Aparca, te espero aquí.

Asintió y no dijo nada más. En cuanto cerré la puerta, arrancó y aparcó el coche en la calle de abajo. Cuando apareció doblando la esquina me puse un poco nerviosa. No era una experta en sexo, no obstante, sabía que Toni sería tierno y cuidadoso porque le había hablado de mis pobres relaciones y sabía que no tenía mucha experiencia. Hice un par de inspiración profundas para calmarme y mostrarme segura de mí misma, aunque nada más lejos de la realidad. Subimos a mi piso cogidos de la mano y en cuanto cerré la puerta y encendí la luz, todo me pareció más brillante, más intenso y volví a sentir aquella opresión en el pecho. Por un momento me pregunté si me iba a acostar con Toni porque lo deseaba o porque era lo que tenía que hacer, porque ya tocaba y era lo que se esperaba de mí. Mi interior no hervía de deseo ni me desbordaba la pasión, pero era mi novio, habíamos conectado y me parecía muy atractivo, así que no había razones para dudar. Se quitó el abrigo y se desabotonó los puños de la camisa mirándome de soslayo, con una tímida sonrisa que me confirmó que él también estaba nervioso.

Maléfica eligió aquel instante para hacer su aparición por el salón con sus andares de reina, buscando llamar la atención y que le diera algo de comer. La tenía tan consentida que acabaría siendo la siamesa más gorda del planeta. Cuando descubrió que había un invitado desconocido en casa se puso en alerta máxima. Levantó la cola, se le erizó el pelo y miró a Toni de manera amenazante.

—Tienes un gato.

—Sí, Maléfica, la adopté hace cosa de un año.

La cogí en brazos. Por una vez no se resistió y me dejó acariciarla un poco. No daba crédito.

—Vaya, un nombre muy... original.

—Sí, es que se porta fatal la mayor parte del tiempo —bromeé usando un tono cariñoso porque, a pesar de todo, la quería—. Le viene que ni pintado.

—A mí no me gustan mucho los animales, en especial los gatos —confesó compungido y me di cuenta de que la presencia de mi gatita le estaba poniendo muy tenso, quizá más que saber que lo íbamos a hacer por primera vez en cuestión de minutos.

—¿En serio? —Me sorprendí—. Bueno, en realidad Maléfica no es tan mala, no te haría nunca daño —dije alzando a la gatita y disfrutando de que aquella noche me dejara hacerle carantoñas.

—Sí, parece inofensiva —comentó acercando la mano con cautela para acariciarle la cabeza. Cuando ya casi la estaba rozando, ella levantó una pata y le dio un zarpazo—. ¡¡¡Joder!!! —exclamó horrorizado mirándose la mano como si acabaran de atacarle con un cuchillo.

—¡Maléfica! —Regañé a la gata y la dejé en el suelo—. ¿Estás bien? —pregunté acercándome para mirarle la mano.

No le había dejado ni una marca, probablemente se había dado cuenta de que le tenía miedo y se estaba aprovechando de ello para intimidarle.

—Sí, menudo susto —Se le había perlado la frente de sudor y miraba alerta en dirección a la gata, que nos observaba a ambos sentada sobre sus cuartos traseros, como si fuéramos un par de tarados que habíamos aparecido por allí solo para incordiar—. ¿Podrías encerrarla en la cocina o en alguna habitación? —me preguntó tembloroso.

—Toni, relájate. Esta es su casa y tú eres un desconocido. Solo está marcando territorio. Si quisiera hacerte daño habría sacado las uñas, solo te ha advertido.

Él me miró receloso sin acabar de creermelo. De todos modos, no iba encerrar a mi gatita en ningún lugar de la casa. Lo sentía por él, pero ya podía ir acostumbrándose a su presencia si quería volver por allí.

—Está bien. —Se resignó—. ¿Qué tal si vamos a tu habitación y nos encerramos nosotros? —propuso.

Yo asentí. No me hacía mucha gracia eso de cerrar puertas, pero cedería un poco con tal de que se relajara o la noche se me iba a ir al traste antes de empezar.

—La segunda puerta a la derecha —le indiqué—. Traeré algo de beber.

—Te espero.

En cuanto salió a toda prisa en dirección a mi habitación me fui a la cocina seguida por Maléfica, que estaba muy orgullosa de sí misma. Cogí un par de copas y una botella de vino. La interrupción de la gata había logrado romper el momento de tensión, pero él estaba aún más nervioso que antes y necesitaba relajarse.

—Pórtate bien, ¿vale? —le pedí rellenándole el cuenco de comida para que no se moviera de allí.

Mientras iba hacia la habitación, pensé que era una buena señal que mi novio y mi mascota se llevaran mal. Al menos ya no era la única a la que la gata detestaba. Toni era el primer ser humano con el que se portaba peor que conmigo y eso me hizo feliz. Cuando entré en la habitación y cerré la puerta, suspiré aliviado. Quizá pensaba que dejaría entrar a Maléfica para que le atacara. Tal vez se imaginaba que solía hacer eso con mis novios. Llevarles a casa y dejarlos a merced de mi diabólica mascota en plan asesina en serie. Reconozco que cuando me pongo muy nerviosa, empiezo a divagar sobre tonterías como esa y en aquel momento lo estaba mucho. ¡Toni iba a verme desnuda! Estaba a punto de desmayarme por la presión que eso suponía.

—Lo siento... —se disculpó avergonzado—. He hecho un poco el ridículo en el salón.

—No te preocupes, no eres el único al que no le gustan los gatos.

Intenté tranquilizarle y él asintió haciendo una mueca parecida a una sonrisa.

—La próxima vez será mejor que vayamos a mi casa —propuso aceptando la copa de vino que le ofrecí.

—Me parece bien.

Brindamos y bebimos en silencio. Después dejó la copa en la mesita de noche y se acercó a mí rodeándome por la cintura con los brazos.

—Espero que lo del gato no haya estropeando el momento y haya hecho que pierda parte de mi hombría —murmuró cerca de mi oreja, besándome debajo y erizándome la piel.

—Es una gata —aclaré molesta.

Maléfica era parte de mi familia y si quería tener una relación conmigo iba a tener que esforzarse para llevarse bien con ella y aceptarla.

—Claro, lo que sea...

Toni siguió besándome por el cuello y la mandíbula hasta rozar mis labios con los suyos. Había movido las manos, que ya estaban sobre los botones de mi blusa, y empezó a desabrocharlos logrando distraerme totalmente del tema de la gata. Tragué saliva e hice un esfuerzo por mantener las manos a los costados y no levantar los brazos y detenerle. Quería aquello, me repetía mentalmente. Todo era una cuestión de inseguridad. Siempre me pasaba lo mismo cuando sabía que alguien iba a verme desnuda. No tenía mucho que ofrecer y era inexperta, así que imaginaos, temblaba como un flan. Cuando acabó de desnudarme y me ayudó a tumbarme en la cama, después de retirar la colcha y la sábana, se ocupó de su propia ropa. Me quedé tumbada y rígida como un palo admirando el cuerpo de mi amante igual que harían las vírgenes de otro siglo, con el camisón levantado a la altura de las caderas y muertas de miedo. Solo que yo no era virgen ni llevaba camisón. Ya puestos, tampoco vivía en aquel pasado tan lejano... «Vale, Lisa, basta de divagar. Céntrate», me dije volviendo a la realidad del momento.

Toni tenía buen cuerpo para ser un profesor que pasaba gran parte del día sentado. Me había comentado que intentaba ir a correr un par de veces a la semana, supongo que era eso lo que hacía que se mantuviera más o menos firme. Había un poco de exceso de vello en su pecho, pero tampoco me suponía un problema. Era un hombre fuerte y atractivo que quería acostarse conmigo. ¿Se podía pedir algo más? Claro que no, me convencí. Eché un vistacito rápido por debajo de su abdomen y una miradita a su trasero cuando se inclinó para coger la cartera y sacar un paquetito plateado que dejó sobre la mesilla de noche. Iba preparado y no estaba nada mal por ahí detrás. El hecho de que estuviéramos a punto de hacerlo no quería decir que yo hubiera perdido la vergüenza de manera instantánea, necesitaba un poco más de tiempo, sobre todo para admirar el cuerpo desnudo de un hombre con total descaro, así que lo hice con disimulo. Cuando acabó de desnudarse, se tumbó a mi lado y me atrajo hacia él. Estuvimos besándonos un rato mientras me acariciaba por todo el cuerpo con suavidad buscando alguna reacción por mi parte. Reconozco que todo estaba resultando muy agradable. En especial cuando me acarició los pezones con los pulgares y se inclinó para succionarlos. Suspiré complacida y me gustó aún más cuando empezó a acariciarme ahí abajo con los dedos. No se le daba mal.

Mi primer amante había sido más de los de aquí te pillo, aquí te mato. Cuatro besos y al tema. Y siempre me dejaban con la sensación de que me había perdido algo. Por lo menos, Toni se estaba esforzando, pero iba a ser un récord si conseguía llevarme al orgasmo. A ver, estaba un poco reprimida y bastante acomplejada por mi físico, así que me costaba mucho soltarme con un hombre. Aunque no os vayáis a pensar que no sabía lo que era un buen orgasmo... Mis manitas, mis fantasías y yo habíamos pasado muchos ratos agradables. No es que no hubiera alcanzado el clímax nunca, otra cosa era llagar a la cima en compañía.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó mientras se ponía un preservativo y se situaba entre mis piernas esperando la respuesta.

—Un poco... —confesé ruborizada.

—Tranquila, todo irá bien —prometió besándome en los labios y penetrándome lentamente. Era muy tierno y se estaba portando fenomenal conmigo, así que, aunque al principio me dolió un poco, puse todo mi empeño en relajarme y aceptarle—. ¿Bien? —preguntó tenso sobre mí.

Asentí y empezó a moverse suavemente. No estaba mal, pensé. Podría llegar a gustarme. Quizá estaba siendo de las mejores veces de mi vida. Toni se había esforzado mucho en complacerme y prepararme y yo le estaba agradecida. Que me hubiera mostrado bastante pasiva no quería decir nada, no es que no tuviera ganas, es que me faltaba experiencia y no sabía muy bien qué hacer. Me daba miedo hacer el ridículo y todas aquellas dudas me ponían aún más tensa e impedían que pudiera disfrutar del todo. ¿A vosotras también os pasa que durante el sexo os ponéis a pensar en mil y una cosas menos en lo que le está pasando a vuestro cuerpo? Porque eso era exactamente lo que me pasaba a mí. Por eso no lograba entender a mis amigas cuando me decían que todo era tan explosivo e increíble... A mí nunca me había pasado.

Se suponía que todo aquello debía producir una reacción capaz de llevarme a las estrellas, pero yo seguía en la Tierra. Veía a Toni gemir sobre mí, impaciente y de manera placentera; al menos uno de los dos lo estaba pasando realmente bien, pensé. De pronto aquello se me empezó a hacer un poco largo y tedioso. Solía pasarme a menudo durante el sexo. Mi mente, lejos de volar al espacio, viajó hacia mi clase del lunes por la mañana. Los niños tenían que pintar un mural de Navidad e íbamos a acabar todos manchados de pintura de colores. Sería mejor no ponerse ropa nueva para ir a clase, me dije haciendo inventario mental de mi armario. Tenía unos vaqueros gastados y una camiseta básica que podrían servir, no me importaba que acabaran salpicados... De repente, de la nada y sin venir a cuento, fue pensar en pinturas y aparecer en mi mente, como un fognazo, el rostro de Raúl y sus vívidos tatuajes de colores en contraste con su aura oscura y su mirada penetrante. Fue como si alguien le hubiera dado a un botón y algo se hubiera activado en mi interior. Sentí una contracción involuntaria alrededor del miembro de Toni, que seguía penetrándome implacable y ajeno a mis pensamientos, y un escalofrío placentero me atravesó. ¡¡Sí!! Por fin sentía algo. Algo maravilloso que se acercaba, ya casi..., ya casi... Pero entonces, Toni gruñó y se dejó caer sobre mí cesando los movimientos e interrumpiendo mi momento de gloria.

«¡¡¿Perdona?! ¡¡Tío, muévete!!!».

Intenté empujarle e instarle a seguir, pero parecía un peso muerto. Segundos después, se incorporó y me besó en la mejilla antes de tumbarse a mi lado con la respiración agitada y hecho polvo... Nunca mejor dicho. Con aquellas pocas contracciones, interpretó que había tenido un orgasmo y por eso se dejó ir tan contento. Aquello era peor que el beso frustrado en nuestra segunda cita.

—¿Te ha gustado? —me preguntó acomodándose para dormir abrazado a mí.

Vale, era de esos que a los dos minutos se quedan dormidos como troncos. Genial. La cosa mejoraba por momentos.

—Sí..., claro —mentí.

¿De verdad me estaba convirtiendo en aquella mentirosa que decía que sí a todo para quedar bien? ¿Mi vida sexual sería siempre así de penosa? ¿Sobreviviría a mi clase del lunes sin acabar manchada de pintura? ¿A Raúl también le habría impactado tanto conocerme como a mí me impactó conocerle a él? Demasiadas preguntas para un momento tan frustrante.

—Y a mí... —murmuró amodorrado—. Creo que me estoy enamorando de ti, Lisa —confesó casi entre sueños.

Aquella inesperada declaración de amor tendría que haberme alegrado. No era una diosa del sexo, obviamente, y que un tío como Toni creyera que se estaba enamorando de mí después de acostarnos era un halago. Pero me pareció ridículo porque aquel proyecto de orgasmo interrumpido no había sido debido a él, sino a la visión del misterioso profesor que había conocido en el gimnasio. ¿Cómo se le dice a un hombre con el que te has acostado por primera vez y te ha confesado al terminar que se está enamorando de ti, que casi tienes un orgasmo pensando en otro? Exactamente, no se le dice. Se le miente como una bellaca y ya está. Él queda contento y tú quedas... ¿Insatisfecha?

En fin... Lo mejor era olvidarlo y disfrutar de lo que tenía, no iba a pensar ni un segundo más en ello. Me acurruqué junto a Toni e intenté dormir, pero fue en vano. Me pasé la noche en un duermevela, soñando a ratos con tatuajes de colores y con una voz que no paraba de repetir que era una mentirosa. Una mentirosa compulsiva que no merecía al hombre que tenía. Fue la peor noche de mi vida.

Capítulo 8

El martes por la tarde quedé con las chicas para tomar algo. Durante el fin de semana no nos habíamos visto y nos teníamos que poner al día. Su nos estuvo contando sus aventuras sexuales con Fran, el chico de Internet, que nada tenían que ver con lo que había vivido yo con Toni. A mi amiga era darle algo que contuviera azúcar y del subidón se le soltaba la lengua. Pasaba tanto tiempo a dieta que su cuerpo sufría un choque cuando recibía un poco de glucosa, el cerebro se le activaba y acababa confesando todos los detalles morbosos, de esos que tanto nos gustaban a Vicky y a mí.

Hablando de subidones, aquella misma mañana me pesé después de la ducha y descubrí con alegría que había engordado doscientos gramos. Casi me puse a bailar y dar saltitos con Maléfica de la alegría. Era muy injusto que mi mejor amiga se matara a dietas para perder unos kilos, que mi gata se estuviera poniendo cada día más gorda y que yo, por más que comiera, solo engordara unos pocos gramos cada dos meses... y eso como mucho. Probablemente moriría antes de los cincuenta de una angina de pecho de lo colapsadas que tendría las arterias de tanta grasa que me metía en el cuerpo y que iba a parar a cualquier lugar menos a mi trasero.

—Entonces, ¿tu profesor remilgado te comió bien el conejito, Lis? —me preguntó Vicky con una sonrisilla maliciosa.

Casi me atraganté con el té por la impresión. Su me golpeó en la espalda mientras tosía y se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¡Vicky!! —me quejé aún jadeante—. ¡No digas esas cosas! Sabes cómo odio que hables así.

—¿Por qué? He intentado ser suave y no decir la palabra coño, pensé que lo agradecerías.

Se encogió de hombros y Su reprimió una carcajada intentando solidarizarse conmigo.

—No te pases, Vicky —le dijo, pero le guiñó un ojo disimuladamente.

¡Malvadas! ¿Era posible que mis mejores amigas se divirtieran poniéndome en ridículo?

—Toni n-no me c-comió nada —balbuceé nerviosa—. Por lo demás, no tengo ninguna queja, quedé muy satisfecha, gracias.

La voz de mi sueño, que me repetía que era una mentirosa, volvía a hacer eco en mi mente... Me estaba volviendo loca, era una realidad espantosa.

—Escúchame bien, cielo. Si un hombre no se da un buen festín ahí abajo es que no vale la pena, créeme —afirmó Vicky señalando con un dedo la unión entre sus muslos—. Si la próxima vez no te abre de piernas y sumerge su cabeza ahí, déjale. Probablemente sea gay o gilipollas y ninguna de las dos cosas te interesa.

—¡Joder! Eres la leche, Vicky —exclamó Su entre carcajadas.

—¡Tengo razón! —Se aplaudió—. ¿O no?

—Lo que hagamos Toni y yo en la cama es cosa nuestra y lo pasamos muy bien.

La voz seguía repitiendo dentro de mi cabeza que era una mentirosa y yo estaba deseando hallar el modo de silenciarla.

—¿Qué demonios está pasando entre ese camarero y tú? —le preguntó Su apiadándose de mí y centrando la atención en nuestra amiga, la graciosa.

Quiero muchísimo a Vicky, pero hay veces en las que me gustaría matarla. Sus bromitas, lejos de parecerme graciosas, me hacen recordar mi época de instituto, cuando los chavales se metían conmigo y yo no era capaz de defenderme o encontrar una contestación ocurrente.

Tras hablarnos de su nuevo amigo y de reprocharnos que últimamente la dejábamos colgada por nuestros novios durante los fines de semana, nos preguntó qué tal había ido el sábado en el gimnasio.

—Lisa le puso ojitos a un profesor tatuado y con las orejas perforadas —se burló Su. Estaba claro que aquella tarde iban a por mí.

—¿¿Qué? —exclamó Vicky oliéndose un jugoso cotilleo.

—¡Mentira! —negué sonrojada—. Solo me quedé un poco impactada por su aspecto, eso es todo.

—¡Ya, ya! Te pusiste cachonda, Lisa —continuó Su.

—¡No! Ni siquiera me gustó —repliqué—. Además, la que se fue a tomar algo con su fisioterapeuta buenorro fuiste tú y no has contado nada.

Menos mal. Había sido rápida y había logrado centrar la atención en Eric y el amor platónico que sentía Su por él. Si les llevo a contar a mis amigas que Raúl no solo me había gustado, sino que casi había tenido un orgasmo en la cama con Toni fantaseando con él, a Vicky le habría alegrado el resto de la semana y hubiéramos tenido tema por lo menos para un mes. ¡Eso seguro!

El miércoles por la tarde fui al gimnasio por primera vez. No había vuelto a pasarme por allí desde el sábado y me moría de ganas. Había entrado en la página web del centro y había estado consultando los horarios de las clases que podrían interesarme. Había una de *spinning* a las siete a la que quería asistir. Luego me iría un rato a la piscina a relajarme nadando y el viernes, después de *spinning*, me animaría a probar el *aquagym*. Me cambié en el vestuario y me puse el conjunto color turquesa otra vez porque me encantaba, iba a juego con el color de mis ojos y me quedaba bien. El pelo lo llevaba cortito, sin llegar a rozarme los hombros y escalado, así que no necesitaba recogerlo. Con una diadema elástica me lo retiré de la frente. Una vez lista, me senté frente a la sala a esperar. Aún faltaban más de diez minutos para que diera comienzo la clase y no había ni rastro de los demás alumnos ni del profesor, por lo que me perdí en mis pensamientos.

El martes, al despedirme de mis amigas, me fui a dormir a casa de Toni. Me había invitado y no supe decirle que no. Me llevé una bolsa con una muda para el día siguiente y la firme determinación de entregarme a aquello con toda la pasión que hubiera en mi interior. Lamentablemente, descubrí que de pasión tengo poca reserva. Toni vivía en un piso de tres habitaciones, grande y confortable para una sola persona. Me sorprendí al entrar y ver lo desordenado que lo tenía todo. Me parecía un hombre centrado, al que le gustaba controlar las cosas que sucedían a su alrededor, pero descubrí que había algunos platos sucios en la cocina y un montón de libros y revistas esparcidos por toda la casa que serían la envidia de una librería pequeña. La decoración y la armonía brillaban por su ausencia. Muebles que no combinaban, cojines que no estaban donde tenían que estar, ropa colgada del respaldo de una silla y una planta muerta junto a la ventana; eso sin contar la capa de polvo que cubría gran parte de las superficies. Cuando se lo comenté, bromeó asegurando que él se entendía entre de aquel desastre. A excepción de los platos y el polvo, lo demás parecía limpio. Desordenado, pero casi limpio ya era algo, intenté convencerme. Peor hubiera sido ir al baño y descubrir un matojito de pelos en el desagüe o... Dios, no quería ni imaginar otras opciones. Afortunadamente el baño estaba limpio y olía a una fragancia cítrica muy agradable. Cenamos ensalada y un guiso de pollo que tenía una pinta deliciosa. Me dijo que lo había encargado a un conocido restaurante de la zona porque la cocina se le daba fatal. Al terminar no me permitió ayudarme a recoger la mesa, simplemente dijo que lo dejáramos así, que ya se ocuparía él por la mañana. Me pareció un detalle horroroso y me tuvo pensando en ello durante todo el rato que pasamos en la cama, donde sucedió algo parecido a lo del sábado. Ni pasión, ni fuegos artificiales, ni nada de nada. Sin embargo, Toni me gustaba y quería darle una oportunidad a lo nuestro. Con el tiempo y la confianza, el tema del sexo mejoraría, estaba segura. Cuando se quedó dormido no pude más y me levanté para recoger la mesa y limpiarle la cocina.

De pronto una sombra cruzó delante de mí y me devolvió a la realidad y al gimnasio. Todos mis instintos se pusieron en alerta y se me erizó el vello del cuerpo. Ahí estaba otra vez aquella sensación de estar cayendo al vacío, que hacía que mi corazón empezara a latir desbocado y que el estómago se me encogiera como cuando bajas por la pendiente de una montaña rusa.

—A ti te conozco —dijo una voz grave y masculina—. Lisa, ¿verdad?

Levanté la mirada, pero ya sabía quién era antes de verle. Estaba cruzado de brazos frente a mí, con una sonrisilla de chico malo dibujada en los labios y sus penetrantes ojos negros fijos en mi cuerpo, que recorría de arriba abajo. Iba vestido como la otra vez, con el uniforme del gimnasio. Llevaba el pelo húmedo y peinado con los dedos sin nada de gel fijador. Probablemente acababa de darse una ducha y olía a algo muy masculino que no tenía nada que ver con el aroma a Gaultier de Toni, pero que le daba veinte mil vueltas a cualquier perfume caro.

—Sí —respondí cuando recuperé la facultad del habla y pude dejar de mirarle embobada—. Rubén, ¿no?

—Raúl —me corrigió cambiando la expresión chulesca de su rostro por una de desconcierto.

Le pilló por sorpresa que no recordara su nombre. «¡Toma ya! ¡Engreído!». Obviamente sabía que no se llamaba Rubén, pero no quería que diera por hecho que me acordaba, eso sería darle mucho poder y ya se lo tenía bastante creído. La pura verdad es que recordaba todos los detalles de la mañana en la que nos conocimos y los

había reproducido mentalmente cientos de veces desde entonces. Un punto para Lisa. «Chúpate esa», pensé orgullosa.

—Ah, disculpa... Raúl. —Sonrei y me levanté.

—¿Qué tal? No te he visto por aquí desde el sábado. ¿Te gustó la clase? —me preguntó olvidando rápidamente lo del nombre.

—Me encantó —reconocí emocionada—. Pero he estado muy ocupada esta semana por culpa del trabajo y no he podido venir antes.

—¿A qué te dedicas?

—Soy profesora de primaria.

—Vaya, qué interesante... —Me sorprendió que el comentario fuera sincero. Normalmente dar clases a niños pequeños no solía parecerle muy emocionante a nadie. No era lo mismo que decir que eras policía, neurocirujano, o algo así—. Si hubiera habido profesoras como tú cuando yo iba al colegio, ahora no estaría aquí, sino en un laboratorio de química analítica o defendiendo a pijos corruptos en un juzgado.

Me guiñó un ojo y me sonrojé. No podía creer lo que había insinuado... ¿Una profesora como yo le habría motivado a estudiar más? Luego me di cuenta de que era el clásico tío que coqueteaba con todas y resté importancia al piropo. Además, reconozcámoslo, era un poco cutre. Ya se lo podría haber currado un poco más. Aquello estaba a la altura de ligón de tres al cuarto.

—Estoy convencida de que muchas chicas se han aficionado al deporte gracias a ti —dije sin pensar, mirándole de arriba abajo y siguiéndole el juego—, así que no le restes importancia a lo tuyo.

Él estalló en carcajadas y yo enrojecí de nuevo. ¿Qué me estaba pasando? ¿En serio había dicho todo eso sin morir de vergüenza en el intento? ¿Sin balbucear? ¿Sin desear que el suelo se abriera y me tragara? ¿De verdad estaba coqueteando con un tío bueno como cualquier chica normal? ¿Quién era esa Lisa desconocida y dónde estaba la verdadera? Demasiadas preguntas para mi pobre cerebro colapsado por aquel hombre tan sexi.

—Gracias. —Se pasó una mano por el pelo sonriendo encantado, como si no estuviera acostumbrado a recibir cumplidos. El muy creído...

—¿De qué das clase? —pregunté por curiosidad.

No pensaba en apuntarme a sus clases, qué va. Ni se me había pasado por la cabeza... Solo preguntaba por educación, está claro.

—Si lo adivinas te daré una clase particular... Te va a encantar.

De eso no me cabía la menor duda.

—¿Kick boxing? —probé, pero él negó con la cabeza—. ¿BodyPump? —tanteé tras pensármelo un momento.

Observé con atención sus brazos musculosos y coloridos. En el hombro derecho llevaba dibujada la cabeza de un león enorme con la boca abierta, como si estuviera rugiendo y mostrando sus afilados colmillos.

—Cariño, vas por mal camino... Creo que te has hecho una idea muy equivocada de mí —dijo captando mi atención y evitando así que pudiera seguir contemplando sus tatuajes—. Soy profesor de yoga y Pilates. También me defiendo bien con el taichí, incluso me atrevería con algún arte marcial, pero no me gustan los puñetazos sin sentido ni el levantamiento de pesas, ni nada de todo eso.

—¿En serio? —Me sorprendí—. No lo habría imaginado nunca.

—Ya veo... Lástima, te has quedado sin tu clase particular —murmuró bajando el tono—. Y es una pena, porque conozco cientos de maneras para relajar el cuerpo y llevar la mente al nirvana.

«Vaya, pues hace calor aquí, ¿no?», pensé despegando el top de lycra de mi pecho. Aquella frase parecía una insinuación en toda regla, aunque había sido lanzada de un modo sutil de falsa inocencia.

—Mira, ya llega Fabio. —Señaló hacia el interior del aula donde el profesor de *spinning* iba tomando posiciones—. Será mejor que entres.

—Sí. —Cogí mi toalla y mi botella de agua de encima del banco donde las había dejado, un tanto turbada por su insinuación—. Supongo que nos iremos viendo por aquí.

—Claro, doy clases en la planta de abajo, al lado de los vestuarios, pásate —me invitó antes de desaparecer por la izquierda, en dirección a las escaleras, despidiéndose con la mano.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó una voz femenina y chillona detrás de mí—. Yo también quiero que relaje mi cuerpo y lleve mi mente al nirvana. Madre mía, casi me corro solo con verle mover los labios al hablar.

Me di la vuelta ofendida, porque quién fuera esa chica, había estado escuchando toda nuestra conversación y era un poco maleducada. Así se lo hice saber.

—Es de mala educación escuchar conversaciones ajenas —dije con mi voz de maestra.

—Lo siento, guapa, pero no nací sorda y estabais hablando en voz alta —replicó una chica rellenita que había estado sentada en el banco todo el tiempo. Yo no me había dado ni cuenta, estaba totalmente centrada en Raúl—. Soy Carol, encantada.

Extendió la mano y se la estreché por educación, a pesar de que su lenguaje no me había gustado un pelo. Me di cuenta de que tenía una cara preciosa, como de muñeca, con unos ojos enormes, pestañas larguísimas y un montón de pecas en el puente de la nariz.

—Lisa —me presenté olvidando el pequeño detalle de su indiscreción. A fin de cuentas, tenía razón y habíamos estado hablando sin moderar la voz.

—¿Vas a clase de *spinning*?

—Sí.

—Genial, seremos compañeras —anunció señalando el interior de la sala que ya se iba llenando—. Aunque no sé para qué vienes, flaca.

Me pasó un brazo alrededor de los hombros y me arrastró con ella en dirección a las puertas acristaladas. La manera que tuvo de llamarme flaca no me pareció ofensiva en absoluto, sino más bien un apodo cariñoso. ¡Qué bien! Acababa de hacer una amiga.

Tras sudar como pocas veces en mi vida y temer por la vida de Carol en repetidas ocasiones aquella tarde, porque parecía que le iba a dar un ataque sobre la bici por la manera en que jadeaba y lo roja que se estaba poniendo, nos fuimos a la ducha. Descarté la idea de ir a nadar, estaba exhausta y me dolían músculos que desconocía tener. Seguramente no podría volver a agacharme en un par de semanas de las agujetas que tenía en los muslos. Carol me propuso ir a tomar una Coca-Cola a un bar que había cerca del gimnasio y yo acepté encantada, me había caído muy bien. Como no tenía demasiadas amigas, nunca decía que no a eso de socializar.

Una vez lista, mientras esperaba que acabara de ducharse, me acerqué hacia la sala que había junto a los vestuarios, muerta de curiosidad, impaciente y deseosa de ver a Raúl, aunque fuera a través de los cristales, dando su clase. Las puertas de la sala estaban abiertas, la iluminación allí era tenue y desde fuera ya se respiraba el aire de tranquilidad que estaban creando dentro. Una suave música sonaba por el hilo musical del lugar. Había varias personas en el suelo, en posición de loto, con los ojos cerrados y sentadas sobre colchonetas finas de color verde. Raúl paseaba sigiloso y descalzo entre ellos dando indicaciones.

—Mantened los ojos cerrados y tomad contacto con vuestra respiración —les decía entre susurros y a mí me entraron ganas de cerrarlos también.

Ahí, en la penumbra, ofrecía una imagen impactante. Alto y fuerte, con un dominio absoluto de su cuerpo y del entorno, manejando la situación y a toda esa gente, que seguía sus instrucciones sin ponerle en duda. Me di cuenta de que la mayoría eran mujeres. Mujeres jóvenes y atractivas... No, si ya me habría extrañado a mí que los alumnos fueran hombres cincuentones, calvos y peludos. Como si me hubiera presentado, Raúl alzó la cabeza y me vio. Me guiñó un ojo e hizo un gesto invitándome a entrar. Yo negué ruborizada y me despedí con la mano dejando que continuara con la clase.

—¡Joder, flaca! Tengo las bragas en llamas —gimió Carol, que acababa de encontrarme y había presenciado la última escena—. ¡Qué bueno está! Seguro que su segundo nombre es pecado.

Me reí por su comentario.

—Tampoco es para tanto. —Pero sí que lo era, sí.

—¿Estás ciega? —Era una pregunta retórica, claro—. Sí que lo estás, porque tal y como te miraba antes y hace un momento, y que no te hayas quedado allí para darle tu ropa interior como ofrenda, tendría que estar penado por ley.

—¿Cómo me miraba? —pregunté curiosa.

—Como si fueras un gofre de chocolate con nata y un montón de *toppings* en forma de corazón por encima y él un hombre que llevara una semana sin comer.

Me reí con ganas.

—No bromees con eso, Carol. Me lo podría llegar a creer.

—Lo que yo te decía, flaca... Estás cegata perdida. —Negó con la cabeza y me miró como si fuera tonta del culo.

Una vez en el bar nos pedimos unas Coca-Colas y estuvimos hablando un buen rato. Carol me explicó que se había apuntado al gimnasio hacia seis meses, pero que casi nunca iba porque le daba mucha pereza, aunque quería adelgazar y no sabía cómo. Yo le conté mi caso, que era todo lo contrario, y la animé a acompañarme a *spinning* los miércoles y los viernes por la tarde, al menos así ya no tendría la excusa de ir sola. Aceptó encantada. Descubrimos que teníamos muchas cosas en común, entre ellas la edad, pero sobre todo una infancia traumática debido a los niños que se habían metido con nosotras cuando íbamos al colegio. Estaba convencida de que a la larga podría forjar una bonita amistad con aquella chica simpática y alegre. Seguro que a Vicky y a Su les encantaría conocerla, me dije organizando mentalmente un futuro encuentro entre ellas.

De Raúl no volvimos a hablar, pero no pude dejar de pensar en eso que había dicho del gofre, sobre todo cuando me hizo comprender la simbología, aclarándome que un gofre de chocolate con nata y *toppings* era para ella algo así como el paraíso en la Tierra. ¿Podría representar yo algo parecido para Raúl?

No. Imposible. ¿Verdad...?

Capítulo 9

—Creo que no es buena idea que pases tanto tiempo con mi madre —le comenté a Toni el jueves por la noche mientras cenábamos en un japonés cerca de mi casa.

—¿Por qué? —me preguntó—. Me dijiste que no te molestaba.

—No me molestó la primera vez, pero la de esta tarde ha sido la tercera, me parece excesivo.

—Me cae bien tu madre y pasa mucho tiempo sola. Pero si te molesta, dejaré de ir —dijo entre ofendido y enfadado.

—No me molesta, Toni, me alegra que os llevéis bien, pero tú no la conoces. Lo único que quiere es manipularte y malmeter.

—Tendrías que hablar con tu madre porque me parece que tienes una idea muy equivocada. Lo único que hace es exaltar todas tus virtudes.

Cogió con delicadeza un *maki* de atún y envié su habilidad con los palillos. Yo soy de las que van al japonés y piden cubiertos. Lo sé, patético.

—Vuelvo a repetírtelo, no la conoces —insistí pinchando un *maki* con el tenedor para mojarlo en salsa de soja—. No te está hablando bien de mí, me está

vendiendo, que es distinto. —Intenté razonar antes de tomar un sorbo de vino. Él me miraba como si fuera uno de sus alumnos adolescentes y rebeldes—. Cree que no voy a ser capaz de convencerte para que sigas conmigo y trata de hacer lo imposible para que no te le escapes. Te ha clasificado en la categoría de yerno perfecto, así que va a ir a por todas. Además, si consigo fastidiarme en el proceso, mejor que mejor. Y sabe que quedando contigo me está fastidiando. Mucho —puntualicé.

—Pero ¿tú te estás oyendo? —exclamó sin poder contener una carcajada—. Pareces una cría, Lisa. Madura, tu madre solo quiere lo mejor para ti.

Genial, le había abducido. Era rápida e iba mejorando. Tenía que ponerme las pilas para recuperar el terreno perdido. Esta vez me llevaba mucha ventaja y no se me ocurría una manera de volver a igualar posiciones. Podía seguir insistiendo o retirarme por el momento y planear una estrategia.

—Solo digo que no me gusta que pases tanto tiempo con ella. ¿Podrás respetar eso?

—Está bien, reduciré las visitas.

Bien, por lo menos lo había entendido. Después de cenar nos fuimos a mi piso. Toni se quedaba a dormir y no me hacía mucha gracia. Hacía apenas unas semanas que nos conocíamos y ya sentía que necesitaba un respiro, pero no sabía cómo decírselo. Lo que me ocurría no era normal, no podía ser que me hubiera cansado tan rápido, que la ilusión se hubiera apagado en cuestión de días... Algo estaba fallando y eso me hacía sentir muy culpable. Además, a todo ello se le añadía que odiaba la idea de dormir con la puerta cerrada para que Maléfica no le atacara mientras dormía. Eso sí que era ridículo y no lo de comer *sushi* con el tenedor... Dónde va a parar.

El viernes por la tarde me encontré con Carol en el vestuario. Había vuelto y eso que en un principio tuve mis dudas. No parecía la clase de chica con voluntad suficiente para volver al gimnasio, pero ahí estaba, equipada y preparada para la acción.

—Venga, flaca, cámbiate que llegamos tarde —me dijo en cuanto entré.

Ella vestía unas mallas y una camiseta ancha en color rosa chicle, y yo me puse un conjunto en color violeta. Veinte minutos después estábamos pedaleando como locas sobre la bici. Bueno, aclaro: yo estaba pedaleando como una loca y ella lo estaba intentando. Fabio, nuestro profesor de *spinning*, no tenía piedad y no le importaba que hubiera unos cuantos principiantes en clase, nos exigía el máximo a todos por igual.

—Tío bueno... a las... seis... —jadeó sudando como una condenada. La camiseta rosa chicle estaba tan mojada y pegada a su cuerpo, que había adquirido una nueva tonalidad.

Me giré un poco, mirando por encima del hombro, para ver qué quería decir. Me sorprendió ver a Raúl apoyado en el marco de la puerta hablando con la profesora de *fitness*, una pelirroja con cintura de avispa y culo y pechos enormes que, obviamente, no podían ser naturales. Ella se esforzaba en hablarle y él no le prestaba la más mínima atención porque tenía los ojos clavados en mi trasero. En cuanto se dio cuenta de que le había descubierto, me saludó con la mano y con una sonrisa traviesa dibujada en los labios, que intenté corresponder.

—Madre... mía..., flaca. —Siguió jadeando Carol junto a mí.

—Carol, cállate... o te va... a dar... algo —le pedí también jadeando porque el ejercicio empezaba a hacer mella.

Intenté no pensar en el hecho de que Raúl estaba detrás de mí, observándome, y me centré en pedalear con todas mis fuerzas. No sé qué me costó más, si mantener el ritmo o evitar girarme para comprobar si seguía allí. Cuando acabamos la clase teníamos las piernas tan temblorosas que nos costaba hasta caminar. Nos fuimos al vestuario, nos pusimos los bañadores y, con un par, nos fuimos a clase de *aquagym*.

A pesar de lo agotadas que estábamos, la clase resultó ser más divertida y menos cansada de lo que imaginábamos. La profesora era muy maja y cuando le explicamos que era nuestra primera vez, nos dijo que aquel día nos lo tomáramos con calma. En el grupo había seis alumnas más, que se mostraron muy amables con nosotras. Al finalizar, Carol y yo nos metimos en el jacuzzi que había junto a la piscina para relajar nuestros agotados músculos con las burbujas. Fue pura gloria.

—Después de lo de hoy, creo que ya estoy preparada para ir a la guerra —comentó con cara de estar a punto de entrar en coma—. Aunque ahora mismo no me siento ni las piernas.

—No exageres, esto es solo el principio. En un par de meses, cuando llevemos bien el ritmo, nos apuntaremos a otra clase.

—Córtate, flaca. Pides demasiado... No sé si volveré, estoy muerta.

—Pobre de ti. Soy capaz de ir a tu casa a buscarte, no me conoces. El miércoles te quiero aquí puntual como un reloj, no hay excusa.

—Vale, profe, relájate —dijo sonriendo. Yo la imité.

Ambas nos apoyamos en el borde del jacuzzi entrando en un estado de éxtasis total, casi un duermevela. Tenía los ojos entrecerrados y la visión algo borrosa, pero los abrí de golpe al ver pasar a una figura conocida. Me incorporé y salpiqué a Carol, que me miró inquisitiva. Sin embargo, cuando siguió la dirección de mi mirada lo entendió todo. Raúl entró en la zona de piscinas vestido con un bañador negro tipo slip. Esos bañadores siempre me han parecido ridículos, pero en un cuerpo como el suyo resultaba ser una prenda simplemente perfecta. Descubrí que lo único que llevaba tatuado eran los brazos. El torso lo tenía limpio, bronceado, sin vello y con unos músculos definidos que hacían la boca agua. Las piernas, con muslos fuertes, las tenía muy tonificadas, al igual que ese prieto... ¡Madre mía! Es que ese bañador dejaba muy poco a la imaginación... Tragué saliva para no acabar babeando.

Avanzó hacia el borde de la piscina para lanzarse de cabeza al agua y empezó a hacer largos de manera incansable. Regresé a la realidad cuando Carol me pasó una mano por debajo de la barbilla.

—¿Necesitas babero, flaca?

—¡Qué graciosa! —exclamé sarcástica.

—Entonces cierra esa boquita de piñón y disimula. A los hombres no se les puede dar tanto poder —me aconsejó—. Les gusta la caza. Si ve que ya babeas, se va a relajar. Deja que se lo trabaje.

Después de ofrecernos un buen espectáculo durante veinte minutos, Raúl salió de la piscina chorreando agua, con aspecto de modelo de anuncio, y se encaminó hacia nosotras con su eterna sonrisa.

—Hola, bellezas —nos saludó acucillándose junto al jacuzzi.

Carol le dijo algo, pero yo ni me enteré. Solo podía pensar en lo increíblemente atractivo que era él y en lo horrible que estaba yo con mi figura esquelética y el gorro de silicona en la cabeza. Tuve la tentación de quitármelo, pero el pelo aplastado no iba a ayudar mucho a la causa tampoco. A él, el gorro negro no le afeaba, estaba absolutamente perfecto, pero lo mío era otra historia. Qué vergüenza. «¿Por qué a mí?», me pregunté lastimeramente.

—Se te ven unos ojos enormes así —me dijo captando por completo mi atención—. Y tus pestañas mojadas parecen más largas. Increíble Eres preciosa, Campanilla —susurró.

Y, desoyendo por completo a Carol, volvía a estar con la boca abierta. Solo me faltaba babear de verdad. Raúl se aproximó un poco más y con el dedo índice me dio un golpecito en la nariz. Me puse roja como un tomate sin poder controlarlo. Entonces se incorporó y desapareció por la zona que conducía a los vestuarios.

—Vamos a cenar, flaca —propuso Carol sacándome del jacuzzi casi en brazos porque yo todavía era incapaz de reaccionar—. Entre el ejercicio y lo que acaba de pasar, necesito un chute para asimilarlo. Me parece que tú también.

Sí, desde luego. Que un tío como Raúl le dijera a una chica como yo que estaba preciosa con un gorro de natación en la cabeza, era un asunto sobre el que necesitaba pensar seriamente.

Una hora después, duchadas y casi recuperadas, estábamos sentadas en una conocida hamburguesería degustando la cena. La elección del lugar había sido idea de Carol, como habréis imaginando. Nos habían servido una selección de platos para compartir que contenían de todo y para todos los gustos. Poco después, pusieron frente a mi amiga la hamburguesa más grande que había visto en mi vida y un vaso gigante de refresco. Yo había pedido un sándwich de pollo que tampoco se quedaba atrás. A Carol le brillaban los ojos y se relamía mientras echaba cantidades ingentes de ketchup sobre la hamburguesa.

—Esto está de muerte —afirmó con la boca llena—. Come, flaca.

—Para quemar la cena de hoy vamos a tener que ir al gimnasio por lo menos medio año —le recordé y después di un tímido mordisco a mi sándwich.

A mí no me importaba engordar, pero, vamos a ver, tampoco quería que me diera un infarto antes de cumplir los treinta.

—No me amargues, tía. —Mojó un par de aros de cebolla en algún tipo de salsa y se los llevó a la boca—. La vida son dos días y si tengo que elegir, prefiero morir comiendo.

Me reí a carcajadas sin que me importara si llamaba la atención o no. Con Carol me sentía libre de complejos.

—Vale, pero el miércoles no me llores sobre la bici, ¿eh?

—Sería una buena idea que nos pusieran un video de esos que simulan un camino de tierra en mitad del bosque para dar la sensación de que pedaleas hacia algún lugar y no de manera inútil, ¿los has visto alguna vez? —Asentí en silencio—. Pero al final del camino, en vez del horizonte, tendría que aparecer Raúl, vestido con ese bañador y la sonrisa de chico malo. ¿No te parece que sería una buena motivación para pedalear con más ganas? —preguntó soñadora, como si ya lo estuviera viendo.

—No estaría mal, pero yo no necesito ese tipo de estímulo para hacer ejercicio.

—Qué mal mientes, flaca —murmuró antes de dar otro enorme mordisco a la hamburguesa.

Sí, mentir se me daba fatal, pero estaba aprendiendo a marchas forzadas. Instinto de supervivencia, lo llaman.

El sábado salí a tomar unas copas con las chicas. Aquel fin de semana estábamos libres de novios. Fran, el chico con el que salía Su, se había ido de congreso. Vicky era la eterna soltera del grupo. Toni estaba muy liado con los exámenes del trimestre y yo estaba un poco molesta... Bueno, un poco no, bastante. Le había comentado que no me parecía bien que se llevara trabajo a casa casi todos los fines de semana y él me había respondido que era normal que los profesores de infantil no entenderamos la presión a la que estaban sometidos ellos y que no me lo iba a tener en cuenta. ¡Qué cretino! Quise recordarle que yo también había estudiado una carrera y que mi trabajo era igual de importante que el suyo, pero me mordí la lengua. Me callé porque odio los conflictos y mi timidez muchas veces me impide afrontar las situaciones de la misma manera que lo haría alguien que no sufre de ello. En fin... Lo dejé estar y me fui con mis amigas, que era mejor plan que acabar cenando con él en cualquier sitio caro y luego tener que irnos juntos a casa y, puntualizo, a la cama.

No entiendo qué me impedía ver que aquella situación no era normal. Por lo visto necesitaba algo más de tiempo para darme cuenta de la realidad. A todos nos ha pasado alguna vez eso de aferrarnos obcecados a algo que sabemos que no nos conduce a nada... Y por aquel entonces, aún quería creer que Toni y yo teníamos alguna posibilidad.

Nos estuvimos riendo un buen rato, mojito en mano, mientras Su nos relataba la experiencia de aquella mañana al conocer a la madre de Fran. Al parecer la mujer era una bruja. Unos minutos después se nos acercó Alexei, el camarero amigo de Vicky, para apuntar nuestra siguiente ronda y preguntarnos qué tal iba la noche.

—Tengo cinco minutos de descanso y venía a proponeros algo, chicas —nos dijo sentándose al lado de Vicky—. La noche de fin de año voy a trabajar en el *Bright Club*, ¿habéis oído hablar de él?

Las tres asentimos. El *Bright* era la nueva discoteca de moda de la ciudad y todas teníamos ganas de ir alguna vez. Era un sitio bastante caro, así que cuando Alexei nos propuso ir en Nochevieja porque él iba a trabajar allí, estuvimos encantadas. ¿Alguien había dicho entrada gratis? ¿Quién podría resistirse a ello?

Yo le comenté que iría con Toni, porque íbamos a pasar las Navidades con nuestras respectivas familias y habíamos acordado celebrar aquella noche juntos. Supuse que no le importaría ir a un sitio tan exclusivo como el *Bright*. Vistos sus gustos caros, seguro que el club estaría a la altura.

—Perfecto, me encargaré de meteros en lista —nos aseguró antes de regresar al trabajo.

Las tres nos quedamos comentando qué podríamos ponernos para salir aquella noche e imaginando lo bien que lo íbamos a pasar. El guaperas ruso de ojos azules nos alegró la noche.

El domingo por la tarde quedé con Toni, se lo comenté y me dijo que le parecía un plan perfecto. Eso sí, tenía que prometerle que cenaría con él a solas porque quería sorprenderme y reservar en un sitio especial. A mí aquello me desinfló un poco. Tenía ganas de cenar y comer las uvas con mis amigas, pero bueno, iba a tener que ceder en algo...

El miércoles fui al gimnasio con Carol y volví a cruzarme con Raúl. En aquella ocasión apenas pudo saludarnos porque se iba corriendo a dar una clase. Me decepcionó no poder hablar un rato con él. Tendría que esperar a la próxima vez.

El fin de semana estuve haciendo compras de Navidad con Toni. Tengo un montón de sobrinos y me encanta hacerles regalos, así que arrastré a mi novio por el centro comercial comprando cosas para los niños, mi familia y mis amigas. El regalo para él lo compré el viernes al salir del gimnasio. Me acompañó Carol, que pareció decepcionada al confirmar que de verdad tenía novio. Creo que, en su imaginación calenturienta, me veía saliendo con Raúl y montándonos en alguna de las instalaciones del gimnasio, algo que jamás iba a suceder. Era evidente que mi nueva amiga aún no me conocía bien. Además, él nunca se fijaría en mí, no era su tipo ni él el mío. ¿Dónde iba a ir yo con un hombre tan moderno y tatuado? Por Dios, qué ideas.

Le compré unos gemelos de oro a mi chico e hice grabar sus iniciales en ellos. Me parecían preciosos y eran un regalo que no podía fallar. Toni era un hombre de gustos clásicos y refinados y aquellos gemelos serían ideales. Se los daría durante la cena de fin de año. Por último, le arrastré a la tienda de Swarovski. Adoraba todo lo relacionado con la marca y quería comprar allí los regalos para mis amigas, pero también aprovechar para que él se hiciera una idea de lo que me podría regalar a mí. Estuve señalando de manera insistente un par de conjuntos de pulsera y pendientes que me tenían enamorada y unas figuritas que me faltaban para mi colección y que estaba ansiosa por tener. Finalmente, agotados, dejamos los paquetes en mi casa y nos fuimos a cenar y a dormir a la suya. Cada vez me parecía más alucinante el poder que ejercía Maléfica sobre él.

Pasé la Nochebuena y el día de Navidad en casa de mi hermano junto a mis sobrinos, mi cuñada y mi madre, que se estaba portando bastante bien esos días. Estaba segura de que era el efecto Toni. Me recompensaba con amabilidad por seguir con él. Algo parecido a las tácticas que utilizaba yo con mi gatita. Nos dimos los regalos y me hice un montón de fotos con los niños. Les adoro y ver la ilusión en sus caritas mientras abrían los paquetes envueltos en papel brillante de colores era algo que necesitaba inmortalizar. Colgué algunas fotos en mis redes sociales y luego felicité a mis amigas. Después llamé a Toni y estuve hablando con él un rato. Me dijo que estaba cenando con sus padres en un restaurante y que no podía alargarse mucho al teléfono. Me sorprendía su deseo de querer formar una familia cuando, en ocasiones, se mostraba tan frío y distante tanto conmigo como con los suyos.

El día después de Navidad me invitó a casa de mis futuros suegros a tomar el té, sin embargo, la invitación me sonó más a formalismo que a algo sincero. Eran unos señores mayores, de unos setenta años, muy serios y educados. La velada fue tirante y algo violenta y la conversación muy forzada. En el rato que pasé allí, tuve la sensación de no estar a la altura de sus expectativas. Toni me tranquilizó diciendo que ellos eran así de estirados y que no era algo personal, pero regresé a mi casa con aquella sensación en el cuerpo que me había acompañado siempre y que ese día se había intensificado... ¿Por qué no encajaba nunca en ningún lugar?

Capítulo 10

Un par de días después, quedé con Su para ir a la tienda de Vicky a probarnos los vestidos para Nochevieja. Mi amiga había creado un negocio de éxito de la nada. Su tienda de ropa, sin ser muy grande, era conocida y le reportaba beneficios muy interesantes, sobre todo en estos tiempos, cuando las cosas para los pequeños empresarios son aún más complicadas.

Su me comentó que se estaba machacando a pedaleo en la bici que se había comprado para hacer ejercicio en casa y yo le dije que lo mejor sería que se apuntara al gimnasio conmigo. Ella me miró con horror, como si le hubiera propuesto que se rapara la cabeza al cero. Cualquiera diría que la había ofendido. Incluso estuve a punto de disculparme por habérselo propuesto. Ni siquiera cuando le hablé de Carol, mi nueva amiga, que empezaba a aficionarse al deporte, pude convencerla. Ella se lo perdía. Carol y yo lo pasábamos muy bien y, por supuesto, el hecho de que Raúl trabajara allí no tenía nada que ver. ¡Qué va!

En cuanto llegamos, Vicky nos encerró en el probador con un vestido. En aquella ocasión, la elección que mi amiga había hecho para mí había sido muy acertada. El vestido azul satinado me quedaba de maravilla, el corte disimulaba mi delgadez e insinuaba algo de curvas, y el tono hacía resaltar el color de mis ojos. Era espectacular. Me miré al espejo desde todos los ángulos y cada vez me gustaba más. Cuando salí del probador y vi los vestidos que se habían probado mis amigas me quedé alucinada. Vicky llevaba puesto uno en color rojo de terciopelo y estaba increíble. Lo mismo que Su, que vestía uno en color dorado brillante, que resaltaba el tono bronceado de su piel y la hacía resplandecer, pero como siempre, estaba más concentrada en buscar defectos que en ver lo bien que le sentaba.

—Espero que tu novio no venga vestido con chaleco y corbata, Lisa, o Dios no lo quiera, con pajarita... A ver si no nos dejan entrar —me dijo Vicky con ironía.

—Toni es un hombre clásico y elegante, pero no tendremos ningún problema con su indumentaria, no te preocupes, Vicky —repliqué algo molesta. Aunque no las tenía todas conmigo, odiaba esa manía suya de meterse siempre con todo el mundo.

—Si tú lo dices...

Su nos comentó que no sabía si Fran podría venir porque no la había llamado desde hacía días y no sabía nada de él. El chico parecía un cretino en toda regla. Tal vez la página Citas de Amor no era tan infalible como pensábamos y a veces también se equivocaba en la preselección de parejas compatibles.

Como Vicky estaba muy liada en la tienda, salimos pronto de allí y acompañé a Su a comprar unos zapatos que fueran a conjunto con su vestido. Nos recorrimos unas cuantas zapaterías y acabamos comprando en una de mis favoritas. Su se compró unos zapatos ideales y yo, aunque no los necesitaba, también me compré un par. Un caprichito de vez en cuando no hace daño a nadie. Además, podía ser un poco clásica en cuanto a ropa, pero con los zapatos siempre hacía excepciones. Sería cuestión de apretarse el cinturón en lo que quedaba de mes y todo solucionado, pero ver esos preciosos zapatos en mi armario bien merecía algún que otro sacrificio. Antes de llegar a casa compré un lote de latas *gourmet* para Maléfica, así no me sentí tan culpable. Ella se mostró encantada con la cena, lo noté por el maullido de satisfacción que dejó escapar en cuanto le llegó el olorcillo, no porque se hubiera mostrado más afectuosa conmigo, no os vayáis a pensar. Tras el sablazo a mi cuenta corriente, me consolé pensando que al menos Vicky me había dejado el maravilloso vestido azul tirado de precio.

La noche de fin de año me preparé con especial esmero. Había ido a la peluquería por la tarde. Como llevaba el pelo bastante corto para lucir algún recogido digno, dejé que me llenaran la cabeza de rulos y mi melena lisa se convirtió en un amasijo de bucles, que daban un volumen increíble y un *look* totalmente distinto al que lucía a diario. Lástima que a la mañana siguiente todo aquello desaparecería. Me maquillé los ojos de manera discreta, con sombra neutra en color crema y un *eyeliner* no demasiado exagerado. A lo que sí di mucho color fue a mis labios. Usé un labial en tono ciruela que me encanta.

Toni pasó a recogerme a las nueve y cenamos en un restaurante maravilloso de la zona alta de la ciudad. La tarde que pasé en casa de sus padres me di cuenta de que eran gente de dinero. Aunque Toni no hacía ostentación en otros aspectos y vivía como cualquier persona de clase media, con los restaurantes y la comida dejaba salir su lado más sibarita. Me consta que la cena, compuesta de ostras y *champagne* francés, le costó un diner. Riete tú de mi caprichito en zapatos, aquello sí que era despilfarrar, sobre todo porque a mí las ostras me dan un poco de asco, pero viendo lo que costaba el plato me las tragué sin rechistar. Antes del postre, saqué del bolso mi cajita de regalo y le entregué los gemelos muy ilusionada. Me parecían preciosos e imaginaba que le iban a encantar. Nada más lejos de la realidad... Rasgó el papel con interés, pero su expresión cambió en cuanto descubrió lo que contenía el paquete.

—Vaya, gracias... Son muy bonitos —dijo sin poder disimular su cara de horror.

Rápidamente cambió el gesto y me sonrió, no obstante, se lo había notado y me sentí bastante desilusionada. Intenté consolarme pensando que no siempre se acierta y que todavía no nos conocíamos los gustos. ¿Por qué iba a molestarse en fingir que le habían encantado? Habría sido una tontería, ¿no? Solo hubiera servido para que yo me sintiera mejor.

Se los guardó en el bolsillo de la americana y no hizo ni el intento de probarse los. Luego me entregó un paquete cuadrado, envuelto con mucha delicadeza, que acepté intentando olvidar el feo que me había hecho. Desenvolví lentamente el regalo y me encontré con una caja de terciopelo. La abrí emocionada pensando en Swarovski, aunque no se veía el logo por ningún lado. Ya me esperaba el brillo cegador de sus piedras cuando me encontré con un... ¡Un horrendo collar de perlas! ¡¡Perlas!!

Probablemente, si hubiera nacido en el siglo pasado, aquel collar de perlas engarzadas en color crudo me habría parecido fascinante, pero no era el caso. A ver, algunas mujeres las adoran, pero a mí me parecen feas y típicas de señora mayor. Sí, soy una chica más bien clásica, aunque de ahí a lucir un collar de perlas, pues no... para qué nos vamos a engañar. Además, llevaba varios días soñando con mi regalo y aquello me había fastidiado mucho. Si hasta le había llevado a la tienda y le había señalado los dos conjuntos que más me gustaban, recalcándoselo varias veces, ¡¡por favor...! No podía creerlo.

—Oh —dejé escapar sin saber qué cara poner.

—¿Te gusta? —me preguntó emocionado.

—Sí, claro que sí. Es... muy bonito.

Mentí por educación. Porque otra cosa no, pero mi madre me había educado muy bien y siempre me había dicho que debía agradecer los regalos, me gustaran o no.

—Te ayudaré a ponértelo.

Se levantó sin esperar respuesta, cogió el collar y me lo abrochó al cuello. Con el vestido me quedaba fatal.

—Te queda precioso. Es casi tan bonito como tú —comentó complacido mirándome con una sonrisa.

—Gracias.

Quise decirle que era igual de bonito que los gemelos que le había regalado yo y que se había guardado en el bolsillo sin ninguna vergüenza, sin tener ni la delicadeza de ponérselos o de disimular un poco. Siendo así, ¿por qué tenía yo que lucir aquel horrible collar?

—La verdad es que no sabía qué regalarte, así que le pedí consejo a tu madre. Me alegra comprobar que ha acertado.

Estupendo, ya lo entendía todo. «Gracias, querida madre». Con aquello me había marcado el gol definitivo.

—Claro, mi madre me conoce bien... —Usé un tono sarcástico del que ni siquiera se percató.

No solo me había hecho un regalo horroroso y me había llevado a cenar ostras sin preguntarme si me gustaban, sino que encima, desoyéndome, había seguido visitando a mi madre y hablando con ella. Fabuloso. Si pretendía desilusionarme se estaba luciendo. Ni haciéndolo adrede le hubiera salido mejor.

Más tarde fuimos a recoger a las chicas. Como llegamos antes de la hora en la que habíamos quedado, aproveché la excusa para decirle a Toni que subía a retocarme el maquillaje y le pedí que nos esperara en el coche. Estaba MUY enfadada. Tanto, que podría haberme dado un ataque de migraña por la presión que sentía en la cabeza al haber estado conteniéndome toda la cena.

—¿Qué es eso tan feo que llevas? —me preguntó Vicky en cuanto me abrió la puerta.

—No preguntes —mascullé.

A pesar del enfado, me quedé impactada al verla con el vestido rojo. Estaba impresionante.

—Hola, Lisa —me saludó Su saliendo de la cocina —Vaya... ¿Y eso? —Hizo una mueca al ver el collar.

—A Toni se le ocurrió la genial idea de preguntarle a mi madre qué podía regalarme por Navidad y este es el resultado —contesté señalando las dichas perlas.

—Es que es feo de cojones. —Sí, por una vez estaba totalmente de acuerdo con Vicky—. Quitátele, queda fatal con el vestido.

—No me lo puedo quitar, se ofenderá.

—¿A él le han gustado los gemelos? —me preguntó Su.

—Ni siquiera los ha sacado de la caja —respondí apenada—. Y me ha llevado a cenar ostras. ¡Odio las ostras!

Y la relación que había entre las perlas y las ostras me pareció cómica dadas las circunstancias.

—Capullo —sentenció mi amiga, que también estaba preciosa con el vestido dorado.

—En realidad no creo que lo haga a propósito, él es así, vive en su propio mundo, no se da cuenta de lo que sucede a su alrededor y no se preocupa por los detalles.

Intenté justificarle y todavía no entiendo por qué.

—Nena, no vas a entrar en el *Bright* con eso. —Vicky se puso detrás de mí y me desabrochó el collar. Fue como si me hubiera liberado de una cadena invisible—.

Ya nos inventaremos algo —Me lo dio y me guiñó un ojo.

Cuando entramos en el coche, después de retocarnos y planear una estrategia, fue lo primero que me preguntó Toni.

—¿Dónde está el collar?

—Tenía miedo de perderlo y lo guardé en la caja. Me lo pondré el fin de semana, cuando vayamos a cenar.

Él asintió satisfecho mientras lo guardaba en la guantera. Entonces aproveché para presentarle a mis amigas, que acababan de entrar en el coche, y así distraerle.

Aparcamos unos minutos después y nos saltamos la larga cola que se había formado frente a las puertas de la discoteca gracias a Alexei y a sus pases VIP. El local era alucinante. Lo recorrimos de arriba abajo haciéndonos fotos en cada rincón mientras Toni nos sostenía los bolsos o se situaba al otro lado del objetivo para capturar nuestros posados. Reconozco que se portó bastante bien, fue muy amable con mis amigas y aguantó nuestro momento postureo para Facebook. Alexei nos recibió en la zona de reservados. Se accedía a ella subiendo unas largas escaleras decoradas con luces brillantes. Había varios grupos de sofás negros alrededor de mesitas bajas. Nos acompañó hacia la nuestra y apuntó nuestro pedido. Más tarde, mientras charlábamos y tomábamos unos cócteles, sonó un tema de Kylie Minogue. Mis amigas se levantaron gritando como locas y arrastrándome hacia la planta de abajo, donde estaba la pista de baile. Toni se quedó custodiando los bolsos para que pudiéramos ir a bailar tranquilas. Se lo agradecemos, aunque era evidente que lo hacía porque no era la clase de hombre que se pondría a bailar entre una masa sudorosa de gente, así que tampoco le supuso un gran esfuerzo. Le di un beso en la mejilla y seguí a las chicas. Cuando nos disponíamos a bajar las escaleras, Su se detuvo abruptamente y ahogó una exclamación. Vicky y yo nos miramos confundidas hasta que vimos asomar la cabeza rubia de Eric, el fisioterapeuta que la tenía loca, y lo entendimos todo.

—¿Eric...? —farfulló.

—Su... ¡Vaya! —murmuró admirado.

—Luego os saludamos, guaperas —interrumpió Vicky—. Pero ahora queremos bailar, que se nos acaba la canción.

Y dicho esto, le apartó y nos obligó a bajar hacia la pista. Del tirón de manos que nos dio para hacernos avanzar, casi nos caímos por las escaleras por culpa de los tacones tan altos que llevábamos. Me di cuenta de que Eric iba acompañado de otros chicos, pero con las prisas no les pude ver la cara. Nos abrimos paso a empujones hacia el centro de la pista y tanto Vicky como yo miramos hacia arriba, a la zona de reservados. Mi amiga le dio un codazo a Su para que se fijara en Eric, que nos observaba desde allí apoyado en la barandilla. Fue entonces cuando divisé a su acompañante. Casi me dio algo en mitad de aquella pista atestada de gente. ¡Era Raúl!

¡Dios, Dios, Dios!

Y estaba increíblemente guapo. Incluso en la distancia, percibía su sonrisa deslumbrante y lo bien que le sentaba aquella camiseta blanca que dejaba al descubierto todos sus atrayentes tatuajes.

—¡Ha venido con Raúl! —le grité a Su al oído para que pudiera oírme entre tanto ruido.

—¿Quién?! —me preguntó.

Antes de poder explicárselo, apareció entre la multitud con su aire de chico malo, como si la discoteca no estuviera plagada de gente, pero sobre todo de chicas guapisimas que suspiraban a su paso y se apartaban para dejarle pasar sin oponer resistencia. En pocos pasos se plantó frente a mí y me agarró del brazo.

—Hola, Campanilla —me saludó —Vamos a bailar.

Miré a Su con ojillos asustados, pero me dejé llevar, así que no debió ver motivos para intervenir. Siendo sincera, tampoco quería que lo hiciera. Raúl me rodeó con sus brazos, alejándome de mis amigas, y puso las manos en una zona prohibida. No tuve valor para pedirle que las subiera un poco, por extraño que parezca, incluso me gustó. Y me gustaba aún más que estuviera allí conmigo. Que de entre todas esas bellezas con curvas me hubiera elegido a mí, me hacía sentir especial, sexi y poderosa. Toda una novedad. Puse las manos en sus musculosos antebrazos y me maravillé con el contraste de su piel de colores junto a la mía tan blanca.

—Eres la chica más bonita del local —me dijo al oído acariciándome con su aliento y poniéndome la carne de gallina.

—¿No lo dirás en serio? —murmuré lanzando una breve carcajada—. ¿Has visto a todas esas chicas?

—No —confesó serio—. Ni siquiera me he fijado.

Entonces me apreté contra su cuerpo y me obligó a moverme al ritmo de la canción que estaba sonando a todo volumen. Era *When love takes over* de David Guetta y Kelly Rowland. Sabía que no era necesario bailar tan pegados, pero no sería yo la que se quejara. Además, la sensación era tan... increíble. Mi cabeza encajaba perfectamente debajo de su barbilla. Era un poco más bajo que Toni, pero lo suficientemente alto como para que pudiera lucir los tacones que llevaba sin temor a parecer más alta que él. Estuvimos un rato contoneándonos por la pista mientras suspiraba encantada y a punto de ronronear como haría Maléfica, envuelta en su aroma y en esos brazos tan fuertes, dejándome acariciar la espalda y lo que no era la espalda, a la vez que me frotaba contra su... Ay, Dios, pero ¿qué estaba haciendo? ¡Tenía novio! Me puse tensa al pensar en Toni, que estaba a pocos metros de distancia y podría estar viéndonos desde arriba. Raúl lo notó y se apartó de mí, pero no comentó nada.

—Iré a por algo de beber —dijo y me dejó allí para darme un respiro y no agobiarme mientras iba en busca de una bebida.

En cuanto desapareció rumbo a la barra, localicé a mis amigas y las obligué a subir a nuestro reservado, huyendo de la tentación como una cobarde, para volver junto a mi pareja, el único hombre que debería despertar aquellas sensaciones en mí. Lo peor era que, ni por asomo, me había hecho sentir nunca lo que me hizo sentir Raúl con un baile.

Capítulo 11

Llegamos arriba sudorosas por el baile y descubrimos que Eric y sus amigos se habían sentado junto Toni en nuestro reservado y hablaban animadamente con él.

—¡Eh, Susana! He invitado a tu amigo y a sus compañeros a sentarse con nosotros —le dijo al vernos.

—No somos amigos, es mi fisioterapeuta —aclaró Su mirando a Eric.

Él le devolvió la mirada.

—Como vimos que habíais dejado a vuestro amigo al cuidado de los bolsos, decidimos hacerle compañía —respondió para dar a entender que no estaba allí sentado por Su.

No, qué va... Ese tío se creía que éramos tontas. Pobre iluso. Aunque Su tampoco se daba cuenta de nada, vaya par... Nos presentó a sus amigos y nos contó que uno de ellos, Alberto, un fotógrafo de moda, les había conseguido los pases para aquella noche. Este nos saludó encantado y no me pasó desapercibida la mirada de apreciación que le lanzó a Vicky, que ya estaba en plan tigresa batiendo pestañas. Su hizo lo propio y también nos presentó. En cuanto Raúl apareció con una copa, me apresuré a sentarme junto a Toni y a cogerle de la mano.

—Es mi novio —anuncié mirándole directamente a los ojos. Me di cuenta de que la noticia le dejaba muy sorprendido.

—Raúl —saludó él, dando un par de besos a Vicky y luego a Su. Clavó su mirada oscura en mí, como si quisiera traspasarme, y yo la aparté cohibida.

Había estado jugando con fuego abajo en la pista y me sentía un poco culpable. Pero bailar con Raúl había resultado una experiencia tan excitante que no pude resistirme, ni siquiera sabiendo que mi novio estaba allí mismo y que podía sorprendernos en cualquier momento. La situación se puso muy tensa a partir de entonces, sobre todo cuando Raúl se sentó a mi izquierda y empezó a hablar con Toni, que estaba sentado a mi derecha. Creo que lo hizo a propósito, el muy cretino. Por lo visto tenían muchos temas de los que hablar porque no se callaban. Ni que tuvieran algo en común, pensé con ironía, apoyando la espalda en el respaldo para dejar espacio y que pudieran seguir debatiendo sobre el mundo en general. Raúl era deportista y Toni un profesor que pasaba la mayor parte del tiempo entre libros, ¿de qué demonios tenían que hablar? Resulta que la respuesta tenía nombre propio: yo.

No entiendo mucho sobre hombres, ni mucho menos sobre su manera de pensar e interactuar, bastante tengo con lo mío, pero aquello parecía una especie de competición para ver quién la tenía más larga o podía mear más lejos. Por Dios, ¿por qué siempre tenía que estar implicado su miembro viril en todo? En fin... Testosterona en estado puro. Desde aquella posición privilegiada podía observar a placer sus perfiles tan dispares. Uno parecía el hombre perfecto para mí y el otro poseía la habilidad de volverme loca en todos los sentidos.

—¿No tienes pareja, Raúl? —le preguntó Toni.

Una pregunta totalmente casual, estaréis pensando... ¿Podía ser posible que Toni, el hombre que no se fijaba nunca en los detalles, se diera cuenta de algo?

—No, no soy de los que se comprometen —respondió el otro—. Hay una chica que me gusta, pero parece que a ella le gusta jugar al despiste. Hay momentos en los que siento que saltan chispas y otros en los que hace como si no existiera.

Me miró de reojo ofendido. No era posible que estuviera refiriéndose a mí, ¿verdad? Toni, ajeno a todo, se rio.

—Así son las mujeres, amigo, les gusta volvernos locos. Lisa y yo no llevamos mucho tiempo juntos, pero sé que es la mujer de mi vida y yo el hombre de la suya —comentó cogiéndome de la mano.

Sonreí forzada y extrañada por sus palabras. Desde aquella declaración, después de acostarnos por primera vez, en la que me había dicho que creía estar enamorándose de mí, no habíamos vuelto a hablar de sentimientos. Aquello me pareció tan exagerado que me pregunté si sería posible que hubiera notado algo e intentara marcar territorio. Pero ¿qué demonios podía haber notado si entre Raúl y yo no había nada? Era un poco surrealista.

—¿En serio? —Se sorprendió Raúl—. Pues yo siempre he pensado que las mejores parejas las forman los polos opuestos. Y vosotros sois demasiado parecidos para ser tan compatibles, ¿no?

Me miró de reojo, como si se esperara que le diera la razón. Vale, suficiente. Aproveché la excusa de que Vicky bajaba a la pista con los amigos de Eric para obligar a Toni a levantarse.

—Vamos a bailar.

—¿Eh? —preguntó sorprendido y algo asustado, como si prefiriera quedarse allí sentado y pasar la noche charlando con Raúl y no bailando conmigo—. De acuerdo —aceptó a regañadientes, encogiéndose de hombros y disculpándose con su nuevo amigo.

Por Dios, si solo era un baile con su novia... Perdón, corrijo: mujer de su vida. Ni que le estuviera llevando al matadero... Avisé a Su de que nos íbamos a bailar y me dio la sensación de que interrumpía algo entre Eric y ella. Llevaban un rato hablando muy ensimismados, pero no les presté mayor atención y desaparecí arrastrando a Toni.

Poco después descubrí que la experiencia de bailar con mi novio no tenía nada que ver con la de hacerlo con Raúl. El pobre parecía tener tres pies y, aunque bailábamos separados, me pisó un par de veces y chocó contra una pareja que le empujaron enfadados y le llamaron capullo.

Su y Eric también habían bajado y estaban a punto de arrancarse la ropa en mitad de la pista. No sé si mi amiga era consciente de dónde se estaba metiendo, pero desde fuera daba la sensación de que estaba perdiendo el control y se había olvidado de que tenía pareja. Es más, todos esperábamos ver aparecer a Fran en cualquier momento y conocerle al fin. Recé para que no fuera en aquel preciso instante por el bien de Su, que se estaba comportando como una descerebrada. Vicky bailaba con los otros dos chicos y Raúl... Raúl, el muy cretino, estaba charlando con una morenaza en la barra. Desde la distancia vi cómo le retiraba un mechón de pelo detrás de la oreja y le acariciaba el cuello. La chica, ruborizada, se inclinó para susurrarle algo al oído, a lo que él respondió asintiendo. Luego le cogió de la mano y se perdieron entre la multitud. Pero ¿cómo era posible? Me había dicho que no se había fijado en ninguna chica más que en mí y de pronto se iba con una morena de melena larguísima y repleta de curvas que no podía ocultar bajo ese vestidito tan corto. ¡Mentiroso! Le odié con todas mis fuerzas. Mi interior bullía como un volcán a punto de estallar. Estaba furiosa. Agarré a Toni por la pechera de la camisa y le obligué a seguir bailando un buen rato sin tener en cuenta su cara de sufrimiento. De alguna manera tenía que hacer bajar aquel cabreo monumental y qué mejor que sudando en una atestada pista de baile.

Más tarde, mientras pedíamos una consumición en una de las barras, se nos acercó Su muy enfadada. Por lo visto, aquella noche a nadie le estaban saliendo las cosas según lo planeado.

—Me voy con Fran —me dijo en cuanto llegó junto a mí.

—¿Ya? ¿Pero está aquí? —le pregunté gritando por encima de la estridente música.

—Sí. ¿Te ocuparás de Vicky?

—Claro, la llevaremos a casa sana y salva.

Una hora después, salimos de la discoteca con Vicky y la acompañamos en coche a su casa. Luego nos fuimos a dormir a la mía y me acosté con Toni pensando que Raúl estaría haciendo lo mismo con la morena de la discoteca, ya que no le había vuelto a ver desde que se fue con ella. Estaba tan furiosa que le arañé la espalda de arriba abajo mientras le sentía moverse sobre mí, dejándole creer que el fervor de aquella noche se debía a la pasión y no al cabreo. Creo que el pobre se lo tomó como un arranque de pasión por mi parte y gruñó complacido sin importarle lo más mínimo que, después de aquella sesión, pareciera que le había atacado una gata salvaje. Una mucho más peligrosa que la inofensiva Maléfica.

A la mañana siguiente no hice nada para impedir que se fuera. Por la noche pareció no importarle, pero después de la ducha le noté un poco mosqueado por haberle dejado la espalda hecha un cristo. Lo sentía por él. Estaba furiosa por lo sucedido en la discoteca y no pude contenerme. Lo que más me molestaba era el hecho de estar enfadada cuando no había razones. Poco tenía que importarme a mí lo que hiciera Raúl y con quién, pero me importaba. Me importaba más que lo que había pasado con mi chico en la cama y aquello, de por sí, ya debería haber sido una señal a tener en cuenta. Bienvenida al mundo de la contradicción.

A Toni no le costó demasiado irse, sobre todo cuando apareció Maléfica mientras tomaba un café y mordisqueaba unas tostadas en la cocina. Se puso en tensión y

soltó los restos de tostada en el plato a la vez que se levantaba y huía despavorido de allí. La gata tomó posiciones y se acomodó debajo de su silla. Qué lista era.

—Será mejor que me vaya —dijo de camino al salón a por sus cosas—. Se está haciendo tarde y tengo que ir a comer a casa de mis padres.

—Claro, no te preocupes. —Le seguí con mi taza en la mano fingiendo estar apenada por su repentina marcha.

—Te llamaré por la noche. —Me dio un beso de despedida y se fue.

Regresé a la cocina, me agaché para acariciar a la gatita y la cogí en brazos a pesar de sus protestas y bufidos.

—Has sido una buena chica —la felicité besándole la cabeza—. Hoy te has ganado un buen desayuno. —Y como si me hubiera entendido, se relajó y se dejó acariciar.

Mi madre se mostró muy disgustada cuando le dije que Toni tenía un compromiso importante para comer y no había podido quedarse con nosotras. En realidad, ni siquiera se lo había propuesto a pesar de su insistencia. No entendía lo que me estaba pasando con él. Era un buen hombre, dispuesto a avanzar en nuestra relación, aunque lleváramos poco tiempo juntos. Se le veía muy comprometido y yo tendría que estar dando saltos de alegría porque alguien como él quisiera estar conmigo. Al principio no podía creer mi suerte, sobre todo porque nos habíamos conocido a través de una página de contactos, y ya sabéis cómo son estas cosas, solo uno de cada tres mil tíos es de fiar, y él parecía sacado de un cuento, al menos de un cuento hecho a mi medida, pero con el paso de las semanas me daba cuenta de que lo que Toni ofrecía no era lo que realmente necesitaba. No me sentía feliz ni realizada junto a él, al contrario, la mayor parte del tiempo me hacía sentir como lo hacía mi madre: inferior e incompetente, y estaba harta de no estar a la altura de las expectativas de la gente que me importaba.

—¿Te gustó el collar, querida? —preguntó sirviendo con delicadeza una porción de pastel de carne en mi plato.

—Ah... Sí, me gustó mucho, madre —mentí por costumbre. Me salía solo.

Es curioso, empiezas a mentir y no puedes parar. Ni siquiera había vuelto a pensar en el dichoso collar. De hecho, seguía guardado en la guantera del coche de Toni, si es que él no lo había sacado de allí aquella mañana.

—Fue todo un detalle que Toni me pidiera que le acompañara a comprarlo, ¿no crees? —soltó como si tal cosa—. No quería fallar y confió en mi buen criterio —dijo con una sonrisa de triunfo.

Casi me atraganté con lo que tenía en la boca y tuve que beber un buen sorbo de agua.

—Sí, fue un detalle. —Asentí cuando estuve en condiciones de hablar sin que se notara el resurgir de mi enfado.

No soportaba la idea de que esos dos se vieran a mis espaldas. Me daba la sensación de que estaban conspirando en mi contra y era algo que no podía consentir. Tenía que hablar muy seriamente con Toni. La próxima vez que nos viéramos cara a cara le iba a dejar claros unos cuantos puntos. Fui bastante concisa cuando le dije que no quería que fuera a visitar a mi madre tan a menudo, pero descubrir que se habían ido juntos a comprar mi regalo me parecía el colmo de la desconsideración y no pensaba permitir que las cosas quedaran así.

Al día siguiente, fui al gimnasio a clase de *spinning*. Carol se había ido a Alicante a pasar las vacaciones de Navidad con sus padres y no volvía hasta el día de Reyes, así que aquella semana me tocaba hacer las clases sola. Pedalear con todas mis fuerzas me vino bien para sacarme de encima el estrés y toda la ira que había ido acumulando en aquellos dos días que llevábamos de año. Empezaba bien.

Toni me llamó por la noche, pero aún no había reunido el valor de hablar con él del tema que me interesaba. Nuestra conversación fue corta y trivial a pesar de que tenía muchas ganas de cantarle las cuarenta por no haberme hecho caso y haberle seguido el juego a mi madre.

Después de *spinning* me fui a *aquagym*. Al terminar no quise quedarme en el jacuzzi porque temía que apareciera Raúl y no tenía ganas de verle. Una vez duchada y vestida me dije que sería buena idea pasar por el chino y comprar algo de cena. No tenía ganas de meterme en la cocina y era un buen recurso para situaciones de emergencia. Cuando me disponía a salir me encontré con Raúl. Estaba apoyado en el mostrador de recepción hablando con el recepcionista. Genial, era imposible irse de allí sin que me viera. Aunque, con un poco de suerte, si pasaba rápido igual no se daba cuenta. Agaché la cabeza y me plateé echar a correr si era necesario.

—¡Eh, Lisa! —gritó en cuanto pasé por su lado.

Estupendo. Plan de huida fallido. Me detuve y dibujé una sonrisa falsa en los labios.

—Hola, no te había visto. —Él me miró como si no se lo creyera. Qué mal mentía, por Dios.

—¿Te vas ya?

—Sí, estoy agotada después de la clase, así que compraré algo para cenar y me apalancaré en el sofá.

—Espera, salgo contigo —me dijo despidiéndose apresurado del recepcionista.

Una vez en la calle se abrochó la cazadora de cuero negra y yo me arrebujé en mi bufanda de lana.

—¡Qué frío!

—No me extraña, siempre vas en manga corta.

—Es por los tatuajes, me gusta lucirlos —contestó con una sonrisilla.

—Ya, claro... —«¿Se puede ser más creído?», me pregunté—. Bueno, será mejor que me vaya. Es tarde y hace mucho frío.

—Oye, espera. —Me detuvo agarrándose del brazo cuando ya me daba la vuelta para ir en dirección a la parada del bus—. ¿Quieres cenar conmigo? Hay un sitio genial cerca de aquí, me gustaría invitarte.

—No sé si es buena idea... —murmuré.

—Venga, ámate. ¿Acaso te parece mejor plan cenar sola en casa? Somos amigos, ¿no? —Todavía me sentía un poco molesta por lo sucedido la noche de fin de año, pero aquel era un argumento muy difícil de rebatir. Supongo que vio en mi expresión que estaba cediendo porque su sonrisa se ensanchó y me cogió de la mano tirando de mí—. Vamos, te va a encantar.

—Está bien, pero me iré pronto, mañana trabajo y tengo que levantarme temprano —le advertí. No quería que pensara que aquello era algo más que una cena entre amigos.

Bajamos un par de calles en silencio y llegamos a un local que no conocía, iluminado por un rotulo de neón de color blanco y verde, donde se leía: «Brasería Estévez». Estaba llenísimo a pesar de encontrarse en una calle poco transitada y de ser un día entre semana. Conseguimos mesa al fondo porque Raúl conocía al dueño y nos colaron discretamente, evitándonos la espera en la barra. La decoración era muy campestre. Sobre las mesas había manteles de cuadros de diferentes colores y una vela encendida. Junto a los cubiertos, una carta plastificada y gastada por el uso. Las servilletas eran de papel y el aroma que salía de la cocina una auténtica delicia.

—Espero que te guste la carne —comentó una vez acomodados en nuestra mesa.

—Me encanta la carne —afirmé ojeando la carta.

Segundos después se nos acercó una camarera vestida con unos shorts tejanos y una camisa vaquera atada a la cintura. Era muy joven, muy mona y miraba a Raúl como si fuera un bol de fresas con nata. No se lo podía reprochar, aun así, si hubiera tenido rayos láser en la mirada, me habría complacido mucho fulminarla a ella y a su culito respingón allí mismo.

—Buenas noches —saludó y luego puso toda su atención en mi acompañante—. Raúl, ¿qué tal?

—Buenas noches, preciosa. De maravilla.

Ella sonrió encantada. Sí que se conocían, sí. «¿Hasta qué punto?», me pregunté un poco celosa. Vale..., un poco no, ¡mucho! Los celos son un sentimiento irracional, lo sé. Sobre todo, cuando los sientes por alguien que ni siquiera es tu pareja, pero también son un sentimiento incontrolable que te posee y te trastorna la mente por completo. Así que, odiar a esa bruja prieta y veinteañera, estaba totalmente permitido.

—¿Sabéis ya lo que vais a pedir?

—Había pensado que podríamos empezar por una ensalada para compartir y luego la carne, ¿qué te parece, Lisa? —me consultó.

Agradecí el gesto. Me estaba acostumbrando a las cenas con Toni en sitios tan elegantes que a veces hasta me sentía incómoda. Además, nunca tenía ni voz ni voto y él se ocupaba de elegirlo todo, empezando por el sitio, pasando por las bebidas y acabando por la cena. La última vez había pedido café sin ni siquiera preguntarme si me apetecía. Ah... y no nos olvidemos de las ostras. ¡Qué asco!

—Claro, perfecto.

—Elige tú, a mí me gusta todo y te puedo asegurar que cualquier plato está buenisimo. No hay margen de error.

—Pues... —Me puse a ojear la carta mientras la camarera esperaba impaciente con la libretita en la mano, golpeando rítmicamente con el boli sobre ella, sin dejar de mirar a Raúl con lascivia—. Tomaremos la ensalada de salmón ahumado con queso de cabra y para mí los filetes de pollo a la plancha con salsa de mostaza.

—Yo quiero un entrecot con patatas, por favor —pidió Raúl.

—Muy bien —dijo la chica tomando nota de todo—. ¿Y para beber?

—Una cerveza.

—Yo una copa de vino tinto —pedí arrepintiéndome de no haber elegido un entrecot como Raúl, pero estaba un poco nerviosa y no me veía capaz de tragar tanta carne con el nudo que se me estaba formando en el estómago. Los filetes de pollo pasarían mejor.

Contemplé el local mientras esperábamos y descubrí que al lado de la barra había una vieja gramola. Un cliente se levantó de su mesa y, después de echar una moneda, seleccionó una canción. Qué maravilla. Me encantaba aquel lugar. Tenía que venir con las chicas pronto.

—Me encanta este sitio, parece mentira que no lo conociera estando tan cerca del gimnasio.

—Yo hace años que vengo, conozco al dueño y a los empleados —comentó—. Es de esos sitios que no salen en las guías, quizá por eso no es tan conocido, pero así se aseguran de que la clientela sea más selecta. Todos somos clientes fieles y de toda la vida.

—Tienes razón, odio los sitios que se llenan de turistas y convierten locales como este en bares de paella y sangría.

—Exacto. Espero que este rincón siga siendo así por muchos años y no nos lo invadan los guiris.

La camarera se acercó con nuestras bebidas y la ensalada. Lo dejó todo en la mesa sin borrar la sonrisilla de tonta que llevaba dibujada en los labios desde que Raúl había puesto un pie en el lugar. Creo que ni siquiera me consideraba competencia para ella, la muy... ¡bruja! Cuando se retiró, Raúl alzó su cerveza y me invitó a hacer un brindis. Cogí mi copa de vino y la alcé también.

—Por el principio de una nueva amistad —brindó y ambos chocamos nuestras copas.

Capítulo 12

—A Carol le encantaría este sitio —dije señalando el enorme entrecot que acababan de poner delante de mi acompañante. Desprendía un aroma delicioso.

Él rio.

—No me cabe duda. Podemos venir un día los tres, si quieres. —Asentí llevándome una porción de pollo a la boca. Estaba exquisito. Mucho mejor que cualquier plato que hubiera comido en los restaurantes de cinco estrellas a los que me llevaba Toni—. No me esperaba que tuvieras novio, creía que estabas soltera —comentó de pasada segundos después.

—¿En serio?

—Sí. —Asintió—. Además, ¿qué le pasa?

—¿A mi novio?

—Al mismo. Parece que alguien le haya metido un palo por el culo.

—¡Raúl! No hables así —le reprendí. A veces se me olvidaba que no estaba en el colegio y que no era de buena educación ir corrigiendo a la gente, pero no podía evitarlo.

—Reconócelo. Tiene pinta de ser un tío muy estirado. La otra noche, hablando con él, tuve la sensación de que estaba a la defensiva y que pretendía advertirme sobre algo. Si afirma ser el hombre de tu vida, ¿de qué se preocupa? —Era una pregunta retórica, así que no respondí y me encogí de hombros—. ¿Crees que es capaz de relajarse y divertirse sin estar siempre a la defensiva?

—Supongo, aunque Toni es así, serio y responsable, como yo.

—¡Venga ya! Qué poco te conoces, Campanilla. —Se rio—. Estoy convencido de que no eres tan seria como nos quieres hacer creer a todos. Déjame enseñarte el lado oscuro. Quizá te sorprende lo que descubres sobre ti misma.

Me guiñó un ojo y me ruboricé bajando la mirada. Raúl era el clásico chulito, que sabía muy bien lo que debía hacer y lo que tenía que decir en todo momento para ganarse la atención y la admiración de una chica, y yo no era inmune a sus encantos. Intenté hacer caso omiso a eso de dejar que me enseñara el lado oscuro, porque resultaba muy tentador, y me centré en preguntarle otra cosa que me intrigaba desde que nos conocimos.

—¿Por qué me llamas Campanilla?

—¿Acaso no es evidente? —me preguntó cortando un pedazo de carne y mojándolo en la sala—. Prueba esto...

Yo abrí la boca como un autómata, sin ser consciente de lo que hacía, y dejé que introdujera el tenedor, que luego retiró lentamente sin apartar la mirada de mis labios. Ay, madre... De pronto tenía mucho calor.

—Delicioso —murmuré cuando los nervios me permitieron tragar—. Y, respondiendo a tu pregunta, para mí no lo es.

—¿Has visto la película Peter Pan? —Asentí y él se llevó el tenedor a los labios. El mismo que hacía apenas unos segundos había estado en mi boca. No sé por qué, pero me pareció muy erótico—. Pues eres igual a su inseparable amiga: menudita, rubita, encantadora y preciosa.

—Campanilla es un hada despechada y celosa—le recordé dándole mi versión de la película, menos infantil, pero más realista—. Y yo no soy así en absoluto.

—Campanilla es un hada enamorada que lucha por amor. Y ya sabes que se cometen muchas locuras en su nombre. Ella no es una excepción —me aclaró—. A mí me parece muy valiente.

Me pregunté ilusionada si Raúl también veía esas cualidades en mí... Pero era imposible, casi no me conocía.

—Aun así, Peter está enamorado de Wendy.

—Yo creo que Peter ama a Campanilla. Lo seguro es aburrido y a él le encanta divertirse.

Quizá tenía razón. De todos modos, yo no era una chica valiente, ni mucho menos atrevida, ni dispuesta a hacer de todo por amor. Solo era alguien que buscaba una pareja estable, una vida sosegada y sin altibajos... o eso quería creer. Comimos un rato en silencio, saboreando los deliciosos platos, meditando sobre ello. Ahí no había un ápice de tensión o de vergüenza como la hubo en mi primera cita con Toni. Raúl tenía la habilidad de hacerme sentir segura y relajada.

—¿Cómo acabaste siendo profesor de yoga? —le pregunté rompiendo el silencio.

Él dejó el tenedor y me miró serio, como si de repente le hubiera cambiado el humor. Aquella fue la primera vez que atisbe al verdadero Raúl, el que se escondía detrás de la chulería y los tatuajes, y eso que todavía no llegaba a imaginar todo lo que me ocultaba.

—Es una historia muy larga y deprimente.

—Tenemos tiempo, ¿no? —pregunté con algo de timidez. Quizá empezaba cansarse de mi compañía y yo había dado demasiadas cosas por sentado.

Se lo pensó y asintió quitándose un peso de encima. Seguía serio, con una nueva expresión en la mirada que me atraía más que cualquiera de los guiños atrevidos que me había dedicado hasta entonces. El Raúl divertido me gustaba, pero el misterioso me fascinaba. Empezó a hablar con voz suave, como si fuera a hacer una confesión que no quería que oyera nadie más que yo.

—Quizá pueda sorprenderte, pero cuando acabé el instituto me matriculé en ingeniería informática en la universidad. Me gustaba y la nota de selectividad me había dado para elegir. Nunca pensé que acabaría dando clases en un gimnasio, pero la vida a veces te obliga a dar giros inesperados.

—¿Qué ocurrió? —Dejé el tenedor y me limpié los labios con la servilleta de papel. Intuía que lo que iba a contarme cambiaría mucho la visión que tenía de él.

—Mi novia de aquel entonces se quedó embarazada. —Yo le miré sorprendida, con los ojos muy abiertos. ¿Era padre? No podía ser, no me encajaba—. Fue un accidente, como es habitual en estos casos. Uno no se plantea tener un hijo a los dieciocho años si no es porque la ha cagado, pero lo hablamos, hablamos con nuestros padres y decidimos seguir adelante. Ellos nos apoyarían para que pudiéramos seguir estudiando y yo buscaría un trabajo por las noches, un piso... Incluso pensé en pedirle que se casara conmigo. Imaginaba que a la larga podríamos llegar a querernos de verdad, al menos por el bien de nuestro hijo. Aunque fue inesperado, al final lo aceptamos.

—¿Qué pasó? ¿Abortó? —le pregunté temiéndome lo peor.

Él negó con la cabeza.

—Cuando estaba de tres meses la atropelló un coche. —Ahogué una exclamación horrorizada y me cubrí la boca con las manos temblorosas esperando a que continuara—. Era de noche, llovía y ella cruzó en rojo. Imagino que iba con prisa para no mojarse, sin mirar a la carretera, no lo sé... Murió de camino al hospital.

—Dios mío... —Se me llenaron los ojos de lágrimas y me resbaló una por la mejilla dejando un reguero a su paso. Alargué la mano y la puse sobre la de Raúl, que descansaba encima de la mesa cerrada en un puño apretado.

—No llores, Campanilla. Pasó hace mucho tiempo y ya lo he superado—aseguró limpiándose esa lágrima traicionera con el pulgar—. Sin embargo, en aquel momento me pareció todo muy injusto... La muerte de mi chica, tan joven y llena de vida. Todos mis sueños, que se derrumbaron frente a mí sin que pudiera hacer nada para evitarlo y ese niño que no tuvo oportunidad de nacer. ¿Sabes lo que más me dolió? —me preguntó con la mirada más triste que había visto en mi vida—. Que ni siquiera nos dio tiempo a conocer el sexo del bebé, no pude darle una identidad a mi hijo, no sé si era un «él» o un «ella», aunque desde el principio del embarazo estuve convencido de que iba a ser una niña. —Por un momento apareció una sonrisa triste en sus labios que enseguida se desdibujó—. No me había planteado ser padre, no obstante, cuando lo asumí y me hice a la idea, me convertí en uno. Supongo que cualquier padre del mundo entendería lo que quiero decir. —Hizo una pausa—. Mira... —Se levantó la manga de la camiseta por encima del hombro izquierdo y señaló uno de sus tatuajes. Era un ángel, de espaldas y con las alas extendidas—. Lo llevo conmigo para siempre. Fue el primer tatuaje que me hice, en memoria del hijo que no llegó a nacer, y a partir de entonces no pude parar. Crean adicción.

No sé cómo fui capaz de contener las lágrimas. Lo logré con mucho esfuerzo. Imaginé que Raúl no apreciaría ver lástima reflejada en mi rostro, pero el nudo que tenía en la garganta me iba a costar deshacerlo. Retrocedí en el tiempo y me formé una imagen de él, joven y vulnerable, asustado y cabreado por las injusticias de la

vida, decidido a grabar en su piel el recuerdo de todo aquello que había perdido para no olvidarlo jamás. Quizá también como una advertencia para no cometer los mismos errores en el futuro.

—Cuando murieron me volví loco. Lo dejé todo y perdí la fe en muchas cosas. Pasé una larga temporada cometiendo muchas estupideces de las que prefiero no hablar. Mis padres sufrieron mucho sin merecerlo, pero no me dejaron solo. Al final lograron convencerme para que fuera a visitar a un especialista —me contó un poco más tranquilo. Y aunque hubo un momento en el que temí que rompiera a llorar, aguantó relatando su historia con voz fría y desapasionada—. Yo no creía en todas esas cosas... Loqueros, ¡imagínate! ¿Qué iban a hacer por mí? Sin embargo, a base de terapia, poco a poco te abres y empiezas a hablar y a librarte de toda la mierda que has ido acumulando. Te vacías hasta que no queda nada, solo un hueco que debes volver a llenar. —Suspiró y tuve la certeza de que el hueco aún seguía vacío—. Fue mi psicólogo el que me recomendó ir a clase de yoga. Me aseguró que me ayudaría a relajarme y a conectar con mi yo interior. A mí no me hacía ninguna gracia, pero se lo debía a mis padres por haberme ayudado y por haberme aguantado. Fui a una clase, luego a otra y al final me gustó tanto que acabé formándome como instructor. Después vino el Pilates y el resto, como suele decirse, es historia.

Dejé escapar el aliento, que contenía sin darme cuenta, y le acaricié la mano que descansaba plana sobre la mesa, más relajada, como si al hablar de ello se hubiera librado de una carga que no recordaba llevar.

—Es una historia muy triste.

—Te lo dije... Pero bueno, ha pasado mucho tiempo y lo tengo superado. Eso sí, no creo que vuelva a repetir la experiencia nunca, fue demasiado doloroso.

Estaba a punto de protestar porque creía firmemente que detrás de aquello había otra moraleja muy distinta, pero él levantó la mano impidiéndome y llamó a la camarera de los shorts. El momento de las confesiones había terminado y aquella era la señal para que no siguiera profundizando en el tema.

—De postre tomaremos un *brownie* con helado de vainilla. Está delicioso —me dijo—. Permíteme recomendártelo.

—Tiene razón —le secundó la chica.

—Está bien, *brownie* entonces.

Asentí y me guardé mis comentarios porque era evidente que Raúl había hablado demasiado aquella noche y estaba desesperado por cambiar de tema. En el fondo me alegraba que me hubiera elegido a mí para confesarse y contarme su historia. Estaba segura de que muy poca gente conocía al Raúl que se escondía detrás de la chulería y los tatuajes.

El *brownie* estaba espectacular y mientras lo comíamos intenté cambiar de tema. Le hablé de mis clases en la escuela y de mis alumnos. Le expliqué todas las anécdotas que se me ocurrieron y él me prestó toda su atención, riéndose cuando la situación lo requería y haciendo comentarios graciosos cuando tocaba, no obstante, le seguía notando un poco tenso. Soltó la cucharilla y se levantó.

—Voy a poner una canción —me dijo y fue hacia la gramola.

Pasó allí un buen rato buscando en la lista de temas. Supongo que quería ganar tiempo para volver a ponerse la máscara y recomponerse. Al fin introdujo una moneda en la ranura y seleccionó una. Regresó a la mesa y siguió preguntando por mis clases y por mi familia, relajando el ambiente. Ahí estaba de nuevo el Raúl atrevido, divertido y con aquel punto de chico malo que atraía como moscas a todas las mujeres que tuviera alrededor. Aquella había sido la noche de las revelaciones y me vi un tanto superada por las circunstancias. Como no quería sacar conclusiones precipitadas, preferí disfrutar del postre y la conversación. Ya habría tiempo para analizar al otro Raúl... Al misterioso, herido y asustado.

Insistí en pagar la cuenta a medias, pero me dijo que me invitaba y que me guardara el dinero, por lo que dejé de protestar y le permití hacerlo. Luego me acompañó a casa dando un paseo. No quería que aquella noche terminara. Ni siquiera me hubiera importado que se hubiera detenido el tiempo para poder disfrutar un rato más de su compañía. Acababa de descubrir al verdadero Raúl y tenía que, una vez finalizara la velada, volviera a ocultármelo para siempre. No parecía de los que bajaban la guardia de manera habitual. Cuando estábamos a una manzana de mi edificio, le hice detenerse para despedirnos allí. Temía que mi madre estuviera asomada al balcón y pudiera vernos. Tiene un magnífico radar para detectar ese tipo de situaciones y, aunque ya era tarde y probablemente estaría viendo algún programa en la tele, no quise correr riesgos.

—Gracias por la cena.

—A ti por acompañarme y escuchar mis penas. —Me acarició la mejilla con los nudillos y se me erizó todo el vello del cuerpo—. Solo lamento haberte hecho llorar, por lo demás ha sido una velada maravillosa.

—No digas tonterías. —Negué con la cabeza y le acaricié la mano que aún seguía apoyada en mi mejilla—. Agradezco la confianza que has demostrado al contarme algo tan personal.

—Ya, bueno... —murmuró nervioso—. Espero que repitamos otro día.

—Claro. —Asentí y, en un impulso, me puse de puntillas y le besé en la mejilla—. Hasta pronto, Raúl —me despedí.

—Tienes magia, Campanilla —susurró mientras me alejaba.

Ni siquiera me acordé de Toni y de que suponía que tenía que llamarle para quedar y hablar sobre el tema de mi madre. Aquella noche dormí del tirón, con una sonrisa de boba dibujada en los labios, más feliz que nunca. Raúl se había revelado como una sorpresa inesperada que me había aportado más en una cena, que mi novio en dos meses de relación. Y ese era un asunto sobre el que necesitaba meditar en profundidad.

Un par de días después, Su me llamó a media mañana para contarme que se había hecho daño en el hombro lesionado y que lo había dejado con Fran. Muchas noticias para asimilar de una sola vez. Le dije que no se moviera y que iba para su casa. Era evidente que me necesitaba. Cuando llegué, tras hablar con Vicky por teléfono y ponernos de acuerdo para ocuparnos de ella, me recibió algo llorosa y dolorida, pero liberada, como si se hubiera quitado un peso de encima. Me contó que le había descubierto a Fran unos mensajes inquietantes en el móvil. Resulta que, el muy cretino, había estado quedando y acostándose con otras chicas de la página Citas de Amor a la vez que estaba con ella. Se me ocurrían un montón de descalificativos de lo más variopintos, que jamás pronunciaría en voz alta, para insultarle. Menudo idiota insensible. Yo que me quejaba de Toni y su egocentrismo, pero lo de este tío era mil veces peor. Por lo menos Eric, el fisioterapeuta que la tenía loca, había acudido en su auxilio y se había quedado toda la noche cuidando de ella y mostrándose de lo más preocupado. Eso había hecho que se olvidara durante un rato de sus penas. Para mí estaba bastante claro, estaban coladitos el uno por el otro, pero les daba miedo dar el paso y estropearlo. Dejaría que las cosas cayeran por su propio peso sin decirle nada a Su... Y si no, tiempo al tiempo.

A primera hora de la tarde la acompañé al médico a por la baja. Su estaba preocupada porque tenía problemas en el trabajo con su jefe y temía perderlo, pero no le quedaba otro remedio que cogerse esos días de descanso. Estaba fatal y apenas podía mover el lado izquierdo del cuerpo. No le comenté nada de lo de Raúl y eso que estuvimos toda la tarde hablando y tomando té en su casa. Sobre las siete y media llegó Vicky para el relevo y yo decidí ir a casa a buscar la bolsa del gimnasio e ir a nadar. Necesitaba pensar y nada mejor que hacerlo en el agua. Me ayudaría a relajarme y a aclarar las ideas.

Estuve haciendo unos largos en la piscina, que a esas horas estaba vacía porque no faltaba mucho para la hora del cierre, y pensé en todo lo que había sucedido esas últimas semanas. Tenía claro que mi relación con Toni estaba en un punto muerto. Al principio me había parecido un hombre culto y encantador, pero a medida que iba conociéndole le daba cuenta de que aquello no era suficiente para mí. No era lo que estaba buscando. Ya había vivido una relación sin sentido, basada solo en la comodidad y la costumbre, y no quería volver a caer en lo mismo otra vez. Durante mucho tiempo pensé que lo tenía todo claro en la vida, que había madurado, que era una mujer trabajadora e independiente y que en aquel momento quería enamorarme de un hombre seguro, que me proporcionara confianza y calidez para vivir esa vida sin sobresaltos que deseaba. Pero de pronto fue como si alguien me hubiera abierto los ojos y me hubiera ayudado a darme cuenta de que lo que realmente deseaba con todas mis fuerzas era dejarme llevar por la aventura, sin más planificaciones, sin más futuros concertados; ser la mujer que quería ser y dejar de intentar complacer a todo el mundo y cumplir sus expectativas. Por si me quedaba alguna duda, la cena con Raúl había acabado de aclararme las ideas. Si hubiera estado enamorada, o sintiendo algo muy fuerte por Toni, jamás me hubiera sentido como me había sentido con Raúl. Ahí había magia. Era exactamente aquello de lo que carecía mi relación con Toni y que yo jamás había sentido con nadie. La famosa chispa.

Tras conocer su pasado, me quedaba claro que Raúl no iba a ser un hombre accesible. La terrible experiencia que había vivido a una edad en la que aún era demasiado joven y muy vulnerable, le había dejado cicatrices que seguían abiertas por más que dijera que lo había superado. Se veía incapaz de creer en el amor y

arriesgarse a sufrir de nuevo. No sabía si había alguna posibilidad de avanzar con él, quizá entre nosotros nunca sucedería nada, pero había sido el detonante para que me diera cuenta de que necesitaba darme un tiempo con Toni para descubrir lo que realmente quería. Estaba decidido, le llamaría y hablaría con él.

Salí de la piscina y fui en busca de las chanclas que había dejado al otro lado, sobre una pequeña tarima. Me sorprendí y ahogué una exclamación al ver a Raúl allí sentado, observándome con una mirada que poco tenía que ver con la de la pasada noche y sí con algo peligroso que me puso el vello de punta. De todas las cosas que podría haber hecho, como por ejemplo salir huyendo y abandonar mis chanclas a su suerte para no tener que enfrentarme a él, lo que hice fue quitarme el gorro de la cabeza, atusarme el pelo y caminar con paso firme hacia él.

Capítulo 13

—Hola, Campanilla —me saludó y se levantó con mis chanclas en la mano.

No llevaba bañador, iba vestido con el uniforme del centro. Esa vez había cambiado los pantalones largos por unos cortos del mismo color. La camiseta gris estaba mojada, al igual que el pelo, y se le pegaba a aquel torso fibroso y definido que me volvía loca. Había accedido a la piscina por la zona de duchas, mojándose en el proceso. Iba descalzo y estaba tan guapo que cortaba el aliento.

—Hola —le saludé intentando hacer algo con mi pelo mojado y aplastado por el gorro que, sin pensarlo dos veces, había lanzado por ahí.

Yo llevaba un bañador de natación negro, con una raya en diagonal en el centro de color verde, que no era nada sexi, y me sentía como una presa indefensa frente a una pantera hambrienta. Empecé a temblar y no precisamente de frío.

—Te he visto desde arriba —dijo señalando la zona acristalada de la sala de máquinas desde donde se podía ver la piscina—. Y he pensado en bajar a saludarte.

—Me apetecía nadar un rato —comenté con voz trémula.

¿Por qué me estaba mirando de esa manera? Sus ojos no dejaban de recorrerme de arriba abajo a pesar de que no había nada que ver, aparte de mucho hueso y poca carne. Empezaba a sentirme incómoda y bajé la mirada para comprobar que mi bañador estuviera en su sitio y no mostrando algo que no debería, pero todo estaba correcto.

—Lo haces muy bien, llevo observándote un rato.

Me tendió las chanclas y las cogí. No me había dado cuenta de que estaba en la piscina, había estado tan concentrada en nadar y en tomar decisiones trascendentales que no me había enterado.

—Ya..., gracias. —Me acaricié los brazos nerviosa—. Quizá debería ir al vestuario, empieza a hacer frío aquí.

—Claro, te acompaño.

Caminamos en silencio alrededor de la piscina y fuimos hacia el pasillo de las duchas. Era estrecho y justo en medio caía una lluvia de agua que obligaba a todos los nadadores a mojarse antes de entrar y al de salir. Mi toalla era la única que quedaba colgada al otro lado porque en veinte minutos cerraban. Seguramente Raúl y yo éramos de los pocos que aún seguían allí. Me apresuré a entrar, quería irme cuanto antes. Me sentía como una presa inocente, que sin saberlo era acechada por un cazador experto, y estaba muy inquieta. Su intención desde el principio había sido llevarme hasta allí para acorralarme y yo había accedido sin imaginar lo que se avecinaba, creyendo que podría huir. Qué ilusa. Raúl tenía experiencia en esos temas y yo era una pobre novata. Tal vez una mujer más experimentada se hubiera dado cuenta de ciertos detalles y algunas señales, pero yo era casi tan inocente como cualquiera de mis alumnos de primaria y había caído en su trampa.

—Sabes, Campanilla... —Me detuvo agarrándome de la muñeca en mitad de las duchas sin importarle lo más mínimo estar mojándose otra vez—. Ayer hablamos de muchas cosas, pero nos olvidamos del asunto más importante.

—¿De verdad? —pregunté recelosa.

—Sí. —Me rodeó la cintura con un brazo y apoyó mi espalda contra su torso musculoso. Me forzó a avanzar un par de pasos hasta estar rozando la pared, de cara a ella. En esa posición, el agua de la ducha apenas nos salpicaba—. Dije que iba a mostrarte el lado oscuro y a demostrarte que no eres seria ni aburrida, sino todo lo contrario, ¿te acuerdas?

Agachó la cabeza y me besó en el cuello. Aquel breve contacto fue electrizante. Tuve que agarrarme con ambas manos al brazo que me rodeaba porque estaba temblando.

—Raúl... —susurré para advertirle, aunque para mí vergüenza, sonó más a suplica desesperada.

—¿Quieres jugar, Lisa? —insistió recorriéndome el cuello con los labios, subiendo por mi oreja, donde se entretuvo acariciándome con la lengua—. Porque yo, desde ayer, no puedo dejar de pensar en ti.

—Yo...

En aquel momento no podía pensar. Mis piernas parecían gelatina y si no fuera porque él me estaba agarrando, me habría caído al suelo derretida. Me habían besado y me habían hecho unas cuantas cosas más, pero lo que estaban consiguiendo aquellas inocentes caricias era mucho más excitante que nada que pudiera recordar. Nunca hubiera imaginado que mi oreja fuera una zona erógena, por ejemplo.

—¿Tú...? —preguntó acariciándome en círculos por la parte de la cintura—. Responde rápido, Lisa, porque puedo llevarte al paraíso ahora mismo o desaparecer por donde he venido con la misma rapidez y nunca volverás a saber de mí. Depende de ti, pero tenemos poco tiempo, en un rato vendrán a hacer la ronda para asegurarse de que el gimnasio está vacío.

Puso la otra mano en mi muslo y lo agarró muy cerca de la ingle, casi rozando mi zona más sensible, obligándome a separar un poco las piernas. Madre mía, hacía muchísimo calor allí. A pesar de estar mojados y del agua tibia que seguía salpicándonos por la espalda, estaba sudando y me sobraba el bañador, que se pegaba a mi cuerpo como una segunda piel. Me veía incapaz de pensar, de razonar, ni de recordar mi propio nombre, mucho menos de preocuparme de que alguien pudiera pillarnos por estar en un sitio público. Lo único que sentía era la erección de Raúl, presionando contra mi trasero, y me enorgullecía saber que era yo la que le había puesto así.

—Sí... —susurré sin pensar.

—Quiero que lo digas —insistió.

—Q-Quiero... —Me tembló la voz—. Quiero jugar.

¿Acaso alguna de vosotras se habría podido resistir? Porque yo, evidentemente, no. No le vi, pero adiviné la sonrisa de satisfacción que se dibujó en sus labios. A esas alturas ya me había fijado en que Raúl tenía un tipo de sonrisa diferente para cada situación y conocía alguna de ellas.

—Así me gusta, Campanilla. Buena elección. —Me soltó y me agarró de los brazos, levantándomelos por encima de la cabeza, apoyándome las palmas de las manos contra la pared—. No los muevas, ¿de acuerdo?

Asentí entre temblorosa y ansiosa. La anticipación por lo que iba a suceder allí, en aquel mismo instante, era demasiado intensa para que pudiera seguir hablando de manera coherente. Noté que colaba las manos por la espalda, dentro del bañador, y me cubría con ellas los pechos desnudos. Quizá hubiera sido una buena idea lo de someterme a aquella operación estética, pensé durante unos segundos, pero luego mi mente quedó en blanco. Yo, que era capaz de hacer la lista de la compra o prepararme una clase mientras estaba en la cama con un hombre, me quedé fuera de juego solo con el tacto de las manos de Raúl sobre mis pechos. ¿Qué pasaría si algún día nos acostábamos? Lo estaba deseando. A esas alturas ya habría sido ridículo negar que me ponía a cien. Me amasó los pechos y me pellizó los pezones endurecidos con algo de rudeza. Nunca hubiera imaginado que alguien pudiera provocarme semejante placer tocándome los pechos, pero había descubierto que existía una conexión directa que iba desde ellos hasta un punto maravilloso ahí abajo, en mi sexo. Sentí una contracción involuntaria y bajé los brazos porque necesitaba moverme, agarrarme a algo...

—Manos arriba —gruñó Raúl mordiéndome en el cuello, deteniendo las caricias para obligarme a levantar los brazos. Se me puso toda la carne de gallina y obedecí.

Qué fastidio. Sin embargo, la recompensa fue maravillosa porque siguió con sus caricias. Cuando ya debía tener los pezones enrojecidos tras la dulce tortura a la que los había sometido, rodándolos y estirándolos una y otra vez entre dos de sus dedos, sacó una de las manos y la movió lentamente hacia abajo. Yo estaba en alerta máxima. Asustada pero eufórica pensando que me iba a tocar ahí. Sin miramientos retiró a un lado la tela de la entrepierna del bañador dejando mi sexo expuesto para hacer con él lo que le viniera en gana. No iba a poner ninguna objeción a ello.

—Campanilla, estás muy mojada... —susurró acariciándome con sus dedos de arriba abajo—. Llevo días preguntándome a qué sabes... —ronroneó complacido, quizá porque estaba a punto de descubrirlo—. Desde el día en que te vi por primera vez en el gimnasio y te pusiste furiosa porque no te di dos besos como a tu amiga. Me pareciste deliciosa.

Repartió la humedad con sus dedos y me penetró con uno de ellos hasta el fondo. Gruñó a la vez que metía otro dedo y empezaba a rotar sus caderas contra mí

trasero. Enseguida me acoplé al movimiento y seguí el ritmo, sintiendo crecer su erección. Presionó el pulgar sobre mi clítoris y lo movió en círculos. Yo no podía ni pensar, mucho menos hablar. Solo me veía capacitada para temblar y soltar gemidos. Jamás había estado tan excitada ni había perdido tanto el control. ¿Sería aquella la primera vez que conseguiría correrme con las caricias de un hombre? Todo apuntaba a que sí.

—Déjate llevar... —Aceleró el movimiento de sus dedos, aumentó la presión sobre mi clítoris, que estaba duro e igual de ansioso que yo, y sentí como las contracciones absorbían sus dedos hasta el fondo de mi sexo—. Eso es, córrete, Campanilla, quiero sentirlo en mis dedos.

—Sí, ¡¡¡sí...!!! —gemí.

Y de pronto todo estalló. Aparecieron estrellitas de colores y viajé a un lugar lejano y maravilloso del que no quería regresar jamás. Por fin entendía qué era aquello que hacía enloquecer a la gente. Era algo glorioso. Cuando volví a la realidad, respirando entre jadeos, noté que los dedos de Raúl seguían dentro de mí y su pulgar aún acariciaba suavemente mi clítoris. Poco a poco los retiró y colocó la tela del bañador en su sitio.

—¡Dios...! —exclamé aún en el séptimo cielo, dándome la vuelta y dejando la espalda pegada a la pared. Por suerte todavía me quedaba un poco de aguante en las piernas, si no, me habría resbalado hasta caer sentada al suelo mojado de las duchas.

Raúl tenía en la boca los dos dedos que acababa de sacar de dentro de mí y me miraba con una expresión desconocida entre el deleite y la sorpresa, como si acabara de descubrir que tenía ante sí al ser más poderoso de la Tierra y no pudiera creerlo.

—Seguro que el imbécil de tu novio no te ha hecho sentir así jamás —dijo en tono de burla y aquello fue como un jarro de agua fría para mí.

Toni. ¡Mi novio!

Acababa de ponerle los cuernos a mi novio. ¡¡Yo!!! La mujer más responsable del mundo. Eso sí que no me lo podía creer. Azorada, le di un empujón y salí corriendo de la zona de duchas. Cogí mi toalla y, en un momento de debilidad, me giré a mirarle. Él seguía allí quieto, bajo la lluvia de agua, mojado y complacido a pesar de que la única que había obtenido placer había sido yo.

—Mi hada sabe a perdición —dijo para sí mismo, consiguiendo que mi corazón se saltara un latido.

Huí de allí despavorida. Ni siquiera me duché, me puse la ropa de calle encima del bañador mojado y salí corriendo del gimnasio sin despedirme del recepcionista por miedo a cruzarme con Raúl. Llegué a casa en un tiempo récord. Afortunadamente el autobús se detuvo en la parada cuando doblaba la esquina y no tuve que perder tiempo en esperar. Solté la bolsa de deporte en mitad del pasillo y me metí en la ducha ignorando la mirada lastimera que me lanzó Maléfica, que a aquellas horas aún no había cenado y estaba hambrienta. Lo sentí por ella, pero aquella noche mi cabeza estaba en otra cosa y su lata de comida no era mi prioridad.

Dejé que el agua resbalara sobre mi cuerpo y borrara las señales de lo que había sucedido. Todavía sentía pequeños espasmos en mi sexo al pensar en los dedos de Raúl allí, entrando y saliendo, mientras gruñía a mi espalda y me rozaba el trasero con aquella protuberante erección. ¿Cómo sería tenerle dentro? Me pregunté en un momento de debilidad. Sacudí la cabeza rependiéndome y salí de la ducha. Me sequé con la toalla y observé, a través del espejo empañado, que mis pezones aún estaban enrojecidos. Los rocé con los dedos y los noté increíblemente sensibles, como nunca antes habían estado, y por unos instantes deseé con todas mis fuerzas que Raúl estuviera allí y terminara lo que había empezado porque estaba claro que lo de la piscina había sido solo un anticipo de todo lo que podría hacerme. Fantasé un poco, llevada por la sobrecarga sexual que me estaba friendo el cerebro, e imaginé que si le tuviera allí le empujaría y le haría caer en la cama, le arrancaría la ropa, luego haría lo mismo con la mía y le suplicaría que me tocara, que me chupara, que me mordiera y que hiciera conmigo lo que quisiera, pero que, por favor, volviera a llevarme a aquel lugar cerca de las estrellas.

Estaba en serios problemas. De pronto la mujer pasiva y mojjigata se había convertido en una adicta al sexo, pero no al sexo con cualquiera, sino al que quería volver a compartir con Raúl... solo con él. ¡Y eso que aún no habíamos llegado hasta el final! Estaba perdida.

Maléfica me esperaba en la puerta del baño con expresión huraña. Intentó convencerme para que le diera de comer, restregándose mimosa entre mis piernas, mientras intentaba avanzar por el pasillo hacia mi habitación para ponerme el pijama. Se sentó sobre mi zapatilla, esperando impaciente entre maullidos lastimeros, a que me secara el pelo. Harta de su chantaje emocional fui a la cocina y le abrí una lata. Después de aquello volvió a ignorarme, como si fuera otra vez la intrusa que invadía su hogar. Cuando me senté en el sofá sin cenar y con un nudo en el estómago que me hacía imposible tragar bocado ni queriendo, sonó el teléfono. Me sobresalté y se me dispararon los latidos del corazón. ¿Y si era él? Luego me tranquilicé recordando que no tenía mi número, así que descolgué, no sin antes respirar un par de veces para recuperar el aliento.

—Lisa, no me has llamado.

Era Toni. «Menos mal», pensé. Luego me acordé de Raúl haciéndome con los dedos y a mí jadeando y ronroneando como Maléfica mientras comía su lata *gourmet* y me quedé blanca y muda.

—H-hola... Yo... Es q-que... Bueno... —Intenté decir algo coherente, pero solo me salían palabras sueltas entre balbuceos. Sentía como si llevara la letra escarlata prendida al pecho delatando mi pecado a ojos de todo el mundo.

—¿Pasa algo? ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado al otro lado de la línea.

—Nada, estoy bien, es que me había quedado dormida en el sofá. Perdona que no te haya llamado. —Mentí sobre la marcha, recuperando la compostura.

—Tranquila, estaba pensando que podría pasar por tu casa mañana por la tarde, quiero hablar contigo. Tengo una sorpresa —me dijo emocionado.

Yo me sentía como la peor bruja del mundo.

—Sí, claro, me parece bien. Pásate mañana y hablamos.

—Perfecto —hizo una pausa y luego vino la gran puñalada—. Te quiero.

¿Y eso en aquel momento por qué? Me lamenté.

Balbuceé algo y le colgué sin más, horrorizada conmigo misma y con lo que había hecho en el gimnasio. Pobre Toni, me sentía fatal. Pero siendo sincera, si me viera de nuevo en la misma situación, seguro que volvería a dejarme llevar. Raúl era peligroso para mi cordura. Y lo que era peor, ¿qué sorpresa me tenía preparada Toni? Porque era imposible que fuera más impactante que la que tenía que darle yo.

Capítulo 14

Llamé a las chicas para confirmar que iría a dormir a casa de Su para celebrar nuestra tradicional noche de Reyes. Desde que nos conocíamos, hacía casi cuatro años, nos reuníamos aquella noche mágica para cenar, despotricar, emborracharnos y entregarnos los regalos que en Navidad no nos podíamos dar porque estábamos con nuestras familias. Me preparé una bolsa con el pijama, una muda y los paquetes con los colgantes que les había comprado. Solo me faltaba rezar para que Toni no se presentara muy tarde y me diera tiempo de hablar con él y a la vez llegar a una hora decente a casa de Su. La pobre aún estaba mal por culpa de la contractura que se hizo en el hombro y tanto Vicky como yo acordamos ocuparnos de la cena.

Le mandé un mensaje a Toni después de comer pidiéndole que se pasara temprano por mi casa, así que sobre las siete de la tarde llamó al timbre. Cuando le abrí pensé que debía haberle dicho que iba a cenar con las chicas porque se veía claramente que iba vestido para salir. Supuse que venía con la intención de llevarme a cenar a uno de esos restaurantes caros que le gustaban. Menuda sorpresa se iba a llevar cuando le dijera que quería que nos diéramos un tiempo porque había algo que no funcionaba en nuestra relación. No se lo esperaba. Raúl no tenía nada que ver en mi decisión, ¡lo juro! Era algo que ya había pensado antes de nuestro apasionado encuentro en la piscina, mientras estaba nadando y decidiendo mi futuro. Me saludó con un beso en los labios y miró mal a Maléfica. Dejó la americana colgada del respaldo de una de las sillas del comedor y después se acomodó en el sofá, lo más lejos posible de mi gatita.

—Tenemos que hablar —le dije nerviosa, sirviendo dos tazas de té que había traído de la cocina.

—He reservado mesa para las nueve y media, así que tenemos tiempo de sobra. —Se inclinó sobre la mesita y puso un par de cucharadas de azúcar a su taza.

—No voy a ir a cenar contigo, Toni. Ya te comenté la semana pasada que la noche de Reyes ceno con mis amigas, es una tradición.

Él carraspeó, se puso bien las gafas y me miró con su cara de profesor a punto de regañar a un alumno.

—Pensé que te había quedado claro que ahora que tienes pareja estas cosas pasan a un segundo plano.

—¿De qué hablas? —pregunté enfadada—. Tener novio no implica dejar de relacionarte con tus amigos, creo yo.

—Lisa, me ha costado mucho conseguir mesa para esta noche, así que no me hagas un feo. Llama a tus amigas y cancelalo. —Se acomodó en el sofá, con la taza en la mano, convencido de que había ganado la batalla. Luego quitó de la tapicería una bola de pelo de Maléfica con cara de asco—. Por Dios, podrías limpiar un poco. Odio a ese maldito gato —murmuró.

—¿Y eso me lo dices tú? Precisamente tú, que tienes la casa hecha un asco... —le recriminé furiosa.

Aquello era la gota que colmaba el vaso. Me estaba poniendo de muy mal humor que me hablara de aquella manera. ¡Yo no era uno de sus dichosos alumnos! No sé qué mosca le había picado aquella tarde.

—Mi casa no está sucia, está un poco desordenada. Por lo menos reconoce que ese gato lo único que hace es llenarlo todo de pelos y dejar un olor desagradable por todas partes.

Maléfica se incorporó y le miró desafiante, como si le hubiera entendido y estuviera terriblemente ofendida. Más o menos como estaba yo.

—Mira, Toni —dije intentando calmarme con un par de respiraciones profundas—, me parece que empieza a ser evidente que entre tú y yo hay un problema de fondo que debemos solucionar... en la distancia.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá sería bueno que nos diéramos un tiempo para pensar adónde nos lleva esta relación.

Él lanzó una carcajada de incredulidad y se levantó con movimientos medidos, como si con ello intentara no alterar a la fiera. No me quedó claro si lo hacía por mí o por miedo a que mi gata le atacara.

—Lisa, estás muy nerviosa, no entiendo qué demonios te pasa. Espero que te calmes antes de salir porque no me gustan las escenas. —Le observé rebuscar algo en el bolsillo de la americana mientras le esperaba de brazos cruzados en mitad del salón—. Quería hacer esto durante la cena, no obstante, creo que es mejor aclarar las cosas ahora mismo, a ver si te relajas de una vez.

Iba a replicar, sobre todo porque yo no necesitaba relajarme, necesitaba poner en orden aquella situación y no aguantar a un tío que me trataba como si fuera incapaz de tomar una decisión correcta por mí misma. Ya tenía suficiente con mi madre. Además, aquel lado prepotente de Toni, que se había acentuado más que nunca aquella tarde, no me gustaba un pelo. Yo no era ninguna niña. Sin embargo, en cuanto se dio la vuelta y vino hacia mí con una cajita negra en la mano, se me quedó atorado en la garganta todo lo que iba a decir.

—Toni, no... —musité.

—Lisa, sé que en estas últimas semanas he hecho cosas que no te han gustado, como lo de ir a visitar a tu madre cuando me pediste que no lo hiciera, pero con esto quiero dejar claro que voy en serio y que me tomo nuestra relación y tus preocupaciones con toda la importancia y el respeto que merecen. Es solo un símbolo, no significa que tenga que ser mañana, solo quiero que te aporte seguridad porque no habrá nada que me aleje de ti. Nada. Quiero que lo nuestro sea para siempre. Aunque hace poco tiempo que nos conocemos, estoy convencido de que eres la mujer de mi vida.

Cuando estubo frente a mí, muy orgulloso de sí mismo y de su idea, abrió la cajita de Cartier —ni más ni menos— y apareció un anillo precioso de diamantes y platino. Le debía haber costado un dineral. Sabía que tenía dinero y que podía permitirse algunos lujos y ciertas joyas, sin embargo, me resultaba increíble que se hubiera gastado una pequeña fortuna en un anillo de compromiso precisamente en el momento en el que le había puesto los cuernos y quería pedirle un tiempo para pensar sobre ello. Ay, madre...

Deseaba inclinarme y mirar esos diamantes de cerca. Para mí, que me chiflan los brillos, aquello era como ver el paraíso. Cartier, diamantes..., ¡madre mía! Podría haber tenido un orgasmo visual. Quería cogerlo, probármelo y mirarlo durante horas... Pero no, de ninguna de las maneras, no podía aceptarlo, no en aquel momento. Y eso que aquella vez había acertado, nada que ver con las horribles perlas.

—Lisa, me harías el honor...

—¡¡No!! —exclamé interrumpiéndole. Él me miró entre sorprendido y atemorizado. Cerré la cajita, echando un último vistazo a aquella pieza maravillosa, lamentando no poder aceptarla—. Por favor, Toni, no es una negativa, solo te pido que lo guardes y me des un poco de tiempo. Todo esto está siendo muy precipitado —le dije para hacerle entender la situación y no herir sus sentimientos. Me sentía cada vez más bruja—. Vuelve a preguntármelo, no sé... ¿dentro de un mes? —propuse por decir algo.

Se quedó quieto unos segundos, mirándome fijamente a los ojos sin decir nada, hasta que se resignó y asintió.

—Está bien, si no lo tienes claro...

—Las cosas han sucedido muy deprisa y me siento superada por las circunstancias. Primero conocernos a través de la página de contactos, empezar a salir y al poco tiempo tenerle aquí, con un anillo en las manos, es demasiado. Por favor, dame unas semanas para decidir qué es lo que quiero realmente.

Sentía que le debía muchas explicaciones, pero aún hervía de rabia por el modo en el que me había hablado aquella tarde, como si fuera idiota, y no iba a dárselas. Ni yo misma tenía claro lo que quería, así que decidí que lo mejor era dejar pasar unas semanas para aclararme y poder darle una respuesta definitiva.

—De acuerdo, lo entiendo, no todos vamos al mismo ritmo y quiero que estés segura antes de dar un paso como este. —Me acarició la mejilla con ternura y me besó—. Un mes —confirmó guardando la maravillosa alianza en el bolsillo de la americana—. Te daré el tiempo que necesitas, por ti no me importa esperar.

Sin embargo, no me dejé engañar. Toni estaba cediendo porque sabía que presionarme iba a ser contraproducente. En el fondo estaba convencido de que acabaría siendo su mujer. Un par de meses atrás yo también lo hubiera creído, pero las cosas habían cambiado. Había aparecido Raúl y con él un montón de nuevas sensaciones que hasta entonces habían sido desconocidas para mí. Siendo sincera, quería experimentarlas. Nos tomamos el té como dos personas civilizadas y mantuvimos una conversación forzada que, dadas las circunstancias, no nos apetecía a ninguno de los dos. Salió de mi casa decaído, pero con la determinación de hacer lo que fuera necesario para obtener una respuesta afirmativa dentro del tiempo estipulado. Por lo menos se había olvidado del tema de la cena y evitado la discusión que iba a traer

consigno, ya que de ninguna manera iba a dejar colgadas a mis amigas. Al final resultó que la sorpresa de Toni había superado con creces a la mía.

Llegué a casa de Su sobre las nueve. Vicky ya estaba allí tomando una copa de vino mientras nuestra anfitriona la miraba con envidia porque, debido a la medicación tan fuerte que tomaba para el dolor, no podía probar el alcohol. Me serví una copa y decidí que no iba a contarles nada concreto sobre Toni, ni mucho menos sobre Raúl, hasta que tuviera las cosas claras. No quería la intervención de nadie, ni siquiera la de ellas. Esta vez quería tomar la decisión por mí misma, sin influencias externas. Ya era hora de plantarme frente a los problemas sin recurrir a la ayuda de nadie. Tenía casi treinta años y las decisiones sobre mi futuro y mi vida me concernían solamente a mí. Preparamos unas bandejas con algo para picar, aunque nos reservamos para los postres. Aquella noche íbamos a darnos un homenaje a base de turrones, mantecados y pastel de chocolate. Cuando salía de la cocina con una bandeja de canapés en la mano y una botella de vino en la otra, pillé a Vicky toqueteando las cajas de regalo que habíamos dejado debajo del árbol al llegar.

—¡Suelta eso! —le grité.

—Vale, tranquila. —Soltó la cajita con su nombre—. Solo estaba intentando adivinar qué era, no iba a abrirla.

—Más te vale —le advertí mirándola con los ojos entrecerrados.

—Trae esa bandeja —me pidió Su quitándomela de las manos—. Hoy paso de la dieta.

—¡Aleluya! —exclamó Vicky—. Estás muy buena, perra. Cuando seas consciente de ello no vas a parar de follar.

—Deja, deja... que ya he tenido bastante con lo de Fran.

—Menudo capullo, aunque eso de que te aten a la cama tiene su morbo.

—¡Vicky! Córtate —Mi amiga lo había pasado bastante mal y no era buena idea recordárselo. De todos modos, a mí también me intrigaba el asunto ese de las cuerdas que tan de moda estaba, sobre todo si era con cierto hombre de brazos tatuados...

—Por ahora paso de tíos —nos aseguró Su.

—Toni se ha enfadado por lo de esta noche —comenté para cambiar de tema—. Dijo que había reservado mesa para cenar y que le podría haber avisado con antelación. Ni siquiera lo pensé, no entiendo por qué se ha molestado tanto.

Quería encontrar una excusa para justificar la separación temporal de la que iba a tener que hablarles en breve y esa me parecía una lo bastante buena.

—Es un capullo, como todos los de su especie. No le hagas ni caso —apuntó Vicky.

—Lo siento, pero no voy a renunciar a pasar tiempo con vosotras por tener novio —afirmé, eso lo tenía clarísimo—. Lo peor de todo es que se ha aliado con mi madre.

—¿Se llevan bien? —preguntó Su.

—¡De maravilla! —aseguré—. Se dan la razón en todo. —Y esa era una de las cosas que más rabia me daba.

Seguimos hablando del tema durante un rato. Entre la comilona, las copas, las risas y la charla amena se nos pasó la noche volando, así que nos fuimos a la cama agotadas. Su se tumbó en medio. Yo me abracé a ella y la besé dulcemente en la mejilla unas cuantas veces porque estaba dolorida y desengañada y sabía que necesitaba muchos mimos. Vicky nos miraba a ambas desde el otro lado del colchón con cara de horror. A ella, las muestras de afecto no le iban para nada, pero la queríamos igual.

Eran casi las doce del mediodía cuando nos levantamos para abrir los regalos. A las chicas les encantaron los colgantes y a mí me pareció preciosa la blusa que me regaló Vicky y el perfume que me compró Su, que jugó a lo seguro y se decantó por un frasco de mi favorito. Mientras nos preparábamos un café y nos decidíamos a comer algo ligerito, escuché la melodía de mi teléfono, que había acabado olvidado en un rincón del salón donde lo dejé cargando. Comprobé que tenía cinco llamadas perdidas de Toni. Pensé que lo habíamos dejado todo claro en nuestra charla y que me iba a dar un tiempo. Al parecer no fue así. Creía que podía seguir llamándome como si nada. Lo que más me impactó fue descubrir que había otras tres llamadas de un número desconocido, además de varios mensajes de mi madre, de mi hermano y del misterioso número. Víctor me había pasado algunas fotos de mis sobrinos abriendo los regalos de Reyes y mi madre me recordaba que iba a pasar el día en su casa para estar con los niños. Cuando lei los otros mensajes, casi se me cayó el móvil al suelo por la impresión.

«Hola, Campanilla. Creo que el otro día en las duchas de la piscina dejamos un asunto a medias... ya me entiendes. Tendríamos que quedar para solucionarlo. Lo estoy deseando. Llámame».

Estaba segura de que el número desconocido pertenecía a cierto profesor de yoga que me tenía muy confundida y bastante caliente, pero de ninguna manera iba a llamarle. Bastante había hecho dejándome llevar en las duchas. No iba a dar pie a que sucediera algo más. Raúl no me convenía y antes de volver a verle necesitaba aclarar las cosas con Toni de manera definitiva.

—¿Quién te llama? —me preguntó Vicky apareciendo por detrás y dándome un susto.

—Mi hermano pasándome fotos de los niños y Toni, que está muy pesado.

—Hazle sufrir un poco, le hará reflexionar y valorar lo que tiene —me aconsejó. Si ella supiera...

Después de comer, preparamos palomitas y nos sentamos apretadas en el sofá a ver unas pelis románticas. Mi móvil no paró de sonar en todo el rato. Toni insistía con las llamadas y Raúl con los mensajes. Este último decía que estaba perdiendo la paciencia, que sabía que lo estaba leyendo todo y que hiciera el favor de responder si no quería atenerme a las consecuencias. Qué pesados. ¿Es que ninguno de los dos podía dejarme en paz? Al final decidí silenciar el móvil y darle la vuelta para poder concentrarme en la película y olvidarme de ellos.

A media tarde llamaron al timbre. Nos sorprendió porque no esperábamos a nadie. Su fue a abrir temerosa de que se presentara Fran con alguna excusa para pedirle perdón, pero se llevó una grata sorpresa al encontrarse con Eric, el fisioterapeuta del que estaba colgada.

—Estos dos follan en breve, te lo digo yo —me susurró Vicky al oído mientras espíamos desde el salón la conversación que estaba teniendo lugar en el recibidor.

—Está claro que se gustan —afirmé.

Eric había aparecido por allí para llevarle un regalo a mi amiga y eso no lo hacía cualquiera, sino un hombre verdaderamente interesado.

—Gustar es poco, nena, ¡saltan chispas!

—Calla, ahí viene —le dije en cuanto cerró la puerta. Ambas regresamos a nuestros asientos fingiendo no habernos movido de allí.

—Madre mía, ¿qué ha sido eso, Su? —preguntó Vicky con los ojos abiertos como platos, revelándole que habíamos estado espiondo.

—Me ha regalado unos bombones.

—Le gustas —afirmé sin dudarle. Ya iba siendo hora de que abriera los ojos y se dejara querer por un hombre de verdad.

—Te aseguro que, si no te follas a ese tío ya, pienso hacerlo yo. ¿Tú le has visto bien? —le preguntó Vicky con mirada lujuriosa.

Su asintió y se sentó en el sofá con la caja de bombones en el regazo. La abrió y miró el contenido con deleite.

—Ni se te ocurra acercarte a él —advirtió.

Reanudó la película y cogió uno recubierto de chocolate blanco. El hecho de que no nos ofreciera ninguno y se los quedara todos para ella decía mucho de lo que pasaba por su cabeza.

A última hora de la tarde, ayudamos a Su a recoger las cosas y nos fuimos a casa. En cuanto crucé el umbral, una furiosa Maléfica me recibió mirándome con cara de enfado. ¡Qué humos! Y todo porque la había dejado una noche sola. Le serví una lata como recompensa y me fui a mi habitación para dejar la bolsa que había traído de casa de Su y cambiarme, pero llamaron al timbre antes de poder empezar a hacerlo. Pensé que sería Toni o quizá mi madre, que ya había vuelto de casa de mi hermano. No sabía cuál de las dos opciones me inquietaba más, pero les haría frente a ambos, fuera quién fuese, estaba harta de dejarme pisotear. Abrí la puerta confiada y se me puso cara de sorpresa en cuanto descubrí quién era.

—Buenas tardes, Campanilla —me saludó Raúl con aquella mirada de depredador que puso la última vez que nos vimos—. ¿Me invitas a entrar?

Y yo, que era una mujer responsable y racional, con la firme intención de aclararse las ideas con respecto a su novio y no cometer más estupideces, abrí la puerta y le dejé pasar. Raúl me había vuelto completamente loca.

Capítulo 15

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté en cuanto cerré la puerta—. ¿Y cómo has conseguido mi número de móvil?

Lo de dónde vivía lo sabía porque la otra noche me había acompañado a casa, pero lo del móvil era otra historia.

—Te he dicho que se me estaba acabando la paciencia y que me respondieras a los mensajes —comentó tan tranquilo, quitándose la cazadora de cuero y dejando a la vista sus brazos desnudos. Como siempre, llevaba una camiseta de manga corta, esta vez en color negro—. Y el número lo saqué de tu ficha del gimnasio. Igual que la dirección exacta, por si también te lo estabas preguntando. El otro día no me dijiste en qué piso vivías y me hiciste dejarte en la otra esquina, tenía que comprobarlo.

—¿Qué?! —exclamé indignada—. ¿Eso se puede hacer?

Él me miró con una sonrisa de suficiencia dibujada en los labios.

—Preciosa, ¿crees que soy la clase de tío que se preocupa por esas cosas? —me preguntó burlón—. Cuando quiero algo voy y lo cojo, así de simple. No me preocupan las consecuencias mientras lo consiga.

—No tenías derecho. —Me crucé de brazos e intenté poner cara de enfado, pero me salía mejor en el colegio con mis alumnos que allí con él—. No puedes presentarte en mi casa y...

—Me has dejado pasar, Lisa —me interrumpió—. Y sin oponer resistencia. Déjalo.

Vale. Tenía razón, no me había resistido. Mejor no ponerme en evidencia. No me había costado nada tomar la decisión de dejarle entrar, así que sobraba lo de hacerme la ofendida. En realidad, resultaba halagador que se hubiera tomado tantas molestias para volver a verme.

De pronto, Maléfica irrumpió en la sala maullando y buscando atención. Seguro que había sentido que teníamos visita. En cuanto las miradas de mi gata y mi invitado se cruzaron, pasó lo que tenía que pasar. Maléfica dio un par de vueltas a su alrededor y se dejó caer al suelo a sus pies, como si se hubiera desmayado. Todo a cámara lenta, muy teatral. Se puso patas arriba y ronroneó con la misma intensidad que lo hacía cuando olía el aroma que desprendía su lata de comida favorita. Acto seguido, Raúl se agachó y empezó a acariciarle la tripa y a decirle lo bonita que era. Mi gata puso los ojos en blanco por el placer. Había sido amor a primera vista. ¿Cómo no! «Qué vergüenza, Maléfica», pensé.

—Eres una gatita preciosa —le dijo mientras la cogía en brazos y se la ponía contra el pecho sin dejar de acariciarla—. ¿Cómo se llama? —me preguntó apartando un poco la cara porque la gata traidora le estaba lamiendo la mejilla sin parar.

—Maléfica.

—¿En serio? —Lanzó una carcajada y la alzó mirándola a los ojos—. ¿El nombre de la bruja mala de la película?

—Sí, exactamente.

—¿Por qué?

—Porque se porta fatal y me odia. A mí no me deja acariciarla ni tocarla —respondí algo enfurruñada y muerta de celos—. Además, su antiguo nombre era horrible.

—¿Es adoptada?

—Sí, desde hace aproximadamente un año. Acababa de llegar al refugio de animales cuando me la llevé. Sus antiguos dueños habían tenido un bebé y eso despertó sus celos. No podían seguir con ella en casa, tenían miedo de que intentara hacer daño al pequeño.

—Ya... Seguramente ese sea el problema —murmuró pensativo.

—¿Qué quieres decir?

—Los gatos son muy territoriales y de un día para otro la sacaron de su casa y acabó aquí con una desconocida, en un lugar nuevo y muy distinto al que consideraba su hogar. Además, la tienes muy consentida y eso no te ayuda.

—¿Cómo lo sabes?

—Veo una lata de comida de las caras allí encima. —Señaló la lata *gourmet* que había olvidado recoger y tirar a la basura—. Y los juguetes que hay esparcidos por el salón me hacen pensar que le compras un montón de caprichos para ganarte su cariño y que, además, le das chucherías a cambio de afecto.

—Eres muy perspicaz.

—No te creas... Me gustan los animales y los gatos en especial. En mi casa siempre hemos tenido gato y esta señorita —dijo mirando a la gatita que descansaba con los ojos cerrados sobre uno de sus brazos—, te tiene calada. Sabe que cuanto peor se porte contigo, más cosas va a conseguir. Haz que se gane sus caprichos y no se los des a cambio de afecto.

—No sé... Lo he intentado todo y desde que le compro las latas hemos llegado a una especie de tregua.

—Lo que yo te decía... Te tiene totalmente dominada —afirmó—. Es una gatita muy cariñosa, los siameses suelen serlo. Fíjate en mí, ni siquiera me conoce y la tengo loca —se jactó con una sonrisilla de satisfacción masculina—. Si te pones firme con ella, a la larga conseguirás que te quiera o por lo menos que te respete, que ya sería mucho más de lo que tienes ahora.

—Eso espero... Es muy sociable y mimosa con los demás menos conmigo y con Toni.

—¿Tu novio? —Asentí—. No me extraña, ese tío es muy estirado, es normal que no le caiga bien. Además, viene aquí a robarle tu atención. Seguramente odia que le quite el protagonismo.

—En realidad ya no somos novios —se me escapó.

—¿Habéis roto? —preguntó soltando a Maléfica y dejándola bajar al suelo.

—Bueno, más que romper, nos hemos dado un tiempo. No es algo definitivo, quiero decir...

«Demasiada información, Lisa», me recordé. A él no le interesaba. Pero con Raúl allí, no sé qué me pasaba, que se me soltaba la lengua.

—Interesante... —murmuró acercándose a mí.

—Ya. Esto..., ¿te apetece algo de beber? —le pregunté nerviosa. Tenerle tan cerca me alteraba mucho.

—Si te dijera lo que me apetece, seguramente saldrías corriendo como la última vez. —Ya estaba frente a mí, sentía su aliento chocando contra mi cara y estaba atrapada entre el sofá y su cuerpo, sin escapatoria—. Tengo una duda... No sé si el otro día huiste porque te acordaste de tu novio o porque te corríste con mis dedos dentro y te sentiste avergonzada.

—Raúl, yo...

Seguro que estaba roja como un tomate. Sentía la piel de la cara ardiendo. Además, me veía incapaz de responder a su pregunta. Demasiado explícito para mí.

—¿Sabes lo que creo, Lisa? —insistió rodeándome por la cintura con los brazos, acercándose a él—. Me parece que lo de tu novio fue la excusa y que lo que te hizo salir huyendo fue que era la primera vez que te corrías con un hombre, ¿me equivoco? —Sus manos estaban acariciando en círculos mis caderas, a punto de abarcar mi trasero. Inclino la cabeza y me besó en el cuello—. Responde...

Tenía todo el vello del cuerpo erizado y necesitaba desesperadamente sentir esos labios sobre los míos. A lo de responder a la pregunta... Bueno, eso era más complicado. Nunca había sentido tanta vergüenza. Aunque quisiera negarlo, tenía toda la razón, así que hice lo único que podía hacer: decir la verdad.

—No... —susurré.

—¿No...?

—No, no te equivocas.

—Pobre Campanilla... —murmuró junto a mi oído—. Te has cruzado con un montón de inútiles, ¿verdad? —Puso ambas manos sobre mi trasero y me apretó contra su cuerpo haciéndome sentir lo excitado que estaba contra mi vientre. Me agarré a sus brazos y contuve el aliento—. Pero no sabes lo cachondo que me pone

saber que he sido el único que te ha hecho estallar...

Entonces inclinó la cabeza y me besó. No fue un beso tierno ni suave, fue un ataque en toda regla. En cuanto sentí sus labios sobre los míos, le rodeé el cuello con los brazos y me dejé llevar. Era evidente que las riendas las llevaba él y que yo solo era como una hoja mecida por el viento, sin voluntad. Raúl metió la lengua dentro de mi boca y acarició con ella todos los rincones. Intentaba seguirle el ritmo e imitarle, pero no tenía suficiente experiencia y solo podía gemir y someterme a él. Succionó con intensidad mi labio inferior y con un gruñido me soltó. Aturdida, no me di cuenta de que habíamos intercambiado posiciones y que ya no estaba de espaldas al sofá sino de frente. Él se dejó caer y, una vez sentado, alargó la mano y acercó su cazadora. Sacó un par de paquetitos plateados que dejó a su lado.

—Desnúdate, Lisa, hoy me toca disfrutar a mí —exigió reclinándose contra el respaldo, mirándome con intensidad—. A eso he venido.

—¿¿Q-qué?! —pregunté con un grito de sorpresa, rodeándome el cuerpo con los brazos para protegerme.

No iba a desnudarme. ¡¡No!! ¡De ninguna manera! Mucho menos con él ahí vestido, mirándome, y con todas las luces encendidas. ¡Por el amor de Dios!

—Ya me has oído. Quiero que te desnudes y te sientes sobre mis piernas a horcajadas para que pueda follarte. —Sus palabras hicieron que se me endurecieran los pezones y se me humedecieran las braguitas—. No es tan complicado, Campanilla. Hazlo —ordenó.

—No... N-No p-puedo... —balbuceé muerta de vergüenza.

Estaba tan roja y tan caliente que iba a estallar. No era buena en el sexo ni en seducir, tampoco en jueguecitos ni en nada que implicara usar mi cuerpo delgado para hacer cualquier cosa, así que no podía.

—Claro que puedes. —Se incorporó y, en un rápido movimiento, se quitó la camiseta por la cabeza y la lanzó al suelo.

Maléfica, que estaba por allí, no perdió ni un segundo en capturarla y acurrucarse a dormir sobre ella en un rincón.

Miré aquel pecho perfecto y musculoso que se exhibía ante mis ojos y me quedé con la boca abierta. Qué bueno estaba. Y sería para mí si encontraba el valor para desnudarme y hacer lo que me había pedido.

—Sé cómo te sientes —dijo desde su posición relajada en el sofá—, pero no quiero que te avergüences de tu cuerpo. Eres preciosa y desde la primera vez que te vi en el gimnasio no he podido dejar de pensar en ti. Fue como si me recorriera una descarga por todo el cuerpo y me sucede lo mismo cada vez que estás cerca, que te veo o que presiento que llegas, y eso es algo que no me había pasado nunca —Ahogué una exclamación de sorpresa. A mí me pasaba exactamente lo mismo con él—. No tengas miedo, reconozco que yo también estoy algo desconcertado, pero no puedo luchar contra ello, así que he decidido ceder y dejar de resistirme.

—Es que, yo... Yo no... —balbuceé.

—Quieres hacerlo, Lisa, lo veo en tus ojos cuando me miras. Déjate llevar, preciosa. —Hablaba de forma suave, como había hecho cuando se inclinó para acariciar a mi gata y ganarse su confianza. Me estaba tranquilizando—. Confía en mí... En las duchas lo pasaste bien, lo sentí, y puedo hacer que lo pases mucho mejor, te doy mi palabra. Pondré cada uno de mis sentidos en hacerte gozar como nunca en tu vida.

Asentí temblorosa. No podía seguir negando que le deseaba. Quería explorar esa parte de mi sexualidad que hasta entonces había estado dormida. Además, sus promesas de placer eran irresistibles. No podría tomar una decisión acertada sin antes haber probado aquello que Raúl me ofrecía, me lo debía a mí misma. Si me quedaba con las ganas de caer en la tentación, siempre me quedaría con la sensación del: «¿qué hubiera pasado si...?», y nunca hallaría la felicidad completa. Me convencí de ello para justificar lo que estaba a punto de hacer y empecé a desnudarme lentamente. Me quité el jersey por la cabeza quedándome en sujetador. Era blanco y de algodón, sin ningún detalle que pudiera desviar la atención de lo usado que estaba. Raúl asintió satisfecho para darme ánimos y también porque a través de la fina tele se me transparentaban los pezones sonrosados. Quizá, después de todo, no iba a salir tan mal, pensé. Los botines me los había quitado al llegar a casa, así que me agaché para quitarme los calcetines con algo de dignidad, ya que no estaba para hacer equilibristas y pasaba de acabar cayéndome y hacer el ridículo más espantoso de mi vida. Conociendo a Raúl y viendo la clase de chicas que le rodeaban, estaría acostumbrado a desnudos de cierto nivel, sin embargo, ahí estaba yo, con una rodilla apoyada en el suelo para quitarme los calcetines sin ningún glamur. ¡Viva la naturalidad! Cuando me incorporé con los pies desnudos, me desabroché el botón de los vaqueros y recé para no llevar puestas mis braguitas blancas de algodón con corazoncitos rojos. Nunca prestaba atención a la ropa interior y aquella mañana ni siquiera se me había pasado por la cabeza que acabaría el día desnuda frente a Raúl.

—Sigue, Lisa... —insistió al ver que paraba, tal vez pensando que me habían entrado las dudas.

Se frotaba los muslos con las manos como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme para contenerse y no tocarme. Me emocionaba tener el poder de poner así a un hombre como él. No podía creerlo. Yo, la flacucha, tenía a aquel ángel caído a mis pies. Me sentía orgullosa de mí misma.

Me bajé los vaqueros por las piernas y me los quité dando un par de saltitos medio dignos. Por una vez, pensé que era una suerte tener los muslos tan delgados que hasta los pantalones pitillo bajaban fácilmente sin quedarse pegados. Me incorporé, me desabroché el sujetador y lo lancé sobre la mesita, quedándome vestida con unas braguitas azules y la euforia recorriendo mis venas.

—Quítatelas —pidió señalando la única prenda de ropa que me quedaba en el cuerpo.

Pensé en bajármelas lentamente por las caderas, dejándolas caer con un movimiento sensual hasta llegar al suelo, pero no era mi estilo. Así que, de un movimiento brusco, me las bajé sin pensarlo. Después de eso, me quedé ahí de pie, con las manos a los costados, sometida a su escrutinio... A punto de desmayarme, debo decir. El corazón me latía tan deprisa que era un milagro que no me explotara.

—Sabes, Campanilla, ahora mismo me encantaría pedirte que separaras las piernas y te acariciaras para mí, que me enseñaras cómo te gusta... —Le miré horrorizada. «Eso sí que no, amigo». Pero todavía es demasiado pronto para ello, todo a su debido tiempo —me tranquilizo. Entonces levantó un dedo y señaló el espacio que había entre los dos—. Ven aquí, preciosa.

Me acerqué lentamente, mentalizada y dispuesta a llegar hasta el final a pesar de mis miedos. Lo peor había pasado y no había sido tan horrible, ya me había visto desnuda y seguía excitado. Además, me miraba fijamente a los ojos y eso no me intimidaba tanto como cuando se había quedado observando mis escasos atributos. Cuando estuve cerca, me ayudó a sentarme en su regazo con una rodilla a cada lado de sus muslos y el trasero sobre la tela áspera de los vaqueros. Me agarró de las caderas y me arrastró hasta tener mi sexo rozando su durísima entrepierna. Con las manos me obligó a iniciar un ligero contoneo sobre él mientras se inclinaba y capturaba mis labios en un beso intenso. Estaba tan húmeda que seguramente le pondría perdidos los vaqueros, pero me daba igual. Había alcanzado un punto de liberación tan total que todas aquellas cosas que me frenaban y me impedían sentir habían acabado en el suelo, junto a mi ropa. Al romper el beso, inclinó la cabeza y me mordisqueó un pezón. Luego lo succionó, jugando con el otro entre los dedos. Estuvo un rato entretenido con ambos mientras yo me frotaba y jadeaba sobre él. Finalmente alzó la cabeza y me miró con una expresión mezcla de deseo y frustración.

—Voy a comerte entera, Campanilla —afirmó y por mi mente pasó una imagen fugaz de Vicky hablando sobre conejitos—. Pero primero necesito follarte una vez para recuperar un poco el control. Estoy demasiado cachondo ahora mismo para disfrutar de los preliminares.

Me quedé alucinada. Con la boca abierta. Me hizo retroceder sobre sus muslos y se desabrochó los vaqueros con prisa, luego alzó las caderas y se los bajó junto a la ropa interior liberando una tremenda erección. Mucho más grande que cualquier otra que hubiera visto, aunque no fueran muchas. A pesar de mi timidez y mi inexperiencia, clavé los ojos en ella, tan enorme y poderosa, que hasta me apetecía bajar la mano y acariciarla para descubrir su textura. ¡Increíble!

Sin prestar demasiada atención a mi escrutinio, Raúl se ocupó de ponerse un condón con una rapidez asombrosa y puso una mano sobre mi sexo para acariciarlo y comprobar que estuviera preparada. Por supuesto que lo estaba. Aunque, a decir verdad, también estaba un poco asustada.

—Raúl, no sé... no sé si esto... va a caber —murmuré sin apartar los ojos de su miembro.

Él lanzó una carcajada.

—Tranquila, Campanilla, ya verás qué bien entra —aseguró obligándome a alzar las caderas, rodeando con la mano la imponente erección y situándola en posición frente a mi entrada, rozándome y provocándome un estremecimiento de placer—. Ahora déjate caer lentamente, sin miedo...

Asentí confiada y, poco a poco, empecé a bajar sobre él. Ambos gemimos de placer una vez entramos en contacto, pero tuve que detenerme totalmente colmada, cuando sabía que aún no me la había metido entera.

—Aún está por la mitad —confirmó bajando la mirada al regazo—. Pero las vistas desde aquí son increíbles. Un poco más, preciosa, venga... —me animó a la vez que empezaba a acariciarme—. Eso es, sigue...

Intenté bajar un poco más, pero las sensaciones que estaban despertando en mi cuerpo me tenían al margen de sus necesidades, así que en cuanto pasó varias veces

el pulgar sobre mi clitoris, me corrí en torno a él sin poder controlarlo. Cuando regresé a la realidad, me di cuenta de que de un empujón se había colado dentro. Me miró complacido y sentí que podía volver a tener un orgasmo de un momento a otro. Estaba increíblemente sensible y llena, muy llena. Raúl me agarró con fuerza de las caderas y me levantó, haciendo que su miembro, húmedo por mis fluidos, quedara prácticamente fuera. Luego me dejó caer y gruñó junto a mi oído.

—Ahora tú, preciosa —me indicó—. Cabálgame sin miedo, me gusta que me lo hagan fuerte y duro.

Asentí ansiosa por complacerle. Raúl tenía un poder de convicción que conseguía sacar de mí todo aquello que llevaba demasiados años reprimiendo. Era la primera vez que lo hacía en aquella posición, pero no me costó nada adaptarme al movimiento y empezar a subir y bajar de manera frenética. A pesar del tamaño considerable de su miembro, ni siquiera me dolía, todo lo contrario, la fricción era deliciosa. Apoyé las manos en sus hombros tatuados y le clavé las uñas, cerrando los ojos y mordiéndome el labio. Él seguía agarrándome de las caderas, a veces inclinaba la cabeza y me lamía un pezón, pero me dejaba a mi aire.

—Raúl, no puedo... Ayúdame —le supliqué desesperada por volver a sentir aquella supernova de placer que se me escapaba. Quería que me acariciara el clitoris, que me ayudara a llegar.

—Venga preciosa, tú puedes —me animó. Empezó un movimiento de caderas más veloz que hacía que entrara con mayor profundidad y alcanzara un punto muy sensible en mi interior—. Solo con mi polla dentro, Lisa —dijo antes de que el mundo estallara a mi alrededor y que él gruñera mi nombre repetidas veces.

Con un par de bruscos movimientos se vació en mi interior y yo me dejé caer sobre su pecho como una muñeca de trapo. Nos quedamos así, abrazados y empapados, durante unos minutos, recuperando el ritmo normal de la respiración. De pronto me incorporó y me lanzó al sofá sin miramientos, dejándome despatarrada. Yo era incapaz de reaccionar o moverme, ni siquiera sentía un poquito de vergüenza.

—Ahora quiero comerte... —murmuró antes de sumergir la cabeza entre mis muslos.

Bueno, ¿qué puedo decir? Al primer roce de su lengua entendí todo lo que me había estado perdiendo durante casi treinta años. ¡¡Madre mía!!

Capítulo 16

Nunca hubiera imaginado que la experiencia con el sexo oral resultara tan alucinante. Si tener a Raúl dentro de mí mientras le cabalgaba salvajemente ya me había parecido algo de otro planeta, el hecho de sentir su lengua recorriendo mi sexo y penetrándome sin cesar había sido... inexplicable. Seguro que aún no se había inventado una palabra para describirlo. Tras un orgasmo demoledor, conseguido gracias a dos de sus dedos mágicos, a su lengua y a sus labios, que succionaron con deleite mi clitoris hasta llevarme a la cima, lo hicimos otra vez. Raúl me levantó las piernas por encima de sus hombros, me penetró con una dura embestida y no paró hasta que se corrió. Yo le seguí. Aquella tarde había descubierto, entre muchas otras cosas, que era una chica capaz de tener varios orgasmos seguidos, ¿quién me lo iba a decir? Sobre todo, cuando siempre había pensado que era incapaz de alcanzar el clímax si no era a solas y con mucho esfuerzo.

Aquel maratón me había dejado agotada y dolorida, así que nos quedamos un rato abrazados y desnudos en el sofá. Él me acariciaba la espalda suavemente y yo reseguí con un dedo el contorno de los tatuajes que llevaba en el brazo derecho. Me tenían fascinada. En realidad, él en sí me fascinaba de un modo que no llegaba a entender. Raúl y yo éramos polos opuestos, el blanco y el negro, personas que no tenían nada en común. Quizá era eso lo que hacía que la atracción que sentíamos el uno por el otro fuera tan potente.

—¿Todos significan algo? —le pregunté después de pasar un buen rato analizando el dibujo del árbol de la vida que tenía tatuado en el bíceps.

La precisión de aquellos dibujos era increíble. Sin duda, el tatuador de Raúl era un auténtico profesional porque se veían cuidados al detalle.

—Todos —afirmó—. Para mí no tendría ningún sentido hacerme un tatuaje por el simple hecho de hacerlo.

—¿Y estos? —pregunté señalando una letra eme y una letra ele entrelazadas que tenía dibujadas un poco más abajo.

—María y Luis. Son las iniciales de los nombres de mis padres, las personas más importantes de mi vida. Quería llevar algo que les representara —me contó.

Me pareció un detalle muy tierno. Me encantaba la unión y el respeto que veía en la mirada de Raúl cada vez que hablaba de ellos. Le envidiaba. Mi padre ya no estaba y mi madre... En fin, ya sabéis cómo era mi madre.

—Aún tienes espacio. —Señalé la piel blanca que resultaba visible en sus brazos—. ¿Te harás más?

—Supongo. La vida es muy larga y seguro que habrá otros momentos que necesitaré inmortalizar. ¿Tú te harías uno?

—¿Yo? ¡No!

—¿Por qué no? ¿No te gustan?

—Me gustan en ti, pero yo no me veo con uno, no soy esa clase de chica.

—¿Qué clase de chica eres entonces?

—Responsable, formal, seria... —enumeré.

Él se movió y me situó debajo de su cuerpo sujetándome las muñecas por encima de la cabeza.

—¿Insinúas que yo no soy todo eso? —preguntó serio, pero con una mirada burlona que indicaba que intentaba tomarme el pelo.

—No —dije con una sonrisa. Él frunció el ceño—. Tú eres atrevido, aventurero, divertido...

—Eso no puedo negarlo. —Rozó con su miembro mi entrepierna húmeda, dispuesta e insaciable y la fricción fue deliciosa—. Y, aunque no lleves tatuajes, a mí me gusta la clase de chica que eres, que quede claro —murmuró sobre mis labios antes de besarme.

Intenté que me soltara las muñecas para poder abrazarle, pero volvía a tener el control, no solo del beso, sino de todo mi cuerpo y habría sido una lucha inútil; tenía más fuerza y mejor dominio de la situación que yo. Lo que hice fue mover las caderas incitándole a penetrarme. Ambos estábamos húmedos ahí abajo y cada vez que la punta dura de su pene me rozaba, sentía que una descarga recorría todo mi cuerpo.

—Quiero follarte otra vez —dijo separándose de mis labios para mordisquearme la barbilla.

—Hazlo... —le supliqué alzando las caderas.

Era sorprendente que aquel verbo que empezaba por efe no me sonara tan vulgar cuando lo pronunciaba él.

—No tengo más condones, ¡joder! —se lamentó soltándole las muñecas y se apartó de mí como si le costara un mundo—. Pensé que un par serían suficientes, pero ya ves... A veces parece gilipollas.

—Oh... —Suspiré apenada porque no había nada que deseara más que volver a hacerlo con él.

—La próxima vez traeré una caja entera —dijo sentándose en el sofá y pasándose las manos por el pelo, como si así pudiera tranquilizarse.

A mí se me iluminaron los ojos por la emoción. Aquello significaba que habría una próxima vez y que no había sido un calentón o un rollo de una tarde.

—Mejor si me doy una ducha fría, ¿puedo? —me preguntó levantándose y dejando a la vista su gloriosa desnudez. Tragué saliva un par de veces antes de hablar.

—C-claro... El b-baño está al final del p-pasillo, la última puerta —le indiqué balbuceando.

Asintió y recogió los pantalones y la ropa interior, que habían acabado en el suelo junto al sofá. Se encaminó al baño desnudo y no pude apartar la mirada de ese culito tan prieto hasta que se encerró dentro.

En cuanto oí correr el agua, me puse las braguitas que me había quitado un par de horas antes y me fui a mi habitación en busca de una camiseta ancha que utilizaba para dormir. Hubiera sido mejor ponerme un camión de encaje, pero, lamentablemente, no usaba de eso. Era una chica sencilla que solo se permitía extravagancias con los zapatos y la opción de seguir esperándole desnuda tampoco entraba dentro de mis planes. Bastante me había desinhibido aquella tarde. Me fui a la cocina descalza, equipada con mi ropa cómoda, y me puse a hervir agua para preparar un té. Diez minutos después, apareció vestido con el pantalón y las deportivas, pero con el pecho desnudo, el pelo mojado y oliendo a mi champú de fresa. Estaba guapísimo. Me ruboricé al pensar en lo que habíamos estado haciendo hacía apenas media hora.

—Me parece que Maléfica se ha adueñado de tu camiseta —le dije señalando hacia el pasillo donde la gata seguía durmiendo sobre ella.

—Lo he visto. —Sonrió de manera seductora y a mí me tembló el cuerpo de deseo—. Déjala que disfrute un poco más.

—Ya. Esto... ¿quieres un té? —le ofrecí sacando las tazas del armario nerviosa, porque sentía que el ambiente volvía a cargarse de aquella intensidad sexual.

—No. En realidad, iba a irme, pero te he visto aquí, tan sexi, que he pensado que necesitabas un recordatorio —dijo aproximándose a mí. Me había quedado quieta junto a la encimera, con la boca abierta, y él me rodeó con los brazos por la espalda, besándome en el cuello—. Me parece que necesitas correrte otra vez antes de que me vaya para que todo lo que te hago sentir te quede fresco en la memoria y no empieces a pensar en cosas raras. ¿Qué opinas, Lisa? —me preguntó.

—Yo... S-sí —balbuceé notando cómo colaba su mano por debajo del elástico de mi ropa interior y me pellizcaba el clitoris entre el pulgar y el índice. Luego empezó a acariciarlo rítmicamente.

—Algo rapidito, ¿vale? —Asentí perdida en las sensaciones. Estaba tan sensible que en nada me llevé al límite—. Eso es... Córrete, preciosa —susurró.

Me metió un dedo y presiónó con fuerza el pulgar sobre mi sensible clitoris logrando que convulsionara contra él con fuerza una y otra vez.

—Raúl... —gemí su nombre y le clavé las uñas en el antebrazo.

—¡Joder! —exclamó acariciándose suavemente mientras recuperaba el control de mi cuerpo—. Si no me voy ya, voy a acabar follando a pelo —dijo soltándose.

Fue hacia al pasillo y se agachó para retirar la camiseta de debajo de mi gata. Ella protestó hasta que él dedicó un rato a acariciarla y tranquilizarla. Sacudió la prenda un par de veces y se la puso por la cabeza.

—Me parece que tendrás que lavarla —le comenté acercándome para quitar unos pelos que se habían quedado pegados en la parte baja de la espalda.

—No importa —me dijo yendo al salón a por su cazadora—. ¿Nos veremos mañana en el gimnasio? —me preguntó antes de irse.

—Iré el miércoles.

Me moría de ganas de ir al día siguiente solo para verle, pero no quería que pensara que estaba desesperada.

—El miércoles entonces. —Me dio un rápido beso en los labios y se fue.

Me dejé caer en el sofá y Maléfica subió a mi lado, acomodándose sin rozarme. Ambas nos miramos con cara de no poder creernos lo que había sucedido, pero

definitivamente, lo quitas de amor.

El miércoles llegué al gimnasio más nerviosa de lo habitual. No había vuelto a tener noticias de Raúl después de nuestro encuentro caliente y no sabía qué pensar sobre el asunto. Mi mente empezaba a bombardearme con preguntas a las que no quería responder. ¿Qué significaba todo aquello para él? ¿Nos llevaría a alguna parte? ¿Había sido un revolcón más entre tantos? ¿Un capricho? ¿El probar a la chica delgada del gimnasio para variar entre tanta pechugona y tía buena?

Decidí vivir el momento y no preocuparme por cosas que escapaban a mi control. Me alegré encontrarme con Carol en los vestuarios, lista para empezar a pedalear. Temía que después de las vacaciones se rajara y no volviera, pero ahí estaba. En cuanto me vio me envolvió en un abrazo de oso que casi logró engullirme.

—¿Cómo ha ido estos días, flaca? —preguntó al soltarme—. ¿Has comido mucho turrón?

—Todo el que he podido, pero no me ha servido para nada —le dije señalando mi abdomen plano como una tabla.

—Qué envidia más mala... Yo he ganado cinco kilos por lo menos —se lamentó.

—No te preocupes, en unas cuantas sesiones de spinning los quemas.

—Oye, ¿por qué pones esa cara? —comentó unos minutos después.

—¿Qué cara? —pregunté sin saber a qué se refería.

—Una cara como si te hubieran tocado un montón de millones jugando a la lotería o como si hubieras descubierto la fórmula del elixir de la vida eterna... yo qué sé. —Se sentó en el banco esperando a que me cambiara—. ¿Por qué sonríes como una idiota extremadamente feliz?

—¿Yo? —Me hice la loca. Sabía exactamente a qué se refería y la definición no era sonrisa de idiota, sino sonrisa de bien fo... Bueno, ya me entendéis—. Será porque me alegro de verte.

—¡Venga ya! —Se rio—. ¿Ha pasado algo estos días que deba saber?

—Nada... —dije distraída poniéndome el top de lycra—. Bueno, me he dado un tiempo con Toni, necesito aclarar las ideas y pensar sobre lo nuestro.

—¿Le has dejado?

—No. Solo le he pedido que dejemos de vernos unas semanas. La relación me estaba agobiando un poco... —respondí quitándole importancia, pero hasta a mis propios oídos aquello sonaba muy mal para mi futuro con Toni.

—En cualquier caso, me alegra que no estés con él. Hay más peces en el mar —murmuró mientras salíamos del vestuario en dirección a la sala de spinning justo cuando Raúl pasaba por delante de nosotras.

A mí se me cortó la respiración al verle.

—Señoritas... —nos saludó.

Me guiñó un ojo disimuladamente antes de desaparecer por las puertas del vestuario masculino sabiéndose la clase de tío que deja corazones rotos a su paso.

—A eso me refería, flaca —dijo Carol a mi espalda con una expresión en el rostro de alguien que sabe algo que los demás ignoran.

Después de una intensísima clase de spinning, que nos dejó agotadas, nos arrastramos a la piscina para la de *aquagym*. Aguantamos, pero salimos de allí con todos los músculos doloridos. Sobre todo Carol, que jadeaba más de lo habitual. Nos metimos en las duchas y, como siempre, acabé antes que ella, así que la esperé fuera. Estaba valorando la posibilidad de preguntarle si quería que fuéramos a cenar y llevarla al sitio ese tan bonito a la que fui con Raúl, cuando él apareció frente a mí con la camiseta sudada y un brillo intenso y depredador en la mirada.

—Nos vemos en tu casa en... cuarenta minutos —ordenó consultando el reloj que colgaba de la pared junto a los vestuarios. Así, sin saludos ni formalismos, solo exigencia. Me encantó—. Cuando llegues quiero que te quites la ropa interior y me esperes cómodamente sentada en ese bonito sofá que tienes, ¿entendido?

Asentí ruborizada sin ser capaz de emitir un solo sonido. Él sonrió complacido y se fue a la ducha.

—¿Vamos a cenar por ahí y nos ponemos al día, flaca? —preguntó Carol a mi espalda sobresaltándome.

—Lo siento, hoy no puedo —me excusé y salí pitando del gimnasio rumbo a mi casa.

Llegué en un tiempo récord y me fui corriendo a mi habitación para desnudarme por completo. Me puse una falda larga de lana y un jersey que dejaba un hombro al descubierto. Por supuesto sin ropa interior. Ni siquiera me cuestioné por qué obedecía a rajatabla sus órdenes, ni mucho menos por qué estaba esperando a un tío casi desnuda, cuando apenas unos días antes la idea me hubiera horrorizado. Todo aquello era como una clase avanzada de sexo que yo quería disfrutar sin que nada ni nadie me lo impidiera, ni siquiera yo misma y mis inseguridades. Puse música porque el silencio, la anticipación y el ruido constante del reloj me estaban poniendo de los nervios y traté de relajarme. Cuando por fin llamó al timbre, fui a abrir temblorosa y con la respiración acelerada.

—Hola... —le saludé en cuanto cruzó el umbral llenando todo el espacio con su presencia.

Sentí cómo se me endurecían los pezones hasta un punto doloroso y me recorría un escalofrío placentero. Él cruzó el pasillo, dejó la cazadora sobre el sofá y me miró de arriba abajo.

—¿Te has quitado la ropa interior?

—Sí... —asentí.

—Perfecto. —Sonrió y abrió los brazos—. Ven aquí.

Cuando me rodeó con ellos y su perfume invadió mis fosas nasales, sentí cómo todos los nervios se disolvían y solo quedaba espacio para el placer. Era algo mágico que solamente había experimentado con él. Nos mecimos unos minutos al ritmo de la música que sonaba por la radio. Olly Murs cantaba *Heart skips a beat* y Raúl me estuvo tarareando la letra al oído entre risillas. Al terminar la canción sonreí y él hizo lo mismo, pero enseguida recuperó aquella mirada hambrienta.

—Primero voy a follarte contra la pared —me informó poniendo las manos sobre mis nalgas, acariciándomelas en círculos—. Y luego jugaremos un rato. Hoy he venido preparado.

Y antes de poder decirle que estaba encantada con la idea, se lanzó a por mis labios y los devoró. Noté que empezaba a subirme la falda por las piernas mientras le acariciaba la espalda y metía las manos por debajo de la camiseta para rozarle la piel. Nuestras lenguas se enredaban en un duelo de pasión en el que daba igual quién resultara vencedor porque ambos deseábamos el mismo fin. Raúl ya estaba colando una mano entre mis piernas cuando escuchamos unas llaves introducirse en la cerradura. Nos detuvimos al instante y nos quedamos congelados. Nos miramos entre sorprendidos y frustrados y yo, que empezaba a recuperar un poco la cordura, le aparté de un empujón y me bajé la falda.

—¡¡Mierda!! ¡¡Mí madre!! —exclamé soltando en voz alta la primera palabrota en muchísimo tiempo.

—¡Joder! —exclamó Raúl intentando acomodar una evidente erección dentro de los vaqueros—. ¿Tu madre? ¿Y por qué coño tiene llaves de tu casa?

—Una vez se las dejé para que me recogiera unos paquetes y ya no me las ha querido devolver. Además, vive en este edificio y viene continuamente, es una tortura —respondí intentando bajar el rubor que teñía mis mejillas. Conociendo a mi madre y sabiendo lo perspicaz que era, no le iba a costar mucho adivinar lo que estábamos a punto de hacer.

—¡Bomboncito! ¡Mami está en casa! —gritó desde el pasillo en su tonito habitual.

—¿Te llama bomboncito? —me preguntó Raúl con una mueca de desagrado.

Finalmente se había dado por vencido y se había sentado en el sofá con la cazadora en el regazo.

—¡Qué va! No es a mí —le dije señalando a Maléfica, que ya iba a su encuentro trotando desde la cocina. Él me miró y alzó las cejas—. A mí no me puede ni ver —le aclaré.

En el mismo instante en el que la gata llegó al salón, lo hizo ella. Ambas se encontraron con Raúl, al que miraron sorprendidas. No sé qué le causó mayor impacto a mi madre, si el hecho de ver a un desconocido en mi sofá o el que Maléfica la ignorara y se lanzara literalmente a los brazos de Raúl, dando un brinco y acomodándose junto a él muy dispuesta a recibir sus mimos.

—¿Bomboncito...? —susurró mi madre con incredulidad. Le lanzó una mirada asesina a mi invitado, que acariciaba a Maléfica con cariño.

Mi madre adoraba a mi gata y que la hubiera ignorado para hacer caso a otro la estaría comiendo por dentro.

—Mamá... —la llamé para captar su atención.

Me miró desconcertada y me sentí ridícula allí en medio, con mi amante al lado y hablando con ella sin bragas. ¡Qué horror!

—¿Quién es este chico?

—Es Raúl. Esto..., trabaja en el gimnasio al que me apunté hace poco, ¿recuerdas?

Asintió haciéndole una radiografía visual. Ya imaginaba lo que estaba pasando por su cabeza: tatuajes, pendientes, cazadora de cuero, calzado deportivo, vaqueros... Sus alarmas acababan de dispararse y eran audibles hasta para mí.

—Un placer, señora. —Raúl se levantó del sofá con el problema de sus abultados pantalones solucionado y extendió una mano en dirección a mi madre.

Ella la miró como si estuviera infectada por alguna enfermedad contagiosa y, angustiada, se cerró el cuello de la bata de estar por casa que llevaba puesta. Al final se la estrechó vencida por la educación más que por las ganas de tocarle.

—Lo mismo digo —murmuró. Luego me miró a mí—. No me has traído la compra.

—No he tenido tiempo, mamá. He empezado las clases en el colegio esta semana y he estado muy liada. Ya sabes cómo vuelven los niños después de las vacaciones.

—Claro... —Recuperada de la sorpresa y haciendo gala de una de sus mejores interpretaciones dramáticas, se giró en dirección a Raúl para machacarme—. Toda la vida trabajando como una condenada para mantenerles y ahora ni siquiera son capaces de prestarme una pequeña ayuda —se quejó—. Casi no puedo andar entre los dolores de la rodilla y la cadera, ¿cómo voy a ir al supermercado en estas condiciones? Pero claro, mi hija está liada. Ya no se acuerda de cuando ella era pequeña y yo trabajaba, cocinaba, limpiaba y fregaba... —continuó intentando dar lástima. Era una verdadera experta.

Por supuesto que me acordaba y le estaría eternamente agradecida, pero yo no tenía la culpa de que mi padre hubiera muerto demasiado pronto.

—Iré mañana, mamá, te lo prometo.

—Más te vale —me advirtió—. Por cierto, ¿qué hace él aquí?

Raúl tragó saliva. Era evidente que estaba deseando salir de allí corriendo. Probablemente mi madre le daba miedo porque cuando se ponía en ese plan parecía una arpia. Rezaba con todas mis fuerzas para que su inoportuna visita no me estropeará aquello que estaba surgiendo entre nosotros.

—Lisa se olvidó el billetero en el vestuario y vine a devolvérselo —le contestó con una rapidez sorprendente para inventar mentiras sobre la marcha—. Es un poco despistada.

—Sí, la verdad es que sí. —Asintió conforme. Con tal de criticarme, cualquier cosa—. Bueno, pues gracias por todo, hijo, has sido muy amable. Ahora, ya puedes irte.

Y así, sin más, le despidió y se quedó tan ancha. Tendría que haber intervenido y decirle que mi invitado se iría cuando yo quisiera, pero no tenía ganas de discutir con ella y menos delante de Raúl.

—Claro, sí... —Él no entendía nada. El pobre aún no conocía a mi madre—. En fin, nos veremos en el gimnasio, Lisa —dijo de camino a la puerta.

—Sí, allí nos veremos.

—Por cierto... —Se detuvo antes de salir, como si de pronto se le hubiera ocurrido una gran idea—. Estaba pensando que... Ha dicho que tiene dolores, ¿verdad? —le preguntó a mi madre y ella asintió desconcertada—. Doy clases de Pilates todos los martes por la tarde para gente con problemas musculares, artrosis, artritis, dolores por la edad... Podría venir, le iría muy bien.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó sorprendida señalándose con el dedo.

Le lancé una mirada de advertencia a Raúl. «Si sigues por ahí, te la corto la próxima vez que la saques», pensé, pero él me ignoró a propósito.

¿Quería meter a mi madre en el gimnasio? ¡No! ¡Ni hablar! Ese era mi espacio para disfrutar y liberar tensiones y no iba a permitir que mi madre lo invadiera y lo controlara como hacía con todos y cada uno de los aspectos de mi vida.

—Sí, usted. Además, así podría ver de cerca el centro donde hace deporte su hija.

Iba a matarlo, definitivamente.

—No creo que mi madre quiera... —dije, pero ella me interrumpió.

—Lo pensaré.

¡¡¿Qué?!! Pero ¿eso qué era? ¿Una conspiración contra mí? ¿Raúl era el nuevo Toni?

—Perfecto. Le dejo una tarjeta. Llame y pregunte por mí. Estaré encantado de darle información sobre lo que podemos ofrecerle.

Ella aceptó la tarjeta, que se guardó en el bolsillo de la bata, y Raúl se despidió de nosotras para irse tan contento. Era hombre muerto.

—He hablado con Toni —me dijo en cuanto oímos que se cerraba la puerta—. Me ha dicho que le has dejado.

Ahí estaba el motivo real de aquella agradable visita que me había estropeado la tarde de sexo. «Gracias, madre».

—No le he dejado, solo le he pedido un tiempo, tiene cosas que no acaban de gustarme, mamá. Quiero coger un poco de perspectiva, todo ha ido demasiado rápido entre nosotros. Ni siquiera sabes cómo nos conocimos, pero te puedo asegurar que no fue en circunstancias normales.

No esperaba que lo entendiera, aunque dentro de mí aún brillaba una pequeña llama de esperanza y deseaba que lo aceptara.

—Te pidió que te casaras con él, por el amor de Dios.

—Precisamente, mamá, no me casaré con un hombre teniendo dudas.

—¿Dudas? —preguntó como si me hubiera vuelto completamente loca—. Tiene un buen empleo, estudios, dinero, una familia con clase y parece quererte, hija, ¿qué más quieres? ¿Un macarra como el que acaba de salir por la puerta?

—Raúl no es ningún macarra —le defendí—. De todos modos, él no pinta nada aquí, es un buen chico y no merece que le insultes.

—En cualquier caso, Toni no va a esperarte toda la vida, tendrá un montón de chicas ansiosas por casarse con él. No seas niña y crece de una vez, Lisa. No volverán a presentarse muchas oportunidades así.

—Por Dios, madre... Tengo solo veintinueve años y toda la vida por delante.

—¿Tú te has visto, hija? —preguntó con desdén y sentí una puñalada en el corazón—. No creo que muchos hombres vayan a quererte. Trabajas en un colegio público limpiando mocos, eres sosa, demasiado delgada y vives con un gato... Créeme, no dejes pasar esta oportunidad o te arrepentirás toda la vida, haz caso a tu madre, sé de lo que hablo.

Aquello había sido como clavar el cuchillo y luego retorcerlo. Me escocía de verdad. Mi madre era una gran maestra en el arte de hacer daño intencionadamente. Lo había perfeccionado durante años a mi costa y era capaz de demolerme en dos frases.

—Quiero que te vayas ahora, mamá. No quiero seguir hablando contigo de esto.

Ella me miró de arriba abajo, como si fuera un caso perdido. Negó con la cabeza sin creer que la estuviera echando de mi casa.

—Negarlo no soluciona el problema, Lisa, pero tú misma —me advirtió.

Ni siquiera me molesté en contestar. Me dejé caer en el sofá y esperé hasta que salió por la puerta para dar rienda suelta a mis emociones. Me resbalaron un par de lágrimas por las mejillas y las enjuagué con un gesto furioso de la mano. No quería darle a mi madre la satisfacción de haber conseguido lo que quería. No entendía dónde estaba el placer en hacer daño a un hijo, pero ella se alimentaba de ello y necesitaba una dosis casi a diario.

Maléfica se acercó sigilosa por el sofá y me dio un golpecito en el brazo con la cabeza. Aquella era una de las pocas veces en las que se acercaba a mí y me tocaba de manera voluntaria sin intención de conseguir comida. Le había servido la cena al llegar para que no me molestara con mi cita ya frustrada, así que no iban por ahí sus mimos. Más sorprendente fue ver que inclinaba la cabeza y me daba un lametón en la mano. No daba crédito. Quizá a ella también le daba lástima. Cuando alcé una mano para acariciarla, se escapó rumbo al pasillo. Demasiado bonito para ser real.

Minutos más tarde, resignada a pasar la velada sola, me extrañé al volver a escuchar unas llaves introducirse en la cerradura. Dios, mi madre otra vez no. ¿Por qué aquel castigo? ¿Qué había hecho yo? Seguro que en otra vida había sido una muy mala persona, no había otra explicación. Me levanté con un suspiro de fastidio, pasándome las manos por el rostro para retirar los restos de lágrimas, dispuesta para el segundo asalto, pero me llevé una grata sorpresa en cuanto Raúl apareció por el umbral con las llaves de mi madre en la mano.

—Pero ¿cómo...? —balbuceé con asombro —¿De dónde las has sacado?

Él me miró con una sonrisa socarrona y lanzó las llaves sobre la mesita de centro.

—Me subestimas, Campanilla. —Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Ahí estaba otra vez la magia y esa conexión inexplicable que hacía que me olvidara de todo—. En cuanto me invitó a irme, las vi sobre el mueble de la entrada y no lo dudé ni un segundo... Si fuera por ti le hubieras dejado las llaves eternamente, así que me dije que te hacía un favor. —Le miré como si fuera mi héroe y le di la razón. Yo jamás las habría recuperado, ni siquiera me atrevía a enfrentarme a ella—. Ni se te ocurra volver a dárselas.

—Me preguntará dónde están —dije angustiada.

—Pues cabréate y dile que parece mentira que las haya perdido. Ahí tienes tu excusa para no darle otro juego.

—No sé... Se va a enfadar mucho.

—¿Qué voy a hacer contigo, Campanilla? Si lo de Maléfica era un caso de manual, lo de tu madre me preocupa más. —Se inclinó, me besó en los labios y me acarició la mejilla con ternura—. ¿Has llorado?

—No... Qué va. —Intenté negarlo, aunque era evidente.

—Ya... —dijo no muy convencido—. Tu madre es una pesadilla... Llevo casi media hora esperando agazapado en las escaleras a que se largara, ¡joder! Me parece que estaba en la planta de arriba aguardando para ver si volvía a aparecer. Es demasiado lista.

Asentí dándole la razón y enseguida le pregunté por el tema que me tenía más mosqueada.

—Por cierto, ¿cómo se te ocurre decirle que venga al gimnasio? —le reproché intentando soltarme de su abrazo—. Además, lo de que le duele la cadera y la rodilla es mentira, lo hace para dar lástima. Yo misma la he acompañado al médico y el diagnóstico siempre ha sido el mismo: puro cuento.

—Tu madre necesita una distracción, así te dejará en paz. Confía en mí. Le vendrá bien conocer gente de su edad y salir de casa para hacer una actividad física.

Le miré entrecerrando los ojos no muy convencida.

—Dudo que vaya.

—Ya veremos... Y ahora, ¿por dónde nos habíamos quedado? —preguntó acariciándome las caderas tal y como estaba haciendo antes de la aparición de mi querida madre.

—¿En serio? Pensé que mi madre te habría cortado el rollo.

Él lanzó una carcajada y me besó.

—Preciosa, hace falta mucho más que eso para cortarme el rollo, créeme —aseguró agarrando parte de la tela de mi falda y tirando hasta bajármela por completo. Cuando quise darme cuenta, ya me había alzado y le estaba rodeando la cintura con las piernas—. Me encanta que hagas exactamente todo lo que te pido —dijo apoyando mi espalda contra la pared del salón, satisfecho de haberme encontrado sin ropa interior. Noté que colaba la mano entre nuestros cuerpos para desabrocharse los vaqueros.

—Por favor..., Raúl —le supliqué.

En dos minutos me había hecho pasar de cero a cien. Increíble. Ya no me acordaba de mi madre ni de sus desprecios, solo podía verle y sentirle a él. Tenía los pezones endurecidos y la entrepierna húmeda. Raúl se entretuvo un rato jugando con mi clítoris, pero yo ya estaba totalmente preparada. Se puso un condón y me penetró de una sola embestida.

—Joder... ¿Cómo puede gustarme tanto? —gruñó empujando con las caderas.

Yo tampoco lo entendía, pero estaba encantada. Esperaba que no dejara de gustarle nunca porque no quería que aquello terminara. Era demasiado bueno. Éramos demasiado buenos juntos. Empezó con un vaivén que nos tuvo sin aliento a ambos, jadeando y resoplando durante un buen rato y golpeando la pared a cada embestida. Me corrí gritando su nombre. Yo, la chica que en veintinueve años no había tenido un orgasmo con nadie y que en aquel momento se deshacía en manos de un hombre al que mi madre no podía ni ver. A veces, al destino le gusta obligarnos a jugar a juegos muy peligrosos...

Capítulo 18

—¿Qué es todo eso tan brillante que tienes ahí? —me preguntó Raúl.

Después del apresurado encuentro contra la pared del salón, habíamos decidido acabar la tarde en la cama. ¡Y menuda fiesta nos montamos! Aún me temblaban las piernas. Me había tumbado sobre su cuerpo y descansaba completamente desnuda contra su pecho mientras él jugaba distraídamente con mi pelo. No podía apartar los ojos del tatuaje del ángel, el que representaba a la hija que nunca llegó a nacer. Más abajo tenía dibujado un corazón atravesado por una flecha y un poco más a la izquierda había una rosa roja con un tallo largo repleto de espinas junto a una calavera mexicana.

—Es mi pequeña colección de Swarovski —le dije respondiendo a su pregunta.

Sobre la cómoda, al lado del tocador, tenía expuestas algunas figuritas de colección, así como anillos, pulseras, pendientes, collares y gargantillas.

—Te gusta mucho, ¿no?

—Me encanta —afirmé besándole en el pecho a la altura del corazón.

Me incorporé hasta quedar sentada a horcajadas sobre él. Pasé una mano por el torso libre de vello, suave y de músculos definidos, y me contoneé sobre sus caderas en cuanto noté que empezaba a endurecerse. Era maravilloso poder estar completamente desnuda y con la luz encendida sin avergonzarme de mis pechos pequeños o de la falta de carne sobre mis huesos. Raúl y sus sesiones de sexo lograban que me olvidara de todo ello. Poco a poco iba recuperando la autoestima que había perdido hacía tantos años y estaba más feliz que nunca. Entre sus brazos me sentía atractiva, poderosa y libre. Mis pechos encajaban perfectamente en sus manos y mi cuerpo menudo era muy fácil de manejar según me había dicho, así que no había motivos para estar cohibida o sentir vergüenza.

—¿Vas a continuar con los tatuajes por aquí? —le pregunté acariciando con un dedo el centro de su pecho.

—No me lo he planteado... La idea es no sobrepasar los hombros, pero no descarto nada. —Me cogió por la muñeca y acercó mi dedo a sus labios para lamerlo y mordisquearlo—. ¿Tú qué opinas?

—Creo que los brazos son un buen límite.

Me encantaban sus tatuajes, pero la idea de ensuciar con tinta aquel torso escultural no acababa de convencerme. Sin embargo, era su cuerpo y supuse que mi opinión poco importaba. Así se lo hice saber.

—Claro que importa. No estaría aquí contigo si no importara —me aseguró.

Le miré arqueando las cejas. Tenía miedo de hacer ciertas preguntas. Ni yo misma creía que alguien como él estuviera con alguien como yo, así que cuestionar las cosas era algo que podía poner en peligro la frágil complicidad que había entre los dos. No obstante, aquella tarde no pude morderme la lengua.

—¿Qué significa todo esto para ti, Raúl? —le pregunté.

Él se puso serio.

—¿Qué quieres decir?

Se incorporó hasta quedar sentado y con el movimiento me desplazé hacia su regazo y entré en contacto con su miembro, que seguía parcialmente duro. Aquello casi logró que me olvidara del tema, casi...

—Tú y yo. Esto... —dije haciendo un gesto con las manos para abarcar la cama.

—Lo pasamos bien, ¿no...? —tanteó.

—Claro, pero ¿adónde nos lleva?

—No lo sé, Lisa. Aunque seamos tan distintos nos gustamos, nos atraemos, la química es palpable... —Mientras hablaba se iba poniendo más tenso, como si le costara encontrar las palabras exactas para hacerse entender—. Tú acabas de darte un tiempo con tu novio y estás en mitad de un paréntesis y yo no soy un hombre de relaciones serias. Es la primera vez en muchos años que repito tantas veces con la misma chica, pero me gusta estar contigo... Ambos estamos experimentando, supongo que todo se reduce a eso.

—¿Experimentando? —Aquella palabra definía muy bien lo que estábamos haciendo, pero había más, mucho más, aunque fuera pronto para ponerle nombre—. Quieres decir que si mañana nos cansamos de experimentar..., ¿se acabó?

—Mierda, no. Quizá es que no sé explicarme bien... —murmuró un tanto frustrado—. Quiero decir que no me gusta poner etiquetas a las cosas. Me parece que lo mejor sería dejarnos llevar, sin presiones. Pero no quiero que se acabe mañana, eso sí que no.

—Ya...

Sus argumentos no me convencían mucho, no obstante, era verdad que en aquel momento no podía plantearme nada serio. Yo era la primera que estaba en una época de cambios y casi comprometida. Todavía tenía a Toni esperando una respuesta y él me estaba respetando sin llamarme ni agobiarme, siendo fiel cuando yo no podía decir lo mismo. Ni siquiera habíamos roto cuando tuve mi primer encuentro en las duchas con Raúl, así que no era justo lanzarme a aquella aventura y esperar que fuera algo más si yo misma tenía una historia pendiente. Además, ya era mucho que alguien como Raúl, un hombre incapaz de mantener una relación seria porque aún no había superado su traumático pasado, estuviera estableciendo algún tipo de vínculo. Decidí dejarlo estar y no insistir más.

—¿Estamos de acuerdo, Campanilla? —me preguntó al ver que me había quedado callada.

—Sí, supongo que por ahora sí... Me gusta mucho todo lo que estoy descubriendo desde que estamos haciendo esto juntos —admití tímidamente.

—Perfecto entonces. —Sonrió y se relajó—. Siguiendo con tu aprendizaje..., ¿qué opinas del sexo oral?

—Bueno... —Me sonrojé por completo. Menudo cambio de tema—. Me gusta mucho —confesé con vergüenza. Una cosa era dejarse llevar por la pasión y otra hablar sobre ello en frío y sin tapujos.

—Sí, es evidente que te gusta. —Se quedó pensativo, como si rememorara alguno de nuestros encuentros... orales—. Pero no me refería a eso. La pregunta es si te gustaría ponerlo en práctica conmigo..., ya sabes.

Señaló su entrepierna y yo tragué saliva un par de veces antes de responder. No podía ni mirarlo a la cara.

—Yo n-nuca... Jamás s-se lo he hecho a n-nadie —balbuceé nerviosa.

—Me lo imaginaba, pero siempre hay una primera vez. —Me puso un dedo debajo de la barbilla y me obligó a levantar la cabeza—. ¿Quieres aprender? —me preguntó esperanzado.

Asentí con ganas. Me moría de vergüenza y no podía hablar, pero quería aprenderlo absolutamente todo. Y si era sincera conmigo misma, estaba ansiosa por saborear su... Dios, bajé la mirada y me aparté un poco para ver esa enorme erección imaginando lo que sería tenerla en mi boca. Empecé a hiperventilar.

—No hay prisa, Campanilla. —Se había dado cuenta de lo nerviosa que me había puesto el tema e intentó tranquilizarme—. Solo quería estar seguro de que te apetecía avanzar, pero no tiene que ser hoy, ni siquiera la próxima vez que nos veamos. Cuando surja, ¿de acuerdo?

—No, hoy está bien —insistí.

—¿De veras?

—Sí, pero no sé... Bueno, yo nunca... Quiero decir... Quizá hago algo mal... No quiero decepcionarte —confesé avergonzada pensando en todas las mujeres que debían habérselo hecho antes que yo y odiando las malditas comparaciones.

—Tranquila —susurró poniendo las manos en mis pechos para acariciarme los pezones con los pulgares—. Solo con que pongas tu preciosa boquita sobre ella será suficiente para complacerme, créeme.

Asentí relajándome gracias a la caricia de su lengua en mi boca y de sus manos en mis pechos. Estuvimos besándonos y acariciándonos un rato hasta que me armé de valor y empecé a bajar con mis labios por su torso, cruzando con la lengua la línea que dividía sus abdominales y mordisqueando la piel debajo del ombligo. Nerviosa, se la rodeé con una mano y empecé a acariciarla de arriba abajo. La piel era muy suave al tacto y contrastaba con su dureza. Él se reclinó contra las almohadas y rodeó

mi mano con la suya enseñándole el movimiento que le gustaba. Cuando se aseguré de que lo había captado, me solté y cerré los ojos. Parecía más concentrado que yo.

—Haz lo que te dé la gana, no hay reglas. Siéntete libre para experimentar —Asentí, pero él seguía con los ojos cerrados, así que probablemente no lo vio. Cuando agaché la cabeza y le lamí la punta con la lengua, contuvo el aliento y lo soltó en un siseo—. ¡¡¡¡Joder!!!! —exclamó y a mí eso me animó a continuar.

Pasé la lengua a lo largo de su miembro disfrutando del sabor nuevo y almizcleño. Fue como saborear un fruto exótico, así que me animé y reseguí los contornos, arriba y abajo, hacia un lado, concentrándome en rodear la punta como si lamiera un helado, aunque allí de frío no había nada, todo era muy caliente. Me olvidé por completo de que aquello consistía en dar placer a Raúl y me concentré en descubrir sabores y texturas. Él jadeaba, por lo que no debía estar pasándolo mal. De pronto, puso una mano sobre mi cabeza y me obligó a detenerme.

—Si te la metieras en la boca sería estupendo porque me estás matando con esa lengua, gatita —gruñó desesperado.

—Oh... Claro. —Asentí sonrojada.

En cuanto estuve lista para continuar y avanzar al siguiente nivel, él se incorporó y se sentó en el borde de la cama, abriendo las piernas y señalando el espacio entre ellas.

—Quiero que te arrodilles aquí y me la chupes en condiciones —exigió—. Así te resultará más cómodo.

Obedecí encantada. Adoraba cuando se ponía en plan mandón. Además, solo lo hacía cuando estábamos en la cama, nada que ver con Toni, que hasta decidía el menú de mi cena en los restaurantes sin preguntarme. Me situé entre sus piernas, se la rodeé con la mano y agaché la cabeza para introducirla lentamente en mi boca.

—Eso es, preciosa —susurró poniendo una mano sobre mi cabeza ayudándome a empujar despacio—. Métetela hasta el fondo, tanto como puedas —me aconsejó y sentí sobrevenir una arcada que intenté contener haciendo un esfuerzo. Él dejó de presionarme en la cabeza y me dio espacio para relajarme—. Poco a poco, relaja la garganta.

Tras un par de intentos fallidos en los que sentí que estaban a punto de caérseme las lágrimas por el esfuerzo, pude metérmela hasta el fondo. Raúl me ayudó con el movimiento y enseguida cogimos un ritmo que no tardó en llevarle al límite. Increíble. Me sorprendió que todo sucediera tan rápido. «Quizá es que no se me da mal», pensé.

—Me correré en unos segundos, Campanilla... —Jadeó—. Será mejor que te apartes si no quieres que... ¡¡¡Joder!!! —exclamó cuando empecé a succionar con mayor intensidad. Por nada del mundo iba a apartarme. Quería saber cómo era hacer aquello hasta el final—. ¡Me corro! —gimió y enseguida noté la primera descarga chocando contra la pared de mi garganta.

Tragué como pude, impregnándome de aquel sabor amargo y único que iba a quedar grabado en mis papilas gustativas para siempre. Cuando terminó, Raúl se dejó caer sobre la cama con un brazo encima de los ojos, agotado y resoplando. Me limpié los labios y me tumbé sobre él para besarle.

—¿Te ha gustado? —le pregunté tímidamente.

—¿Bromeas? —Levantó el brazo y me miró con incredulidad—. Ha sido la mejor mamada de mi vida, preciosa. —Sonreí muy complacida—. Te has ganado una buena recompensa —dijo antes de darme la vuelta y tenderse sobre mí para dedicarse a darme placer con la lengua.

Un par de días después, quedé con mis amigas para tomar algo y ponernos al día. Había salido temprano del colegio y decidí acercarme a la cafetería para corregir unos trabajos sin pasar por casa. Mi madre me había llamado por teléfono desesperada por el tema de las llaves. Le hice caso a Raúl y seguí su consejo haciéndome la ofendida y recriminándole por haberlas perdido. Sorpresas de la vida, acabó disculpándose. Al principio se mostró molesta, pero se calló y me dijo que pasaría por casa para ver si le podía hacer otra copia y así aprovechar para hablar de Toni y de la boda. Por lo que ahí estaba yo, con el móvil en silencio y sin ir a casa para evitarla, saboreando un pedazo de tarta de queso que devolvía la vida a los muertos.

—Te odio —dijo una voz frente a mí.

Era Su, que acababa de llegar y señalaba mi plato de tarta con envidia. Ya volvía a estar con las tonterías de la dieta.

—No es verdad —sonreí.

Corté un trozo y se lo ofrecí. Era la única manera de tentarla. Aceptó saboreando el delicioso dulce con cara de deleite. No entendía por qué se negaba esos caprichos si estaba estupenda. Pero bueno, allá ella.

—Buenísima —afirmó con los ojos en blanco—. ¿Qué haces?

—Poniéndome al día con unas cosas del colegio. Últimamente en casa no puedo concentrarme —respondí recogiendo los papeles y dejando el platito de tarta entre las dos.

El camarero se acercó y mi amiga le pidió un té rojo con sacarina.

—¿Y eso?

—Mi madre no me deja en paz, se ha puesto muy pesada con el tema de Toni. Dice que deberíamos casarnos y como me he negado, ahora no para de chincharme.

Del tema del anillo de Cartier y del hecho de que me estaba acostando con Raúl tantas veces como podía mientras durara no dije ni una palabra.

—Qué prisas, ¿no?

—Pues eso digo yo. Además, últimamente no estoy muy segura de adónde nos está llevando todo esto.

—¿Problemas?

—Bueno... —me encogí de hombros sin aclarar nada.

En aquel momento apareció Vicky con cara de cansada, sujetando bajo el brazo un bolso enorme. Le pidió al camarero un café americano bien cargado y se sentó con nosotras.

—¿Qué me he perdido, nenas?

—Nada interesante... Mi madre, como siempre, dando la lata.

—¡Uf!

—Quiere que se case con Toni —comentó Su y Vicky puso los ojos en blanco.

—¡Está loca! Ni caso, cielo, no puedes casarte con ese pelmazo.

—¡Vicky!

—¿Qué? —preguntó encogiéndose de hombros—. Es la verdad. Además, yo le consideraría como el escalón necesario para llegar a la cima del amor, pequeña. Aguantar a un coñazo de tío para aprender a valorar mejor a los demás y no encontrarles tantas pegas.

Su y yo nos miramos y nos reímos. Vicky tenía parte de razón, pero yo no lo tenía del todo claro y no me atrevía a compartir mis dudas con ellas. Esperaba que aquello no me estuviera convirtiendo en una mala amiga... Solo quería tomar una decisión sin presiones, sin la intervención de nadie. Presentía que aquello iba a ser algo que me cambiaría la vida para siempre y quería ser la única responsable de mi destino. Ya estaba bien de dejarme influir por mi madre o por lo que la gente pudiera pensar de mí. Quizá lo que estaba haciendo con Raúl no era correcto, pero era la primera vez en mi vida que me sentía viva de verdad. De pronto todo lo que me rodeaba brillaba, tenía luz y olía diferente y la única razón de aquel cambio tenía nombre y muchos tatuajes.

Despoticamos un poco más sobre Toni y mi madre y luego Su nos contó que por fin había caído en brazos de Eric. Vicky y yo ya lo sospechábamos, no obstante, nos faltaba la confirmación oficial. Después de comernos otro pedazo de tarta cada una y de sonsacarle a nuestra amiga todos los detalles, dimos por concluida la tarde.

Mientras Vicky iba al baño nos pusimos las chaquetas. Al sacar el móvil del bolso para subirle el volumen, vi que tenía un mensaje de Raúl en el que me decía que me estaba esperando en el portal de mi casa. Le respondí que estaba con mis amigas pero que no tardaría en llegar, que me esperara. Enseguida me entraron las prisas por salir de allí. ¿Por qué tardaba tanto Vicky en volver del baño?

Cuando finalmente apareció y salimos, fue toda una sorpresa descubrir que en la calle estaba Eric, rosa en mano, esperando a mi amiga. Madre mía, aquello sí que era un buen despliegue de romanticismo. Aunque esas escenas me encantan y soy de las que lloran con las pelis románticas, solo podía pensar en Raúl, que me esperaba en casa con un único objetivo: follarme.

Y sí, había dicho la palabra follar... Por lo menos la había pensado y repetido miles de veces desde que Raúl me lo hizo por primera vez en el gimnasio. Sacad vuestras propias conclusiones. A mí me costó reconocerlo, aunque la cosa era evidente. Aquello ya no era solo sexo y obsesión, era más... mucho más.

Mi relación con Raúl continuó avanzando por el mismo camino durante los siguientes días y yo no tuve ninguna queja. Iba al gimnasio, hacía ejercicio, me reía con Carol y luego me acostaba con él. Una noche llevamos a mi nueva amiga a cenar a nuestro restaurante y disfrutó como una enana que acaba de descubrir un parque de juegos. Se puso las botas, la tía. Juraría que iba al gimnasio y se dejaba la vida sobre la bici solo para poder darse esos atracones sin sentirse culpable luego. Durante la cena me dio la sensación de que sospechaba que entre Raúl y yo estaba pasando algo, no obstante, fue extremadamente prudente y discreta y no comentó nada. Fueron unos días increíbles en los que me limité a disfrutar y a aprender todas esas cosas que hasta entonces me habían resultado desconocidas en el sexo. Me desinhibí por completo en sus brazos y fue maravilloso, pero lo bueno no duró eternamente...

El martes al volver del colegio, me encontré a Toni esperando en el portal de mi casa. Se le veía alicaído y tenía ojeras, parecía cansado. Me dio mucha lástima e inmediatamente empezó a invadirme un sentimiento terriblemente destructor: la culpabilidad.

—¿Qué tal? —me saludó.

—No te esperaba —le dije mientras buscaba las llaves dentro del bolso sin querer mirarle a los ojos. Temía que me notara algo... Algo como que estaba follando lo que no está escrito con otro hombre.

—Ya... solo quería verte. Hace muchos días que no sé nada de ti y temí que si te llamaba no me lo cogieras —dijo con la mirada clavada en el suelo—. Ni siquiera he llamado al piso de tu madre, lo juro —me aseguré levantando las manos y mirándome esperanzado, como si lo de hacerme caso y dejar de bailar al son de mi madre pudiera hacer algo para mejorar la situación. Quizá había estado recapacitando y se había dado cuenta de su error en cuanto a la decisión de aliarse con ella.

Yo, que era una blanda y me sentía fatal por todo lo que había estado haciendo con Raúl a sus espaldas, le invité a entrar. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarle allí? Claro que no. Y él lo sabía, me conocía mejor de lo que quería reconocer.

—¿Quieres subir un momento para hablar?

—Me encantaría —asintió recuperando la sonrisa de golpe.

¿Por qué tenía la sensación de que me estaba metiendo en un lío?

Subimado en silencio y entramos en casa. Maléfica nos vio y enseguida se puso en tensión, erizándose toda, al volver a verse cara a cara con su archienemigo. Me la llevé a la cocina y le serví una lata *gourmet*. Había empezado a hacer caso a Raúl e intentaba no consentirla tanto, pero sabía lo incómodo que se ponía Toni y no quería provocar que la situación se volviera más tensa de lo que ya estaba. La dejé entretenida y salí en dirección al salón.

—¿Te apetece un té o algo de beber? —pregunté por cortesía.

—No, solo quería verte un momento, no quiero molestar —contestó con mirada triste y las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

No quería ser malpensada, pero intuía que Toni estaba utilizando la lástima como arma y eso era jugar sucio.

—¿Cómo estás?

—Tirando. —Se encogió de hombros resignado—. Solo quería saber cuánto tiempo vamos a seguir así... ¿Cuánto va a durar esto, Lisa?

—No lo sé, Toni. —Me crucé de brazos y bajé la mirada—. Es complicado.

Complicado quería decir que me estaba tirando a Raúl y no quería dejar de hacerlo, pero a su vez, tampoco quería perder del todo a Toni porque me daba miedo que al final lo de Raúl acabara siendo algo efímero y que en cuanto se cansara de experimentar, las cosas terminaran y yo volviera a quedarme sola.

Sí, complicado era la palabra exacta, pero egoísmo tampoco le iría mal. Lamentaba, lo creáis o no, que lo de decidir anteponerme a mí misma por encima de todo lo demás me hubieran ocurrido justo entonces y que Toni se hubiera visto atrapado en medio. Era consciente de que estaba jugando con él y de que no estaba bien, pero no sabía cómo salir de aquel embrollo sin que nadie resultara herido y aún no me daba cuenta de que era imposible complacernos a todos.

—Mira, Lisa, yo te quiero. Te compré un anillo, ¡maldita sea! —exclamó frustrado—. Pero esta situación me está afectando, no duermo bien, tengo algunos problemas en el trabajo... Si en realidad no me quieres o crees que lo nuestro no va a funcionar dímelo de una vez, pero no me tengas más tiempo así, te lo pido por favor.

No había reproches en su discurso, más bien un tono de súplica, y eso decía mucho de él. Creo que seguía teniendo esperanzas y yo seguía teniendo un miedo terrible a equivocarme. Podía afirmar que no estaba enamorada, que nuestra relación carecía de chispa y pasión. La había saboreado en todo su esplendor esos últimos días y estaba segurísima de que con él nunca la había sentido ni la sentiría. Sin embargo, con el tiempo podría llegar a quererle como a un gran amigo, como a un buen compañero de vida y eso era algo que no todo el mundo encontraba. Las parejas que llevan muchos años juntas, afirman que la pasión se apaga y que a la larga solo queda el compañerismo y la comprensión. Casi más una relación de amistad que otra cosa. Conocía a gente que se había casado movida por la pasión del principio y que al poco tiempo se daban cuenta de que no tenían nada en común con su pareja, nada que les uniera realmente, y acababan divorciándose. Toni era la seguridad que muchísima gente desea y Raúl quizá solo era un paso necesario en mi vida para redescubrirme y disfrutar de todo aquello que me había estado negando por miedo e inseguridad, pero no era fiable. Era como estar caminando por la cuerda floja. Aunque supieras que podías caerte y pegarte el porrazo de tu vida, la sensación de libertad y la adrenalina eran tan brutales, que seguías avanzando por ella.

—Mira, Toni, solo te pido un par de semanas más... Estoy hecha un lío. Las cosas contigo han sucedido muy deprisa y estoy asustada.

—Olvida lo del anillo por ahora —pidió acercándose a mí y agarrándome de los brazos con ambas manos—. Pensé que si te proponía que nos casáramos te sentirías más segura, que era una buena idea, pero está claro que me equivoqué. No hay prisa, no me importa, de verdad... Si eso es lo que te asusta podemos aplazarlo, no me molestaré, te lo juro. Solo lo hice porque pensé que eras la clase de chica a la que le gustan esos detalles y quería hacerte feliz.

—No es solo el anillo, Toni —le aclaré apoyando las manos en su pecho—. Es por el modo en que nos conocimos y las cosas que siento que faltan cuando estamos juntos.

—¿Qué cosas?

—Pasión —murmuró sin mirarle. Siendo justos, merecía que le dijera la verdad, bastante le estaba ocultando—. Se supone que debe haber mariposas revoloteando por aquí dentro —dije señalándome el estómago—. Y yo no las siento.

—¿Todo se reduce a eso, Lisa? ¿Sexo? —me preguntó indignado—. Pensé que una relación sería entre dos adultos estaba compuesta por muchas otras cosas. Tú y yo nos complementamos bien, tenemos gustos afines, nos dedicamos a lo mismo...

—No puedo comprometerme contigo solo por afinidad, Toni. Y menos sintiendo que me falta algo. No sería justo ni para ti ni para mí. Si me estuvieras pidiendo una amistad sería fantástico, pero quieres compartir tu vida conmigo y si no sentimos que se nos corta el aliento cuando vemos al otro, creo que sería buena idea replanteármolo.

—Está bien, puedo esperar. Si necesitas tiempo te lo daré. Dos semanas, pero luego quiero una respuesta definitiva, Lisa —me advirtió con mirada severa—. Odio estos juegucitos y solo los estoy tolerando por el respeto que te tengo y por lo que siento por ti. Espero que lo valores.

Asentí y no dije nada más. Él se quedó mirándome esperanzado, esperando que recapacitara en aquel mismo instante y le rogara por su amor eterno, pero cuando se dio cuenta de que no iba a suceder, sacudió la cabeza, cogió su abrigo de encima del sofá, se inclinó y me besó suavemente en los labios. Yo no reaccioné, ni siquiera sentí un tironcito en alguna parte.

—Agradezco tu paciencia. —Fue lo único que dije.

Él asintió y se puso el abrigo.

—Te llamaré en dos semanas.

Cuando se fue, me dejé caer en el sofá y me quedé un buen rato allí pensando en mi situación. Era cierto que no estaba enamorada de Toni, pero tampoco era justo lo que estaba haciendo con él. ¿Cómo me habría sentido yo si llego a descubrir que durante aquellas semanas había estado acostándose con otra? Y no solo eso, sino

disfrutándolo como un loco, muchísimo más que conmigo... No, mi historia con Raúl no podía continuar. Por lo menos hasta que hubiera tomado una decisión seria sobre mi futuro. Toni era una buena persona que me estaba respetando, se merecía lo mismo por mi parte. No podía seguir jugando a dos bandas. Era muy rastroso. La parte más complicada sería hablarlo con Raúl...

—¿Me estás diciendo que quieres que lo dejemos? —me preguntó al día siguiente cuando vino a mi casa. Después de mi clase en el gimnasio me había citado con él para nuestro encuentro, pero aquella vez las cosas no iban a acabar como se esperaba.

—No es eso... —me excusé mientras él se paseaba de un lado a otro del salón, como un león enjaulado y furioso—. Solo digo que dejemos de vernos un par de semanas hasta que me aclare.

—¡No me jodas, Lisa! Yo no soy el idiota de tu novio, a mí no puedes tenerme pendiente de tus caprichos.

—¿Es eso lo que crees?

—Sí, es exactamente eso. Ten valor por una vez en tu vida y deja al capullo ese. No le quieres y nunca le vas a querer. Me parece que estos días he llegado a conocerte un poco y si pudieras sentir algo por Toni, jamás hubieras follado conmigo como lo has hecho, de un modo en el que nunca vas a follar con él.

Me dolió que dijera eso y que además tuviera razón, pero sobre todo me dolía que llevara tiempo pensando que era una cobarde. Escocía porque era la verdad. Y también me dolía que redujera nuestros encuentros a algo tan burdo como follar. Entre nosotros había mucho más, aunque no estuviera preparado para reconocerlo.

—Tú mismo me dijiste que lo nuestro no iba en serio, no entiendo por qué te molesta tanto que dejemos de vernos un par de semanas. Solo necesito aclararme —contraataqué.

Si me dijera que quería algo formal conmigo lo tendría todo mucho más claro. Pero en la vida las cosas nunca pueden ser tan fáciles, ¿verdad?

—Y si dentro de dos semanas decides que vas a volver con tu novio, ¿qué va a pasar conmigo?

—Yo... —Me quedé cortada, no sabía qué responder a eso, ni siquiera lo había pensado. ¿Tan egoísta me había vuelto?

—¡Tú! Ese es exactamente el problema. No puedes jugar a dos bandas, Lisa, ni mucho menos ser tan egoísta. Ni Toni ni yo somos tus putos monigotes. Ahora me follo a uno, ahora vuelvo con el otro y vuelta a empezar... ¡No me jodas!

—No puedo seguir engañando a Toni, eso es lo que pasa, me siento culpable. No te pido que lo entiendas, solo que lo respetes.

—Entonces el problema lo tienes tú. Dile la verdad.

—Es que no puedo. Es... complicado.

—Es muy simple, Lisa. Tienes miedo de decepcionar a tu madre, miedo de quedarte sola, miedo de enfrentarte a los problemas, miedo a lo que va a suceder entre tú y yo... ¡Jodido miedo! Ese es tu puto problema. Por eso te agarras a lo que tienes con él, para no quedarte colgada. Crece, preciosa, o lo vas a pasar muy mal en la vida. No se puede complacer a todo el mundo.

—No estás siendo justo, Raúl —le recriminé—. A ti también te ha venido bien jugar a este juego. No querías compromisos ni nada serio. ¿Qué es exactamente lo que me estás pidiendo ahora?

Él negó con la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz antes de responder.

—Mira, Lisa, voy a ser muy claro contigo, algo que a ti te cuesta bastante, por cierto —me dijo plantándose frente a mí. Yo me mantenía inmóvil, de brazos cruzados, apoyada en el respaldo de una de las sillas del comedor—. Si decides que dejemos de vernos no voy a estar esperándote como un monje en casa. No soy un jodido títore que baila cuando tú quieres.

Ahogué una exclamación.

—¿Estás insinuando que vas a verte con otras?

—De insinuar nada, estoy dejándolo muy claro.

—Eso es chantaje, Raúl.

—Eso es la realidad, preciosa. Asímelo. Me gusta lo que tenemos y me lo paso muy bien contigo, pero no voy a quedarme en casa esperando a que te decidas. Si lo piensas bien, te estoy haciendo un favor, quizá a la fuerza consigo que te atrevas a tomar alguna decisión.

Con una última mirada, agarró con furia su cazadora y salió dando un portazo. En cuanto desapareció, rompí a llorar.

El viernes quedé con las chicas en la tienda de Vicky. Solíamos acudir allí por lo menos una vez a la semana. Nuestra amiga nos mostraba las novedades en ropa y a veces la ayudábamos a decidir entre comprar una u otra colección. Aquella tarde Su nos contó que había dejado el trabajo después de que su jefe intentara propasarse con ella. Llevaba mucho tiempo explotada en aquella empresa y nos alegramos de que hubiera dado el paso, aunque los motivos que la habían obligado a ello nos parecieron horribles. Vicky nos propuso hablar con Alexei, su nuevo mejor amigo, para que nos metiera en lista de alguna discoteca y salir a bailar y a celebrar la liberación laboral de nuestra amiga. Nos pareció un plan estupendo, sobre todo a mí, que estaba hecha polvo desde que había hablado con calma con Toni y discutido a gritos con Raúl. Incluso en ese aspecto se hacía evidente dónde había pasión y dónde no. Nuestra amiga nos cargó con varias prendas y nos encerró en un probador mientras cogía el móvil y le mandaba un mensaje a Alexei para el tema de la salida del sábado. Nos fuimos de allí con un par de prendas nuevas de fondo de armario que no necesitábamos para nada. Sin duda, Vicky era una máquina vendiendo.

El sábado me arreglé con especial esmero. No pretendía salir por ahí para ligar, solo me faltaría, ya tenía bastante con dos hombres..., pero necesitaba un golpe de efecto para subirme la moral porque lo que me había dicho Raúl todavía me dolía. Sí, especialmente lo de que iba a estar viéndose con otras, por si os lo estabais preguntando. Estaba muerta de celos y de rabia venenosa. No dejaba de pensar en ello y en mi mente se formaban imágenes espantosas de él retozando y haciendo las cosas que había hecho conmigo, pero con alguna morenaza de pechos enormes. También me dolía mucho que me considerara una cobarde y me sorprendía ser tan transparente para él. Había poca gente que supiera captar mi esencia, mis miedos, mis debilidades y mis inseguridades con tanta precisión. Quizá solo mis mejores amigas, ni siquiera mi madre, mucho menos Toni. Iba siendo hora de dejarse de tonterías y empezar a afrontar la realidad. Pero eso sería a la mañana siguiente, esa noche pensaba olvidarme de todo y divertirme. Me lo merecía, ¿por qué no?

Me puse unos shorts negros satinados y una blusa blanca transparente que me favorecía mucho. Adiós a mi lado recatado y al miedo de hacer evidente que no tenía curvas. Era hora de saludar a mi nuevo yo, una mujer capaz de seducir a un chico malo como Raúl y creérselo. Saqué mi paleta de sombras *nude* y me maquillé los ojos con precisión. Luego me apliqué un labial rojo de Chanel y me engominé el pelo peinándomelo hacia atrás con un tupé para dar volumen. Estaba preciosa, no podía negarlo. En aquellas semanas que llevaba acostándome con Raúl había aprendido a verme desde otra perspectiva y a entender que nunca dejaría de estar delgada por más carne o más porquerías que comiera, pero que también tenía mi lado sexi y atractivo. Unos ojos azules enormes con largas pestañas, una sonrisa bonita y sincera, piernas estilizadas y muslos firmes... Además, cuando me arreglaba usando prendas que me ayudaban a resaltar las pocas curvas que tenía, no estaba nada mal.

Mis amigas también iban guapísimas, sobre todo Vicky, que como siempre mostraba más carne de la que escondía. Cenamos en un italiano y nos pusimos las botas. Quizá la próxima vez que quedara con ellas invitaría a Carol, seguro que estaría encantada de salir a cenar con nosotras a sitios de comida tan espectacular como aquella. Luego fuimos a tomar un par de copas y nos dirigimos al *Bright*, la misma discoteca a la que fuimos en fin de año. Al parecer, Alexei volvía a trabajar allí aquella noche y nos había conseguido las entradas gratis. Toda una suerte que se llevara tan bien con Vicky.

Su estaba nerviosa porque Eric había salido con sus amigos igual que habíamos hecho nosotras. Yo estaba peor que ella porque imaginaba que uno de esos amigos era Raúl y que, probablemente, cumpliría con su amenaza y acabaría acostándose con alguna pelandusca de tres al cuarto. Tuve que hacer un gran esfuerzo por contener las lágrimas, pero sobre todo la rabia. Estaba celosa, MUY celosa. Y lo peor era que no tenía derecho a reprocharle nada. Por un lado, pensaba que no tendría valor de acostarse con otra después de lo que habíamos compartido porque, aunque quisiera hacerme creer que no lo consideraba algo serio, sabía que me había entregado más de lo que ni él mismo podía creer. Y por otro, recordaba sus palabras y el modo en que me había dicho que aquello para él no significaba nada y me ponía enferma.

Mis amigas pensaron que mi comportamiento tristón y depresivo era debido a que estaba mal por el tema de Toni y yo no las corregí. En realidad no las estaba engañando, simplemente les estaba contando solo una parte de la verdad. Eso no era mentir, ¿no?

Dejamos nuestras cosas en el guardarropa y Vicky nos guio a través de la pista de baile hacia la barra donde estaba sirviendo su amigo. Le saludamos y nos invitó a

una copa, pero pronto se disculpó para seguir trabajando. El local estaba a rebosar, así que cuando sonó un tema que nos gustaba, nos fuimos directas a la pista a bailar para conseguir un buen sitio en el que movernos. Vicky y yo nos dejamos arrastrar por el ritmo de la canción y nos estuvimos contoneando por la pista seguidas por un par de chicos que no nos quitaban los ojos de encima, por eso no nos dimos cuenta de que Su había desaparecido hasta que la vimos volver del brazo de Eric que, casualidades de la vida, aquella noche había acabado allí con sus amigos. Mi amiga y yo habíamos vuelto a la barra a por unas copas con la intención de alejarnos de los moscones, cuando les vimos acercarse.

—¿Qué pasa, tortolitos? —les preguntó Vicky, cogiendo las bebidas que le pasaba Alexei.

—Nos vamos a ir ya —dijo Su agarrada a su chico.

—Nosotras nos quedamos, ¿no, Lis?

—Claro. —Asentí.

Lo último que quería era irme a casa. Además, tenía la tonta esperanza de que Raúl estuviera por allí y así poder verle y quizá aclarar un poco nuestra situación o comprobar que me había tomado el pelo y no estaba ligando con otras.

—Si queréis, mis amigos están arriba en el reservado. Estarán encantados de veros.

¡Bingo! Había acertado. Recé para que Raúl fuera uno de ellos. Asentimos con ganas y subimos. Ellos para despedirse y nosotras para unirnos a la fiesta.

—Qué bueno está —me dijo Vicky al oído subiendo las escaleras detrás de nuestra amiga y su flamante novio.

—Pues sí —afirmé admirando su figura de dios griego. Tan alto, tan rubio y tan cachas. ¡Y menudo culo!

—Qué suerte tiene —dijo Vicky con una sonrisilla traviesa que demostraba envidia sana y alegría por nuestra querida Su.

Una vez llegamos a la zona de reservados, nos encontramos con los amigos de Eric y descubrimos que en las alturas se estaba celebrando otro tipo de fiesta. Había un montón de chicas guapísimas, modelos diría yo, que se paseaban de un lado a otro con copas de cava en la mano, sonrisas blanqueadas, melenas salvajes y pechos de silicona. Los hombres tampoco se quedaban atrás. En su mayoría muy atractivos y vestidos de marca.

—Mi amigo Alberto ha trabajado en una sesión de fotos esta tarde y le han invitado a la fiesta —nos comentó Eric señalando la escena que se desarrollaba ante nosotras.

Cuando nos llevó hacia los sofás del reservado donde estaban sus amigos, tuve que ahogar un grito de sorpresa por lo que vi allí. En un sofá de cuero estaba sentado un hombre con una rubia despampanante en el regazo y no estaban precisamente hablando... Ella le comía la boca como una mujer hambrienta, mientras él le acariciaba el muslo desnudo con una mano y le tocaba un pecho con la otra. ¡Era Raúl!

Aunque eso no fue lo peor... En cuanto nos vio, Raúl se levantó sobresaltado, lanzó a la rubia al sofá como si de repente le hubiera dado una descarga y se limpió la boca con el dorso de la mano. Me miró de soslayo avergonzado. Al menos aún le quedaba algo de dignidad, pensé. No obstante, la peor sorpresa llegó cuando miré hacia la chica y descubrí que era Celeste, la madre de Mónica, mi alumna repelente. Esa que me odiaba a muerte y me había dicho que no iba a casarme nunca influenciada por los comentarios malintencionados de su madre, que estaba ahí sentada, casi desnuda, en brazos de MI hombre, mirándome con aires de superioridad. ¡Maldita zorra!

¡¡¡¡Si!!!!

¡Zorra, zorra, zorra, zorra!

Lo de no decir tacos y ser una buena chica, bien educada y bien hablada, era una tontería. Era mucho más liberador soltarlo todo en forma de palabra hiriente y mal sonante, sobre todo cuando tenías ante ti a semejante ¡ZORRA!

No sé por qué, intuí que Celeste sabía que entre Raúl y yo había algo. Quizá fue por la sonrisita de dientes blancos y deslumbrantes que no se le borraba de los labios o por la manera en que me miraba, como si yo fuera un mosquito al que aplastar. Tal vez lo descubrió tras ver el impacto que me había causado encontrármela sentada sobre él, comiéndole la boca. De todas las agencias de modelos para las que podía trabajar Celeste que, por si no os lo había dicho, era modelo de lencería y baño, tenía que ser precisamente la que había contratado a Alberto como fotógrafo. Es que tenía que odiarla, ¡por favor!

Si no llega a ser porque mis amigas no tenían ni la más remota idea de lo que había estado ocurriendo entre nosotros, probablemente me habría acercado a Raúl, le habría cruzado la cara de un bofetón, habría vaciado una copa de cava sobre la cabeza de pelo planchado de Celeste, la zorra, y luego me habría ido de allí intentando mantener la dignidad que puede aparentar una mujer llorando, que acaba de montar una escenita de cuidado. Pero no era el caso, así que me tragué las lágrimas y la rabia y fingí que todo aquello no iba conmigo. Por un momento pensé que iba a darme algo porque la presión que sentía en la garganta, el pecho, la cabeza y el estómago no era normal. Tenía ganas de gritar y perder el control como nunca en la vida lo había perdido y, por un fugaz instante, me pregunté si me habría sentido igual en el caso de que el hombre que hubiese estado sentado con Celeste hubiera sido Toni y no Raúl. No quise responder a esa pregunta. La respuesta era demasiado reveladora.

Descubrí que era una gran actriz. Podría presentarme a alguna audición para una película americana y acabar siendo la protagonista porque en mi exterior no se reflejaba ni un atisbo de la lava ardiente que estaba haciendo hervir todo mi ser por dentro. Al contrario, sonreí y saludé a los amigos de Eric a medida que se acercaron a besarme en ambas mejillas sin perder la compostura en ningún momento. Muchos años de práctica y de contención fueron de gran ayuda, lo reconozco.

Raúl seguía inmóvil en el mismo sitio en el que se había quedado en cuanto se había sacado de encima a Celeste, que bebía y charlaba como si nada. Me miraba receloso, como si temiera que en cualquier momento fuera a saltarle a la yugular. Iba listo. Le ignoré por completo y eso fue lo que más le molestó. Pasado un rato, sacudió la cabeza y se acercó a mí agarrándome del brazo.

—Suéltame —siseé desasiéndome de una sacudida.

—Lisa, yo... Tenemos que hablar —me dijo nervioso mirando a un lado y a otro.

—Tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar, Raúl. —Me planté intentando mantener la compostura.

Su no me quitaba ojo de encima. Después de aquella escenita vendría un interrogatorio en toda regla, lo sabía.

—Yo creo que sí, pero si quieres te lo digo aquí en medio, delante de todos. Aunque lo mejor sería ir hacia aquel rincón de allí y hablar en privado —dijo señalando una zona casi en penumbra, un poco más a la derecha.

Valoré mis opciones y asentí. Le seguí hacia el dichoso rincón porque Raúl era capaz de ponerse a gritar delante de todos y dejarnos en evidencia. Ya me inventaría algo para excusarme con mis amigas. En ese momento, aquella era la última de mis preocupaciones.

—¿Te lo has pasado bien cumpliendo con tu amenaza? —le pregunté una vez alejados del grupo.

—No se trata de eso, Lisa...

—¿No? Pues a mí me suena a venganza.

—¿Crees que lo tenía planeado? —preguntó incrédulo—. Ni siquiera sabía que vendrías aquí esta noche, por favor...

—Me parece que sabes que Eric y Su están juntos y que el hecho de que te tirarás a esa zorra iba a trascender y a llegar a mis oídos, porque no estabas haciendo nada para disimularlo.

—No me la iba a tirar. Simplemente... —Se lo pensó mejor y se calló dejando escapar un suspiro—. No actúo de manera premeditada, Lisa, pero una cosa ha llevado a la otra y has aparecido tú y lo has visto.

—Me queda claro, Raúl. Es evidente que si no hubiera aparecido ahora mismo estarías en el baño follando. —Le miré con toda la frialdad que pude a pesar del fuego que corría por mis venas—. Ahora sé que lo que ha habido entre nosotros no ha significado absolutamente nada para ti, solo he sido una de tantas. ¿Te has divertido al menos? —pregunté con ironía.

—Joder, Lisa... —gruñó cabreado, no solo conmigo y con la situación, sino también consigo mismo.

A veces tenía la sensación de que Raúl se sentía vulnerable y desarmado frente a mí y que eso le descolocaba. Un hombre como él, que vivía bajo unas estrictas normas en cuanto a relaciones amorosas se refería, se encontraría desconcertado frente a una situación que escapaba a su control y que le hacía actuar de manera impulsiva constantemente. Quizá ese era el motivo por el que se había lanzado a los brazos de Celeste, porque con ella todo sería más fácil. No necesitaría justificarse, darle explicaciones o implicarse. Que una profesora de primaria flacucha y tímida le tuviera desconcertado a él, el ligón que solo se preocupaba por no repetir dos veces con la misma chica, debía ser turbador. En el fondo era normal que no supiera cómo actuar ni cómo manejarse conmigo. Pero ese era su problema, que aprendiera.

—No me esperaba esto de ti —le dije con los ojos brillantes por las lágrimas. Sabía que iba a romper a llorar y no quería hacerlo delante de él.

—¿Qué quieres que haga? Fuiste tú la que me lo dejó claro —replicó haciendo referencia al tiempo que le había pedido para meditar sobre Toni y sobre lo que había entre nosotros.

De pronto, Su apareció junto a nosotros. Sentí su mirada taladrándome e intentando leerme la mente. Me cerré tanto como pude y dibujé una sonrisa forzada en los labios.

—Chicos, siento interrumpir, pero nos vamos.

Se acercó para darme un beso en la mejilla y una caricia reconfortante en el brazo. Miró con recelo a Raúl y no me gustó lo que vi en sus ojos. Se había dado cuenta de algo.

—Yo no creo que tarde mucho en irme —anuncié.

Él seguía cabizbajo y solo murmuró una despedida apenas audible.

—¿Nos vamos, cielo? —Eric apareció de pronto para rodear a mi amiga por la cintura y atraerla hacia él.

Nos despedimos de ellos y les vimos marchar. Raúl y yo volvimos a centrar la atención el uno en el otro retándonos con la mirada.

—Solo ha sido un beso, Lisa —dijo intentando justificar lo injustificable.

—Yo también me besé con Toni el otro día cuando vino a verme —le informé con malicia y de manera muy infantil. Él apretó la mandíbula molesto—. Quizá fue ese beso el que me hizo empezar a dudar de todo.

Era mentira, por supuesto. Pero era la única baza que me quedaba para salir de allí con un poco de mi orgullo intacto. Así que, con esa última frase, le dejé plantado y me perdí entre la multitud sin darle derecho a réplica.

Me quedé un rato por allí dando vueltas como alma en pena. La mayor parte del tiempo apoyada en la barra bebiendo una copa sin quitar ojo a Celeste, que aprovechaba cualquier ocasión para restregarse contra Raúl o murmurarle cosas al oído o acariciarle el pecho o hacer muy bien la zorra. En eso era una experta. Si modelaba igual que zorreaba, tendría una carrera repleta de éxitos, pensé con rabia. Y él, el muy cretino, se dejó querer. A veces me miraba de soslayo, rodeando por la cintura a la rubia teñida, sonriendo con superioridad. Me tenían harta. Dejé mi copa medio llena sobre la barra y busqué a Vicky, que se desenvolvía con soltura en ese ambiente hablando con unos y con otros. Parecía pasárselo bien, qué suerte.

—Me voy a casa —anuncié interrumpiendo la conversación que estaba manteniendo con Alberto, el amigo fotógrafo de los chicos—. Le diré a Alexei que pida un taxi, así no será necesario que me acompañes —dije señalando con la cabeza a su ligue.

Sospechaba que entre el camarero ruso y ella había algo, pero no creía que fueran tan en serio como para mantenerse fieles el uno al otro. Conocía a Vicky y sabía que no era mujer de un solo hombre.

—No, yo también me voy, estoy cansada. —Me cogió del brazo y se encaminó conmigo hacia las escaleras—. Adiós, guapo —se despidió de Alberto, que nos miró con cara de no poder creérselo.

Ni siquiera lancé una última mirada hacia atrás, donde estaba Raúl pasándose en grande con Celeste, no merecía la pena. Una vez abajo, Vicky me dijo que se quedaba un rato más en la discoteca.

—No te importa, ¿verdad? —me preguntó mientras Alexei se ocupaba del taxi.

—Claro que no, pero creía que no te lo estabas pasando bien con Alberto.

—Y así es... Menudo plasta, nena —confesó—. No sabía cómo librarme de él sin quedar mal, pero la noche es joven y Alexei acaba el turno en un rato..., ya sabes. —Me sonrió pícaro y capté enseguida lo que estaba insinuando, así que me fui sola a casa en un taxi dejándola en manos del ruso. Por lo menos mis amigas iban a pasarlo bien aquella noche, afortunadas ellas.

En cuanto llegué a casa me dejé caer en la cama sin desvestirme ni desmaquillarme... y eso que no estaba borracha. Me dormí enseguida. Sin embargo, tuve un sueño plagado de pesadillas en las que era aplastada por una masa de rubias pechugonas con sonrisas tan deslumbrantes que me cegaban. Me desperté con la sensación de no haber descansado nada y pasé el domingo vagueando en pijama, viendo películas e intentando olvidar que tenía que tomar una decisión trascendental para mí: casarme con Toni o lanzarme al vacío con Raúl... Qué pereza. Mejor dejarlo para el lunes.

El miércoles, sin haber pensado en nada y colgándome yo misma la etiqueta de cobarde, quedé con mis amigas para tomar algo antes de ir al gimnasio. Frente a nuestras tazas de té, hablamos sobre la historia de amor entre Eric y Su. Al final él se había declarado y mi amiga estaba lo que se conoce vulgarmente como: cagada de miedo. Tras su experiencia fallida con Fran, el chico de Internet, y algún que otro desengaño pasado, tenía miedo de que algo tan bonito como lo que había surgido con Eric fuera otro espejismo. La entendía, pero sentía cierta envidia. Al menos ella conocía los sentimientos de su pareja. Si Raúl hubiera sido igual de sincero conmigo, me habría ayudado mucho a inclinar la balanza hacia su lado. A esas alturas ya era absurdo negar que me sentía mucho más atraída por los tatuajes que por las gafas de pasta.

—Hablando de locuras... ¿Qué demonios te pasa a ti con Raúl? —me preguntó Su cambiando de tema.

Ya me extrañaba que hubiera tardado tanto... El sábado por la noche se había quedado preocupada al vernos hablar a solas y quería información.

—¿A mí? —pregunté sonrojada—. No sé de qué hablas... —murmuré haciéndome la loca.

—Venga, Lisa, según cuenta Su, el sábado por la noche se os vio el plumero y luego vas tú y desapareces de aquella manera... De hecho, a él tampoco volví a verle en toda la noche.

Seguro que se había largado con Celeste, la muy zorra...

—No pasa nada, solamente hemos hablado unas cuantas veces en el gimnasio, me ha contado algunas cosas y lo que vi el sábado me sorprendió.

Qué mentirosa. Mi carrera como actriz iba viento en popa, aunque mis amigas me miraban con cara de no creerme. Tendría que seguir practicando para mejorar.

—¿Te gusta? —me preguntó Su con semblante serio.

—¡No! Además, tengo novio... —exclamé haciéndome la indignada.

Menuda excusa... Ni siquiera cuando estaba con Toni le había respetado lo suficiente para serle fiel. Estaba hecha una buena zorra yo también.

—¡Venga ya! ¿El idiota de Toni? Pero si hace días que ni os habláis.

—Estamos pasando por un bache, pero eso no significa que vaya a lanzarme a los brazos del primero que pase.

Tras soltar aquello me entró la risa por dentro. Ya lo había hecho y en reiteradas ocasiones para más inri. Mis amigas me matarían en cuanto supieran la verdad, lo sabía. Pero una vez empezada la mentira, la bola se iba haciendo cada vez más grande y era imparable.

—Sabemos que te gusta, Lis, si no es algo peor... La cuestión es si se te está yendo de las manos el asunto.

—No pasa nada, ¿de acuerdo, chicas? —aseguré intentando tranquilizarlas—. Tengo que aclarar las cosas con Toni y se me pasarán todas estas tonterías —afirmé deseando que fuera verdad.

Y así fue como logré que no insistieran más.

La tarde de chicas se alargó más de la cuenta y salimos de la cafetería pasadas las ocho, por lo que no llegué a tiempo a mi clase de spinning. Le mandé un mensaje a Carol pidiéndole que me esperara para la de *aquagym* y me fui corriendo al gimnasio. Cuando llegué me encontré con ella en el vestuario. Estaba sentada en un banco, con el bañador puesto y el gorro en la cabeza, leyendo una revista de cotilleos.

—Si llego a saber que ibas a hacer campana yo tampoco hubiera venido —me dijo molesta.

—Lo siento, me he liado hablando con las chicas y se nos ha pasado el tiempo volando —me excusé quitándome la ropa a toda prisa para ponerme el bañador y guardar las cosas en la taquilla.

—Ya... —murmuró distraída. Estaba leyendo con atención un artículo de la revista que tenía en las manos—. ¿Tú crees que si me comprara una de esas fajas que usan las famosas luciría este tipazo con un vestido de noche? —me preguntó enseñándome la foto de una artista con un vestido transparente de lentejuelas.

—Lo que creo es que el retoque fotográfico es un gran invento —afirmé poniéndome el gorro de silicona—. No te creas todo lo que ves en las revistas. Con una buena dieta y ejercicio acabarás estando más buena que ella.

Carol lanzó una carcajada.

—Gracias, flaca, se nota que me estás cogiendo cariño —me dijo como si no me creyera. Acabé de recoger mis cosas negando con la cabeza mientras cerraba la taquilla con la llave y me la ataba a la muñeca—. Por cierto, tengo un regalo para ti —comentó señalando un paquetito que había a su lado encima del banco. Parecía una baraja de cartas.

—¿Qué es eso?

—Venía de regalo con la revista, es una baraja de cartas erótica —contestó.

—¿Y para qué quiero yo eso? —pregunté escandalizada enarcando una ceja.

¿En serio regalaban esas cosas comprando una revista? ¡Qué fuerte!

—Ya sé que has roto con tu novio, pero seguro que encuentras con quién jugar. —Me guiñó un ojo cómplice. Enseguida supe que estaba pensando en Raúl. Si ella supiera... Al ver que no cogía la baraja y seguía con cara de no entender, emitió un suspiro, se levantó, me agarró de la muñeca y abrió mi taquilla con la llave para lanzar las cartas dentro del bolso—. ¡Hala! Vamos a nadar —me dijo cerrándola de nuevo y señalando el camino de duchas que conducía a la piscina.

¿A que no adivináis en quién pensaba cada vez que pasaba por allí?

Después de nuestra clase nos duchamos, nos cambiamos y nos despedimos en la puerta del gimnasio hasta el viernes. No me había cruzado con Raúl aquella tarde, aunque dado el caso, tenía toda la intención de ignorarle y pasar de él. Estaba convencida de que el sábado por la noche había hecho algo más que hablar con Celeste y solo de pensarlo se despertaba mi vena asesina.

En cuanto giré la esquina en dirección a la parada del autobús se me acabó la suerte. Raúl me esperaba apoyado contra el sillín de una moto enorme, de brazos cruzados, para abor dame por sorpresa y no darme opción a salir huyendo. Maldición. No me quedó otro remedio que enfrentarme a él. El tiempo de huir y eludir mis responsabilidades se estaba agotando...

Capítulo 21

—¿Es tuya? —pregunté señalando la moto en cuanto llegué junto a él. Esquivarle no iba a ser posible, mejor acabar con aquello de una vez por todas.
—Sí. —Asintió acariciando la zona del depósito con la mano—. No la uso mucho porque vivo cerca del trabajo, pero a veces tengo que sacarla a pasear.
—Genial... Es muy bonita—murmuré sin saber qué más decir.

No me extrañaba que Raúl, además de llevar tatuajes, pendientes y ropa de cuero, condujera una moto enorme. No podía ser de otra manera.

—Es una Kawasaki Ninja 250SL, por supuesto que es bonita —comentó, como si a mí eso fuera a importarme para algo.

No me gustan las motos, ni mucho menos me interesan los modelos o lo mucho que puedan correr. Había montado algunas veces en la moto de Su antes de que tuviera el accidente y decidiera dejarla aparcada en un garaje, pero la suya era mucho más pequeña y menos impresionante que ese armazón de metal verde y negro que conducía Raúl.

—Mira, viene mi autobús —dije señalando al bus que se había detenido en un semáforo en rojo. «Salvada por la campana», pensé.

—Lisa, tenemos que hablar. —Me agarró del brazo impidiendo que pudiera correr en dirección a la parada como era mi intención—. Por favor... —suplicó.

—¿De qué quieres hablar? —pregunté resignada al ver que mi autobús se detenía para recoger a los pasajeros y arrancaba siguiendo su camino.

—Ya lo sabes... Sube a la moto, iremos a mi casa para hablar tranquilos. —Me pasó uno de los cascos negros que colgaban del manillar. Yo no lo cogí.

—No pienso subirme a esa cosa —me negué señalando la enorme moto—. Y mucho menos ir a tu casa.

—Y yo no pienso ir a la tuya. La última vez nos peleamos allí y me hace sentir incómodo.

—Ya, claro. Y has pensado que era mejor llevarme a tu terreno, ¿no? —pregunté con ironía—. Para que la que no se sienta cómoda sea yo y esté en desventaja. No soy idiota, Raúl.

—¿Ahora me tienes miedo? No voy a hacer nada que tú no quieras, Campanilla. —Me sonrió con ternura pasándome el casco—. Prometo no correr mucho —aseguró montándose en la moto. Pero el problema era exactamente ese, que yo seguía queriendo que hiciera muchas cosas conmigo y eso me volvía vulnerable. Más que miedo de él, era miedo de mí misma—. Sube, Lisa —me ordenó.

Suspirando, me puse el caso y me monté a horcajadas en la moto detrás de él. Cuanto antes acabáramos con aquello mejor. Me prometí ser fuerte y resistir todo tipo de tentaciones. Además, imaginarme la lengua de Celeste, la zorra, dentro de su boca, me enfriaba como ninguna otra cosa. Con ese pensamiento en mente me mantendría a salvo, no había duda.

Raúl dio una vuelta antes de enfilar en dirección a su casa. El trayecto en moto fue una gozada y se me hizo muy corto. Era verdad que vivía muy cerca del gimnasio y llegamos enseguida. Tal y como me había prometido no corrió demasiado, no obstante, era un pecado no hacer rugir aquel motor a toda velocidad. No era una chica muy dada a las aventuras, aun así, me encantó sentir la vibración de la moto entre mis piernas, el viento chocando contra mi cara y ese vuelco en el estómago cuando bajábamos una cuesta empinada; pura adrenalina recorriendo mis venas. Lo que más me gustó fue esa falsa sensación de libertad, como si estuviera volando, lejos de los problemas y las decisiones, abrazada a la espalda fuerte de Raúl, impregnándome del aroma a cuero y a perfume masculino. Cuando llegamos a su casa me temblaban las rodillas. Subimos en ascensor hasta el tercero y me invitó a entrar.

Después de encender las luces cruzamos un corto pasillo y llegamos a un pequeño salón poco amueblado más allá de lo básico. Un sofá gris y un sillón de color negro, que parecía su favorito porque se veía mucho más gastado que el otro, frente a un televisor de plasma tan grande que podría ser considerado como una pequeña pantalla de cine. Increíble, debía ser un lujo ver una película ahí. De las paredes colgaban varios posters de grupos musicales, a algunos los conocía y a otros no, y al fondo había una gran estantería repleta de vinilos y películas, junto a un montón de videojuegos. En uno de los estantes había unos cuantos marcos con fotos que me acerqué a mirar. Había dos o tres en las que salía él con la moto o preparado para impartir alguna clase de yoga, pero en la mayoría aparecían un hombre y una mujer, siempre sonrientes.

—Son mis padres —dijo acercándose por detrás.

—Te parecen mucho a tu madre —comenté dejando en su sitio el marco que había cogido para ver la foto de cerca.

—Todo el mundo me lo dice, por eso soy tan guapo —bromeó—. ¿Te apetece tomar algo? —me preguntó quitándose la cazadora de cuero, que dejó colgada del respaldo de una de las sillas que había alrededor de la mesa del comedor.

Todo estaba muy limpio y ordenado, nada que ver con el piso de Toni. Y no precisamente por la calidad de los muebles, sino porque el de Raúl estaba cuidado y repleto de detalles que lo convertían en un hogar y el de Toni parecía un lugar frío y caótico con el que no lograba identificarle.

—No, gracias.

Me acerqué hacia la mesa donde dejé mi bolso para quitarme la chaqueta. Al parecer había quedado mal cerrado, así que al dejarlo cayó de dentro mi barra de labios, un paquete de pañuelos de papel y la dichosa baraja de cartas que me había regalado Carol. Intenté guardarlo todo antes de que se diera cuenta, pero fue más rápido que yo.

—¿Qué es esto? —preguntó alzando la baraja.

—¡No es mía! —exclamé rápidamente—. La guardó Carol en mi bolso. Lo juro —afirmé en cuanto me miró de reojo.

Sin hacerme ni caso, incluso cuando intenté quitársela de las manos en un rápido movimiento que él esquivó, abrió el paquete y sacó las cartas. La baraja era de dos colores. Una parte tenía el dorso en rojo y la otra en negro. Miró las cartas con atención abriendo cada vez más los ojos.

—Joder... —murmuró pasando cartas—. ¡¡Joder!! —Lanzó una carcajada y siguió mirando. El muy cretino se lo estaba pasando en grande—. ¿De dónde lo ha sacado? —me preguntó mientras yo recogía la cajita que había dejado abandonada en la mesa. En la portada aparecía el dibujo de una pareja en una postura imposible... haciéndolo.

—Se lo regalaron comprando una revista.

—¿Y qué clase de revistas lee tu amiga?

—¡Yo qué sé! —exclamé avergonzada. Carol me las iba a pagar.

—Campanilla, tenemos que jugar a esto —propuso extendiendo las cartas sobre la mesa boca abajo. Una fila con las negras y otra con las rojas.

—No pienso jugar a eso, sea lo que sea —me negué.

Reconozco que sentía cierta curiosidad y me apetecía jugar. Sin duda alguna, solo me gustaría probarlo con Raúl, eso estaba claro, pero tenía que resistir y recordarme todas las importantísimas razones de peso por las que no iba a hacerlo. «Piensa en la lengua de Celeste en su boca», me repetí tres o cuatro veces y la curiosidad se me pasó de golpe.

—Será divertido. Coge una carta de cada.

—Raúl, se supone que hemos venido aquí para hablar —le recordé—. Si no tienes nada que decir, me voy.

Hice ademán de coger el bolso y volver a ponerme la chaqueta, pero él me detuvo y se puso serio.

—No, está bien. Tienes razón. —Retiró una silla y me invitó a sentarme—. El otro día no pasó nada, Lisa —empezó sin perder más tiempo—. Estaba cabreado contigo por lo que me dijiste y pensé que sería una buena idea desquitarme con otra. Aun así, a pesar de lo que viste, no habría podido hacerlo, aunque no hubieras aparecido. Esa chica...

—¿Celeste? —le pregunté sorprendiéndole.

—¿La conoces?

—Su hija es alumna mía y ambas sienten una especial animadversión hacia mí.

—Joder, ya es casualidad... —murmuró—. Qué pequeño es el mundo.

—Pues ya ves... De todas las mujeres que podrías haber elegido, te tiraste justo a esa.

—Aunque en un principio quise hacértelo creer, te juro que el sábado no pasó nada con ella. Tienes mi palabra. Poco después de que te fueras, yo también me fui a casa. Solo —puntualizó.

Me mostré reticente, pero vi en sus ojos que decía la verdad. Raúl no era la clase de hombre que mentía. Siempre había sido muy sincero conmigo, eso tenía que reconocérselo. Entre ellos, el sábado, no pasó nada, pero...

—Te habías acostado con ella antes, ¿no?

En cuanto bajó la mirada al suelo supe que estaba en lo cierto. ¡Maldición!

—Una vez —confesó—. Pero fue mucho antes de conocerte. Alberto ya había trabajado con ellas. Celeste se había divorciado de su marido hacía poco tiempo, yo estaba soltero y... bueno, hace unos meses salimos y pasó.

—Ya. Me lo imagino.

Estaba rabiosa. ¡¡Maldita zorra!!

—Ni siquiera lo recuerdo, Lisa... Habíamos bebido y fue un polvo rápido, un desahogo y ya está. No llegamos a la cama, le quité las bragas y...

—¡Vale! —le interrumpí molesta—. No hace falta que me des los detalles.

—No puedes reprocharme el pasado ni enfadarte por ello, no es justo. Tú tampoco eras virgen cuando nos conocimos. Es más, hasta tenías novio...

—Sí, pero Celeste... Maldita sea, de todas las mujeres...

Me callé porque no quería ni imaginarlo. Una cosa era pensar que se habían besuqueado el sábado y otra saber que en el pasado se habían acostado, que habían compartido caricias, placer y cosas mucho más íntimas que solo quería para mí. Me dolía mucho.

—Lisa, déjale. Ese tío no es para tí, no puede hacerte feliz. Cuando te vi con él me di cuenta de que ni siquiera te brillaban los ojos como te brillan ahora —rogó cogiendo mi mano entre las suyas—. No puedo prometerte una relación seria. Mi pasado... es complicado. —Negó con la cabeza como si no supiera cómo hacerse entender—. Quiero que las cosas sigan como hasta ahora, que nos veamos y que hagamos planes juntos fuera de la cama. Salir a cenar o al cine..., pero sin ponerle etiquetas por el momento, por favor —me suplicó y empecé a ablandarme.

—¿Me estás proponiendo que seamos amigos con derecho a roce?

Sonrí de medio lado y me soltó la mano para pasarse una de las suyas por el pelo. Siempre lo hacía cuando estaba nervioso.

—Bueno, dicho así... Tampoco es exactamente eso. Solo seremos dos personas que se están conociendo.

—¿Tanto te cuesta comprometerte, Raúl?

—No me presiones, Lisa —me pidió—. Ni yo mismo soy capaz de entender lo que me pasa cuando estoy contigo, no me hagas ponerle un nombre. Te estoy dando más a ti que a ninguna otra mujer que haya conocido, por ahora debería bastarte.

Excepto a la novia embarazada que perdió, pensé. Con ella estaba dispuesto a casarse.

—Entonces tú a mí tampoco. Hablaré con Toni, pero dame un poco más de tiempo.

Él asintió. Era absurdo seguir negando que las cosas con Toni no iban a funcionar nunca. Si hubiera habido la más remota posibilidad jamás habría caído en brazos de Raúl. No podía seguir jugando con él, con ambos. A día de hoy, aún no logro entender por qué estiré tanto aquella situación. Quizá porque no era consciente de que estaba pensando tanto la cuerda que iba a romperse y acabaría haciendo daño a alguien.

—¿Eso significa que podemos continuar las cosas donde las dejamos?

Encogí un hombro e hice un rápido asentimiento. Es que, vamos a ver, no era de piedra y Raúl estaba allí mirándome de aquella manera, como si quisiera comerme. También estaban esas fotos tan bonitas de sus padres, su piso, sus cosas, el trayecto en moto y todas esas mariposas que revoloteaban en mi estómago cuando estaba cerca de él. ¿Cómo resistirme?

—Coge una carta.

Levanté la cabeza y vi que señalaba la baraja. ¿Estaba preparada para seguir jugando con él? La respuesta era obvia. Di la vuelta a una de las cartas negras y la dejé sobre la mesa. En ella aparecía una pareja desnuda, haciéndolo. La mujer estaba a cuatro patas y el hombre detrás, de rodillas...

—¡Anda! El perrito —murmuró—. Aún no lo hemos hecho en esa postura, ¿verdad, Campanilla? —Negué con la cabeza—. Claro, nos acordaríamos... Ahora coge una carta roja. —Le di la vuelta a una de las cartas y en ella apareció dibujado algo parecido a un patio o una terraza—. Bueno, bueno... A cuatro patas en el balcón. Me parece que vamos a pasar un poco de frío esta noche. —Se fue hacia el formidable equipo de música para elegir una canción— Desnúdate, Campanilla —me ordenó.

¿Qué?! Un momento, un momento... No estaría insinuando que... Miré hacia el pequeño balcón que daba a un patio mal iluminado, rodeado de casas de vecinos, y en aquel preciso instante entendí de qué iba el jueguito de las cartas. Sí, lo sé, soy un poco lenta para estas cosas, pero, de pronto, fue como si reaccionara y viera la situación con claridad. Las negras eran para elegir la postura y las rojas para el lugar. ¡Ni de coña! Se había vuelto completamente loco si pensaba que iba a desnudarme y a salir al balcón a... ¡¡A hacerlo!!

—¿Te has vuelto loco? —le pregunté al borde de un ataque—. ¡No pienso hacerlo!

Él se dio la vuelta tras poner en marcha el reproductor y se quitó la camiseta lanzándola a un lado.

—Las cartas las has elegido tú, no yo. Ahora no te quejes.

En cuestión de segundos se deshizo de las deportivas y se desabrochó los vaqueros. «Qué bueno está, por el amor de Dios», pensé poniendo los ojos en blanco. Su pecho desnudo me desconcentró un momento, pero enseguida me puse en situación.

—¡Puede vernos alguien! ¡Tus vecinos! —exclamé señalando lo obvio.

Él acabó de desnudarse y se acercó peligrosamente a mí.

—Nadie sale al balcón con este frío. Además, hay poca luz y apagaremos la de dentro para que estés tranquila. Es muy poco probable que nadie nos vea, relájate.

—Poco probable no es imposible, Raúl. No lo haré mientras haya una sola posibilidad de que alguien nos pille. —Me crucé de brazos, muy digna, intentando mantener la mirada en sus ojos y no en su...

—Desnúdate —repitió a la vez que agarraba el bajo de mi jersey, lo levantaba y me lo sacaba por la cabeza.

—Pero... ¿¿qué?!

Intenté apartarme y golpearle, pero en cuanto quise darme cuenta ya me estaba desabrochando el sujetador. La música sonaba suave. Raúl y yo forcejeábamos en una lucha por mi ropa que tenía perdida de antemano y *Madness* de Muse sonaba por los altavoces.

—Lisa, soy yo, deja de fingir, aquí no hace falta. —Me miró agachado en el suelo, ayudándome a sacar los pies de mis propios vaqueros para dejarme vestida con unas braguitas de color melocotón—. Sé que la idea de hacerlo ahí afuera, a riesgo de que nos pille alguien, te ha puesto muy mojada —comentó y se acercó a mi entrepierna inhalando sobre la ropa interior.

Definitivamente estaba muy mojada y muy caliente. Siendo sincera no podía negar que hacer algo como aquello despertaba mi lado perverso y me excitaba sobremanera. Quería probar y a la vez me daba un miedo horrible. Raúl coló un dedo dentro del elástico de la ropa interior y me penetró con facilidad.

—Lo que yo pensaba... —susurró complacido.

Jugó un poco conmigo hasta que se cansó y me bajó las braguitas por las piernas dejándome desnuda y muy necesitada en mitad del salón. Luego apagó la luz, sumiendo la casa en la oscuridad apenas iluminada por las lucecitas del reproductor de música y la que se filtraba del exterior. Abrió las puertas del balcón, que era bastante pequeño, y una ráfaga de aire helado se coló en el interior erizándome la piel.

—¡Qué frío! —me quejé frotándome los brazos desnudos.

—Enseguida entrarás en calor —prometió haciéndome salir.

Me pidió que me agachara y me pusiera tal y como se mostraba en la carta del juego. Por un momento me sentí ridícula, como una completa idiota, allí en el suelo, tiritando de frío, mirando a un lado y a otro para asegurarme de que no hubiera mirones y esperando para que él me... follara. ¡Hala! Ya lo había dicho. Pero todo se me pasó en cuanto le sentí arrodillarse detrás de mí y cogerme los brazos.

—Sujétate a los barrotes —me indicó a la vez que bajaba las manos por mi pecho y se entretenía en acariciarme los pezones endurecidos por el frío y la excitación. Me agarré a los barrotes como si me fuera la vida en ello, ruborizada y ardiendo a pesar del frío inicial, y jadeé en cuanto sentí que me penetraba con los dedos para prepararme—. Esto va a ser rápido, Campanilla —gruñó detrás de mí introduciendo la punta de su miembro—. Tantos días de abstinencia y verte aquí así, me ha puesto muy al límite —reconoció hundiéndose en mí de una sola embestida.

Casi me golpeé la frente contra los barrotes, pero me frené a tiempo con la fuerza de mis brazos en tensión. Raúl me agarró de las caderas con ambas manos y empezó a taladrarme con embestidas rápidas y contundentes. Enseguida me olvidé del frío, de la postura, del roce de las rodillas contra el suelo, del miedo a ser vista por algún vecino y de todo el universo en general, y me concentré en ese punto de mi cuerpo que hacia fricción con el suyo. De hecho, no hizo falta mucho más, ni siquiera tuvo que tocarme, supongo que yo también estaba tan al límite que correrme en cuestión de segundos era inevitable. Grité en cuanto sentí la primera oleada de placer y empecé a contraerme con fuerza a su alrededor. Ni siquiera me importó que alguien pudiera oírme, creo que a él tampoco. A fin de cuentas, eran sus vecinos, no los míos. Raúl me agarró con una mano por el hombro y con la otra siguió presionando en mi cadera, así logró impulsarse con mayor fuerza. Con cuatro embestidas más, se corrió gritando mi nombre. Dejé resbalar las manos hasta que quedaron apoyadas en el suelo, intentando recuperar el aliento y sentí que él se movía y salía de mi interior.

—Joder, Campanilla, me vuelves loco —confesó tendiéndome una mano para que me levantara—. Será mejor que entremos, aquí hace mucho frío y vamos a pillar una pulmonía.

A buenas horas se daba cuenta... Le cogí de la mano y me levanté del suelo con piernas temblorosas. Una vez dentro de casa, con la cortina cerrada, encendió la luz y fue entonces cuando sentí que algo viscoso resbalaba por entre mis muslos. Miré hacia abajo y luego le miré a él, ambos incrédulos, miramos hacia el balcón y luego volvimos a cruzar nuestras miradas con pánico. Fue Raúl el que tuvo el valor de decirlo en voz alta, porque a mí se me había cerrado la garganta por la impresión.

—¡Mierda! ¡No hemos usado preservativo!

—¡Joder, joder, joder! Menuda cagada, ¡hostia! —gimió Raúl dando vueltas por el salón con las manos enredadas en el pelo—. ¡Mierda! ¡Coño! ¡Soy un jodido imbécil! —Yo estaba más o menos igual, preguntándome cómo habíamos podido ser tan irresponsables, pero sin necesidad de tantas palabrotas—. No tomas la píldora, ¿verdad? —me preguntó con la esperanza de que le dijera que sí.

—No.

—Joder... —gimió lastimeramente y por un momento temí que rompiera a llorar de impotencia.

Seguí paseándome por el salón sin mirarme y murmurando. Imaginé que todo aquel drama era debido a su pasado. Supuse que algo parecido le había pasado con su novia y que fue así como acabó embarazada. Pero yo no iba a quedarme embarazada por hacerlo en el balcón de su casa, por Dios. Menuda broma. ¡Imposible! Me negaba, no iba a suceder. Solo lo habíamos hecho una vez y no habíamos durado casi nada ninguno de los dos, las probabilidades eran mínimas, ¿verdad? Por favor, decidme que eran mínimas porque estaba empezando a asustarme tanto como él.

—Me tiene que venir la... regla a finales de la semana que viene o a principios de la otra —susurré muerta de vergüenza y roja como un tomate—. No creo que sea el mejor momento del mes para... ya sabes.

Él se detuvo y me miró con tal intensidad que pensé que podría traspasarme.

—¿Estás segura? —preguntó dudoso con el ceño fruncido.

—Bueno, todo lo segura que puedo estar sobre la puntualidad de mis periodos. Soy muy regular —afirmé.

Pero siendo sincera, aquí entre nosotras, no las tenía todas conmigo. Esos cuentos sobre el mejor momento del mes para quedarse o no quedarse embarazada habían traído a muchos bebés al mundo. Dios mío, ¡bebés! No quería ni pensarlo. No, no, no...

—Menos mal. —Soltó el aliento en un suspiro y se relajó—. Por un momento me había acojonado a base de bien —dijo con una risilla nerviosa.

—Sí, yo también —confesé. De hecho, aún lo estaba un poco.

—Nunca lo había hecho sin condón. Bueno, menos cuando mi novia... —Se interrumpió y se pensó mejor lo que iba a decir—. Pero de eso hace ya muchos años y aquella noche había bebido y no sabía ni lo que hacía. Lo de hoy ha sido una imprudencia enorme. Me hago análisis periódicamente en el trabajo. Quiero decir que estoy completamente sano, por eso no tienes que preocuparte.

—Ya... Yo también, bueno, yo tampoco... En fin, que también estoy sana y nunca lo he hecho sin... sin protección —le dije nerviosa.

Esos temas me incomodaban más que el hecho de que estuviéramos tratándonos en mitad del salón completamente desnudos.

¡Qué vergüenza! ¡Estábamos en pelotas!

—Ya me lo suponía, Campanilla. —Me agarró de la mano y tiró de mí en dirección al pasillo—. Ahora nos daremos una ducha para relajarnos. Me parece que ambos lo necesitamos. A mí hasta se me han agarrotado los músculos del cuello por la tensión, ¡joder! —Y así lo hicimos, aunque no sin antes parar en su dormitorio para coger una caja de condones—. No nos la vamos a jugar dos veces —me dijo llevándola con nosotros al baño.

Polvo en la ducha, ¡estupendo! La sola idea me hizo olvidar el motivo por el que nos habíamos puesto así de nerviosos, al menos por el momento.

A partir de aquella tarde las cosas volvieron a su cauce. Las clases en el colegio y las miraditas insidiosas por parte de Celeste cuando venía a recoger a su hija. El gimnasio con Carol y las salidas con mis amigas. Los encuentros con Raúl, algo menos frecuentes por culpa del trabajo, pero igual de apasionados. Ir retrasando mi charla con Toni por miedo a las consecuencias. Y eludir y olvidar que se me había retrasado la regla seis días. Seguro que era por el estrés, me decía para tranquilizarme. Claro que sí, otra cosa no podía ser. Intentaba mostrarme feliz y satisfecha, pero estaba empezando a preocuparme por el retraso y por no tener el valor de enfrentarme a Toni. Así que aquel fin de semana, cuando salí con las chicas para celebrar que Su iba a empezar a trabajar en la consulta de Eric, me notaron tensa y preocupada. Intentaron sonsacarme, pero yo me mantuve en mis trece y no solté prenda.

Lo más raro de aquellos días fue el repentino mutismo de mi madre. Entendedme, no echaba de menos sus desprecios y sus insinuaciones malintencionadas, sobre todo cuando había decidido romper con Toni sabiendo que ella estaba ansiosa por casarnos, pero desde que se olvidó las llaves en casa y Raúl se las birló, prácticamente no había vuelto a verla. Así que, por increíble que parezca, aquella tarde cogí a Maléfica en brazos, a pesar de sus sonoras protestas en forma de maullidos lastimeros y bufidos varios, y subimos a su casa. Llamé al timbre y esperé unos buenos cinco minutos. Me abrió la puerta muy arreglada, como si estuviera a punto de salir. La miré de arriba abajo sin poder apartar los ojos de aquella blusa de gasa marrón con estampado de flores y la falda en color beige. Lucía un peinado nuevo, nada que ver con ese moño que había llevado siempre, sino con un corte moderno y muy favorecedor para una señora de su edad. Había ido a la peluquería y no solo para cortarse las puntas, sino para hacerse un cambio de *look* completo. Estaba alucinando. Maléfica alucinaba entre mis brazos y ni siquiera había hecho el intento de saltar a saludar como hacía siempre. No la reconocía con aquellas pintas.

—Lisa, iba a salir, me coges en mal momento.

—¿Qué pasa? —le pregunté entrando y cerrando la puerta—. ¿Tienes que ir al médico? ¿Por qué no me has avisado? Hace días que no sé nada de ti.

Ella se dio la vuelta sonrojada poniéndose un pendiente de perlas en la oreja. Sí, dichosas perlas.

—Verás, no voy al médico. Yo... —Se aclaró la garganta y me miró de reojo, ni siquiera había prestado atención a Maléfica. Estaba empezando a asustarme.

—¿Qué pasa mamá? ¿Vas a ir a ver a Víctor? —pregunté pensando que quizá iba de vista a casa de mi hermano. Pero ¿tan arreglada?

—Me has pillado, así que será mejor que te lo cuente —respondió con una risilla nerviosa. Dios mío, ¿podría ser aquello un caso de demencia precoz? ¿Estaba volviéndose loca? ¿Por qué se arreglaba tanto si no era para ir al médico? No entendía nada—. He quedado con un señor —musitó bajito, como una jovencita avergonzada, con los ojos brillantes por la emoción de la primera cita.

A mí se me abrieron los ojos como platos. Maléfica se agitó entre mis brazos, saltando al suelo y mirando a mi madre como si la hubiera poseído un ente de otro planeta.

—¿Qué...? —balbuceé—. ¿Qué señor, mamá? ¿De qué demonios estás hablando?

Me di cuenta de que ni siquiera cojeaba, incluso se había puesto unos zapatitos con medio tacón de piel marrón muy monos.

—¿Te acuerdas del chico del gimnasio? —Asentí. Recordaba cada centímetro de su piel a la perfección y con detalles, aunque eso no iba a decírselo, claro—. Al final fui a una de sus clases —comentó. A mí ya se me había desencajado la mandíbula por la mueca de sorpresa—. En realidad, he ido a un par de ellas. Y allí, cosas que pasan, conocí a un señor viudo muy agradable y bueno... —Se rio nerviosa—. Quiere llevarme al cine y a cenar.

—¡¿Qué?! —exclamé atónita—. Mamá, ¡no puedo creerlo! ¡No le conoces! ¿Adónde vas a ir? ¿Y si es un perverso? ¿O un asesino en serie? ¡No sabemos nada de él!

Vale, sé que me estaba pasando, pero me sorprendió tanto ver a mi madre preparándose para una cita que me salió así.

—No tengo que pedirte permiso, hija —me recordó muy seria poniéndose una gabardina que no le había visto llevar nunca—. De hecho, llego tarde —murmuró señalándome la puerta sin ninguna vergüenza.

Recogí a Maléfica del suelo, que seguía dócil y maleable, y me encaminé por el pasillo hacia la puerta seguida de mi madre, que en comparación a su versión de los últimos veinte años parecía una diva.

—No te preocupes, es un buen hombre —me dijo para tranquilizarme mientras esperábamos que subiera el ascensor. Yo permanecía sumida en un mutismo de estupefacción—. Tiene hijos y nietos y hace muchos años que perdió a su mujer. Creo que somos almas gemelas.

—Mamá, por Dios. Pero ¿qué te han dado? ¿Te estás oyendo? —cuanto más me contaba, menos podía creerlo.

—Te mandaré un mensaje cuando llegue para que estés tranquila, cielito —dijo ignorándose con una sonrisilla tonta dibujada en los labios. Me empujó dentro del

ascensor y me despidió con la mano al tiempo que se cerraban las puertas.

No sé qué me sorprendió más, que mi madre volviera a tener vida social o que acabara de llamarme cielito. Definitivamente iba a llamar a Raúl en cuanto entrara en casa. Quería que me contara algo más acerca del misterioso señor que iba a llevar a mi madre a cenar y al cine.

—¿Por qué no me dijiste que había ido a una de tus clases? —le pregunté por teléfono unos minutos después.

—Me dijo que te lo iba a contar ella y que no quería que me metiera. Palabras textuales.

—Ya, claro. ¿Y desde cuándo haces lo que quiere mi madre?

Estaba molesta porque recordaba que las cosas con Toni también habían empezado así y no quería repetir la misma historia.

—No hago lo que ella quiere, solamente intentaba caerle bien —aclaró—. Lo tenía complicado, no me lo negarás. Además, parece ser que las clases le han gustado y está muy motivada. Te dije que necesitaba distraerse. Seguro que ahora te deja más tranquila.

En eso tenía toda la razón.

—Háblame de ese señor —pedí preocupada—. ¿Es de confianza?

—¿José Antonio? Es un pedazo de pan —me tranquilizó—. Le operaron de la cadera y el pobre lo ha pasado bastante mal, pero es un buen hombre, créeme. Tu madre va a hacer con él lo que le dé la gana y no al contrario.

—Eso no lo dudo. Aun así, me da miedo que salga por ahí con un desconocido.

—No creo que un hombre de setenta años y una cadera ortopédica pueda hacerle nada malo, Lisa.

—Me fiaré de ti por el momento —murmuré no muy convencida. Quería ver al tal José Antonio con mis propios ojos para confirmarlo.

—Cambiano de tema... ¿Qué opinas del sexo telefónico? ¿Lo has probado alguna vez? —preguntó juguetón. Pues sí, menudo cambio de tema... Su rapidez para distraerme era innegable y saber llevarlo todo al terreno del sexo era un arte que dominaba muy bien. Me sonrojé y negué con la cabeza, pero al cabo de un momento me di cuenta de que él no podía verme, así que se lo dije tímidamente a través de la línea—. Me lo suponía... —murmuró—. ¿Estás preparada para intentarlo?

Y yo, obviamente, le dije que sí.

Descubrí que el sexo telefónico me encantaba. Al principio me costó un poco soltarme, aunque al final fue una gozada. Quedamos para vernos al día siguiente después de mi clase de spinning, pero lo tuve que anular. Por la mañana recibí un mensaje de Su muy inquietante. Me decía que no me asustara y me pedía que al salir del trabajo fuera directa a casa de Vicky porque estaba allí y me necesitaba. No entendía nada. Intenté llamarla, pero tenía el móvil apagado, así que me puse en contacto con Vicky.

—El capullo de Eric la ha estado engañando —me dijo por teléfono—. Ya me parecía a mí que era demasiado perfecto para ser real. ¡Cabrón!

—¿¿Qué?! ¿Le ha sido infiel?

Pobre Su, no quería ni imaginar lo que supondría para ella que otro hombre en el que confiaba le pusiera los cuernos.

—No, nena, no, algo peor. Te lo contaremos luego, que tengo mucho lío en la tienda. Te recogeré en el colegio y nos iremos juntas a mi casa.

—Está bien, te espero allí.

No llegaba a imaginar qué podía ser peor que una infidelidad, pero colgué y aparqué el tema decidida empezar las clases con ganas de terminar pronto para ir a apoyar a Su.

A última hora de la tarde, tras un día agotador en el que mis alumnos se mostraron especialmente revoltosos, por fin les tenía listos para salir hacia el pasillo, camino a las puertas donde les estarían esperando sus padres. Mónica estuvo molestando a una compañera y tuve que regañarla varias veces, ganándome una mirada de desprecio de su madre cuando le explicó que al día siguiente la castigaba sin recreo. Celeste venía hacia mí con la clara intención de montar un numerito, así que me escabullí para evitarla. Era evidente que esa tía me tenía ganas. Me estaba buscando desde nuestro encuentro en la discoteca. Desconocía hasta qué punto sabía de mi relación con Raúl, pero estaba molesta. Seguro que era de las que no se cortaban y se lanzaban a tirar de los pelos y yo no pensaba bajar a su nivel.

Cuando crucé el pasillo en dirección a la otra salida me encontré con Vicky. Estaba sentada en un banco junto a Daniela, una alumna de preescolar con una situación familiar complicada. Recientemente había perdido a su abuela, con la que vivía desde que murieron sus padres, y permanecía en un centro de acogida de menores a la espera de un nuevo hogar. Sabíamos que una niña de cinco años lo tenía mucho más complicado que un bebé recién nacido, aun así, no perdíamos la esperanza. Desde el colegio estábamos haciendo todo lo posible para encontrarle una familia.

—Me gustan tus uñas —dijo Daniela señalando las manos de mi amiga. Llevaba un tono fucsia espectacular que llamaba la atención.

—¿De verdad? —respondió Vicky exultante—. Lo compré el otro día y me encanta.

La niña sonrió dejándome pasmada. Desde que había muerto su abuela, Daniela se había replegado de tal manera que era casi imposible lograr que articulara palabra, mucho menos sonreír. Rosa, su tutora, me había contado que la había pillado llorando más de una vez y que ya ni siquiera jugaba con los niños durante el recreo. Padecía un principio de depresión infantil. Que Vicky le sacara una sonrisa era un éxito, desde luego.

—Hola —las saludé y ambas me miraron con una expresión cautelosa, como si las hubiera pillado in fraganti haciendo algo que no debían—. Daniela, he visto a Montse en la entrada, creo que te está esperando —le dije haciendo referencia a la monitora que se ocupaba de pasar a recogerla.

Ella asintió y se levantó de un salto del banco.

—Espero verte otro día. —Se despidió con una tímida sonrisa.

—Seguro que sí —respondió Vicky guiñándole un ojo—. Hasta pronto, Daniela.

Cuando la niña desapareció por el pasillo, Vicky suspiró y me agarró del brazo.

—Qué lástima... La vi ahí sentada tan sola y tan triste que no pude evitar acercarme. ¿Qué le pasa? —me preguntó.

—Hace un par de años perdió a sus padres en un accidente y la abuela que la cuidaba desde entonces murió hace unos meses. Ahora vive en un centro de acogida de menores y lo está pasando muy mal. Se ha quedado sola en el mundo.

—Dios mío, pobrecita, qué triste —se lamentó Vicky.

Su actitud me sorprendió, no solía mostrar tal nivel de empatía con nadie. Siempre se comportaba de un modo tan frío, que era raro verla apenada por alguien que no fuéramos Su o yo.

—Sí que lo es, sí. Estamos intentando encontrarle un hogar de acogida, aunque por su edad y el trauma por el que ha pasado, no está siendo fácil.

—No puedo creer que nadie quiera a una niña así, se la ve tan dulce y adorable...

—Sí, pero la gente quiere bebés, no niños mayores que arrastran traumas. Es una verdadera lástima, pero es la realidad.

Dejé a Vicky esperándome en el pasillo mientras iba a buscar el bolso y la chaqueta a la sala de profesores. Se quedó muy pensativa con el tema de Daniela... Aquella historia había tocado su duro corazón.

Cuando llegamos a casa de Vicky nos encontramos a Su hecha un guiñapo, tirada en el sofá, despeinada, con los ojos enrojecidos y la mirada perdida. Me explicó todo lo que le había sucedido con Eric y yo, como buena amiga, la escuché, le dije que la comprendía e insulté, cuando fue necesario, a aquel cretino. Nos pasamos unos cuantos días totalmente pendientes de ella, cuidándola e intentando animarla. Eric se había equivocado y había armado un buen lío, pero en el fondo tampoco había hecho algo imperdonable. Al menos eso pensábamos Vicky y yo. El problema era que Su no quería verlo. Cuando se vio con ánimo de volver a su piso, la dejamos a su aire. Nosotras poco más podíamos hacer aparte de sacarla de casa y distraerla. Al final nos llamó para decirnos que se iba unos días a casa de sus padres, que vivían en un pueblo fuera de la ciudad, para desconectar y poder pensar. Nos pareció una idea estupenda, necesitaba alejarse de todo y decidir sobre el futuro de su relación. Nosotras confiábamos en que las cosas se arreglarían por sí solas.

Ví a Eric un par de veces en el gimnasio y no tenía mucho mejor aspecto que mi amiga. Estaba abatido y ojeroso. Raúl me confirmó que estaba hecho polvo. Intentó hablar conmigo una vez, pero mi lealtad estaba del lado de Su, así que pasé de él. En el fondo me dolía, me hubiera gustado darles un empujoncito, pero tenía que dejar que lo solucionaran solos, sobre todo porque a mí tampoco me gustaba que se metieran en mis cosas y había sido la primera que, en los últimos meses, había dejado a mis amigas al margen de mis problemas.

Durante aquellas semanas seguí comportándome como una cobarde que eludía el tema de la conversación pendiente con Toni. Le había pedido dos semanas para pensar y habían pasado de largo sin darle noticias. Si no me odiaba, le faltaría poco. Raúl no volvió a presionarme para que hablara con él y nuestra relación se mantuvo en el mismo punto en el que estaba. Encuentros secretos y apasionados que no sabíamos hacia dónde nos llevaban, pero que disfrutábamos mucho, junto a alguna que otra salida a cenar que utilizaba para compensarme por su falta de compromiso verbal. En breve Toni daría señales de vida. Le había prometido una respuesta y no tardaría en venir a reclamarla, no era de los que lo dejarían pasar.

Lo único bueno de aquellos días era que mi madre seguía saliendo con el tal José Antonio y había olvidado que me odiaba, dejándome en paz, a mi aire, sin presiones, sin hablar de boda y sin nombrar a Toni y su misteriosa desaparición...

Lo que peor llevaba, y en lo único en lo que no quería pensar, era en que aún no me había venido la regla. Podía seguir negando la realidad, pero la mañana que me desperté descompuesta y acabé vomitando hasta la primera papilla y tuve que llamar al trabajo diciendo que estaba enferma, me di cuenta de que se me había acabado el tiempo. Agotada después de expulsar sólidos, líquidos y bilis por la boca, me tumbé en la cama y me dormí. Tuve un sueño inquieto y repleto de pesadillas en las que un tipo que no conocía de nada, vestido con un mono blanco y una gorra a juego, y del que no podía librarme por más que lo intentaba, empapelaba mi casa con carteles de colores fluorescentes y el mensaje: «Bebé a bordo» escrito en letras gigantes. ¿Estaría mi subconsciente tratando de decirme algo?

A la mañana siguiente, después de otra sesión de vómitos, espasmos, mareos y una sensación tan horrible en el cuerpo que llegué a suplicarle a Dios que, si eso tenía que durar mucho tiempo más, enviara un rayo para acabar conmigo y mi sufrimiento, decidí pasar por la farmacia antes de ir al trabajo, ojerosa y hecha una mierda. Y ¡sí! Había dicho mierda. Creo que después de vomitar como si fuera la niña del exorcista merecía poder decir una palabrota sin que nadie se escandalizara, aunque no lo tuviera por costumbre.

Compré una prueba de embarazo, como era de suponer... Bueno, en realidad compré dos, más que nada para asegurarme, pero tenía pocas dudas sobre mi estado y estaba muerta de miedo. Me hice la prueba en los baños del colegio durante la hora del recreo, sola por elección, mientras tenía a Mónica castigada en clase copiando un texto aburridísimo porque había vuelto a portarse fatal. Esperaba que a mí el niño no me saliera así, solo me faltaría eso. Las dos pruebas dieron un resultado positivo, no iba a dar más vueltas al asunto porque ya lo tenía asumido, Raúl me había dejado embarazada a la primera, ¡menuda puntería! Lo malo era que no sabía en qué punto nos encontrábamos, no obstante, tenía muy claro que él no buscaba una relación seria porque aún estaba muy tocado por la muerte de su novia, así que íbamos a tener un grave problema porque a mí no se me ocurría nada más serio que tener un hijo y me daba pánico darle la noticia.

Resumiendo: había un novio al que tenía que dar calabazas y un amante con el que iba a tener un hijo, pero que estaba tan traumatizado por su pasado que saldría huyendo en cuanto se lo contara. Además, estaba coladita por él... Bueno, para qué mentir, enamorada hasta las trancas, y él quedaría horrorizado si se lo confesaba. Un panorama muy desolador... Bien, siguiente paso: pedir cita con el médico. Lo demás ya lo solucionaré, lo importante era el bebé. No lo había buscado, todavía me estaba haciendo a la idea, pero ¡qué demonios! Era profesora de primaria, adoraba a los niños y ya le amaba con todo mi corazón. Lo demás podía seguir esperando.

La mayor sorpresa de aquel día no fue que las pruebas de embarazo dieran positivo, eso ya me lo esperaba, sino encontrarme a Vicky sentada en el mismo banco del colegio que la otra vez, hablando con Daniela y pintándole las uñas de rosa. No daba crédito.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sin saludos ni formalismos. Directa al grano.

—Hola... —me saludó sin levantar la mirada ya que estaba acabando de repasar una uña a la niña—. He venido a buscarte y pensé que podría aprovechar para enseñarle el pintañas a Daniela. El otro día me pareció que le gustaba.

La niña ni siquiera había reparado en mi presencia porque miraba a Vicky como si fuera un superhéroe o algo así.

—Ya está... —dijo cerrando el pintañas. La pequeña miraba sus diez uñitas embelesada—. Como Su está con sus padres, he pensado que podríamos hacer algo tú y yo.

—Claro, ¿por qué no? —acepté. La propuesta me sonaba a excusa. Estaba convencida de que había venido a ver a la niña—. Iré a coger mi bolso. Daniela, Montse te está esperando.

La niña asintió y le dio un beso en la mejilla a Vicky. Luego se fue por el pasillo.

Aquella tarde era tarde de gimnasio, así que había tenido que mandar un mensaje a Carol diciéndole que no iba a poder ir porque estaba mal del estómago. En mi estado no sabía si ese tipo de deporte podía ser bueno para el bebé y no quería correr riesgos. Me pareció un plan alternativo estupendo lo de ir a tomar un café con Vicky y charlar un rato. Me pedí una infusión con la excusa de que llevaba unos días revuelta y frente a nuestras tazas humeantes, estuvimos hablando de algunas trivialidades. Se respiraba en el ambiente que ambas tenemos algún secreto que ocultar porque la conversación estaba resultando forzada. Al final Vicky tuvo más valor que yo y se lanzó al tema.

—Verás, Lisa, he venido a buscarte al colegio porque quería hablar contigo sobre algo, aunque no sé muy bien cómo... —Tragó saliva nerviosa, era la primera vez que la veía tan falta de confianza—. Supongo que te habrás dado cuenta de que el caso de Daniela me ha afectado un poco.

—Algo he notado, sí.

—Igual te parecerá una locura, pero ¿crees que si hablara con los asistentes sociales me dejarían pasar alguna tarde con ella? —me preguntó con una mirada tan desnuda y tan sincera que me emocionó—. Podríamos ir al cine o al parque a merendar...

—No lo sé, Vicky, tendrías que hablarlo con ellos, pero ¿qué intenciones tienes? —le pregunté.

La conocía y sabía que cuando se encaprichaba de algo no paraba hasta conseguirlo y cuando se cansaba se olvidaba de ello. Daniela no era un vestido de marca o un par de zapatos, era una niña que lo estaba pasando muy mal y no merecía que alguien le creara falsas esperanzas.

—No estoy segura, Lisa, no quiero precipitarme. Solo sé que me gustaría conocerla mejor y compartir algo de tiempo con ella. Su historia me ha conmovido. Desde que la conocí el otro día no he podido dejar de pensar en ello.

—Eso son palabras mayores —dije muy seria—. No es un juego, se trata de la vida de una niña. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? —replicó ofendida—. ¿Crees que si no lo hubiera meditado muy a fondo estaría aquí hablando sobre ello? Me conoces, Lisa, por Dios.

—No te enfades. Es que me sorprende —me excusé—. Siempre me has parecido alguien despreocupado que quiere vivir su vida en libertad. Nunca hubiera imaginado que te plantearas algo como esto.

—Bueno, las cosas cambian... —murmuró pensativa—. Sabes que no creo en el matrimonio ni en el amor. Que, tal y como dices, nunca me he planteado la idea de tener hijos y no quiero saber nada de los hombres a largo plazo. Tengo un negocio y una vida plena, con amigos y gente que me quiere, pero conocer a Daniela ha removido algo dentro de mí que pensaba que estaba muerto. Te parecerá una locura, a mí también me lo parece, pero me gustaría darle todas esas cosas que yo no pude tener.

Vicky había tenido una infancia complicada. Nunca nos había hablado abiertamente de ello, pero estaba ahí y lo sabíamos. Hacía años que no se hablaba con su padre y tenía una hermana pequeña que vivía fuera de España con la que apenas mantenía el contacto. Además, su madre había muerto cuando ella aún era una niña y dejó Madrid, su ciudad natal, en cuanto cumplió los dieciocho años para instalarse en Barcelona y crear su propio negocio, viviendo su vida lejos de ellos y perdiendo todo contacto. Lo que había dicho sobre sí misma era verdad, pero también lo era que cuando uno madura y va haciéndose mayor cambia la perspectiva de muchas cosas. Si iba en serio con el tema de Daniela la ayudaría.

—¿Estás segura?

—Completamente. Lo único que quiero es pasar algún rato con ella y saber si le gusto, si le caigo bien, si le gustaría... —Carraspeó—. Bueno, vivir conmigo.

¡Madre mía! Sí que iba en serio, sí. Nuestra Vicky se hacía mayor.

—Vicky, te adora. Si hubieras visto cómo te miraba esta tarde mientras le pintabas las uñas lo entenderías. —Ella sonrió complacida—. Si vas en serio te ayudaré en lo que pueda.

—¿De verdad? —me preguntó esperanzada y le brillaron los ojos ilusionados, como un puñado de lucecitas de Navidad.

Asentí. Solo esperaba que aquello no fuera un capricho y tuviera un final feliz. Nos pasamos el resto de la tarde hablando sobre el tema. Me ayudó a olvidar durante un rato que estaba... ¡¡embarazada!! ¡Oh, Dios mío!

A la mañana siguiente, Su nos hizo una llamada a tres para contarnos que gracias a un contacto de su padre había encontrado trabajo. Nos pusimos a gritar, muy contentas y emocionadas, prometiendo que quedaríamos para celebrarlo en cuanto volviera a la ciudad. La notamos animada. Empezaba a remontar tras la ruptura. Esperaba que acabara perdonando a Eric y las cosas se solucionaran entre ellos porque se veía a leguas que estaban hechos el uno para el otro.

La que no cabía en sí de contento era Vicky. Después de nuestra conversación había hablado con Montse, la monitora de Daniela, y le había expuesto el caso para que me diera su opinión. La decisión no dependía de ella, aun así, podía ayudarnos a influir en favor de mi amiga. Le aseguré que Vicky era alguien de absoluta confianza, con una casa de propiedad y un negocio. Sin embargo, me dijo que lo de ser una mujer soltera podría suponer un obstáculo para llegar a acoger a la niña. A

nuestro favor jugaba que, por el momento, no había ninguna pareja interesada en ella. Además, la pequeña se mostraba encantada con Vicky. Ya habían pasado una tarde juntas y se lo pasaron en grande, algo que Daniela me confirmó a la mañana siguiente en el colegio. Cuando le pregunté por Vicky se le iluminaron los ojos y me dijo que estaba deseando volver a verla. Mi amiga lo estaba haciendo bien, muy bien. Aunque había momentos en los que Vicky me hacía dudar, en el fondo sabía que era una mujer responsable y lo más seguro era que aquella historia acabara bien para ambas.

Lo que no iba a acabar bien era lo mío. Seguía negándome a hablar con Toni y ni me planteaba hablar con Raúl sobre el embarazo. El bebé estaba bien, era un feto sano de seis semanas de gestación, así me lo confirmó el ginecólogo después de mi visita. Me recetó vitaminas y me aconsejó suavizar con el deporte, así que definitivamente dejaba el spinning, para disgusto de Carol que no entendía nada, pero seguía con el *aquagym*. Con los vómitos y los mareos poco podía hacer más que esperar que pasaran los primeros meses. Solo me quedaba la opción de resignarme y asumir que estaba adelgazando y que a lo mejor me moría alguna mañana de esas mientras vomitaba mis propios intestinos. Maldita mi suerte.

Tras la vuelta de Su, salimos a celebrar su nuevo empleo y las chicas sospecharon de mi extraño comportamiento, sobre todo porque me negué a beber alcohol y fui incapaz de comer casi nada. Seguía en mi realidad paralela, negándome a contar nada, sin querer asumir la verdad y enfrentarme a ella.

Mi madre continuaba quedando con José Antonio para sorpresa de todos. Le invitó a comer un domingo a casa de mi hermano para presentarle oficialmente y tranquilizarnos. Tal y como me dijo Raúl, resultó ser un señor mayor muy educado que bebía los vientos por ella. Desde que salía con él se mostraba más amable y había vuelto a coger la costumbre de llamarme cielito, como hacía cuando era pequeña. Yo, con lo sensible que estaba por el embarazo, no hacía más que romper a llorar cada vez que me lo decía. Creo que mi familia y mis amigos pensaban que me estaba volviendo loca y quizá tenían razón.

El que estaba muy contento con mi nueva situación era Raúl, porque desde que me había quedado embarazada me había vuelto una adicta al sexo y tenía ganas a todas horas. Cosa de las hormonas, así que él encantado. Si hubiera sabido el verdadero motivo no sé si lo habría estado tanto... Aun así, parecía preocupado porque cada vez que me veía desnuda estaba más delgada. Aunque intentaba esforzarme en comer, me era imposible tragar bocado y no acabar vomitando. Del café ni hablamos. ¡Asco puro!

Poco tiempo después, Su nos dio la noticia que todos estábamos esperando. Tras meditarlo mucho y darse cuenta de que no podía vivir sin él, había decidido darle una oportunidad a Eric. Había vuelto con él con la condición de que se trabajara la relación y volviera a conquistarla. En ello estaban.

Todo avanzaba de manera positiva y en apariencia no podría ir mejor, si no fuera porque yo llevaba unos meses dedicándome a ocultar mucha, muchísima información y, como era de prever, mis propias mentiras me alcanzaron y me estallaron en la cara.

Fue una tarde al salir del gimnasio... Carol se puso muy pesada intentando sonsacarme información, así que apenas me despedí de ella y la dejé plantada en la puerta con una excusa tonta para irme directa a casa. Cuando estaba acercándome divisé una figura apoyada en la pared junto al portal... Era Toni. ¡Mierda, mierda y más mierda!

Sí, lo de las palabrotas también era culpa de las hormonas. Todo era culpa de las malditas hormonas.

—Hola —le saludé tímidamente en cuanto le alcancé. La mirada que me lanzó resultó... intimidante.

—Supongo que el mutismo de las últimas semanas se debe a que tu respuesta es no —me dijo de cara al grano, con muchísimo más valor que yo—. ¿Tanto te costaba llamarme? Me pediste dos semanas y han pasado dos meses, Lisa, ¡joder! ¿Qué pretendes?

Era evidente que estaba enfadado. Enfadado de verdad.

—Yo... Lo siento —dije cabizbaja. Ya no podía seguir negándolo más.

—¿Si no llego a venir me lo habrías dicho alguna vez? ¿Me habrías llamado o me habrías tenido eternamente en vilo? ¿Tan cobarde eres? —preguntó acercándose cada vez más, invadiendo mi espacio personal.

—No sabía cómo... Al principio tenía dudas... —Intenté explicarme bajo su atenta y furiosa mirada.

Acabé arrinconada contra la pared, con él frente a mí, ocupando todo el espacio. Toni nunca me había dado miedo, me parecía un hombre inofensivo y lo seguía pensando, pero estaba asustada, no por su reacción, sino porque me había pillado desprevenida y no sabía qué decirle. Si hubiera sido valiente, aquel encuentro se habría realizado de manera amistosa, conmigo exponiendo con claridad todas las razones por las que no era una buena idea seguir saliendo juntos. No así, de sopetón y con él muy cabreado.

—¿Dudas? ¡No fastidies! —Golpeó con la mano abierta contra el muro que había detrás de mí y me sobresalté—. Me parece que desde el momento que viste el anillo lo tuviste claro, Lisa y no tuviste el valor de decírmelo. Has jugado conmigo durante semanas...

—No fue por el anillo, fue un cúmulo de cosas, yo... —Me aclaré la garganta. Vale, ahí iba la bomba—. Hay otra persona.

—¿Qué? —bramó y me cogió del brazo zarandeándome—. ¿Quién?

—¿Qué cojones haces, tío?! —exclamó una voz furiosa que pertenecía a alguien que conocía muy bien—. Suelta a mi chica. ¡Ya!

Me había olvidado por completo de que había quedado con Raúl y que podía aparecer en cualquier momento por mi casa. Así que ahí estaba, detrás de Toni, con los puños apretados a los costados y una mirada letal que no le había visto nunca. Todo sucedió muy deprisa y cuando quise darme cuenta, Toni me había soltado y Raúl estaba agarrándole por las solapas del abrigo y gritándole algo a la cara. Supongo que ya no le quedaba ninguna duda sobre la identidad de esa tercera persona. Raúl le dio un empujón que le lanzó contra un coche que había aparcado en la acera. Yo permanecía inmóvil, observando la escena como si de una película se tratara. Toni se incorporó y, lejos de actuar con prudencia, se abalanzó sobre él, pero no tenía nada que hacer. Raúl practicaba deporte con regularidad y estaba en forma. En cuanto intentó propinarle un empujón, Raúl alzó el puño y le dio un derechazo en la mandíbula. Fue entonces cuando reaccioné y me puse a gritar que pararan, pero ninguno de los dos me hizo caso. Toni se llevó la mano a la mejilla, que ya empezaba a hincharse, y volvió al ataque contra el otro.

—Raúl, ¡no! ¡¡Basta!! —grité al ver cómo alzaba el puño y golpeaba a su oponente en el estómago y en la cara.

Toni se tambaleó y, con la fuerza del impacto, acabó perdiendo el equilibrio. Cayó al suelo y se golpeó contra el bordillo con la mala suerte de partirse un diente. Algo blanco le saltó de la boca y un montón de sangre lo salpicó todo. Dios, iba a vomitar. ¡¡Todo aquello era culpa mía!! Mareada, pero decidida, me abalancé sobre Raúl. Resultaba evidente que tenía intenciones de seguir golpeándole, así que le agarré del brazo. Él me miró volviendo en sí. Fue entonces cuando oímos las sirenas y vimos las luces parpadeantes que se dirigían hacia nosotros. Supongo que algún vecino, alertado, había llamado a la policía. Más tarde, tras responder algunas preguntas de lo más incómodas, acabamos en el hospital. Siendo sincera, no me gustó un pelo ese lado sádico y violento que había descubierto en Raúl. ¿Qué habría pasado si no llego a detenerle? Esa era una pregunta para la que no quería hallar respuesta. Estaba asustada y por fin había llegado el momento de contar la verdad... No me lo pensé y llamé a Su.

Capítulo 24

Cuando presioné sobre el nombre de Susana en la pantalla de mi teléfono móvil, me di cuenta de lo mucho que me temblaban las manos. Estaba sola en urgencias, en la sala de espera y muy asustada. Al fin escuché su voz al otro lado de la línea, aunque tardó unos cinco tonos en responder, que se me hicieron eternos.

—¿Qué ocurre, Lis? —preguntó preocupada.

Solo una de mis mejores amigas se daría cuenta de que una llamada mía a la una de la madrugada significaba problemas, problemas serios. Empecé a llorar e hipar como cualquiera de mis alumnos de primaria cuando, jugando durante el recreo, se caía y se raspaba en las rodillas. Inconsolablemente.

—Estoy en el hospital —contesté entre lágrimas—. Raúl acaba de pegar a Toni en mitad de la calle y... había mucha sangre, Su.

Tras una breve conversación en la que intentó calmarme en la medida de lo posible, me aseguró que en veinte minutos iba a estar allí. Colgué y me senté en una de las sillas de la sala. Un fluorescente parpadeaba sobre mi cabeza y el desagradable olor a antiséptico y a enfermedad me provocaba náuseas. Se habían llevado a Raúl y a Toni dejándome a mí allí sentada, muy preocupada y a la espera de noticias. Cinco minutos después de la llamada a mi amiga, apareció un médico para informarme de que Toni iba a quedarse aquella noche en observación. A causa de los puñetazos que le propinó Raúl, había caído al suelo con la mala suerte de golpearse la cabeza contra el bordillo y querían descartar una posible conmoción cerebral, aunque seguía estable y no presentaba síntomas preocupantes. Pedí verle, pero me dijeron que no quería recibir visitas de nadie. Así que volví a sentarme resignada.

—Lisa...

Levanté la mirada en cuanto oí aquella voz. Había bajado la cabeza intentando que la sangre volviera a circular con normalidad y desapareciera aquel mareo desagradable que sentía. Era Raúl. Llevaba un vendaje alrededor de los nudillos de la mano derecha. Con la izquierda sujetaba sobre ellos una bolsa de hielo para lesiones. Si necesitaba aquello debía ser porque había pegado a Toni más fuerte de lo que pensaba.

—Déjame en paz, Raúl, no quiero hablar contigo ahora —le dije apartando la mirada.

Dios... Iba a vomitar de un momento a otro.

—Lo siento, Lisa... Pensé que te estaba haciendo daño —se excusó con una mirada triste y compungida—. No podía permitirlo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Raúl? —le pregunté exasperada—. Que actúas antes de pensar.

—Lo sé, créeme. La he cagado, ¡joder! —Cuando se dio cuenta de que no iba a contestar se sentó tres sillas más allá, en la misma hilera que yo, pero dándome un poco de espacio—. El enfermero que me ha atendido me ha dicho que Toni no va a denunciarme.

—Pues has tenido suerte porque te lo merecías. Tendrías que darle las gracias.

—¡Sí, claro! —exclamó sarcástico—. Toni, el santo.

—Santo no, pero es mucho más responsable y sensato que tú.

Antes de que pudiera protestar, entraron en la sala Eric y Su. En cuanto mi amiga me localizó, corrió hacia mí y se arrodilló para rodearme con sus brazos. Raúl se levantó al ver llegar a su amigo y este le pegó un empujón con la mano que le hizo volver a caer sentado en la silla.

—¿Qué coño pasa contigo, tío?! —le dijo.

—¿Qué ha pasado, Lisa? —me preguntó Su obligándome a centrar la atención en ella.

—Tuve una pelea con Toni en la calle. Fue algo verbal, Toni no es violento, pero me agarró del brazo y me zarandó —le contesté—. De pronto apareció Raúl, nos separó bruscamente y le asestó un derechazo y unos cuantos puñetazos. Dios, Su... ¡Le saltó un diente! Fue horrible, había mucha sangre salpicándolo todo... —Me tapé los ojos con las manos, angustiada al recordarlo—. De uno de los impactos cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra el bordillo.

—¡Madre mía! ¿Y cómo está?

—Me ha dicho el médico que debe quedarse en observación esta noche para descartar una posible conmoción cerebral, pero en principio, aparte de los golpes, está estable.

—¿Has podido verle?

—Ha dicho que no quería recibir visitas.

Mientras hablábamos, nos habíamos levantado alejándonos de Eric y Raúl. Ellos habían hecho lo mismo y conversaban en voz baja al otro lado de la sala.

—Bueno, no te preocupes ahora. Lo importante es que está bien y que...

De repente las palabras de Su empezaron a parecerme susurros lejanos y sentí que se me nublaba la vista.

—¡Eh! —exclamó mi amiga sentándome en una de las sillas—. ¿Te has mareado?

—Sí, sí... Pero estoy bien —farfullé mientras ella me abanicaba inútilmente con la mano.

—Es el ambiente de los hospitales y el susto —me dijo.

Yo negué con la cabeza.

—No es eso... —La miré directamente a los ojos y, asegurándome de que los chicos seguían en el rincón sin poder oírnos, murmuré—. Estoy embarazada, Su.

Mi amiga puso unos ojos como platos y solo hizo una pregunta:

—Pero ¿de quién?

Miré disimuladamente hacia la derecha, donde los chicos hablaban, y Su siguió la dirección de mi mirada.

—No... —susurró.

—Es de Raúl —confesé tras unos segundos.

—Joder, Lisa... —Sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo—. Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

—Nos estamos viendo desde hace algunas semanas. —Ella estaba con la boca abierta, no era para menos—. Quería contarle, pero iban pasando los días y... no sé. Primero pensé que iba a ser solo cosa de una vez, luego todo se fue complicando hasta que se me ha ido de las manos.

—No puedo creerlo...

—Por favor, perdóname, Su —supliqué cogiéndole las manos—. No es que no confiara en vosotras, es que me sentía presionada por mi madre, por Toni... Lo de Raúl me hizo sentir libre por primera vez en mucho tiempo y no quería compartirlo con nadie por miedo a estropearlo.

—Está bien, lo entiendo, pero tienes que contárnoslo todo tanto a Vicky como a mí —me advirtió señalándome con el dedo—. ¿Él lo sabe?

Negué con la cabeza.

—No lo sabe nadie, eres la primera.

—En menudo lío te has metido, amiga. —Tenía toda la razón. Me cogió de la mano y nos encaminamos hacia los chicos—. Esta noche me quedaré con Lisa —le dijo a Eric sin dirigirle ni una mirada de soslayo a Raúl. Él asintió.

—Yo me ocupo del capullo este —respondió señalándole.

Cuando ya nos íbamos para casa, mientras Su se despedía de Eric, Raúl se acercó a mí.

—Lisa, yo... lo siento —murmuró—. Pensaba que te estaba haciendo daño —repitió tal y como me había dicho antes.

—No me ha gustado lo que he visto de ti esta noche, Raúl. Esa actitud tan violenta...

—Ya lo sé. Perdí los nervios, no sé qué me ha pasado.

—Mira, ya hablaremos mañana, ahora necesito irme a casa y dormir un rato.

—Sí, tienes mala cara —comentó preocupado acariciándome la mejilla.

—Vámonos. —Su apareció por detrás y, agarrándome del brazo, tiró de mí hacia la salida.

Miré por última vez a Raúl y me dejé guiar por mi amiga en busca de un taxi. Cuando llegamos a mi casa no me hizo ninguna pregunta. Se limitó a prepararme un vaso de leche caliente mientras me daba una ducha y me ponía el pijama. Hice esfuerzos por tragarme la leche y me acosté en la cama, rodeada por sus brazos, dejándome conducir hacia un profundo sueño.

—¡Joder, Lisa! No puedo creerlo... —exclamó Vicky al día siguiente.

Estaba sentada en el sofá de mi casa con Maléfica en el regazo. La gata se dejaba acariciar como la bola peluda y cariñosa que era con todo el mundo menos conmigo. Si hasta ronroneaba y todo, la muy traidora.

—Ya, hasta a mí me cuesta creerlo —reconocí.

Tomé un sorbo del té que me había preparado Su. Era lo único que podía tragar sin vomitar.

—¿Cuándo se lo vas a contar? —me preguntó dejando un plato con un sándwich de pavo frente a mí.

«No amiga, no me lo voy comer», pensé, pero no lo dije en voz alta. De pronto, hacerme comer se había vuelto una necesidad apremiante para mis amigas. No entendían lo que suponía vomitar sin parar y que todo te diera náuseas.

—No lo sé. Raúl arrastra una historia pasada y no creo que le haga mucha ilusión la noticia —confesé con sinceridad.

Estaba convencida de ello. Veía con absoluta claridad en mi mente el tatuaje del ángel grabado en su piel y sabía que la noticia de un bebé en camino iba a conmocionarle y no precisamente de manera positiva. Así que estaba bastante muerta de miedo. Por lo menos me había quitado de encima el peso de contarle la verdad a Toni, pero las consecuencias habían sido nefastas. Había llamado al hospital por la mañana y cuando pedí que me pusieran con su habitación, me dijeron que el paciente había ordenado que no le pasaran ninguna llamada. La persona que me atendió se apiadó de mí y me dijo que estaba estable y evolucionaba de manera favorable. Además, me comunicó que sus padres habían pasado la noche con él, vigilándole. Supuse que la conmoción había quedado descartada y todo se había reducido a hematomas por los golpes y la pérdida de una pieza dental. Pobre Toni, seguramente me odiaba por ello.

El que no había dejado de llamar en toda la mañana había sido Raúl, no obstante, no quise cogerle el teléfono. Estaba enfadada, muy enfadada. La otra noche había traspasado todos los límites y no se lo podía perdonar tan fácilmente.

—Sea como sea, tendrás que decírselo. Porque vas a tenerlo, ¿no? —me preguntó Su.

Ambas me miraron expectantes. Me sorprendió que, conociéndome, dudaran.

—Por supuesto —afirmé acariciándome el vientre, que aún estaba plano.

—¡¡Vamos a ser tías!! —Vicky lanzó un grito emocionado y Su la secundó.

—Tendremos que ir de compras, estoy deseando empezar a mimar a este bebé.

—¡Y yo! Conozco una tienda muy mona de cositas para recién nacido. Ya verás, te va a encantar. Todavía no sabemos si va a ser niño o niña, ¿verdad, Lis?

—Es demasiado pronto —respondí. Aun así, algo dentro de mí, llamémosle instinto maternal, me decía que el bebé iba a ser un niño.

—Bueno, seguro que encontraremos algo que pueda valer para ambos sexos. Unos patucos amarillos, por ejemplo —propuso Su.

Ya las veía a ambas llenándose la casa de ropita y, sinceramente, estaba encantada.

—Lo que más me alucina de toda esta historia, aparte del hecho de que te hayas ligado a un chico malo, que por cierto ella y yo ya lo sospechábamos —comentó Vicky señalando a Su—, es que el tío te dejara preñada haciéndolo a cuatro patas en el balcón. A ti, Lisa, que eres una mojigata. Es surrealista, ¿no me jodas!

Ambas estallaron en carcajadas y, aunque en un principio puse una mueca de desagrado y me arrepentí de haber contado más detalles de los necesarios, acabé acompañándolas. Todo lo que me había sucedido desde que me había inscrito en la página Citas de Amor era totalmente surrealista, no podía negarlo. Si alguien me lo hubiera dicho seis meses antes le habría tomado por loco, así que la risa me pareció una buena terapia para olvidar todos mis males.

La semana transcurrió con relativa normalidad. Vomitar como si no hubiera un mañana y sobrevivir al trabajo. Mis amigas, que se habían vuelto muy protectoras con lo del embarazo. Mi madre, que poco a poco iba retrocediendo en el tiempo y se parecía más a la mujer que era antes de la muerte de mi padre. Y las insistentes llamadas y mensajes de Raúl a las que yo no contestaba. Eso sin contar con el mutismo comprensible de Toni.

Aquel sábado era mi cumpleaños y las chicas decidieron organizarme una fiesta en casa de Vicky. En otra ocasión lo hubiéramos celebrado yendo a cenar y tomándonos unos cuantos mojitos, pero con la noticia del embarazo decidimos que una merienda con tarta de chocolate era mejor opción. Además, Vicky iba a pasar aquel sábado con Daniela y así aprovecharía para presentarla de manera oficial. Pusieron frente a mí una tarta enorme, como mínimo para veinte personas, con dos velas gigantes de colores que anunciaban a todo aquel que no lo supiera que cumplía treinta años. Daniela se sentó en mis rodillas mirando el pastel con ojos brillantes. Desde que estaba con Vicky había hecho un cambio considerable y ya no se parecía en nada a la niña depresiva que había conocido en el colegio.

—La he elegido yo —me dijo orgullosa.

—Es la tarta de cumpleaños más increíble que he tenido en mi vida —aseguré—. Aunque voy a necesitar ayuda para soplar esas velas gigantes... Me estoy haciendo mayor.

Ella soltó una risilla.

—Yo puedo ayudarte.

—Eso sería estupendo.

Ambas soplamos con fuerza y mis amigos rompieron en aplausos. Habían venido todos. Eric y Su, así como Alexei y Carol, que tal y como imaginaba, le cayó bien a todo el mundo.

—Ponme un buen trozo, flaca. —Me guiñó un ojo y señaló la tarta que iba a empezar a cortar.

—Eso está hecho.

—Ven aquí, princesa.

Alexei me cogió a la niña del regazo para que pudiera estar más cómoda manejando el cuchillo. Ella le rodeó el cuello con un brazo y me miró intrigada.

—*Alexei*, ¿es verdad que Lisa tiene un bebé dentro de la tripa? —le preguntó y él me miró con cara de: «¿qué le digo?».

—Me parece que sí —le respondió cuando le hice una señal afirmativa con la cabeza.

Ya no era un secreto que estaba embarazada, al menos para mis amigos. Además, minutos antes me habían hecho entrega de los regalos y todos habían ido destinados al bebé. Tenía que hacerme a la idea de que los regalos para mí se habían terminado.

—¿Podré verle pronto? —preguntó la niña mientras Alexei la sentaba a la mesa y le ponía una servilleta alrededor del cuello para prevenir las manchas de chocolate que se avecinaban.

—Todavía no, cielo. Tendremos que esperar un poco más.

Parecía decepcionada, pero se le pasó enseguida en cuanto le pusimos un pedazo de tarta delante. No sé quién estaba más emocionada con el pastel, si Carol o ella. Jugueté un poco con mi porción mientras mis amigos charlaban y reían. Seguía con el estómago cerrado y apenas podía tragar nada, no obstante, hice un esfuerzo y me llevé un pedazo a la boca. Estaba deliciosa. Después del brindis, que Daniela y yo hicimos con limonada, Su reclamó nuestra atención.

—¡Chicos! Tenemos algo que contaros —anunció mirando a su novio con ojillos tontorrones—. No queríamos robar protagonismo a Lisa, pero es una buena oportunidad porque estamos todos juntos. Quizá os parecerá precipitado, pero... ¡Eric y yo vamos a casarnos! —exclamó emocionada.

—¡¡¡¿Qué?!!! —soltamos todos a coro.

—Pero ¿cómo...? —preguntó Vicky anonadada, levantándose de la silla y mirando a la pareja tan sorprendida por la noticia como lo estábamos todos los demás.

—Nos hemos dado cuenta de que la vida es corta, que nos queremos y que no podemos perder el tiempo —contestó Eric—. Así que me dije: ¡qué coño! Quiero hacerlo. Su me dijo que sí, que también quería y de pronto estábamos hablando con nuestros padres y haciendo planes. Somos un par de locos, lo sabemos, pero locos enamorados.

Ella le miraba con tal embeleso que incluso a mí me resultaba empalagoso y él le correspondía con una mirada parecida.

—Nos casamos en dos meses, así que ya podéis empezar a anotar la fecha en vuestras agendas porque os queremos a todos allí.

Tras aquella declaración y el brindis de rigor por la pareja, les bombardeamos a preguntas y nos pasamos el resto de la tarde planificando lo que iba a ser la boda más precipitada del año. ¡Ni que la embarazada hubiera sido Su!

Sobre las nueve salimos de casa de Vicky. Ella tenía que llevar a Daniela de vuelta al centro de acogida de menores y no quisimos entretenerla. Carol insistió en acompañarme en metro a pesar de vivir al otro lado de la ciudad.

—Estás embarazada, flaca... —dijo como si eso lo explicara todo.

—Embarazada, no enferma o invalida, ni mucho menos incapacitada.

—Ya, bueno, pero me sentiría culpable si te pasara algo. Compláceme. Si no quieres ir en taxi, te acompaño. Además, me lo debes porque vas a dejarme tirada en el gimnasio.

—No será porque quiera —contesté—. Espero que tú no te des por vencida.

—Tranquila, no lo haré... Tengo que quemar todo este chocolate. —Sonrió y me guiñó un ojo.

Al final la convencí para que no bajara conmigo en mi parada y continuara el trayecto en dirección a su casa. Al salir de la estación fui dando un paseo y cuando estaba cerca de mi edificio, divisé una figura esperando junto al portal. Por un momento recordé la tarde que me encontré con Toni, sin embargo, el hombre que había allí de pie no era él, sino Raúl, sonriendo y más guapo que nunca. Mi corazón se saltó un latido por la emoción de volver a verle, a pesar de que la última vez fue en el hospital y en circunstancias mucho más desagradables.

—Hola, Campanilla —me saludó en cuanto me detuve frente a él—. Feliz cumpleaños.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunté cruzándome de brazos.

No podía apartar la mirada de la bolsita azul con letras plateadas que sostenía en la mano derecha. Era de Swarovski.

—Digamos que se le escapó ayer a Eric mientras nos cambiábamos en el gimnasio.

—Ya... —murmuré no muy convencida. Imaginé que el novio de mi amiga se había ido de la lengua deliberadamente.

—Te he traído un regalo —me dijo alzando la bolsa del tesoro—. ¿Me dejas subir?

Bueno, ¿qué puedo decir...? Raúl con un regalo de Swarovski era una combinación a la que no me pude resistir. Cogimos el ascensor y subimos en silencio. En cuanto cruzamos el umbral de mi casa, Maléfica se lanzó a sus brazos y él la acarició despertando en ella ronroneos de puro placer. Al parecer, los muy traidores, se había echado de menos.

—¿Sabes que Eric y Su van a casarse? —comenté para romper el hielo mientras nos sentábamos en el sofá, uno al lado del otro.

—Sí, ayer salimos a tomar unas cervezas y me dio la noticia. Menuda sorpresa.

—Pues sí, todavía estoy haciéndome a la idea.

—¿Vas a abrirlo? —me preguntó tras unos minutos de incómodo silencio en los que él se dedicó a jugar con Maléfica mientras yo les observaba sin decir nada.

Cogí el regalo y lo desenvolví con dedos temblorosos. Por el tamaño no parecía una pulsera, pero tampoco un collar... Me sorprendió que se hubiera acordado de mí adicción a la marca. Toni, el que había sido mi pareja y con el que supuestamente compartía algo más que sexo, me había hecho el regalo de Navidad más espantoso de mi vida. Sin embargo, alguien como él, con quien solo me acostaba, había prestado atención a los detalles y seguro que había acertado.

Ahogué una exclamación en cuanto saqué la preciosa figurita de su envoltorio. La alcé para ponerla a contraluz, dejando que emitiera sus característicos destellos. Era una preciosa y perfecta hada Campanilla tallada en cristales de Swarovski, con su traje en color verde, sus alas y una barita mágica en la mano. Cada detalle estaba cuidado minuciosamente.

—Madre mía, Raúl, es... ¡es preciosa! —exclamé emocionada y sin parar de darle vueltas maravillada por los destellos.

—¿Te gusta? —Asentí sin apartar la mirada—. Vi tu colección y quise comprarte algo especial, que significara algo.

—Es el mejor regalo de cumpleaños que he tenido —contesté mirándole a los ojos con sinceridad.

No quería ni pensar en la bolsa con los regalos de mis amigos, que había traído de casa de Vicky, llena de chupetes, sonajeros y ropita de bebé... Ay, no... ¡El bebé! Tenía que hablar con Raúl del bebé.

El que me comprara un regalo tan personal, del que solamente nosotros dos conocíamos el significado, me daba una pista de los sentimientos que escondía y que aún no se atrevía a expresar en voz alta, así que aquello me infundió un poco de valor.

—Por favor, Lisa, perdóname —rogó—. Sé que el otro día te asusté y que hice mal pegando a Toni, pero vi cómo te zandeaba y tú parecías tan vulnerable que se me cruzaron los cables. No podía tolerar que nadie te hiciera daño, ni el más mínimo roce, eso me puso furioso. No soy un hombre violento, no voy por ahí pegando a la gente. Es que ese día yo... —Se calló como si no se atreviera a pronunciar en voz alta los verdaderos motivos por los que se había puesto así.

—¿Qué ocurrió? —insistí.

—Era el aniversario de la muerte de Marta, mi novia. Ya no me afecta, hace tiempo que lo tengo superado, pero últimamente están pasando cosas que me tienen un poco desconcertado y se han avivado los recuerdos. Sé que no es excusa, simplemente ocurrió y no pude contenerme. Estaba cabreado por todo y ese pobre tío lo pagó, fue mi chivo expiatorio. Si quieres, estoy dispuesto a ir a hablar con él y pedirle perdón —me prometió cabizbajo.

Por más que insistiera en que lo tenía superado era evidente que no y Toni había pagado las consecuencias sin tener la culpa de nada. La muerte de su novia embarazada aún le afectaba. La prueba estaba en aquella reacción desmedida que había sido incapaz de controlar. Lo de mi embarazo iba a ser un señor bombazo. Me daba verdadero pánico decirselo.

—Sé que no eres así, Raúl —dije para tranquilizarle—. Aunque viendo lo que pasó el otro día, quizá deberías hablar con alguien. Es evidente que lo de la muerte de esa chica aún te afecta...

—No —me interrumpió poniéndose a la defensiva—. Solo fue un mal momento. Pasé muchos años yendo a un loquero y sé que ya no lo necesito. Te prometo que no volverá a ocurrir.

—Vale, está bien. —Asentí alzando las manos en señal de rendición.

Me levanté del sofá con mi precioso regalo, que iba a ocupar un lugar preferente en mi cómoda, y me di por vencida con el tema por el momento. Insistir solo iba a ser contraproducente, así que mejor dejar que las cosas se enfriaran unos días y luego volver a retomarlo. Raúl era un buen hombre, no la clase de gamberro que lo soluciona todo a puñetazos. Estaba algo atormentado por su pasado, sí, pero era bueno. Además, era el padre de mi bebé, lo mejor sería que nos lleváramos bien. Ya solucionaríamos el tema poco a poco. Tenía la esperanza de hacerle entrar en razón. Dejé la figurita junto a las demás en mi habitación y le sentí rodearme con los brazos por la cintura y apoyar la barbilla en mi hombro mientras la contemplábamos.

—¿Te apetece cenar? —pregunté dándole la vuelta entre sus brazos y olvidando el enfado por la pelea.

Él negó con la cabeza sin apartar la mirada de mis labios.

—¿Sabes lo que me apetece realmente, Campanilla? —Enarqué las cejas esperando que me lo dijera—. Me apetece hacer el amor con mi hada.

—Oh —Fue lo único que salió de mis labios porque a lo nuestro nunca le habíamos llamado hacer el amor. Raúl, para mi horror, prefería usar el verbo follar.

—Sí, oh —Me dio un beso en los labios—. ¿Qué me dices?

—Digo que sí —respondí sin dudar ni un instante.

Le había echado de menos y necesitaba desesperadamente aquella conexión con él, sobre todo sabiendo lo que se nos venía encima. Desde que me enteré de la noticia del embarazo estaba necesitada de muchos mimos y esa noche parecía dispuesto a prodigármelos. Ni se me pasó por la cabeza negarme. Raúl me sonrió de medio lado y me empujó hacia la cama. Nos dejamos caer en un enredo de brazos, piernas y besos apasionados, sin prisa, saboreándonos a conciencia. Nos desnudamos lentamente, deshaciéndonos de la ropa y acariciándonos el uno al otro. Desde que había empezado mi relación con él hasta ese momento, había dejado atrás mi actitud pasiva en la cama y había aflorado mi lado más activo, algo que ambos disfrutábamos. Por mal que salieran las cosas entre nosotros en el futuro, incluso sabiendo que nuestras vidas iban a estar atadas para siempre debido a nuestro hijo, por lo menos le debía aquello, aquel despertar sexual y la manera en la que me ayudó a recuperar la autoestima, haciéndome sentir especial a cada momento, sexi y poderosa. Ya no era la chica miedosa y vergonzosa con la que se cruzó por primera vez en el gimnasio. Aunque lo nuestro terminara, ya no podría volver a ser aquella Lisa tímida, que no se atrevía a ir a por lo que deseaba y que prefería ocultarse a la sombra de sus inseguridades. Y eso, en gran parte, se lo debía a él.

—¿Qué te parece si hoy lo hacemos mirándonos a los ojos? —propuso separándonos las piernas y situándose entre ellas después de ponerse un condón.

Si supiera lo inútil que era aquel preservativo...

—Todo lo que hacemos juntos me parece bien, Raúl —aseguré y él sonrió.

—Me gusta que seas tan complaciente, preciosa —dijo antes de penetrarme con una lenta embestida que nos hizo gemir a ambos.

Lo hicimos mirándonos a los ojos, tal y como me había pedido. Raúl me cogió de las manos y entrelazó los dedos con los míos mientras seguía penetrándome a un ritmo relajado pero constante. Ni siquiera cuando alcancé el orgasmo fui capaz de cerrarlos y apartar la mirada. En aquel acto intenté transmitirle la enormidad de mis sentimientos. Para mí fue como gritar en silencio que estaba enamorada y que quería que lo nuestro se convirtiera en algo serio, en algo para siempre. Por un momento creí vislumbrar en sus ojos unos sentimientos parecidos, aun así, sabía que Raúl estaba a años luz de poder expresarlos en voz alta. Me dije que podría con ello, que con tiempo y amor le ayudaría a superarlo. Nos quedamos abrazados en silencio durante un buen rato. Cuando estaba con Raúl, el resto del mundo se desdibujaba y dejaba

de importarme. Él me acariciaba con suavidad el antebrazo y yo descansaba la cabeza en su pecho.

—¿Quieres que pida una pizza o prefieres chino? —me preguntó unos minutos después.

A mí, la mención a comida me provocó náuseas. Sobre todo, la mención a comida grasienta. Aquello era lo peor de estar embarazada. Me sentía realmente mal, pero la angustia no venía solo del embarazo, sino de la situación a la que iba a tener que enfrentarme sin más demora. No podía permitir que se repitiera lo que había sucedido con Toni e ir alargando lo inevitable hasta que acabara estallándome en las manos. Además, un embarazo tarde o temprano iba a hacerse evidente.

—No tengo hambre —contesté incorporándome y sentándome en la cama—. Tenemos que hablar, Raúl.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

—Estoy embarazada.

Aquello era como arrancarse una tirita, cuanto antes mejor. No quise pensarlo ni un instante. Lo solté de golpe.

—¡¿Qué?!! —exclamó mirándome con unos ojos abiertos como platos, como si acabara de confesarle que había nacido en algún planeta lejano fuera de la órbita de la Tierra.

—Fue el día que lo hicimos en el balcón. Un tiempo después empecé a encontrarme mal, me hice la prueba, fui al médico y me lo confirmó —contesté muy resumido. No quería tentar a la suerte, que no me dejara acabar y le entrara un ataque de pánico antes de poder decirlo todo.

—Pero ¿cómo...? —Estaba anonadado y muy desconcertado—. Me dijiste que no había peligro. ¿Me engañaste, Lisa?

—Claro que no —repliqué ofendida—. Pensé que no ocurriría, pero a veces estas cosas pasan.

Me sorprendió la frialdad con la que se estaba desarrollando todo. Imaginé que era debido a que le había dejado conmocionado con mi confesión, sin darle tiempo a reaccionar. Hacía un momento estábamos acariciándonos en la cama, sin problemas ni presiones, y en dos palabras acababa de desequilibrar su mundo entero. Aún estaba asimilando la noticia y haciéndose a la idea de que iba a ser padre. Intuía que de un momento a otro iba a estallar y no me equivoqué.

—¡¿Qué estas cosas pasan?! Pero ¡¿te estás oyendo?! —exclamó levantándose de la cama de un salto, completamente desnudo y furioso. Ahí estaba el volcán en erupción.

—El que no se está oyendo eres tú —contraataqué intentando mantener la calma mientras le veía vestirse con movimientos bruscos—. Esto es cosa de dos, no puedes culparme a mí de que te olvidaras el maldito condón —le recriminé injustamente.

Soltó un bufido y negó con la cabeza, muy calmado a pesar del pequeño estallido. Preferiría que se hubiera puesto a gritar histérico a esa falsa calma. Se estaba conteniendo, se estaba tragando el miedo que le atenazaba y se iba a largar sin enfrentarse a ello. Era lo que llevaba haciendo toda su vida. Huía del amor por miedo a acabar perdiéndolo todo. Temía que la historia se repitiera y la felicidad se le escapara sin poder evitarlo.

—Se acabó el juego, Lisa —me dijo pasándose la camiseta por la cabeza—. Yo no quiero ser padre.

—Raúl, sé que estás asustado por lo que pasó, pero esta vez será diferente...

—¡¡Tú no sabes una mierda!!! —me interrumpió y se inclinó sobre la cama de manera amenazante—. No intentes psicoanalizarme, Lisa, porque no tienes ni puta idea.

—Y entonces ¿qué hacemos? Yo te quiero, Raúl y también tengo miedo —confesé intentando retenerle. Le estaba perdiendo y no podía permitirlo. Además, era verdad, le quería. Me había enamorado completamente de él. Por un momento me miró confundido, pero enseguida recuperó la mirada decidida—. Hay un bebé en camino, una vida... Qué sugieres, ¿eh? ¿No querrás que nos deshagamos de él? —pregunté atemorizada.

Me contempló en silencio unos segundos y no perdió detalle del camino que surcó la lágrima que resbaló por la mejilla. Se pasó una mano por el pelo alborotado y con una mueca de disgusto se dio la vuelta y se fue hacia la puerta.

—Haz lo que te dé la gana, yo no quiero saber nada de vosotros. ¡¡Nada!!! ¿Me oyes? —exclamó dejándome destrozada—. Has roto el trato, Lisa. Ahora acarrea con las consecuencias tú solita. Te advertí que no me gustaba que jugaran conmigo.

Y con un portazo, desapareció de nuestras vidas.

Sobra decir que aquella noche no dormí nada. Me puse el pijama, tras permitirme un rato de debilidad en el que di rienda suelta a las lágrimas, y me senté apoyada en el cabezal de la cama. Me rodeé el vientre con los brazos intentando proteger a mi bebé de las horribles palabras que acababa de decirnos su padre. Maléfica se subió a la cama conmigo y se acurrucó a mi lado mirándome en silencio, como si de algún modo quisiera consolarme. A pesar de nuestras diferencias, en los momentos de bajón y tristeza nunca me fallaba. En el fondo me tenía algo de cariño.

—Sé que nos quiere... Solo debemos darle tiempo —le susurré a mi hijo en voz alta con la esperanza de que fuera verdad.

Cuando empecé a albergar sentimientos por Raúl sabía que no iba a ser un camino fácil. No tardé en descubrir que sus tatuajes eran un mapa de sus miedos, un recuerdo permanente de aquello que había perdido y de su lucha por superarlo; la representación de lo que nunca iba a repetir. Lo que había aprendido de la vida, a una edad en la que aún era demasiado joven y vulnerable, fue que perder algo que amas es más doloroso que no amar nunca. ¡Qué equivocado estaba! Se deshacía del bebé y de mí antes de perdernos y repetir el dolor que había experimentado. Lo que aún no había comprendido era que eso no tenía por qué volver a suceder. Que estaba renunciando de manera absurda a la felicidad y al amor que podría entregarle no solo yo, sino nuestro hijo. Un amor que le curaría y le haría olvidar todo lo malo.

—Raúl, por favor... , no nos rechaces —supliqué a la nada antes de acurrucarme en la cama, abrazar a una Maléfica extrañamente dispuesta y dejarme vencer por un sueño inquieto.

Por la mañana, con unas ojeras que no se disimularían ni con el mejor de los correctores, tras vomitar bilis ya que por la noche ni siquiera había cenado, mandé un mensaje de socorro a las chicas a nuestro grupo de WhatsApp. Las respuestas no tardaron en llegar.

Lisa: Le conté a Raúl lo del bebé... No quiere saber nada de nosotros.

Vicky: ¡Es un cabrón! ¿Quieres que le pida a Alexei que le dé una paliza?

El mensaje de Vicky me hizo sonreír, pero luego recordé lo ocurrido con Toni y pensé que Alexei no tendría ninguna posibilidad contra él.

Susana: ¡Es un capullo! ¡Un cretino! ¡Lo peor de lo peor! Pero no estás sola, cariño. Nos tienes a nosotras para lo que haga falta.

Vicky: ¡Eso es! Esta tarde el batallón de rescate se personará en tu casa. Llevaré helado de chocolate y whisky escocés.

Lisa: ¡Nada de alcohol! Bebé a bordo, ¿recuerdas?

Susana: ¡Y nada de helado! Tengo que entrar en el vestido de novia y quedan menos de dos meses para perder los kilos que me sobran.

Vicky: ¡Aguafiestas! Pase lo del whisky, pero ¡¡¡no me jodas, Su!!! Llevaré helado, es una situación de emergencia.

Susana: ¡¡¡Perra!!! ¡¡Te odio!!

Vicky: Aunque seas una envidiosa, te quiero igual.

Siguieron escribiendo mensajes, pero yo me desconecté de la conversación y me fui a la ducha con la esperanza de recuperar un poco de humanidad después del disgusto. Luego tenía la intención comer algo sólido a ver si mi estómago lo aguantaba. De ilusión también se vive...

—Tienes mala cara —me dijo Vicky al cruzar el umbral de mi casa aquella misma tarde.

—Llevo vomitando toda la mañana, así que no me extraña...

—Cielo, lo siento... —Su entró y me abrazó. Fue muy reconfortante.

—Estoy bien —dije cuando me soltó. Ellas me miraron como si no me creyeran—. Sabía que esto iba a pasar, soy consciente de que Raúl necesita tiempo para hacerse a la idea.

—Pero ¿qué coño pasa con ese gilipollas? —preguntó Vicky, muy fina como siempre, dejando las cucharas soperas que había ido a buscar a la cocina sobre la mesita del salón.

Su se sentó en el sofá suspirando resignada antes de hundir la cuchara en su tarrina de helado.

—Que sepas que esto va a traer consecuencias —amenazó señalando a Vicky.

—Déjate de rollos, nena. Tienes a un dios griego encantado de casarse contigo y con tu cuerpazo, ¡date una alegría!

Su la miró entrecerrando los ojos sin dejar de comer helado a pesar de todo lo dicho.

—Y ahora cuéntanos qué ha pasado —me exigió Vicky.

Se lo conté todo sin remordimientos por traicionar la confianza de Raúl. Les expliqué lo que pasó con su novia y el hijo que murió con ella. Él me había abandonado y había dicho textualmente que no quería saber nada de nosotros, así que tampoco le debía ningún tipo de fidelidad en ese aspecto. Necesitaba a mis amigas y sus consejos y para ello debían comprender la situación real, no la versión edulcorada.

—Visto así es comprensible que tenga miedo, pero eso no justifica que quiera desentenderse de sus responsabilidades —opinó Su.

—Yo no lo veo así —terció Vicky—. Estamos hablando de algo que sucedió hace más de diez años, ¿de verdad no lo tiene superado? —preguntó y continuó sin esperar respuesta—. Entonces tiene un problema mucho más grave que ese acojone en el que intenta escudarse.

—No sé qué pensar —reconocí, dando parte de razón a ambas—. Sé que la noticia le pilló por sorpresa y en el fondo, aunque me quedaba una pequeña esperanza, sabía que saldría huyendo asustado. Pero de ahí a decir que no quiere saber nada de nosotros...

—No te ha llamado, ¿no?

—Nada de nada —negué echando una mirada al móvil que no había apartado de mi lado en todo el día.

—Si quieres puedo pedirle a Eric que hable con él, son muy amigos —se ofreció Su.

—Por ahora prefiero darle un par de días para que digiera la noticia. Aún tengo mis esperanzas puestas en él. Sé que va a recapacitar.

—Dios, Lisa..., eres demasiado ingenua —murmuró Vicky.

No quise hacerle caso, quería creer en Raúl y darle una oportunidad. Aunque, posiblemente, mi amiga iba a tener razón.

Tres semanas después quedó demostrado que era una completa ingenua. No había vuelto a saber nada de Raúl. Una cosa era darle unos días para que asimilara la noticia, incluso una semana, y otra que en veinte días no hubiera sabido nada de él. El mensaje estaba claro y era definitivo, lo nuestro había terminado y ni el bebé ni yo le importábamos. Lo suyo ya no era solo el trauma y el miedo, lo suyo era cobardía y muy poco sentido de la responsabilidad. Quise llamarle y decirselo, pero no iba a darle esa satisfacción. Quería que le quedara claro que ni mi hijo ni yo le necesitábamos para nada.

Aquella tarde había quedado con las chicas en casa para acabar de organizar la boda de Su. Sabía que ella tendría noticias de Raúl porque Eric y él trabajaban juntos y además eran amigos, no obstante, ni se me pasó por la cabeza preguntarle nada, estaba muy enfadada. También vino Carol. En poco tiempo había pasado a formar parte del grupo y Su había insistido en invitarla a la boda, que iba a celebrarse a finales de mayo en una pequeña ermita en el pueblo donde vivían sus padres. Nos quedaba más o menos un mes para acabar de organizarlo todo. Vicky se ocupaba de los vestidos y había venido armada con un catálogo enorme repleto de modelos para elegir. Su compró el suyo en una *boutique* de novias, pero nosotras íbamos a ir vestidas de la tienda de nuestra amiga.

—Tengo un par de modelos pensados para ti, Carol —le decía Vicky—. El negro y el azul marino. —Le señaló en el catálogo.

—Son preciosos. Pero ¿de cuánto estamos hablando?

—Tranquila, nada fuera del presupuesto que acordamos, estoy ajustando mucho los precios. Además, conozco al representante de esta casa, somos amigos y no habrá problema. —Le guiñó un ojo cómplice.

—Genial. El azul marino es el que me gusta más.

—Estoy de acuerdo, el color te favorece. Tengo puesto el ojo en unos zapatos ideales. Soy clienta habitual y la dueña de la zapatería me ha dicho que si los compramos todos allí nos hará un precio especial —dijo haciendo palmitas. Desde luego, contactos no le faltaban.

Mientras ellas seguían hablando de vestidos me dediqué a observar a Daniela, que correteaba por el salón persiguiendo a mi gata. Le había pedido a Vicky que viniera con ella porque quería ver cómo reaccionaba Maléfica ante la presencia de un niño. Según me habían contado los del refugio donde la adopté, sus antiguos dueños la habían tenido que dar en adopción porque se había puesto muy celosa al nacer su hijo. Yo iba a tener un bebé dentro de unos meses y quería asegurarme de que no pasara lo mismo. Sospechaba que el motivo del abandono de Maléfica había sido una excusa para deshacerse de ella, no obstante, quería asegurarme.

Daniela había gritado de emoción en cuanto había entrado en casa y había visto a la gata. A Vicky ni siquiera le dio tiempo de quitarle la chaqueta porque quería cogerla y jugar con ella cuanto antes. Maléfica se mostró cauta y de entrada se escondió debajo del mueble del recibidor, pero curiosa y con ganas de jugar, asomó la cabeza para observar a la pequeña que esperaba ansiosa. En cuanto tuvo medio cuerpo fuera, la niña la cogió en brazos y la estrujó, abrazó y besó tanto como quiso. Mi gatita aguantó aquel ataque de pasión sin bufar ni sacar las uñas. Todo un récord para un gato. Creo que, de esas dos, la más peligrosa era Daniela. En aquel momento, ambas jugaban tranquilamente. Daniela le tiraba de la cola, algo que Maléfica odiaba, pero ni una sola vez se inmutó ni intentó arañarla. Me quedé mucho más tranquila porque en el caso de que se pusiera agresiva con el bebé, tendría que dejársela a mi madre y no me hacía ni pizca de gracia.

—¿Crees que te habrá crecido mucho la tripa dentro de un mes, Lisa? —me preguntó Su devolviéndome a la realidad.

—No creo, todavía es pronto.

—Entonces, ¿no habrá problema de talla? —insistió Vicky para asegurarse.

—Supongo que no. De todos modos, podríamos buscar algo holgado de la cintura para estar tranquilas.

—Sí... Tipo corte griego —murmuró pensativa hojeando el catálogo.

—Eso sería perfecto.

En realidad, no me importaba demasiado. Siendo sincera, no estaba de humor para todo aquello. Estaba furiosa, embarazada y sola, así que lo que menos me preocupaba era lo que me iba a poner para ir a la boda de mi amiga, que iba a ser todo corazones y amor resplandeciente. Suena egoísta, pero la sola idea me hacía sentir fatal. Llamadme mala, pero la envidia me corroía. No es que no deseara la felicidad de mis amigos, sino que quería lo mismo para mí y lo tenía muy negro. Eso me ponía furiosa.

—Está hecho una mierda —me susurró Carol al oído mientras mis amigas seguían debatiendo sobre vestidos—. El otro día intentó hablar conmigo en el gimnasio. Se le notaba que lleva días sin dormir. Pasé de él, por supuesto. Hasta le mandé a la mierda en tu nombre —afirmó orgullosa.

—No quiero saber nada, Carol.

—Vale, flaca, solo quería que supieras que el cabrón lo está pasando fatal y no por ahí de rositas y tan contento.

—Pues se lo ha buscado él solito.

Me levanté y me fui a la cocina con la excusa de ir a por un vaso de agua. No quería saber nada de Raúl, nada de nada. Una vez allí, me quedé contemplando el plato de cerámica con motivos infantiles y la cuchara a juego que me había traído mi madre en cuanto le comuniqué la feliz noticia. Desde que salía con José Antonio y había recuperado la vida social a la que renuncié tras la muerte de mi padre, su actitud hacia mí había cambiado radicalmente. Ya no me odiaba, ni siquiera un poquito. Atrás quedaban sus puyas y sus críticas constantes. Juraría que volvía a quererme. Lo que más rabia me daba era que todo se debía a la intervención de Raúl y a sus clases de Pilates. Al final tenía razón. Maldito capullo engreído.

Desde que estaba embarazada me había desmadrado un poco con las palabrotas. Las hormonas y el cabreo me daban impunidad para soltar tacos durante nueve meses, sobre todo el día del parto. Especialmente el día del parto. ¡Qué miedo tenía a ese momento! No quería pasarlo sola. Deseaba con todas mis fuerzas que Raúl estuviera allí conmigo, agarrándome de la mano y diciéndome que todo saldría bien. Aunque mucho tendrían que cambiar las cosas para que se hiciera realidad. En fin... ya pensaría en ello más adelante. Lo último que necesitaba era estresarme.

A lo que íbamos...

Cuando le conté a mi madre que estaba embarazada, me abrazó, me besó y me acarició la tripa todo al mismo tiempo. Si ya se había suavizado con su enamoramiento adolescente después de los sesenta, saber que la iba a hacer abuela la había convertido en algodón de azúcar, y eso que ya tenía cuatro nietos. Descubrí que darle otro era todo lo que necesitaba para ganarme su amor y dejar atrás todas las críticas y las palabras hirientes. Ni siquiera se inmutó cuando le dije que el padre era Raúl, pero se mostró muy molesta con él en cuanto le comuniqué que nos había rechazado sin ningún remordimiento. Me juró no volver a asistir a ninguna de sus clases. Incluso me dijo que se lo prohibiría a José Antonio.

—Te dije que era un macarra, cielito —afirmó con el ceño fruncido—. Pero no le necesitamos, hemos podido con cosas peores las dos solas junto a tu hermano.

—Mamá...

—Sí, lo sé. Sé que no he hecho las cosas bien estos últimos años y que he sido una mala madre, pero no te imaginas lo que fue para mí quedarme viuda a los cuarenta y con dos niños pequeños a mi cargo. Se me vino el mundo encima...

—Me lo imagino, pero nosotros no teníamos la culpa. Éramos unos críos y estábamos asustados. Fue muy duro recibir solo desprecios por tu parte. Ya habíamos perdido a papá y también nos quedamos sin el amor de nuestra madre. Lo pasamos muy mal.

—Lo sé... —admitió compungida—. Descargué mi frustración y mi pena en vosotros. Luego fuisteis creciendo, haciendo vuestras vidas y yo me sentía furiosa porque había perdido mi juventud haciéndome cargo de todo... Tal vez debería haber pedido ayuda en vez de quedarme esperando y dejar que el tiempo pasara. Os culpé de ello sin daros cuenta de que la única responsable era yo. Tenía envidia, sentía celos y ahora me avergüenzo. No fue justo para vosotros. Me convertí en una amargada, en la clase de persona que se sentía mejor haciendo daño a los demás porque aquello me hacía sentir menos miserable.

—Mamá, lo que hiciste por nosotros cuando éramos pequeños fue heroico —dije cogiéndole la mano sin creer que por fin estuviéramos teniendo aquella conversación—. Turnos dobles, trabajos los fines de semana, ocuparte de la casa, la ropa, los médicos, los deberes... Te aseguro que en ningún momento se notó la ausencia de papá, nunca nos faltó de nada, fuiste una gran madre y, en ese aspecto, algún día me gustaría poder llegar a parecerme un poco a ti.

—Oh, Lisa... —susurró con lágrimas en los ojos.

—Pero nos faltó tu amor, mamá. Nos ha faltado durante muchos años. Nos ha hecho sentir malos hijos porque nunca podíamos complacerte ni llegar a rozar tus altas expectativas. Siempre querías más y el objetivo era inalcanzable. Eso es muy duro para alguien que solo busca tu aprobación y tu cariño. Algo que cualquier madre debería regalar de manera incondicional a sus hijos.

—Lo siento tanto, cielito. —Me rodeó con sus brazos y me abrazó—. Sé que fui una madre horrible y que lo que hice no tiene justificación, pero, si me dejas, prometo recuperar el tiempo perdido. Estas últimas semanas he hablado mucho con José Antonio sobre ello y me ha hecho consciente de que me he portado muy mal y que debo enmendarlo si no quiero acabar muriendo sola y desgraciada. En el fondo me lo merezco, porque no solo he sido una mala madre, sino también una mala persona, desagradable, desagradecida y demasiado egoísta... Lo único que puedo decir en mi defensa es que no sabía cómo arreglarlo.

—Mamá, ni Víctor ni yo te dejaríamos sola por mucho que nos hicieras —le aseguré con la cabeza hundida en su pecho, llorando no solo por la oportunidad de volver a empezar, sino por saber que iba a poder contar con su apoyo a partir de entonces. Por supuesto que iba a perdonarla.

—Vamos a hacer que este bebé sea el niño más feliz del mundo, y lo verás —me prometió.

Y la creí. La palabra de una madre siempre es verdadera.

Ese mismo día apareció por casa con el platito y la cuchara diciéndome que habían sido míos. Uno de los primeros regalos que me hizo mi padre cuando nació y que a partir de entonces debería ser para mi hijo. Bendita la hora en la que José Antonio se cruzó en la vida de mi madre. Ese hombre es un santo.

—¿Estás bien? —me preguntó Su rodeándome por la cintura y devolviéndome al momento presente.

—Sí. —Me enjuagué con discreción una lágrima—. Son las hormonas. —Forcé una sonrisa y dejé el vaso vacío en la encimera.

—Todo va a salir bien, Lisa —repetió como un eco de las palabras de mi madre y quise creerlas con todas mis fuerzas.

El viernes por la tarde, al llegar del trabajo, me dejé caer en el sofá agotada. Llevaba un par de días encontrándome mal, no sabía si por los incesantes vómitos o por la tristeza que intentaba ocultar y que iba haciendo mella. Lo sucedido con Raúl me afectaba más de lo que quería reconocer. Por más que me dijera que ya lo sabía y que tenía que aceptarlo y vivir con ello, me dolía horrores.

Cuando llamaron al timbre sobre las siete y media, me levanté para abrir sin imaginar quién podría ser. Aquel fin de semana mis amigos me habían dejado sola en la ciudad. Carol se había ido a visitar a sus padres. Eric y Su estaban en el pueblo ultimando algunos detalles de la boda y Vicky iba a pasar su primera noche con Daniela, así que era como si no estuviera. Además, mi madre se había ido a casa de mi hermano a cuidar de mi sobrina, que estaba con fiebre. Por eso no imaginaba quién venía a visitarme. Cuando abrí la puerta y me encontré cara a cara con Toni no podía creerlo. No había vuelto a saber de él desde la fatídica noche en la que se peleó con Raúl y en aquel momento estaba allí, mirándome desde el otro lado de la puerta.

—Qué sorpresa...

—¿Puedo pasar?

Asentí y le invité a entrar. Nos sentamos en el sofá en silencio. Maléfica apareció por allí y Toni hizo una mueca entre el desagrado y el miedo, pero no dijo nada. «Algunas cosas nunca cambiaban», pensé.

—¿Te apetece un té? —pregunté para romper el hielo.

—No, gracias —contestó con una breve sonrisa... mellada. Creo que se dio cuenta de que me había fijado en el hueco de su dentadura porque hizo una mueca—. El lunes me ponen el implante.

—Lo siento tanto, Toni. No sé qué decir...

—No es culpa tuya, Lisa. Fui yo el que no quise darse cuenta de que las cosas no funcionaban.

—Sí, sí que lo es —afirmé convencida—. Tendría que haber hablado contigo antes de permitir que las cosas llegaran tan lejos.

—¿Por qué me engañaste? —preguntó sin darme la razón o negarlo. Lo que realmente le importaba y lo que más le dolía era la mentira en sí misma. Mucho más que haber roto o que yo amara a otro hombre.

—Cuando pasó lo de Raúl, tú y yo ya no estábamos juntos. —Aunque técnicamente no era así, ya no valía la pena entrar en detalles—. Pensé que tú eras el hombre ideal para mí. Responsable, serio, trabajador... Ambos profesores, con unas inquietudes y unos gustos parecidos. ¿Quién no querría a un hombre así al lado?

—Es evidente que tú no —me dijo con tristeza.

—No es eso. Al principio creía que eras lo que estaba buscando, pero apareció Raúl y puso mi mundo patas arriba.

—Ya... Contra eso no hay nada que hacer, ¿no? —preguntó abatido. Negué con la cabeza—. ¿Estáis juntos?

—Estoy embarazada, Toni.

Abrió mucho los ojos y miró mi abdomen, que poco a poco empezaba a curvarse.

—Joder... —murmuró.

—Y me ha dejado —dije respondiendo a su pregunta.

—¡Qué cabrón! —Se levantó del sofá indignado.

—Tiene problemas, arrastra traumas del pasado que...

—Déjalo, Lisa —me interrumpió—. Si defiendes lo indefendible es porque estás enamorada. De eso puedo darme cuenta hasta yo. —Agaché la cabeza avergonzada y no dije nada—. Verás, me enfadé muchísimo contigo por mentirme, por engañarme y por permitir que ese cabrón con el que te habías liado a mis espaldas me diera una paliza. Pero estas semanas he estado pensando y me gustaría que fuéramos amigos. Nos llevamos bien y sé que cuando te pedí que te casaras conmigo me precipité. Tendría que haber esperado para conocernos mejor y darte tiempo. Asumo mi parte de culpa. —Se sentó junto a mí, me cogió de la mano y me acarició los nudillos con el pulgar—. Además, ahora que me has dicho que estás embarazada y sola quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea. Yo te quise, te quiero y quizá con el tiempo...

—No, Toni. —Le acaricé la mejilla con ternura y me di cuenta de que era un buen hombre, que a pesar de lo que le había hecho estaba allí ofreciéndome consuelo y apoyo, algo de lo que Raúl era incapaz incluso siendo el padre del bebé—. Podemos ser amigos, me encantaría, pero entre tú y yo no volverá a haber nada. Nunca —puntualicé, porque no merecía menos que la verdad, ya le había mentido suficiente—. No me esperes. Rehaz tu vida, te lo mereces.

—Está bien, si es lo que quieres, por ahora no insistiré. —Se resignó, aunque sabía que iba a costarle un poco aceptarlo—. No obstante, permíteme estar contigo en esto, quiero ayudarte, por favor —me rogó.

—Claro, somos amigos, ¿no?

Y con eso se dio por satisfecho. Al final aceptó quedarse a tomar un té y estuvimos charlando hasta la hora de la cena, momento en el que se excusó y se marchó haciéndome prometer que le llamaría si necesitaba cualquier cosa. Me acosté temprano sin apenas cenar. Me sentía realmente mal, con un dolor incesante en el abdomen que empezaba a preocuparme.

Por la mañana seguía igual. Los vómitos y el mareo tampoco ayudaron. Tenía unas ojeras horribles y cada día estaba más delgada. Lo mejor sería pedir cita con el médico para que me visitara porque no me gustaba nada lo que me estaba pasando. Quizá me miraría con lástima y pensaría que solo era otra madre primeriza y asustada, pero quería asegurarme de que todo estaba bien. Después de comer o de hacer el intento, me senté en el sofá y me quedé traspuesta hasta que una punzada en el vientre me sobresaltó y me despertó de golpe. Asustada, me fui al baño. En cuanto me bajé la ropa interior y vi mis braguitas manchadas de sangre estuve a punto de desmayarme. Hice acopio de valor y rápidamente me cambié de ropa y llamé a un taxi. Me sentía bastante indefensa pensando que todos mis amigos estaban fuera de la ciudad, ocupados, y que tenía que enfrentarme a todo aquello yo sola, así que no se me ocurrió otra cosa que llamar a Toni. Con manos temblorosas marqué su número. Por desgracia me saltó el contestador y tuve que dejarle un breve mensaje diciéndole que iba de camino al hospital. Después bajé a la calle temblando, al borde de un ataque de ansiedad, mientras esperaba a que llegara el taxi. En el ascensor no paraba de acariciarme la tripa y de suplicarle a mi bebé que se quedara dentro, que luchara, que lo lograríamos juntos. Cuando salía del portal, sin mirar por dónde iba de lo nerviosa que estaba, me choqué contra alguien y reboté hacia atrás. Unas manos me agarraron de los brazos para evitar que me cayera.

—Lisa, pero ¿qué coño...? —dijo una voz que conocía muy bien.

—¿Raúl? —pregunté temblorosa y con la visión nublada por las lágrimas. No podía creer que estuviera allí.

Perdiendo por completo la dignidad, me lancé a sus brazos y lloré sobre su camiseta dejándosela hecha un asco. Su presencia me hizo sentir reconfortada. Todo bastante lamentable después del modo en que me había tratado, pero verle allí me devolvió parte de la entereza. Primero me abrazó y yo me agarré a él como una lapa, luego intentó apartarme para poder mirarme a los ojos.

—Lisa, tienes mal aspecto. —Me limpió las lágrimas de las mejillas con los pulgares—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—El bebé, Raúl... Es el bebé —sollocé y él asintió como si lo hubiera entendido todo.

Pocos segundos después, un taxi se detuvo frente a la puerta. Raúl me miró preocupado, pero no hizo más preguntas. Me agarró del brazo y entró conmigo dentro del vehículo para ir directos a urgencias.

Fue un milagro que al llegar a urgencias nos encontráramos la sala prácticamente vacía. Raúl no me había soltado la mano desde que habíamos entrado en el taxi y seguía sin hacerlo mientras esperábamos sentados en la sala de espera. No había hecho preguntas ni yo tampoco, solo le expliqué brevemente lo de la sangre. Ni siquiera me preocupé por el motivo que le había llevado a mi casa aquella tarde, lo único en lo que podía pensar era en que me dijeran que el bebé estaba bien y que seguía a salvo en mi interior.

Cuando me llamaron quince minutos después, se puso como un loco porque no le dejaron pasar conmigo, pero se tranquilizó en cuanto le supliqué que no armara otro escándalo. Aquel era el mismo hospital donde habíamos estado aquella fatídica noche en la que se peleó con Toni y no quería volver a dar la nota. Ya teníamos suficientes problemas como para preocuparnos por llamar la atención. La enfermera me hizo todo tipo de preguntas, tomándome la tensión y la temperatura al mismo tiempo. Por Dios, me estaba poniendo histérica. Yo perdiendo a mi bebé y esa inútil tomándome la temperatura.

—En serio, necesito que me vea un médico —exigí mientras ella anotaba algo en una ficha sin ningún tipo de prisa.

—Tranquilícese, el médico vendrá dentro de un momento —me dijo con toda la calma, pasándome una bata de hospital verde y abierta por la espalda—. Desnúdese y póngase esto —me indicó—. Voy a buscar a su marido.

—No es mi... marido —acabé de decir al vacío porque ya había salido en busca de Raúl.

Me puse la bata a toda prisa dejándome la ropa interior. No quería que me pillaran desnudándome. A pesar de no ser el procedimiento habitual, imagino que nos hicieron esa concesión porque vieron lo nerviosos que estábamos. En cuanto le dijeran que podía pasar, Raúl entraría en tromba. No le entendía. Primero decía que no quería saber nada de nosotros y de pronto se comportaba como un padre preocupado... Iba a volverme loca.

—¡Lisa! —exclamó al entrar—. ¿Cómo estás?

¿Estás? ¿En plural?... Interesante.

—Todavía no sé nada.

Estaba sentada en la camilla, vestida con esa estúpida bata y las piernas colgando a un lado. Él se acercó a mí y me cogió de la mano otra vez.

—Está helada —murmuró acariciándola entre las suyas para calentarla—. Entonces, ¿no te han dicho nada?

Negué con la cabeza. Segundos después apareció el médico seguido por la enfermera. Ella arrastraba un ecógrafo que situó junto a la cama.

—Buenas tardes, soy el doctor Fonseca. —nos saludó y Raúl le dio la mano. Yo me limité a hacer un gesto de la cabeza—. Vamos a ver qué tenemos aquí... —Se acercó a la mesilla auxiliar que había detrás de la camilla donde la enfermera había dejado la ficha con sus anotaciones—. Por favor, tumbese. —Le obedecí al instante. Me levantó el camisón y aplicó gel conductor sobre la zona del abdomen para empezar con la ecografía. Me estremecí porque estaba muy frío—. ¿De cuánto tiempo está? —me preguntó muy concentrado en la pantalla.

—De once semanas.

Toqueteó algunos botones y deslizó el aparato sobre mi tripa. Apreté con fuerza la mano de Raúl mientras esperaba que el hombre dijera algo. Él me devolvió el apretón como si quisiera transmitirme que estaba allí conmigo y que todo iba a salir bien.

—Muy bien, aquí está... —Nos señaló la pantalla que acaba de girar hacia nosotros.

Raúl y yo intercambiamos una mirada de desconcierto porque lo único que veíamos eran sombras y nos costaba identificar al bebé que ya teníamos idealizado.

—Aún es pequeño, pero está perfecto —me dijo con una sonrisa—. Puede estar tranquila, el feto está bien y en perfecto desarrollo.

—¿De verdad? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

—Claro... Escuchen.

Subió el volumen de la máquina y de pronto, como si fuera la melodía más maravillosa del mundo, el corazón del bebé latió para nuestros oídos con una fuerza y una rapidez sorprendente. Raúl me miró con una expresión igual de emocionada que la mía.

—Pero ¿y la sangre? —le pregunté.

Me pasó unas toallitas para limpiarme los restos de gel de la tripa y Raúl me las arrancó de las manos para ocuparse de ello con mucha, muchísima delicadeza.

—A veces es normal sangrar durante las primeras semanas de gestación, pero el bebé está perfectamente y usted también. No obstante, no olvide pedir cita con su médico para un reconocimiento más exhaustivo —comentó anotando algo en la ficha—. Entiendo que la sangre es escandalosa y se ha llevado un buen susto. Ha hecho bien en venir enseguida, pero lo que le ha sucedido es algo común que les ocurre a muchas embarazadas. Eso sí, le aconsejo que guarde reposo unos días y siga las pautas que le dé su obstetra. ¿Es usted su marido? —Miró a Raúl y él asintió sin ninguna vergüenza.

—¿Qué?! —exclamé indignada—. No sé quién es este hombre, me lo encontré por la calle y me acompañó hasta aquí, pero no le conozco de nada —dije en un arranque muy infantil.

Ambos me miraron desconcertados.

—¿Te has vuelto loca?! —gritó Raúl consternado. Como si yo fuera Pedro negando a Jesús, para que os hagáis una idea.

El médico nos observaba sorprendido y abrió aún más los ojos cuando le vio quitarse la cazadora, lanzarla sobre la camilla a mis pies y plantarle el brazo frente a la cara.

—¿Ve esto? —Señaló con el dedo la zona de su muñeca derecha—. ¿Cree que me tatuaría su nombre si no nos conociéramos de nada?

«¡¡¡¿Cómo?!!!».

Agarré el brazo de Raúl para ver lo que estaba señalando y me sorprendió leer mi nombre grabado en su piel con tinta negra.

—¿Cuándo? —balbuceé.

—Hace un par de días —confesó. Parecía muy indignado.

El doctor Fonseca, muy prudente, no dijo nada. Se dio cuenta de que la situación entre nosotros era complicada y se mantuvo en un segundo plano. Me tendió un sobre con un informe para mi médico y me dio otro con la copia de la ecografía del bebé. La guardé en mi bolso como si de un tesoro se tratara.

—Sea como sea, necesita que alguien se ocupe de ella los próximos días —nos recomendó.

—No se preocupe, yo me ocuparé de todo —le aseguró Raúl y me acercó la ropa para que pudiera vestirme.

—Si repitiera el sangrado o las molestias continuaran y siguiera sintiéndose mal, no dude en volver —me aconsejó el doctor. Se despidió de nosotros con un apretón de manos, dándonos la enhorabuena por el bebé.

Me vestí bajo la atenta mirada de Raúl. En cuanto estuve lista, salimos y me llevó cogida del brazo, como si temiera que en cualquier momento fuera a caerme o a desmayarme o yo qué sé... De pronto le noté ponerse tenso y clavar la mirada al frente.

—¿Qué coño está haciendo este gilipollas aquí?

Seguí la dirección de su mirada y vi a Toni. Estaba sentado en una de las sillas de la sala de espera. Al vernos, se levantó y se acercó a nosotros.

—Le he llamado yo —respondí sin poder evitar regodearme un poco en ello.

—Lisa, ¿cómo estás? —me preguntó al llegar a mi lado sin dirigirle apenas una mirada de soslayo a Raúl—. He llegado hace un rato y me han dicho que esperara aquí, que te estaban atendiendo.

—Estoy bien —le dije y me solté a tirones de Raúl para abrazarme a él—. Te lo contaré todo de camino a casa, ¿puedes acompañarme?

—Claro, he traído el coche.

—¿Qué?! —exclamó Raúl sin poder contenerse más—. A casa la llevo yo, capullo.

—¡Raúl!

—No voy a permitir que este tío se entrometa, Lisa. Es mi hijo, no el suyo —apuntó lanzándole una mirada que hasta logró intimidarme a mí. Toni se la aguantó estoicamente.

—Eso haberlo pensado antes. Ahora es demasiado tarde.

—No me toques los cojones, Lisa.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó Toni haciendo caso omiso a mi acompañante.

Pobre, después de lo ocurrido se estaba mostrando muy valiente plantándose frente a Raúl, que estaba poniéndose cada vez más furioso.

—Quiero que me lleves a casa, no me encuentro bien y no quiero discutir más.

Miré a Raúl, que pilló la indirecta y no le quedó otro remedio que resignarse, al menos por el momento. Toni tiró de mí y me llevó con él en dirección a la salida.

—¡Eh, tú! —gritó antes de que se abrieran las puertas automáticas de la entrada—. Necesita reposo absoluto, ocúpate bien de ellos o la próxima vez que te vea te voy a dejar sin un puto diente, ¿queda claro? —le gritó.

El otro se limitó a asentir con mucha dignidad y a sacarme de allí sin pronunciar ni una sola palabra.

El domingo, después de dejar a Daniela, Vicky se presentó en mi casa y se deshizo de Toni, que había insistido en quedarse a pasar la noche en el sofá soportando la compañía de Maléfica solo para cuidarme y hacerme compañía. Era un buen amigo, mucho mejor amigo que novio. Me hizo prometer que le llamaría y se fue dándome un dulce beso en la mejilla. Le deseé suerte porque al día siguiente iban a ponerle el implante.

—Tendrías que haberme llamado —me regañó Vicky en la cocina mientras me preparaba la cena.

—Estabas con la niña, no quería molestarte.

—Chorradas... Te habría llevado a casa y habríamos organizado una fiesta de pijamas o algo así. Habría sido divertido.

—Seguro que sí, pero Toni se ofreció a quedarse conmigo, así que no estuve sola y no vi razones para fastidiarte la primera noche con Daniela —dije para zanjar el tema.

Vicky trajinaba por mi cocina como si fuera suya. Llevaba bajo el brazo un cuenco en el que estaba batiendo huevos y controlaba la temperatura del horno donde se estaban cocinando unas verduras.

—¿Qué demonios está pasando con Toni? —me preguntó echando el huevo batido en la sartén—. Y ya puestos, ¿qué coño hacía Raúl en el portal de tu casa?

—Con Toni no está pasando nada, tuvimos una conversación y nos dimos cuenta de que lo mejor es que seamos amigos, en ese aspecto somos muy compatibles —contesté poniendo los cubiertos y las servilletas sobre la mesa de la cocina—. Y de Raúl no sé qué decirte... La primera sorprendida fui yo. Parecía muy preocupado mientras estábamos en urgencias. Tendrías que haberle visto la cara cuando el médico nos dejó escuchar el corazón del bebé... —recordé soñadora. Fue un momento emotivo y muy revelador para ambos.

—Estás fatal, cielo. Si ese tío chasquea los dedos volverás a caer.

—¡Qué dices! —exclamé haciéndome la indignada, aunque ambas sabíamos que estaba mintiendo como una bellaca—. Me ha hecho mucho daño.

—Ya, ya...

—¿Qué más puedo hacer para ayudarte? —le pregunté para cambiar de tema tras poner la mesa.

—Largarte al salón a ver la tele, me estás molestando aquí en medio.

—Eres insoportable —me quejé mirándola con los ojos entrecerrados—. Te odio.

—Y tú eres una pesada. Tienes que guardar reposo, quiero un sobrino sano. —Me guiñó un ojo—. Además, cuando pruebes mi tortilla volverás a amarme.

De eso estaba segura, Vicky era una cocinera excelente.

—Vale... —Suspiré cansada—. Me voy al salón a ver la dichosa tele.

—Perfecto, cielo. Te avisaré cuando esté lista la cena.

Tras una cena digna de un restaurante de cinco estrellas, nos tiramos en el sofá a ver una película. Vicky se quedó frita a los diez minutos y yo me perdí en mis pensamientos. Por lo menos el embarazo seguía su curso con normalidad. No había vuelto a tener pérdidas y ya no sentía ningún pinchazo. Aun así, pensaba llamar a mi médico el lunes a primera hora para pedir cita urgente.

De pronto sonó mi móvil devolviéndome a la realidad. Lo silencié de inmediato. No quería despertar a mi amiga, que estaba en el séptimo cielo, con la boca entreabierta y roncando suavemente. Era Raúl. Dudé quince segundos antes de deslizar el dedo por la pantalla y responder.

—Hola... —le saludé bajito y me levanté del sofá en dirección a mi habitación para no hacer ruido.

—Lisa —dijo sorprendido—, pensaba que no me lo ibas a coger.

—Ya, a mí también me sorprende haberlo hecho —admití—. ¿Qué querías?

—¿Cómo estás... estás? —se corrigió.

Sonreí como una tonta, lo reconozco. Adoraba cuando hablaba de mi nueva situación en plural. Eso significaba que ya había reconocido que el bebé era una realidad. Era un primer paso.

—Estamos bien —confirmé—. No ha habido más sangre ni dolores.

—Menos mal. —Suspiró—. ¿Estás guardando reposo?

—Sí. No me dejan mover ni un dedo.

—¿Está ese tío ahí contigo?

—No, estoy con Vicky. Se queda a dormir.

—Ah... —Parecía aliviado—. ¿Has vuelto con él?

—Por supuesto que no. Solo somos amigos.

Podría haberle mentido para ponerle celoso y hacerle reaccionar, pero no quería volver a utilizar a Toni para algo así. Además, en vista de las pasadas experiencias, si una cosa había aprendido de todo aquello era que las mentiras no llevaban a ninguna parte y que, cuando se descubrían, el peor parado siempre era el mentiroso.

Me senté en el colchón con el teléfono pegado a la oreja y cogí la copia de la ecografía que me habían hecho en urgencias. La acaricié mientras seguíamos hablando.

—Sé que no he hecho las cosas bien, Campanilla. También sé que todavía no estás preparada para perdonarme. Me gustaría pedirte que me dejaras ir a tu casa para ocuparme de vosotros y cuidaros, al menos estos días que estás mal, pero no quiero tentar a la suerte. —Y bien que hacía porque no le iba a dejar poner un pie allí por el momento—. De todos modos, quería pedirte un favor...

—¿Qué favor? —le pregunté intrigada.

—¿Podrías...? —Carraspeó nervioso al otro lado de la línea—. ¿Podrías hacerle una foto a la ecografía y mandármela por mensaje?

Suspiré y la miré. Yo ya tenía otra, pero para él era la primera y estaba emocionado. Era nuestro bebé, de los dos. Por muy mal que hubiera hecho las cosas, Raúl era su padre y ya había perdido a un hijo, no podía hacerle aquello otra vez.

—No te lo mercedes, Raúl. Después de lo que me dijiste la última vez...

—Lo sé —me interrumpió—. Pero necesito verla, por favor...

En fin... No era de piedra, estaba enamorada de ese hombre y llevaba semanas esperando que diera un paso por pequeño que fuera. Aunque no estuviera preparada para perdonarle, ahí estaba el primer movimiento por su parte. Además, no podía olvidarme de aquel nuevo tatuaje. Me hacía replantear muchas cosas... ¿Quién se hace tatuar el nombre de una mujer por la que no siente nada?

—Está bien. Ahora te la envío.

—Gracias, Lisa. Gracias.

Nos despedimos, colgamos e hice lo que me pedía. Unos minutos después, recibí un mensaje en el que me prometía que íbamos a encontrar la manera de arreglarlo. Quise creerle con todas mis fuerzas, pero todo dependía de él, yo poco más podía hacer.

—¿Por qué no me has despertado? —me preguntó Vicky entrando en la habitación despeinada y somnolienta.

—Dormías tan bien que hasta roncabas, me dio pena —bromeé.

—Perra... —gimió—. Si no fuera porque estás embarazada y débil te sometería a una tortura de cosquillas. ¡¡Yo no ronco!! —exclamó quitando el cubrecama de encima del colchón para meterse entre las sábanas.

—En ese caso me alegra estarlo.

Las cosquillas de Vicky eran terribles y legendarias, lo sabíamos todos.

—Tienes suerte —murmuró casi dormida.

Me tumbé en la cama junto a ella y, aunque se quejó, la abracé y la besuqué un buen rato hasta que ambas nos quedamos dormidas.

El tiempo pasó volando mientras nos preparábamos para la boda de Su. Faltaba una semana para ello cuando le organizamos la despedida de soltera. La celebramos en mi casa. No había vuelto a sangrar y me sentía mucho mejor, con menos vómitos y mareos, no obstante, prefería no forzarme demasiado.

Raúl me llamaba una vez a la semana y me escribía mensajes a diario para preguntarme cómo estábamos, pero no habíamos vuelto a vernos desde aquella tarde en el hospital. Deseaba pedirle que viniera a casa y habláramos de verdad sobre nosotros, el bebé y lo que íbamos a hacer, pero consideraba que el paso debía darlo él cuando estuviera preparado. Yo estaba lista y había demostrado tener mucha paciencia. Más de la que se merecía después de todo lo que me había hecho pasar.

Toni, por otra parte, me visitaba a menudo. Finalmente había aceptado que fuéramos solo amigos. De hecho, la última vez que vino a verme me dijo que había vuelto a activar su perfil en la página Citas de Amor y había empezado a chatear con una chica. Me alegré mucho por él y deseé que esta vez le fuera mejor que la anterior.

Vicky y Carol se habían encargado de ir a comprar la cena. Aquella noche las calorías no contaban, así que trajeron de todo menos comida sana. Lo preparamos entre las tres, aunque a mí no me dejaron hacer casi nada, ya que decían que debía seguir guardando reposo. Más tarde, las chicas saldrían de fiesta por el *Bright* a emborracharse. Vicky había propuesto ir a un club donde bailaban unos *boys* de infarto, pero Su le dijo que le retiraría la amistad para siempre si le hacía algo así, por lo que cedí y se conformó con la discoteca. A mí me tocaba quedarme en casa como una buena chica y acostarme pronto. Por más envidia que me dieran, mi bebé estaba por encima de todo e intuía que las fiestas hasta las tantas de la madrugada habían llegado a su fin.

Su había invitado a su madre y a un par de amigas y yo, en un arranque de locura, le comenté a la mía si le apetecía venir. Enseguida me dijo que sí. En aquel momento jugaba con Maléfica en el salón mientras nosotras ultimábamos los detalles para que todo estuviera perfecto para la fiesta. No sabía decir desde cuándo mi madre, la amargada, había pasado a ser mi madre, la enrollada, pero me alegraba mucho de ello.

Sobre las nueve y media llegaron todas y dio comienzo la fiesta. A pesar de los lloriqueos, logramos que Su comiera de todo y se tomara unos cuantos mojitos. La pobre insistía en que, después de aquello, tendría que pasar los siguientes seis días a lechuga y agua para poder entrar en el vestido de novia. Era una exagerada. Yo bebía limonada y reía sin parar de las tonterías que soltaban Vicky y Carol, ¡menudo par habíamos juntado! Cuando estábamos tomando los postres: surtido de helados, *cupcakes*, pastel de chocolate y tres cajas de los bombones favoritos de Su, cortesía de Eric, sonó el móvil de Vicky. Respondió y se fue a la cocina para hablar en privado. Nos pareció que tardaba más de lo normal en volver a la fiesta, por lo que Su y yo nos levantamos disimuladamente y fuimos en su busca. La encontramos apoyada en la encimera, con la cabeza gacha y el móvil al lado. Ya había colgado y por su pose imaginé que no habían sido buenas noticias. En cuanto entramos, se dio la vuelta y forzó una sonrisa, pero nosotras, que éramos sus mejores amigas y la conocíamos bien, sabíamos que era falsa. Además, se le notaba en la cara que estaba preocupada.

—¿Qué pasa, Vicky? —le preguntó Su, que cerró la puerta de la cocina para brindarnos algo de intimidad.

—Nada, estoy bien. ¡Sigamos con la fiesta! —dijo intentando disimular.

—No me jodas, Vicky, que nos conocemos...

—¿Quién era? —Me acerqué a ella y le acaricié el brazo con ternura.

—Era mi hermana. —Suspiró y cambió el semblante—. Mi padre ha muerto.

—¿Qué?!

—Dios mío, Vicky... Lo siento mucho —me lamenté abrazándola.

Ella se dejó abrazar sin protestar, algo muy extraño.

—Tranquilas, estoy bien, solo ha sido el impacto por la noticia —aseguró—. Hacía quince años que no le veía, en realidad éramos casi extraños...

—Era tu padre, Vicky. No le quites importancia.

—Voy a suspender la fiesta —anunció Su y a mí me pareció una buena idea.

Seguro que Vicky nos necesitaba y lo último que querría sería seguir en aquel ambiente festivo. Su padre había muerto, por Dios.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —exclamó—. Lo último que necesito ahora es regodearme en la miseria. Vamos a salir y a romper la noche, Su. Eso es lo que quiero, olvidarme de todo.

Ambas la miramos no muy convencidas, pero Vicky no parecía afectada. Al contrario, estaba muy decidida a seguir con la fiesta. Sabíamos que la relación con su padre era inexistente, aun así...

—Está decidido, no quiero oír hablar más del tema, por favor —nos suplicó.

Vimos tal desesperación en su mirada que decidimos hacerle caso en contra de lo que creíamos correcto.

—Está bien, si es lo que quieres... —se conformó Su sin tenerlo claro.

—Yo me quedaré en casa, Vicky —le recordé—. Si quieres puedes quedarte conmigo, podemos hablar durante toda la noche...

—No. Necesito salir y olvidar, Lisa —afirmó muy segura—. Dadme cinco minutos y salgo. Estoy bien, de verdad. —Forzó una sonrisa, casi una mueca siniestra y la dejamos sola.

Volvimos a la fiesta como si nada. Unos minutos después, salió sonriente y continuó bromeando y riendo con Carol como si no acabaran de comunicarle el fallecimiento de su padre. Todo ello muy extraño.

La semana siguiente transcurrió aún más deprisa. Mis amigas se pillaron una buena cogorza la noche de la despedida de soltera de Su y volvieron a casa pasadas las nueve de la mañana. Incluso tuvieron que llamar a Eric para que fuera a recogerlas borrachas perdidas. Intentamos hablar con Vicky sobre la repentina muerte de su padre, pero esquivó el tema y nos dijo que no quería hablar de ello.

—Sencillamente me alegra que esté muerto, eso es todo —nos comentó el martes por la tarde tomando un café y dio por zanjado el tema.

Además, nos aseguró que no pensaba asistir al funeral, que tenía cosas más importantes que hacer, como ir a la boda de su mejor amiga. No se la iba a perder por nada del mundo. Vicky nos ocultaba muchos más secretos de los que imaginábamos, porque una cosa era estar peleada con su padre hasta el punto de dejar de hablarle durante años y otra muy distinta llegar al extremo de no asistir a su funeral. Algo muy grave tenía que haber pasado entre ellos para que mi amiga se comportara así.

El sábado por la mañana me monté en el coche de Alexei junto a Vicky, Daniela y Carol y pusimos rumbo al pueblo donde iba a celebrarse la boda de Eric y Su. Mi madre, que también había sido invitada, iba a ir con José Antonio en su coche después de comer, pero nosotras queríamos pasar el día allí para acompañar a nuestra amiga y poder arreglarnos con tranquilidad. En la casa de sus padres se desató el caos en cuanto llegamos. Secadores, brochas, lencería, maquillaje, cepillos... Cualquiera roncaba nos parecía bueno para ir dejando cosas y empezar a prepararnos. Su estaba de los nervios y ni siquiera fue capaz de comer. Su madre parecía igual de nerviosa y su padre se entretenía en el salón charlando con Alexei y jugando con Daniela, que iba vestida como una princesita envuelta en volantes y color rosa. Nosotras planchábamos trajes e intentábamos hacer lo mejor con nuestras melenas. Por lo que sabíamos, Eric y sus padres, junto a otros familiares y demás amigos, estaban instalados en un hotelito de la zona. Raúl iba a estar presente en la ceremonia porque era el padrino de Eric y aquella misma tarde íbamos a vernos. Eso me hacía estar inquieta y al mismo tiempo emocionada.

Antes de las seis, salimos en dirección a la ermita dejando a Su con su padre en casa, porque como manda la tradición, una novia siempre tiene que llegar un poco tarde a su propia boda. Estábamos todas preciosas. Los vestidos que había elegido Vicky eran una maravilla y el mío, en color esmeralda y corte griego, me quedaba estupendo. Me dolía no poder ponerme unos zapatos que estuvieran a la altura, pero me era imposible. Desde que me había quedado embarazada, la pesadez que sentía en las piernas me impedía calzar nada que no fuera plano y cómodo, así que me había comprado unas bailarinas con lentejuelas que fueron la envidia de muchas

invitadas que ya sufrían dolor de pies por culpa de los tacones. La capilla estaba decorada para la ocasión con tul y rosas blancas y rosas, creando un ambiente delicado y muy romántico. Eric se paseaba junto al altar vestido de esmoquin, muy elegante y muy nervioso. Raúl aguardaba con él, sonriendo burlón al verle en aquel estado. Iba guapísimo vestido de traje y corbata, aunque también lo estaba en vaqueros y camiseta o con el uniforme del gimnasio. Para mí no había nadie como él. Nuestras miradas se cruzaron y me recorrió un escalofrío, sobre todo cuando detuvo la suya a la altura de mi vientre, que empezaba a crecer. Intenté ignorarle y centrarme en lo importante, así que me fui con mis amigos a esperar la llegada de Su.

Sobre las seis y media, Vicky y yo, como damas de honor, salimos a recibirla y la ayudamos con el vestido y el velo. Llevaba un traje en color hueso y corte princesa. El corpiño era ajustado y estaba adornado con pedrería. En la mano llevaba un delicado ramo compuesto de pequeñas rosas de colores pastel y del brazo cogía a su padre, orgulloso y muy engalanado. La ceremonia fue muy emotiva y todas acabamos llorando. Incluso Vicky, que se jactaba de ser la reina de hielo, soltó alguna lagrimilla. Después de todo, seguía siendo humana. Tras lanzar el arroz a los novios y hacernos las fotos de rigor, fuimos al restaurante donde se celebraba el banquete. Me senté en una mesa junto a Vicky, Alexei, Daniela, Carol, José Antonio, mi madre y un par de amigos de Su a los que ya conocíamos de antes. Raúl estaba sentado en otra mesa con algunos amigos de Eric, entre ellos Alberto, el fotógrafo, que se ocupó de immortalizar la boda con su cámara. Nos hartamos con la succulenta cena y nos deleitamos con la maravillosa tarta de boda, hecha por una tía de Su que era pastelera profesional, que estaba deliciosa.

Una vez terminada la ronda de cafés, la gente empezó a dispersarse. Aprovechando el buen clima de aquel mes de mayo, algunos salieron al jardín a fumar o a charlar y otros fueron a la zona habilitada con barra libre y una pequeña pista de baile con luces de discoteca. Yo me quedé sentada junto a la mesa porque, aunque iba plana, me dolían mucho los pies. Observé a Eric y a Su sonreír sin parar, radiantes de felicidad. Iban de un lado a otro del salón saludando a sus familiares y amigos, recibiendo la enhorabuena por el enlace y por la organización de la boda, que había sido excelente a pesar del poco tiempo que habían tenido para prepararla. Estaba absorta en ello cuando de pronto, noté que alguien se acercaba por mi espalda. Alcé la cabeza y me encontré con Raúl.

—¿Puedo sentarme? —me preguntó por educación, porque ya estaba apartando una de las sillas que había a mi lado sin esperar respuesta.

—Claro... —solté con ironía señalando la silla.

Tarde o temprano íbamos a encontrarnos, era inevitable. Mejor acabarlo cuanto antes. Siendo sincera, lo que más miedo me daba era que aquello fuera el final, que Raúl acabara de matar mis esperanzas y rompiera toda posibilidad de reconciliación, aunque yo estuviera abierta a perdonar.

—¿Cómo estás?

Cada vez que me lo preguntaba en plural conseguía que me dierita un poco más. Definitivamente era una mujer demasiado fácil o demasiado enamorada.

—Estamos bien —respondí poniendo una mano sobre la pequeña curva de mi vientre. El gesto me salía de manera instintiva y a él no le pasó desapercibido.

—Sabes, Lisa —dijo cogiéndome la otra mano entre las suyas y acariciándome los nudillos con el pulgar—, hace algunos años, por una jugada del destino o de la jodida mala suerte, se me arruinó la vida. —Tragó saliva y me miró directamente a los ojos, sin ocultarme nada—. He vivido mucho tiempo acojonado. No quería volver a sentir aquello porque fue horrible, una puta tortura que me amargó durante años.

Recordé la noche que cenamos juntos por primera vez, cuando me contó toda la historia. Incluso sabiendo el desenlace y lo que había ocurrido, se me llenaban los ojos de lágrimas al pensar en ello.

—Lo sé, Raúl y lo entiendo. Sé que fue horrible, les querías...

—Déjame terminar, Campanilla, por favor. —Asentí y me callé —En realidad a Marta no sé si la quería y esa es otra de las cosas que me ha estado atormentando. El embarazo nos forzó a estar juntos y sé que los últimos meses de su vida no fueron felices. No quería quedarse embarazada y tampoco quería acabar atada a mí para siempre. Al bebé por supuesto que le quería, pero todo terminó de manera tan abrupta, que me costó hacerme a la idea de que lo que iba a ser una realidad que ya había asumido, se había desvanecido para siempre. Después, me prometí a mí mismo que nunca volvería a hacerle eso a alguien. Cargarle un embarazo no deseado, un compromiso, responsabilidades inesperadas... Sinceramente, yo tampoco quería repetirlo. La experiencia fue demasiado dolorosa.

—En la vida no todo puede controlarse, Raúl. A veces las cosas ocurren. Ni siguen un patrón siniestro ni todos vamos a tomarnos un embarazo como un castigo. Creo que el nacimiento de un bebé es una bendición y no una carga, pero entiendo que a los dieciocho años pueda parecer el fin del mundo.

—Lo sé. Sin embargo, cuando me dijiste que estabas embarazada fue como si todo volviera a empezar y tuve miedo. Me acojoné hasta tal punto que salí corriendo como un maldito cobarde.

—Yo no lo habría descrito mejor. Y, aunque por un lado puedo entenderlo, sigue doliéndome muchísimo lo que me dijiste.

—Lo que hice fue imperdonable, Lisa. No me justificas.

—No lo hago. Puedo entender que no quieras tener una relación conmigo, pero no te niegues a ti y a tu hijo la oportunidad de quereros porque a la larga te vas a arrepentir. Esto es un regalo, Raúl, como una segunda oportunidad. Es muy probable que, si este embarazo no hubiera ocurrido por sorpresa, te hubieras negado para siempre la posibilidad de ser padre. No voy a obligarte a estar conmigo. Por mí puedes seguir siendo libre, aunque me duela. Pero no te desprendas de tu hijo, por favor —le supliqué.

Se me partía el corazón al pensar en la posibilidad de perderle o de que estuviera con otra persona, pero lo más importante era nuestro bebé, que fuera un hijo querido por ambos padres. Feliz.

Él me miró con el ceño fruncido y sacudió la cabeza.

—Me parece que no has entendido nada de esta conversación, Campanilla. —Se levantó y tiró de mi mano poniéndome en pie—. Vamos a bailar.

—¿Qué? —pregunté desconcertada—. Me duelen los pies, Raúl. Y esta conversación aún no ha terminado.

Él me ignoró. Se acercó al chico que se ocupaba de la música, otro de sus amigos, y le pidió que pusiera una canción. Empezó a sonar *Won't go home without you* de Maroon 5. No era la mejor canción para bailar tan pegados, pero Raúl me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a su cuerpo. Antes de abrazarme, puso una mano sobre mi vientre y lo acarició unos segundos. Fue enternecedor. No opuse resistencia alguna a su abrazo, lo añoraba y su cercanía y aquel aroma tan familiar me estaban volviendo loca, así que le rodeé el cuello con los brazos y apoyé la mejilla en su hombro.

—El traje te sienta bien.

Suspiré dejándome llevar por la música y el momento. Me olvidé de todo lo que acabábamos de dejar en el aire, que era como una losa enorme que teníamos que derribar cuanto antes para poder seguir adelante, y me concentré en bailar.

—Seguro que no mejor que a ti ese vestido. Estás preciosa —susurró y me besó en la sien—. Espero que te hayas deshecho del capullo de Toni —comentó segundos después.

—Somos amigos, nunca me desharé de él —le aseguré alzando la cabeza y mirándole a los ojos. Él entrecerró los suyos.

—Ya veremos... —murmuró y nos estuvimos moviendo por la pista unos minutos hasta que volvió a hablar—. Quiero al bebé, Lisa. Quiero ser su padre. —Aquellas palabras me cortaron la respiración.

—Ya lo eres —afirmé emocionada mirándole a los ojos—. Nunca os negaría la posibilidad de estar juntos, no soy tan egoísta ni rencorosa como para hacerle daño a mi hijo.

Asintió convencido de que le decía la verdad. Me conocía bien, quizá mejor que nadie, porque en sus brazos me había liberado de todos mis miedos. Solo ansiaba que él hiciera lo mismo en los míos.

—¿Escuchas la canción? —Asentí hipnotizada por el brillo que veía en su mirada—. Pues ya lo sabes, no voy a volver a casa sin ti. Haré lo que sea necesario para que me perdones. Eso era lo que intentaba decirte antes mientras hablábamos. —A mí se me llenaron los ojos de lágrimas y se me aceleró el corazón. No podía creer que lo estuviera diciendo, que aquello implicara que me...—. Te quiero, Campanilla —susurró antes de besarme.

Teníamos una segunda oportunidad y no la íbamos a desaprovechar. Iba a hacer feliz a Raúl, le haría olvidar todo aquello que le había hecho daño en el pasado y en el proceso obtendría mi propia felicidad junto a él y a nuestro hijo. Estaba segura de ello. Teníamos que hablar largo y tendido y aclarar muchas cosas, no obstante, estaba convencida de que lo lograríamos juntos, los tres, como una familia.

—Yo también te quiero —le dije cuando nos separamos—. Volvamos a casa juntos, estoy cansada y necesito un masaje en los pies —bromeé.

Él sonrió.

—Campanilla, no sé si lo sabes, pero soy el mejor masajista de pies de la ciudad.

—Me alegra saberlo porque vas a pasarte los próximos seis meses demostrándolo.

Él asintió encantado y, cogidos de la mano, nos fuimos de allí.

No estuve presente cuando lanzaron el ramo de novia, pero siendo optimista, quise pensar que la próxima boda iba a ser la mía. Me sorprendí mucho cuando, a la mañana siguiente, mis amigas me contaron que había acabado en manos de Vicky. ¿Sería ella la siguiente en casarse?

No... Imposible... ¿Verdad?

Epílogo

Un mes después...

Me situé de lado frente al espejo de cuerpo entero que tenía en mi habitación, vestida solo con mis braguitas de encaje en color coral y el sujetador a juego en la mano. Me encantaba contemplar la evolución de mi tripa, que ya empezaba a crecer lo suficiente para llamar la atención. El viernes por la tarde, tras hacerme una ecografía de control, nos confirmaron el sexo del bebé. Era un niño. Lo había sabido desde el principio. Por eso Raúl estaba en la ducha, porque llevábamos todo el fin de semana celebrándolo y acabábamos de darnos un revolcón... ¡Qué digo revolcón! Un polvo con todas las letras, de esos que te dejan con las piernas temblorosas y una sonrisa tonta dibujada en los labios durante horas.

Tras la boda de Su, las cosas empezaron a solucionarse. Una vez reconciliados, decidimos que lo más lógico era que Raúl dejara algo de ropa en mi casa para ir probando a ver qué tal nos iba conviviendo. Le dije que le vaciaría un par de cajones y le haría sitio en el armario. Pronto se dio cuenta de que necesitaba traer algunas cosas más y así lo hizo. En dos semanas había vaciado su casa y se había instalado en la mía. Ya había devuelto las llaves del piso a su casero y se había quedado definitivamente conmigo, era lo mejor, íbamos a ser padres de un bebé en pocos meses y quería que mi hijo nos tuviera a los dos juntos siempre. Además, Raúl no quería perderse ni un detalle de la evolución de mi embarazo, por lo que, oficialmente, éramos pareja.

Cuando me presenté a sus padres y fuimos a cenar a su casa, me recibieron con los brazos abiertos. Se mostraron muy ilusionados por la noticia del bebé y que iba a ser su primer nieto. Eran una pareja encantadora. Por primera vez en mucho tiempo me sentí aceptada y querida. Era feliz.

Sonriendo me pasé el sujetador por los brazos e intenté abrochármelo a la espalda, pero me di cuenta de que me apretaba muchísimo. Se me estaban poniendo unos pechos enormes y estaba encantada con ello. Y pensar que en un momento de locura transitoria me planteé operármelos... ¡Madre mía! Se me fue la cabeza por completo. Al final los había conseguido de manera natural, aunque solo fuera durante unos nueve meses, gracias a mi embarazo. Además, ¿quién los necesitaba? En ningún momento me hicieron falta para encontrar la felicidad.

Raúl entró en la habitación con una toalla blanca envuelta alrededor de la cintura, el cabello húmedo y peinado hacia atrás y un montón de gotitas salpicándole el pecho, los hombros y los brazos tatuados. Nada más. Empecé a babear en aquel mismo instante, sobre todo cuando vislumbré de refilón mi nombre tatuado en la piel de su muñeca. Eso me ponía muy caliente y no me cansaba de mirarlo. Era como si llevara mi marca para toda la eternidad. Me gustaba tanto que hasta me planteaba la opción de tatuarme su nombre yo también.

—¿Qué pasa, Campanilla? —me preguntó acercándose a mí y rodeándome con los brazos por la cintura.

—No abrocha —dije refiriéndome al sujetador.

—A ver, déjame a mí. —Asentí y solté la prenda, pero en vez de abrocharla, lo que hizo fue colar sus manos por debajo de las copas y cogerme los pechos con ellas—. Están cambiando —susurró junto a mi oído mordisqueándome el cuello a la vez que sus pulgares empezaban a hacer magia sobre mis pezones. Gemí sin poder evitarlo—. Y están sensibles también.

—Raúl... —me quejé intentando apartarme antes de que fuera demasiado tarde y me dejara llevar—. Tengo que vestirme.

—¿De verdad tenemos que ir? —preguntó como un niño al que obligan a hacer algo que no quiere.

—Sí, se lo prometí a Vicky.

Aquella tarde habíamos quedado en casa de mi amiga para celebrar el cumpleaños de Alexei. No tenía demasiados amigos y Vicky quería que aquel año fuera especial para él. ¿Se estaría enamorando? Me costaba creerlo. Vicky no creía en el amor, pero torres más altas habían caído, pensé mirando a Raúl. Él dejó caer la toalla al suelo y yo me quedé con la boca abierta, olvidando por completo al resto del mundo.

—Cierra la boca, preciosa —me dijo abrochándome el sujetador, que de tan ajustado casi me cortó la respiración.

—Engreído... —murmuré mirándole con los ojos entrecerrados.

Él lanzó una carcajada y fue hacia la cómoda a coger la ropa interior.

—¿Estás segura de que no te aprieta demasiado?

—No, está bien. Así me los junta y parecen más grandes —comenté acomodándome los pechos dentro del sujetador.

Él sonrió negando con la cabeza y yo acabé de vestirme con una blusa escotada en color lima de esas que no podía lucir antes de quedarme embarazada. Adoraba mis nuevas tetas.

Un par de horas después estábamos todos en casa de Vicky, disfrutando del clima cálido de finales de junio, en el patio de la casita adosada en la que vivía. En cuanto se confirmó que el tema de Daniela avanzaba, vendió su ático y compró la casa pensando en el futuro y en que ya no estaba sola. Daniela chapoteaba en la piscina hinchable, yo tomaba zumo y los demás bebían cerveza mientras charlábamos animadamente. Nos llegaba la música desde el interior de la casa a un volumen muy suave para no molestar a los vecinos. Eric y Su nos relataban los detalles de su luna de miel. Venían de pasar una semana en la Riviera Maya y, además de morirme de envidia por sus días en el Caribe, me hubiera encantada poder lucir su espectacular bronceado.

Se podría decir que todos éramos felices. Raúl y yo con nuestro futuro hijo. Eric y Su recién casados. Toni, que había quedado con la chica de la página de contactos y habían congeniado muy bien. Carol, que había conocido a un chico en clase de spinning y había salido con él un par de veces. Vicky y Daniela, que en poco tiempo habían conectado y ya estaban moviendo hilos y agilizando el papeleo para la adopción. Y Alexei, el chico ruso que mantenía una relación peculiar y misteriosa con ella, pero que la hacía feliz. ¿Qué más podíamos pedir?

Estábamos hablando sobre posibles nombres para el bebé y Vicky se reía diciendo que deberíamos llamarle Armando, como mi difunto padre. Raúl y yo exclamamos que antes muertos y todos estallaron en carcajadas. De pronto alguien llamó a la puerta que daba al patio trasero de manera insistente. Vicky se levantó con el ceño fruncido y fue a ver quién era. No esperábamos a nadie y no creíamos que fueran los vecinos quejándose porque no estábamos armando mucho jaleo.

—¡¿Sofía?! —exclamó en cuanto abrió la puerta.

—¡¡Sorpresa!! —gritó la voz de una joven, que en cuanto traspasó el umbral se lanzó a los brazos de Vicky.

Era una chica morena, que vestía unos vaqueros pitillo ajustadísimos y un top rojo que dejaba al descubierto su ombligo. Enseguida la reconocí, era Sofía, la hermana pequeña de Vicky, que vivía en Londres. Su y yo ya la conocíamos. Habíamos coincidido con ella un par de veces en las que había venido a Barcelona de visita y nos parecía muy maja y muy simpática.

—Pero ¿cómo...? ¿Con quién has venido? —le preguntó Vicky en cuanto consiguió soltarse.

Mi amiga odiaba las muestras de afecto y ni siquiera su familia era una excepción. Solo Daniela, que le había tocado el corazón en muy poco tiempo, podía abrazarla y besarla sin miedo a recibir un bufido.

—Con Iván, ¿no es genial? —anunció la joven muy risueña.

Alexei se levantó de la silla y dejó la bebida sobre la mesa con movimientos lentos pero calculados. Nunca me había fijado demasiado en él. Siempre se las ingeniaba para pasar desapercibido, sin llamar la atención. Sin embargo, aquella tarde me di cuenta de que detrás de aquella fachada se escondía un depredador. La clase de persona que permanecía en la sombra esperando el momento oportuno para atacar. Al ver la tensión que se apoderaba de los hombros de Vicky al oír aquel nombre, se situó detrás de ella para brindarle su silencioso apoyo y su protección. Se notaba que estaban muy compenetrados y que la conocía bien.

Un hombre moreno, muy alto y atlético, entró por la puerta. Vestía un traje de marca, zapatos italianos y llevaba un impresionante Rolex en la muñeca izquierda. Sin duda alguna era el tal Iván.

—Buenas tardes, Victoria —saludó con una sonrisa de lo más arrogante.

Se hizo con el lugar en un momento y lo invadió todo con su presencia. Era imponente y poseía un magnetismo brutal. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que entre ellos dos había existido algo. Un pasado que no había terminado demasiado bien. Mi amiga estaba en problemas. Problemas serios. La felicidad había

sido efímera y no me quedaron dudas de ello en cuanto Vicky estalló.
—Pero ¡¿qué coño estás haciendo tú aquí?!



Descubriendo a Raúl...

Hay momentos en la vida que son impredecibles. Una mañana te levantas, vas al trabajo, comes cualquier cosa, preparas las clases, quedas para tomar unas cervezas con los colegas y de pronto recibes una llamada que va a cambiarte la vida para siempre.

La noche que me comunicaron que Marta, mi novia embarazada, había sufrido un accidente mortal, yo estaba borracho y a punto de montármelo con una tía que acababa de conocer en un bar. No sé ni por qué contesté al teléfono mientras tenía la bragueta abierta y a una rubia con la mano dentro agarrándome la polla. Quizá fue algo instintivo. Lo único que recuerdo es que se me pasó la cogerza de golpe. En cuanto escuché las palabras: accidente, hospital y muy grave, saqué la mano de la chica de dentro de mis pantalones y la eché del coche para salir pitando en dirección a urgencias. Cuando llegué ya era demasiado tarde. Luego todo ocurrió con asombrosa rapidez. Un día estaba tan tranquilo y al siguiente estaba sentado en la salita de un tanatorio, atendiendo a gente que no conocía de nada, pero que se tomaba la libertad de besarme en las mejillas y estrecharme la mano como si acabara de quedarme viudo.

Me dolía por Marta, estaba terriblemente apenado. Era una chica alegre, preciosa y llena de vida, que no merecía morir tan joven, pero no la quería. Una noche lo hicimos sin condón y nuestras vidas cambiaron. Aun así, ninguno de los dos estaba enamorado del otro. Queríamos seguir caminos muy distintos, que a la larga nos hubieran separado. Yo iba a ir a la universidad para estudiar ingeniería informática y luego planeaba crear mi propia empresa. Ella quería ser modelo. Desde pequeña había participado en varias campañas publicitarias, sesiones de fotos, anuncios... Había enfocado su vida en aquella dirección y fue muy valiente cuando aceptó tener al bebé renunciando a su sueño. Solo por eso, me vi en la obligación de seguir a su lado y pedirle que se casara conmigo.

Nunca me había planteado tener hijos. Además, ¿quién cojones se plantea algo así a los dieciocho años? Yo en lo único en lo que pensaba entonces era en salir, beber y follar como si no hubiera un mañana, no en cambiar pañales. Supongo que todo nos venía un poco grande, así que nuestra relación se sostenía únicamente por el bebé que estaba en camino. Imagino que de no haber sucedido lo peor, al poco tiempo hubiéramos roto. Era de esas cosas que se veía venir.

Después del funeral y de escuchar medio millón de veces la pregunta de si estaba bien, me vine abajo. Fue como salir del *shock* y darme cuenta de la enormidad de lo ocurrido. Le había amargado a Marta los últimos meses de su vida y estaba a punto de follar con otra mientras ella era atropellada y moría de camino al hospital. Pero lo que más me dolió fue la muerte de mi hijo, un bebé que nunca llegó a nacer. Y yo ya le quería. Había renunciado a todos mis sueños por él. Por primera vez en la vida había entendido lo que era hacer auténticos sacrificios por otra persona y ser responsable y de repente ya no estaba, ya no tenía que hacer nada, ya no le debía nada a nadie. Estaba completamente solo, desubicado, desconcertado... Fue como si una sensación de vacío profundo, algo que me nacía de dentro, empezara a absorberme, anulándome y destruyéndome. Un ente negro y poderoso que me estaba devorando muy lentamente. Me volví literalmente loco. Bebía, me metía en peleas y hasta me coloqué unas cuantas veces. Todo me daba igual. Tenía clarísimo que jamás iba a volver a permitir que otra persona me importara. El dolor era insostenible y no quería revivirlo por nada ni por nadie. Dejé los estudios y mi vida se convirtió en un vertedero donde nadie en su sano juicio querría meter las narices, ni siquiera yo mismo. Mis padres fueron los únicos no me dejaron. Me dieron la vida una vez y volvieron a dármele al ayudarme a salir del agujero en el que había caído. Se lo debo absolutamente todo. Nunca podré hacer suficiente para pagarles lo que hicieron por mí. Desde recogerme borracho de la calle, evitar que me detuvieran e incluso perdonarme por destrozarles la casa en un arranque de furia.

Cuando me obligaron a ir al loquero, un día que me pillaron con la guardia baja y en un estado depresivo importante, pensé que era la pérdida de tiempo más grande del mundo. Aparte de atiborrarme a pastillas y comerme la cabeza con chorradas, ¿qué podría hacer aquel hombre por mí? Al principio odiaba ir a terapia. Ese mamón me rebatía todos los argumentos que encontraba en mi contra. Repetía que nada de lo que había ocurrido había sido culpa mía, que la vida es incontrolable, que errar es humano y que estas cosas, por desgracia, suceden continuamente, que lo malo es dejar que te venzan. Insistía en que yo era más fuerte que todo ello y que si seguía vivo era por algo. Al final aprendí a darle la razón para que me dejara tranquilo, aunque es verdad que me ayudó mucho. Me ayudó hablar con él y poder vaciarme, decirle todo aquello que a mis padres les hacía daño o que mis amigos jamás podrían entender. Lo del yoga fue un tema que nos llevó semanas. Creía que necesitaba focalizar mis energías negativas en algún deporte que no fuera violento. Tras varias propuestas, llegó a la conclusión de que lo mejor era que aprendiera a conectar con mi yo interior. Por pesado y por no oírle más, cedí y prometí ir a una clase. Solo a una. Lo más sorprendente fue que me gustó tanto, que acabé convirtiéndome en instructor y aprendí a esconder dentro de mí todo aquel sentimiento de culpabilidad para que dejara de afectarme. Una bola de piedra que estaba aparcada en algún rincón de mi corazón esperando para destruirme o para ser destruida.

Entre la terapia, la ayuda de mis padres, el yoga y los tatuajes, que empecé a hacerme como una representación de todas aquellas cosas que me habían sucedido en la vida y que me habían marcado para siempre, empecé a superarlo. Los años pasaron y volví a ser el mismo de siempre. Me divertía, salía con mis colegas, follaba con todas las tías que podía y me dedicaba a lo que más me gustaba, trabajando en un gimnasio y viviendo despreocupadamente. Las únicas personas por las que me permitía sentir algo eran mis padres, por lo demás, me había creado una coraza de lo más resistente, ya nada volvería a afectarme. O al menos eso creía...

Recuerdo perfectamente la primera vez que la vi. Eric y yo teníamos que trabajar un sábado por la mañana porque había jornada de puertas abiertas en el gimnasio y muchísima gente había confirmado asistencia. Íbamos dando una vuelta por el recinto, mientras mi colega me acompañaba a la sala de yoga, cuando de pronto se paró en seco en mitad del pasillo y le cambió el semblante normal por uno de idiota perdido. Frente a nosotros había una morenaza escultural repleta de curvas. Enseguida adiviné que era la tía que le tenía loco. El pobre cabrón llevaba meses hablándome de ella y, por la descripción detallada que me había dado, adiviné quién era. Cuando le vi acercarse y empezar a hablarle como un pardillo embobado lo confirmé del todo. El amor le había vuelto gilipollas, menos mal que yo era totalmente inmune a esa mierda. Estaba a punto de soltar una bromita de las mías cuando de repente se me cortó la respiración. No sabría explicarlo, fue como si me recorriera una descarga eléctrica que provenía de la chica menudita que había al lado de la morena. Era la primera vez en años que otro ser humano despertaba una respuesta tan intensa en mí, algo que escapaba a mi control, algo que me estaba acojonando por momentos, pero, a la vez, algo inevitable, como cuando tropiezas y durante unos segundos sabes que vas a pegarte la hostia de tu vida y no hay manera de evitarlo. Fue poner los ojos en ella, intercambiar un cruce de miradas y darme cuenta de que todos aquellos años de contención acababan de irse directamente a la puta basura.

Ni siquiera era la clase de chica que solía atraerme. Demasiado delgada, demasiado rubia y demasiado inocente. Eso último era horror en mayúsculas. Sobre ella debería pender un cartelito de peligro porque era de las que se enamoraban, de las que querían un para siempre y yo huía de ellas como de la peste. Tenía los ojos más azules que había visto nunca, con pestañas larguísimas y mirada dulce. Los labios eran pequeños y sonrosados. A mí me gustaban las largas melenas, pero me encantó su pelo corto, con unos reflejos que brillaban como rayos de sol. Era sencillamente preciosa. La cosa más bonita que había visto en mi vida.

¡Joder!... En cuanto empecé a pensar en todas aquellas chorradas tendría que haberme dado cuenta de que estaba perdido, pero me costó un tiempo y una lucha bastante inútil rendirme.

Le pedí a Eric que me las presentara. Le di un par de besos a la morena, con ella no me atreví, sabía que si la tocaba la cosa iba a ser peor. Me encantó el rubor que tiñó sus mejillas cuando la saludé y aquella inocencia que era incapaz de ocultar. Era el ser más transparente y puro que había visto en mi vida. Y yo, que vivía en permanente oscuridad, me sentía irremediabilmente atraído por su luz. Vestida de lycra, tan delgada, rubia y preciosa, me recordó a Campanilla, la más famosa de las hadas, y no pude evitar despedirme de ella llamándola por ese mote. De algún modo, sin pretenderlo, me había hechizado con su magia. Y eso que, en aquel momento, aún no era consciente del poder enorme que ejercería sobre mí.

Me fui a dar la clase, pero no pude concentrarme en lo que hacía. Estuve pensando todo el rato en ella. Para mí representaba todo aquello de lo que había estado huyendo durante años, aunque no hay nada más tentador que aquello que nos está prohibido, así que decidí hablar con Eric para ver si podía conseguirme su número de teléfono. Era una locura, pero no podía resistirme, quería conocerla, hablar con ella... No sé, volver a verla. Al final no tuve hablar con mi colega porque cuando ya me iba me confirmaron en recepción que se había inscrito. Me prometí que haría todo lo posible por cruzarme con ella sin necesidad de quedar en evidencia y demostrar que estaba muy interesado, porque lo estaba y negarlo hubiera sido estúpido por mi parte. Quería volver a sentir aquel calor y aquella luz invadiéndolo todo. Necesitaba comprobar si había sido real o solo producto de mi imaginación. Hablaría con ella y la invitaría a cenar. Sí, ¿por qué no? Quizá saldría bien. Tal vez había llegado el momento de volver a ver la luz del sol...

Agradecimientos

Cuando publiqué mi primera novela nunca imaginé que obtendría tan buena acogida. Era una autora novel desconocida y tenía miedo de que lo que para mí había supuesto un esfuerzo enorme, no lograra llegar a los lectores. Sin embargo, los comentarios positivos, las muestras de cariño y los ánimos para seguir escribiendo fueron mi mayor recompensa. Corrí un riesgo y salió bien y todo ello fue gracias a las personas que me apoyaron, que estuvieron a mi lado y me dieron una oportunidad.

«Déjate llevar...» es una novela a la que le he cogido un cariño especial. Su historia me atrapó a medida que la iba escribiendo y Raúl y Lisa, sus protagonistas, se han ganado un lugar en mi corazón. El mayor reto sería que también se hubieran ganado un huequcito en el vuestro.

A esta novela le he dedicado mucho tiempo y mucho esfuerzo y el mejor logro ha sido poder contar con personas increíbles que han hecho algo muy grande: creer en mí. Por eso voy a intentar condensar en breves frases todo mi agradecimiento.

A mis padres. Porque sin ellos nada de esto sería posible. Para realizar un sueño no solo hace falta valor, muchas ganas, poco miedo y algo de locura, sino también recursos y apoyo, y sin ellos no hubiera podido hacerlo.

A mi amiga Tania. Por su apoyo, por las conversaciones eternas, por ser la primera en leer la novela y darme su opinión sincera. Por ayudarme, por comprenderme y por las veces que nos hemos dicho la una a la otra que no podíamos rendirnos. Nuestro #TeamS ha sido más fuerte que todo. Gracias por creer en mí y ayudarme a cumplir mi sueño.

A mis amigas Anna y Bea. Por escucharme, por aguantar mis momentos difíciles de los últimos meses, por estar a mi lado, por disfrutar de mi novela y por haberme apoyado cuando más lo he necesitado; porque la verdadera amistad se demuestra en los peores momentos. Gracias de corazón.

A todas las personas que me habéis apoyado. La lista de nombres es muy larga y me da miedo olvidarme alguno, así que espero que os parezca bien que lo haga en general. A las chicas de los grupos de Facebook. A las personas que se han tomado la molestia de hacer una reseña de mi primera novela. Al resto de amigos que habéis vivido junto a mí esta experiencia y os habéis alegrado y disfrutado casi tanto como yo. A mi familia por haber estado a mi lado. A las chicas de los grupos de WhatsApp y a todas las personas que me han seguido y animado a través de las redes sociales. Sois los mejores.

Y a ti, lector. Por haber llegado hasta aquí y haberme dado una oportunidad. Espero que hayas disfrutado de este libro. Si te he arrancado una sonrisa, todo habrá merecido la pena. Espero tenerte ahí en la próxima novela, para mí sería todo un honor.

Para terminar solo me queda recordaros algo que me ha servido para continuar en este camino de las letras, que es más complicado de lo que parece:

«No permitáis que nadie crea que tiene el poder de destruir vuestros sueños».

¡Gracias, gracias, gracias!

Ah, se me olvidaba... Si queréis conocer la historia de Vicky tendréis que estar preparados, porque nada es lo que parece. Susana se dejó tentar, Lisa se ha dejado llevar y a Vicky le toca la parte más complicada; ella tendrá que dejarse engañar...

Autora



Anna Dominich es el seudónimo bajo el que escribe esta autora catalana, nacida en la ciudad de Barcelona.

Aunque centró sus estudios en una rama de ciencias, la pasión por los libros no tardó en convencerla de que su verdadera vocación estaba en las letras.

Lectora empedernida, con una mente inquieta, empezó a escribir historias llenas de romance, pasión, amor y sentido del humor. Sus novelas lograrán atrapar al lector por la frescura, la naturalidad y el realismo con el que escribe.

En febrero de 2016, publicó su primera novela Chick lit titulada «**Déjate tentar...**», perteneciente a una serie llamada «**Citas de Amor**». Unos meses después, publica «**Déjate llevar...**», que también forma parte de la misma serie.

Actualmente sigue inmersa en el proceso creativo de dichas novelas, con las que pretende enamorar a los lectores del género romántico.

Enlaces:

Página autora Facebook: Anna Dominich – Escritora

<https://www.facebook.com/Anna-Dominich-Escritora-1473504226308427/?fref=ts>

Twitter: @a_dominich

https://twitter.com/a_dominich

Instagram:

@annadominich

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/15016473.Ann_Dominich

